

PIERDOMENICO
BACCALARIO



Los
ZORROOS
del
DESIERTO



edebé

PIERDOMENICO
BACCALARIO



Los
ZORROS
del
DESIERTO



edebé

Título original: *Le Völpi del Deserto*
Text by P. Baccalario
Cover Illustration by Book on a Tree
© 2018 by Book on a Tree
Published by arrangement with UnderCover Literary Agents and IMC Literary Agency

© Traducción al castellano de Beatriz Cajal

© Ed. Cast.: Edebé
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta @edebé.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia

Primera edición, junio 2019

ISBN: 978-84-683-4196-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

PIERDOMENICO
BACCALARIO

Los
ZORROS
del
DESIERTO

edebé

«Para mí, no eres todavía más que un muchachito semejante a cien mil muchachitos. Y no te necesito. Y tampoco tú me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo».

Antoine de Saint-Exupéry, *El Principito*

«Uno no debe juzgar a todo el mundo por sus cualidades como soldado: de otro modo, no tendríamos civilización».

Erwin Rommel

No resultaba difícil entender por qué mi padre se había enamorado de aquel viejo hotel. El Napoleón se encontraba casi fuera del pueblo, a trescientos o cuatrocientos metros de la última casa, al lado de las dunas. Estaba protegido por un jardín de cedros seculares, ahora descuidado tras los meses en que el hotel había permanecido cerrado, y por un denso encañizado quemado por el sol. Mi padre nos lo había descrito tan minuciosamente durante el trayecto hasta allí que, cuando lo vi por primera vez, fue un poco como si ya lo conociera. Parecía un gigante de piedra arropado por hiedra y glicinias, rodeado de arena y con los canalones llenos de hojas. Mirabelle y Jenska estaban sentadas junto a mí en el asiento de atrás; podía oír por un lado la música rock de los cascos de Jenska y, por el otro, la respiración regular de Mirabelle, que se había quedado dormida ochenta y cinco kilómetros antes, tras haberse rebelado inútilmente contra el uso de los cinturones de seguridad.

A la llegada al hotel, mi madre, desde su posición privilegiada en el asiento de al lado del conductor, no dijo ni una palabra.

Nuestro Peugeot 504 Giardinetta trazó una amplia curva a lo largo de las dunas que lo hizo desaparecer de nuestro campo visual, superó una baja casa de piedra y subió por una recta temblorosa desde donde lo vimos de nuevo, mucho más cerca.

Tenía una altura de cuatro pisos, con un techo innecesariamente inclinado que me recordó un gran paraguas invertido. Había sido construido al lado de las dunas, como para protegerlas del mar, que resplandecía en el lado opuesto, a menos de cien metros de la carretera.

—Jorge Dominique... —susurró mi madre cuando mi padre aminoró la marcha y puso el intermitente.

Jorge Dominique es el nombre de mi padre, un nombre típico de Amberes, donde nació. Cuando mi madre lo pronuncia entero, Jorge Dominique, significa que va a decir algo importante. Nos apellidamos Renard.

La verja del hotel estaba cerrada por una cadena con un gran candado, pero mi padre tenía las llaves de la cancela. Éramos los nuevos propietarios del Napoleón. Mi madre nunca terminó la frase. Sin embargo, en cuanto mi padre saltó fuera del coche, se volvió hacia nosotros cuatro y su mirada se cruzó con la mía, que por cierto era la única con la que podía cruzarse: Jenska estaba perdida en su música rebelde, Mirabelle continuaba durmiendo y mi hermano Fabrice era invisible, puesto que estaba muerto.

—Hemos llegado, Morice —dijo.

Sonreía, pero se notaba (o yo lo notaba) que también estaba muy preocupada.

—¿Qué son aquellas cosas? —le pregunté, y me coloqué en medio del asiento para señalárselas—. Aquellas que cuelgan de la verja.

Mi madre intentó quitarle importancia, como hacía a menudo, como cuando le pregunté si estaba contenta de que Jacques Chirac hubiese ganado de nuevo las elecciones, pero yo insistí y la obligué a responderme.

—No lo sé, cariño. Podrían ser... ¿pieles de conejo?

Sí: trece pieles de conejo que alguien había colgado en la puerta a modo de bienvenida, o quién sabe con qué otro significado. Nada agradable, en cualquier caso. Mi padre las ignoró con su gesto habitual, introdujo la llave en el candado, lo separó de la cadena, empujó la barrera y la puerta se abrió chirriando de un modo horrible. Aunque no lo suficiente como para llamar la atención de mi hermana.

—La cadena estaba podrida —exclamó después, de nuevo a bordo.

Le dio un beso a mi madre, cosa que siempre hacía cuando estaba especialmente de buen humor, apretó el embrague y quitó la marcha, dejando que el Peugeot recorriera sin motor los últimos metros en bajada hacia nuestra nueva casa. Entramos de este modo, furtivos, silenciosos, casi culpables, en el jardín abandonado del Napoleón, entre enormes agaves y trepadoras enloquecidas, hasta alcanzar los troncos seculares de los cedros del Líbano.

El Peugeot se detuvo en el jardín, a la sombra, y ninguno de nosotros dijo ni una palabra. Desde la ventanilla abierta de papá nos llegaba el canto de las cigarras, el sonido del mar y aquel susurro misterioso que producen los lugares abandonados.

Me gustaba, mucho; apretaba los asientos de mamá y papá impaciente por salir del coche.

—No está mal, ¿verdad? —preguntó mi padre, no necesariamente dirigiéndose a alguno de nosotros.

—Nada mal, desde luego —respondí yo.

Y después añadí en voz baja para mí mismo: «¿Te gusta, Fabrice?».

Mi padre abrió la portezuela del coche de par en par y anunció con voz vibrante:

—¡Abajo, familia! ¡Hemos llegado!

Mirabelle aguantó otro par de portazos antes de despertarse del todo y Jenska, viéndonos

fuera del coche, estiró todo lo que pudo el cuello para mirar hacia el hotel con nosotros.

—No será esta porquería, ¿verdad? —fue su único comentario.

Pero ya estábamos acostumbrados a no escucharla.

Mientras tanto, yo ya había rodeado el coche renqueando sobre mi pierna más corta y me había plantado ante la magnífica entrada del Napoleón, con una gran parte del porche desconchado por el efecto corrosivo del mar. Corría una buena brisa que se colaba entre las ramas del encañizado; las matas de retama temblaban como erizos. Seguí con la mirada una vieja pasarela de listones desenganchados que bajaba hasta la playa y desaparecía entre las olas. Estaban tan cerca que habría podido tocarlas con un tiro de piedra.

—¿Qué me decís? ¿No es fantástico? —insistió mi padre, lanzándome una de nuestras mil maletas—. ¿No es la casa de vuestros sueños?

Para mí, sí, sin duda. Y probablemente también para Mirabelle. Jenska no estaba en situación de ser tenida en cuenta porque era una adolescente.

Y mi madre continuaba repitiendo: «Dios mío, Dios mío...», que podía significar que sí o que no.

Cuando se abrazaron, antes de entrar, mi madre tenía los ojos como platos, brillantes, velados por lágrimas, que yo esperaba que fuesen de emoción.

—¡Yo también quiero entrar! —gritó de repente Mirabelle, todavía apresada en su maraña de cinturones de seguridad.

Jenska la liberó, se apoyó en el portaequipaje del Peugeot y dijo, en voz alta:

—¡Este lugar se cae a pedazos, papá!

No era del todo cierto, pero era la típica frase que ella necesitaba soltar. Ciertamente, no era un edificio nuevo, ni relumbrante. Había que repintar la fachada y las persianas de madera. Y alguien había escrito con espray azul en la pared, junto a la puerta de entrada:

¡CÓRCEGA LIBRE!

¡VIVA LA INDEPENDENCIA!

Pero, por lo demás, era fabuloso. También había un cobertizo para aparcar el coche. Y mientras estábamos allí, un poco temblorosos y un poco embobados, mirando el Napoleón, alguien abrió la portezuela de hierro que conducía al mar y caminó hacia nosotros.

Era un hombre grande y robusto, con una espesa barba blanca. Vestía un peto vaquero y un pañuelo azul anudado al enorme cuello, como si fuera una especie de bandera de señalización.

—Han llegado antes de hora —dijo, sin dirigirse a nadie en concreto. Luego sí se dirigió directo a mi madre y se presentó—: Oscar Tardi —y añadió—: Bienvenida al Napoleón, señora. Señor Jorge Dominique, un placer saludarle de nuevo.

—¡Señor Tardi, el placer es mío! —saludó mi padre con un entusiasmo que no me pareció correspondido.

Tardi les estrechó la mano a ambos e ignoró a los niños, incluida Jenska.

—El señor Tardi ha estado custodiando el hotel desde que faltó el antiguo propietario... —explicó mi padre.

—Bueno, *custodiar* es una palabra demasiado ambiciosa, señor Renard —esgrimió Tardi rápidamente, como fastidiado—. La verdad es que es difícil custodiar algo del todo hoy en día. Las cosas se caen a pedazos cada vez más deprisa. Lo que he intentado hacer es mantenerlo de una pieza...

Mi madre le estrechó la mano y le sonrió. Y por un instante no se dijeron nada, mirando el

Napoleón.

—Sea como sea... —retomó el señor Tardi—, lo pasado... pasado está, como se suele decir. Si quieren que les ayude con las maletas, les acompaño al portón que todavía funciona...

Dentro del Napoleón olía a podredumbre y a tuberías viejas. Sobre el suelo de mármol volaban montones de hojas secas del otoño anterior. El portón daba a un gran vestíbulo, al que seguía un amplio comedor orientado a la glorieta de la galería y al jardín. Las arañas habían construido sus telas en las grietas de los postigos. Había un sencillo mueble bar con hileras de botellas llenas de polvo, un gran panel de latón con las llaves de las habitaciones colgadas de los ganchos, y tras la reja que protegía el hueco del ascensor (estropeado), una gran escalera con la barandilla de madera y las baldosas de granito blancas y negras.

Mirabelle encontró enseguida un par de correas de perro abandonadas en un rincón y recordó a mis padres que ahora podíamos tener un par de ellos. Jenska bajó la escalera que llevaba al sótano, pero el señor Tardi le dijo que la puerta de abajo estaba rota. En cambio, nos condujo al primer piso, donde había hecho que nos prepararan tres habitaciones, esperando a que decidiéramos cómo nos instalaríamos.

—La señora Blandine ha pensado que preferirían no dormir en la habitación del difunto... —explicó mientras abría la que habían destinado a mis padres—. En cualquier caso, si les interesa, es aquella del fondo, al lado de su despacho.

Miré hacia el pasillo, estrecho y oscuro, que terminaba en ángulo recto contra una puerta negra, cerrada. Después seguí a mi madre por la habitación, que era grande y espaciosa, con las paredes blancas llenas de grietas. La ayudé a abrir las deterioradas persianas y nuestro esfuerzo fue recompensado con una vista impresionante de vegetación y mar. Dejamos la ventana abierta para que corriera el aire. Y acto seguido me dispuse a hacer lo mismo en nuestra habitación. El señor Tardi, mientras tanto, resoplaba en la escalera ayudando a mi padre con el resto de las maletas: teníamos el coche y el portaequipaje llenos y aún esperábamos el camión de la mudanza.

La puerta de nuestra habitación se abría hacia el interior y la primera vez ofreció cierta resistencia, como si tuviera que empujar una cortina de telarañas. La estancia era blanca, con un armario macizo y un baño privado. Y olía a almendras. El viento silbaba en el marco de la ventana y las persianas, entornadas, temblaban. Lo abrí todo con Mirabelle, que chillaba feliz, a mis espaldas. Y a continuación me apoyé sobre el alféizar, caliente, para mirar el mar.

—¡Esta es mía! ¡Esta es mía! ¡Esta es mía! —decidió mientras tanto Mirabelle, tomando posesión de una de las dos camas; se la dejé de buena gana.

En el lavabo había un escarabajo marrón que, en cuanto notó la vibración de mis pasos, intentó escapar inútilmente. Lo empujé y se metió en un agujero entre dos baldosas. Observé el enredo de viejas tuberías pintadas de blanco que corría encima del espejo, atravesando el techo y las paredes para entrar en las otras habitaciones. Si apoyaba la oreja encima podía oír la voz de mi padre en el piso inferior y la de mi madre, que canturreaba nerviosa en la habitación de al lado. Volví sobre mis pasos, satisfecho, y me detuve en medio del pasillo que daba la vuelta a todo el piso.

—Hay mucho que explorar, ¿verdad, Fabrice? —pregunté en voz alta, creyendo que estaba solo.

Pero no lo estaba.

—¿Vas a dejarlo de una vez? —me preguntó mi madre.

—Perdona.

Me avanzó para ir escaleras abajo a por otra maleta murmurando:

—Creía que Fabrice se había quedado en Marsella.

—¡Escarabajos! —chilló Jenska en aquel momento desde su habitación—. ¡Hay escarabajos en la bañera!

Y se nos unió en el pasillo con los zapatos en la mano.

—También había uno en mi baño —le dije—. Parecen simpáticos.

—¡Imbécil!

—No quiero insultos —le gritó mi madre—. ¡Ni excusas! ¡Los dos ahora mismo abajo a ayudar! —Sin embargo, a mí me dijo—: ¿Me prometes dejarlo de una vez?

No parecía enfadada. En todo caso, decepcionada.

Bajamos los tres y nos cruzamos con mi padre.

—¡Muy bien! Así os quiero: ¡preparados para nuestra nueva aventura!

—¡Yo me voy! —respondió Jenska.

—¡Perfecto, ve a buscar las otras maletas! —le ordenó mi padre sin alterarse.

Yo agarré una de mis cajas y después la otra. El señor Tardi resoplaba como un cetáceo, pero no protestaba. Mientras subía, la puerta de un armario se soltó de las bisagras y cayó al suelo con gran estrépito.

De entrada me asusté, pero después oí a Tardi susurrar algo y a mi padre reír a carcajadas.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó mi madre.

—¡Que no bromeaba! —respondió mi padre—. ¡Realmente se cae todo a pedazos!

Y quién sabe por qué, aquella perspectiva, o quizá el hecho de que Tardi no hubiera bromeado, nos puso a todos de buen humor.

Embutidos, anchoas de lata en unos panecillos y una hogaza de pan oscuro con aceite de oliva. Esa fue nuestra primera cena en el Napoleón aquella noche. Mi padre y Mirabelle habían hecho funcionar el reloj de péndulo del comedor, que señalaba las seis de la tarde. Con todo aquel ajeteo teníamos un hambre de lobos. Era finales de mayo, el sol caía tras las ramas y las habitaciones del hotel estaban envueltas en una penumbra que parecía imposible de despejar. Todavía no habíamos encendido las luces. Habíamos abierto los ventanales del comedor y nos habíamos instalado allí porque no hacía tanto calor. Mi padre se había sentado a la cabecera de la mesa, de espaldas al mar, dejándonos la vista de las dunas de arena, que se descoloraban al atardecer. Las anchoas, los embutidos y los panecillos los habíamos traído de Marsella, mientras que la hogaza, horneada aquel mismo día, fue un regalo de bienvenida del señor Tardi. Un gesto mucho más acogedor que sus palabras. Además del reloj, habían puesto en marcha también el frigorífico FIAT de la cocina, que ahora roncaba tan fuerte que nos obligó a cerrar la puerta. Mirabelle se había sentado haciendo equilibrios sobre una pila de almohadones de colores diversos. Mientras, Jenska, atravesada con respecto a la mesa, se había comido con desgana un par de panecillos con anchoas, la cabeza baja, negándose a participar en cualquier conversación.

Fue en torno a aquella mesa donde me di cuenta por primera vez de que lo habíamos hecho de verdad: nos habíamos trasladado a un pueblecito perdido de Córcega. Tras muchos proyectos y discusiones, lo habíamos conseguido. Había oído mencionar por primera vez el Napoleón a principios de curso, alrededor de otra mesa, la mesa redonda de nuestro piso de Marsella, en la calle Saint-Lazare, que ahora ya habíamos vendido. Entonces no pensaba que mi padre dejaría un día de trabajar para la Banca de París como mediador con los armadores, ni que mi madre dejaría su investigación en la universidad de Aix-Marseille y que nos sacarían a Jenska, a mí y a Mirabelle de nuestras respectivas escuelas públicas. Y sobre todo, nunca hubiera creído que nos lanzáramos a iniciar una vida como hoteleros, dado que ninguno de nosotros sabía nada de hostelería ni de turismo. Pero había sucedido. En el curso de dos semanas cargamos los muebles, los libros, la ropa, todas nuestras cosas, en el coche y en el camión que viajaba con un día de retraso respecto a nosotros.

Habíamos visto el Napoleón solamente en fotografía. Y mi padre no era especialmente bueno haciéndolas. Como tampoco era capaz de elegir un buen restaurante. Solo él lo había visto físicamente, durante uno de sus viajes entre Marsella y Dautremere para formalizar nuestra oferta, obtener la documentación y empezar a familiarizarse con el lugar, cosa que coincidió especialmente con haber conocido a Oscar Tardi. También sabíamos que el alcalde se llamaba Ezequiel Focault, un nombre imposible de olvidar, y que había publicado el anuncio de la subasta del Napoleón en el *Nice-Matin*, el único periódico que mi padre había comprado en su vida porque lo leía, en Bélgica, también su padre. Había leído el anuncio, que llegaba de la redacción amiga del *Corse-Matin*, había hablado de ello con mi madre, habían enloquecido ambos con la idea (o al menos así nos lo habían explicado) y habían pedido una

va-
loración de nuestro piso de Marsella. Habían hecho una oferta. Y habían ganado la subasta.

Según Jenska, porque no había participado nadie más.

Así que allí estábamos, en el primer piso de un edificio inmenso y un poco inquietante, mirando al mar más allá de su jardín abandonado.

—¿No encontráis magnífico este sonido? —preguntó mi padre en un momento

determinado de la cena. Como nadie le contradijo, añadió—: En Marsella ya no se oía el mar, con tanto tráfico.

—Los suelos parecen en buen estado —dijo mi madre—. Y la mayoría de las instalaciones.

—Y también el tejado, según Tardi. En cualquier caso, deberemos revisarlo todo: luces, tuberías, ventanas..., pero tenemos todo el verano para hacerlo...

Y mi padre sonrió, como si aquella perspectiva fuera atractiva.

Hablamos un poco de todo aquello que nos gustaría hacer. Yo propuse insonorizar las habitaciones; Jenska, volver a Marsella; y Mirabelle, plantar flores en el jardín.

—¡Gran idea! —dijo mi padre—. Alhelís y berros de jardín.

Jenska hizo una mueca de disgusto.

—¡Venga, un poco de dinamismo, señores! Y esto vale sobre todo para ti, señorita... —continuó entonces mi padre—. ¿Quieres mirarme cuando te hablo? Así, muy bien, cuello recto y cabeza alta. ¿Dónde se ha escondido mi preciosa niña? ¡Sonríe! ¡Mira a tu alrededor! ¡Eres propietaria de un hotel! ¿Sabes lo que eso significa? Conocerás a docenas de personas con las que podrás practicar los idiomas que has estudiado: inglés, alemán, italiano, español...

—Yo no hablo español —puntualizó Jenska, quitándose la servilleta de las rodillas.

—¡Pues lo aprenderás!

—¡Sí, claro! Y mientras tanto, ¿qué hago? ¿Me pego un tiro?

Arrastró la silla con rabia y se levantó de la mesa.

—¿Qué he dicho que sea tan terrible? —nos preguntó mi padre, aturdido.

—Me parece que echa de menos a sus amigos de Marsella —respondí despacio.

—¿A quién? ¿Al del cinturón tejano? ¿Cómo se llama?

—Jorge... —murmuró mi madre.

—¡Barroco! ¡Lleva un cinturón de estilo barroco! ¡No tejano! —gritó mi hermana desde la escalera.

—¿Lo ves? Se acuerda más del cinturón, que del nombre del chaval.

La oímos dar un portazo en su habitación, después de lo cual mi madre, con un gran suspiro, nos ordenó empezar a recoger la mesa.

Mi padre permaneció sentado todavía un poco más y luego se puso a buscar algo en los cajones de los muebles del comedor.

—¡Lo sabía! —exclamó cuando encontró un paquete de Gitanes al lado de una colección de cartas desaparejadas.

Sacó un cigarrillo y lo encendió, o al menos lo intentó mientras salía al jardín.

—Pero... ¿papá fuma? —preguntó Mirabelle, bastante sorprendida.

—Yo también fumaría, si fuese más irresponsable —respondió mi madre, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué significa «irresponsable», mamá?

—Significa que papá es un hombre y yo no.

—¿Así que también Morice es un irresponsable?

—¡Cuidado con lo que dice, agente Mirabelle! —intervine, pasándole la bolsa de los panecillos.

Me puse a lavar los platos en el fregadero, mientras Mirabelle los secaba.

—¿Qué hacen, ahora? —me preguntó—. ¿Se pelean?

Mi madre había salido a hablar con mi padre, le había hecho apagar el cigarrillo y le estaba señalando la habitación de Jenska.

Mi padre entró todavía sonriente.

—¡Adelante con los platos! —nos animó—. ¡Que después iremos todos a dar un paseo!

Nos quitamos los zapatos al final de la pasarela y descubrimos que la arena estaba todavía tibia. Mirabelle y yo nos arremangamos los pantalones y corrimos hacia el agua, que, en cambio, estaba helada. Nos salpicamos, riendo. El sol había comenzado a ponerse.

Mi padre tenía las manos detrás de la espalda y mi madre lo agarraba del brazo. Jenska arrastraba sus Timberland. El cielo se había vuelto rojo oscuro; las nubes, doradas. Las gaviotas planeaban en el aire, del mar hacia el interior, tomaban impulso y caían en picado sobre las olas. Recorrimos la playa en dirección al pueblo. Visto desde el mar, el Napoleón era todavía más austero, un bloque de piedra con unas enigmáticas ventanas cerradas. Llegamos a una especie de promontorio, en que la arena dejaba espacio a un grupo de rocas bajas y planas, llenas de pozos de agua marina.

—¡Un cangrejo! ¡Un cangrejo! ¡He visto un cangrejo! ¡Mira, Morice! —me gritó Mirabelle cuando la descubrí.

Más allá del promontorio estaba el pueblo, una cincuentena de casitas adosadas unas a otras, un montón de tejados, con las fachadas pintadas de vivos colores o de piedra oscura. También tenía un pequeño puerto, en el lado opuesto al que llegamos, y un acantilado respetable, en el que la carretera costera se desviaba hacia el interior. En el centro del pueblo había un pequeño campanario pintado de amarillo con el techo negro que parecía un tronquito de regaliz. Y un poco antes de las primeras casas, en el arcén de la carretera, una espectral cabina telefónica, inclinada hacia la playa, como si hubiese encallado allí. La superamos en silencio y llegamos al pueblo sin habernos cruzado con nadie. Nos metimos por la primera callejuela que encontramos, adoquinada, todavía sin calzarnos y con la arena entre los dedos de los pies. Sobre pasamos el cartel de una taberna, el Grand Concourse, y oímos el tañido de la campana de la iglesia. Un solo golpe, lúgubre. La callejuela por la que habíamos entrado desembocó en una plazoleta, justo delante de la iglesia. En cuanto llegamos comprendimos por qué no habíamos encontrado ni a un alma: los habitantes de Dautremere debían de estar todos allí.

Por un funeral.

—¡Maldita sea! —comentó mi padre, disgustado.

Mirabelle y mi madre hicieron rápidamente la señal de la cruz. Jenska pasó. Y yo le susurré a Fabrice que se estuviese quieto porque había visto a un sacerdote. En total habría un centenar de personas, más hombres que mujeres, con barbas hirsutas, las chaquetas de terciopelo a pesar del calor y el sombrero en las manos. Y había un féretro de madera de pino, con cuatro sepultureros que lo llevaban sobre los hombros. A uno lo reconocí; era el mismísimo señor Tardi que nos había dado la bienvenida en el hotel. El sacerdote en cuestión era alto y enjuto; el cabello blanco le hacía parecer un almendro en flor. No sabiendo cómo reaccionar de la mejor manera, permanecimos quietos, con los pies llenos de arena. Más tarde mi padre averiguó quién era el muerto. Un tal Puschbach, pescador. Ochenta y tres años.

Finalmente nos orientó un individuo, de pie en el umbral de la iglesia:

—¿Ven a aquel hombre del pelo rizado? Es Ezequiel, el alcalde.

Era un señor en la sesentena, con ojillos de búho, estrecho entre una mujer mucho más alta que él, que debía de ser su mujer, y una chiquilla que me miraba.

Contuve la respiración cuando me di cuenta de ello.

Nunca en mi vida había visto nada tan bonito. Los cabellos negros, lisos, los pómulos de león, los ojos de color perla.

Era descaradamente preciosa y me miraba con tal obstinación que tuve que esconderme tras el ángulo del edificio, a la sombra de mis padres, para encontrar el coraje de volver a respirar.



El camión de Ajaccio, con nuestras cosas, llegó hacia las diez.

Levantó una montaña de polvo que alcanzó las ventanas del primer piso y que me sorprendió mientras estaba dibujando un primer plano aproximado del Napoleón. Las tres plantas superpuestas eran muy parecidas entre sí: había un corredor cuadrado que las rodeaba y unía las distintas habitaciones con el hueco de la escalera. En el primer piso había ocho habitaciones contando las nuestras, y otras tantas en el segundo. Y cinco en el último: la *suite*, como ya la llamaba mi madre, donde la vista era impagable. Me habían mandado revisar todas las habitaciones para retirar los tapetes de encaje de las mesillas, y los cuadros de las paredes. Evidentemente el antiguo propietario, el señor Brent, no estaba dotado para la estética. Todo lo demás, en cambio, estaba organizado de modo impecable: la cocina, para ser la de un hotel, era pequeña pero muy práctica.

Había también una buhardilla, calurosa y sofocante, en la que habían sido amontonados varios camastros de hierro, mascarillas para inhalaciones y unas espátulas que tiempo atrás, según me explicó mi padre, se usaban en los sanatorios para las terapias de fango. ¿Así que el Napoleón había sido una especie de antiguo hospital?

A esas alturas, yo ya había bajado al sótano, saboreando los horrores sepultados en los pasadizos subterráneos del hotel, pero me desilusioné. Había solamente una enorme caldera y un lavadero con una batería de lavadoras y secadoras.

Cuando llegó el camión, se unió a nosotros el señor Tardi con tres ayudantes del lugar, que se presentaron a mi padre estrechándole la mano enérgicamente y se rozaron levemente la frente para saludar a mi madre. Bajé con ellos mientras tomaban un café, «Correcto», dijeron, a pesar de que la cafetera Gaggia hubiera estado sin funcionar durante más de un año. Luego, los tres subieron al camión, desataron las correas que sujetaban nuestros muebles y empezaron a descargarlos. Sentada en la entrada con mi plano sobre las rodillas, mi madre les indicaba dónde quería que los colocasen y ellos, entre «Cuidado», «Vamos», «Levanta», e imprecaciones varias, llevaron en procesión la cómoda, el armario, la mesa redonda de la que os he hablado y los armarios de Amberes del abuelo.

Nos fuimos añadiendo todos, incluida Mirabelle, a quien asignaron las cajas más pequeñas, aquellas a las que mi padre llamaba «las tonterías de casa».

Yo insistí en llevar mis cosas solo: las bobinas, los palos y los micrófonos. Me había apasionado por los sonidos y por grabarlos tras ver una película demencial, *Monty Python y los caballeros de la mesa cuadrada*, en la que unos caballeros zarrapastrosos golpeaban entre sí cáscaras de coco para recrear el sonido de las pezuñas de los caballos. Lo interesante era que no se trataba de un descubrimiento

surrealista, sino de un auténtico truco con el que los técnicos de sonido de cine reproducían el ruido de los caballos. El de las cáscaras de coco, como muchos otros trucos, había sido inventado por un individuo llamado Jack Foley, que en 1914 se había encargado de añadir el sonido a las primeras películas sonoras. Y lo hizo tan fenomenal que su apellido se convirtió en el modo de denominar los efectos de sonido, efectos Foley. Frotaba granos de maíz sobre una carpeta de piel para recrear el sonido de la nieve bajo las suelas; quemaba bolsitas de plástico para imitar el ruido de una vela; y rompía cogollos de lechuga congelada para los golpes en la cabeza durante las batallas. Su consejo a todos los aspirantes a sonorizadores era que comenzasen pronto a reunir un archivo de sonidos y ruidos habituales para tenerlo

preparado; cosa que yo había empezado a hacer un año atrás, llenando cajas y metros y más metros de bobinas.

Conseguí llevarlo todo a la habitación sin romper nada. La mañana transcurrió con rapidez y a la hora de comer, a las dos, habíamos vaciado el camión. Mi madre preparó un plato de pasta para todos, que obtuvo un gran éxito, y comimos bajo la pérgola.

—¡Qué maravilla, señora Renard!

—¡Díganos la verdad: usted es italiana!

—¡Los turistas vendrán por el restaurante, no por las habitaciones!

—¡Y si no vienen ellos, vendremos nosotros! ¿Eh, señor Renard?

Mi padre levantó el vaso de vino rosado. Di la vuelta a la mesa con una segunda jarra de vino y ninguno de los hombres dijo que no. La pasta desapareció hablando del tiempo, de Marsella, de Platini y de los inminentes mundiales de fútbol de México, y dado que yo no tenía ni idea de fútbol, fui enviado a preparar el café para todos. Cuando regresé con las primeras tazas, uno de los ayudantes de Tardi, un tipo calvo que se llamaba Pascal, acababa de preguntar a mi padre cómo habíamos decidido mudarnos allí.

Mi padre se limitó a bajar la cabeza afablemente.

—El señor Tardi me ha hecho la misma pregunta...

—No quería faltarle al respeto.

—Y no lo hace. Pronto está dicho... —Mi padre señaló con la mano el jardín que nos rodeaba, los cedros, el sonido de las olas y las cigarras—. Nos faltaban estos sonidos. Y no soportábamos más los de la ciudad: el jaleo de las calles, de la gente, del puerto...

El tipo calvo se tomó el café y se relajó contra el respaldo de su silla.

—¡Ah, claro! ¡Es lógico!

Otro de los hombres, que lucía un increíble bigote de manillar, añadió:

—¿En este pueblo hay diez coches, no, Oscar?

—Doce —respondió el tercero—. Si cuentas que el Citroën de Ezequiel vale por dos.

Todos rieron, y nosotros con ellos. Pero cuando volví con el segundo grupo de tacitas, todavía estaban con lo mismo.

—Probablemente lo que Pascal intentaba decir, señor Renard, es que un hotel necesita turistas... y aquí no es que vengan muchos...

—¿Y cómo conseguía mantenerlo a flote el señor Brent? —preguntó mi padre, un poco fastidiado por primera vez.

Los tres resoplaron.

—Solo Dios lo sabe.

—¿Verdad, Tardi?

—Bueno, pues nosotros haremos lo mismo —cortó mi padre.

—¿Cómo era? —intervino entonces mi madre.

Por un instante, el ambiente se enrareció, hasta que Tardi respondió:

—Muy suyo.

—¿Entendía de hoteles?

—¡Qué va! Antes de instalarse aquí era patrón de barcos de vela —respondió Tardi—. Así conoció a su mujer.

—¿Y de dónde venía? —preguntó mi madre.

—De Mallorca —respondió Pascal.

—¿Con ese apellido? ¿Brent?

—No. Trabajaba en Mallorca. Pero era alemán —aclaró Tardi lanzando una extraña mirada a Pascal.

—Así que un patrón de barco alemán —subrayó mi padre.

—Como Puschbach —comentó el hombre de los bigotes, Ferdinand.

Puschbach era el pescador cuyo funeral se había celebrado el día anterior.

—No, no era alemán —rebatió Pascal.

—¿Ah, no?

—Era austríaco.

—¡Qué va! Había nacido en Kiel.

—¿Y Kiel dónde está?

Hubo un momento de nerviosismo. Nadie lo sabía.

—De cualquier modo, Brent era alemán, de Hamburgo, señor Renard —dijo Ferdinand, limpiándose los bigotes con la servilleta—. Me lo dijo una vez viendo un partido en casa de Remi, el del Grand Concourse. Pasaron la publicidad de un *fast food* americano y él señaló la pantalla y exclamó: «¡Ladrones! Las hamburguesas las inventamos nosotros, en mi ciudad».

—¿Y qué hacía Brent en casa de Remi? —preguntó Pascal.

—Fue cuando su mujer acababa de largarse... —dijo Ferdinand, y bebió su último trago de vino—. Sin ánimo de ofender, señora, pero aquella no quería saber nada de trabajar en un hotel. Consuelo era un monumento de mujer, pero el trabajo lo hacía todo él.

Oscar Tardi carraspeó y Ferdinand dejó de hablar de golpe, como si acabase de engullir un topo muerto.

—De todas formas... —tomó la palabra de nuevo el señor Tardi—, lo pasado... pasado está, como siempre digo. Gracias por la comida, señora, estaba realmente muy buena. ¿Necesitan todavía ayuda para mover los muebles?



las cuatro, con las últimas mesillas colocadas, mi padre saludó finalmente a los hombres del pueblo, dio a Tardi el sobre con el dinero que habían acordado y se encendió un segundo cigarrillo del paquete que había encontrado entre el juego de cartas. Pocos minutos después, yo ya había abierto la portezuela del jardín y había llegado a la playa. Me dolían los hombros y tenía las piernas entumecidas, más de lo normal, y me limité a caminar por el borde del agua hacia el pueblo. A la altura del promontorio, un poco antes de los escollos, tropecé con un montón de ropa abandonada: una camiseta a rayas, unos vaqueros, ropa interior y un par de zapatillas de loneta blancas.

—¡Eh! ¡No toques nada! ¡Te estoy viendo! —me gritó una voz desde las olas, cuando me acerqué para verlo mejor.

Vi una cabecita negra, brillante, en medio del mar, y un escalofrío me recorrió la espalda solo con mirarla.

—¿Crees que es ella, Fabrice? —susurré.

La voz era de chica y los cabellos, negros y largos, parecían los de la muchacha que me había mirado fijamente durante nuestra breve aparición en el funeral del día anterior.

Empezó a nadar hacia la orilla. En cuanto la vi salir del agua me di la vuelta, como un soldadito de cuerda.

—¡Perdóname! —le dije—. No quería...

La oí correr sobre la arena, recuperar su ropa tras de mí y ponérsela directamente sobre la piel mojada. Yo estaba prácticamente paralizado.

—¿Estás haciendo guardia? —me preguntó.

—¿Cómo?

—¡Te he preguntado si haces guardia! Estás ahí, de pie, de espaldas: ¿estás bien?

—Perfectamente. Solo que no quería...

—¿Qué?

—Esto..., no imaginaba que...

—¿Nunca has visto a una chica desnuda?

—Tengo dos hermanas.

—¿Entonces?

—¿Está fría el agua?

—¿El 30 de mayo? Está fría en marzo. Ya está, puedes darte la vuelta.

—¿Cómo dices?

—Ya me he vestido.

Me di la vuelta prudentemente. Se estaba secando el cabello, y lo dejó caer salvajemente sobre los hombros.

—Eres el del funeral, ¿verdad?

—También tú.

—¿No deberías estar en la escuela?

—Me han hecho terminar antes.

—¿Te han suspendido?

Reí.

—No.

—¿Qué es lo que te hace gracia? ¿Eres un empollón?

—¿Esto es un interrogatorio?

—Puedes decidir no responder.

Le tendí una mano.

—Perdona. Ni siquiera me he presentado: Morice.

—Audrey. ¿Lo hacéis así en la ciudad?

—Que hacemos ¿qué?

—¿Siempre os disculpáis? «Perdona, no quería». «Perdona, no me he presentado». ¿De qué tienes que excusarte? Querer, querías. Y presentado, ya te has presentado.

Estrechaba mi mano con fuerza.

—Bienvenido a Dautremere.

—Gracias.

—¿De quién fue la idea?

—¿La idea?

—De venir aquí.

—¿Por qué todos nos hacéis la misma pregunta?

—¿Quizá porque somos isleños privados de imaginación?

Suspiré.

—No quería decir eso.

—Pero lo has dicho.

—No he dicho que seáis isleños sin imaginación.

—No. Eso lo he dicho yo.

—Lo decidió mi padre. La idea fue suya.

—Habría apostado a que fue así.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Hay que tener siempre un motivo para apostar por algo?

—No. Supongo que no, efectivamente.

Se sentó encima de una roca plana y se sacudió la arena de los dedos de los pies.

—¿Y lo de ir al funeral?

—Nos encontramos allí por casualidad.

—Pues os quedasteis un buen rato.

—Marcharnos nos parecía descortés.

—Ir al funeral de una persona que se conoce es un acto de cortesía. Si no, no.

—¿Tú lo conocías?

—Claro que lo conocía. Era un buen cliente.

—¿De qué?

—De anzuelos...

Me señaló una pequeña tienda al final del pueblo, justo antes del puerto.

—Mi madre y yo tenemos un pequeño negocio de artículos de pesca. Y una barca. Pero es un asco y mi padre dice que, antes o después, compraremos una como Dios manda.

—¿En serio? ¿Y sabes manejarla?

Río.

—¡Todo el mundo sabe manejar una barca!
—Supongo que he hecho una pregunta estúpida.
—La señorita Ivy dice que las preguntas estúpidas no existen.
—¿La señorita...?

—Es la maestra de primaria. La escuela está a cincuenta kilómetros. Por allí.

—Cincuenta kilómetros... —murmuré.

Mi escuela, en Marsella, estaba a dos calles de mi casa. ¿Cómo demonios se hacían cincuenta kilómetros?

Cuando volví a mirarla, me di cuenta de que Audrey me estaba observando de nuevo. Intenté fingir que no me daba cuenta. Pero no encontré nada inteligente que decir. Así que caminé un poco, hacia delante y hacia atrás.

—¿Qué te has hecho en la pierna? —me preguntó a continuación Audrey.

—Nada. Es solo que una es un poco más corta que la otra.

—¿Y cómo te la has acortado?

—Cuando nació usaron un fórceps. No sé si sabes lo que es.

—No sé si quiero saberlo.

—Una herramienta para sacarme. Teníamos que ser dos, pero... solamente salí yo. Y salí un poco mal.

—Lo siento. ¿Era un hermano o una hermana?

Fabrice, en mi interior, rio como hacía siempre que lo calificaban de chica.

—Hermano.

—¿Lo echas de menos?

No le dije que estaba allí, conmigo.

—De vez en cuando.

—¿Y qué haces cuando lo extrañas?

—Le hablo.

—Júralo.

Sabía que me estaba metiendo en un berenjenal.

—No quisiera que pensases que estoy loco.

—A mí me gustan los locos.

—No estoy loco.

—En cambio, yo sí.

—¿En serio?

—Ja, ja. Tocada, como la campana de Sainte-Denise, que dice mi madre.

—¿De verdad dice eso?

—Digo mentiras.

—Todos las decimos.

—Y también soy un poco peligrosa.

—Parece interesante.

—¿Te gusta el peligro?

—¿A quién no le gusta?

—Eres fuerte, Morice.

Finalmente, dejó de clavar sus ojos en mí, y en cuanto lo hizo, sentí que toda la energía que transportaban se disipaba. Me dio la espalda, mirando las casitas de Dautremere.

—¿Sabes guardar un secreto?

—Creo que sí.

—El muerto no estaba —dijo entonces Audrey, muy lentamente—. Puschbach.

—Pero si le hicieron un funeral...

Se dio la vuelta.

—El féretro estaba vacío.

Se me erizaron, uno a uno, todos los pelos del antebrazo. Y me esforcé para no dar un paso atrás.

—¿Entonces?

—Entonces no lo sé. Pero el difunto no estaba —continuó Audrey, y me miró de nuevo, con sus grandes ojos de color aguamarina y los cabellos lisos, ondeando al viento—. Y si no había muerto, tampoco hubo un funeral de verdad, ¿no es así?

—Imagino que sí.

Le había quedado una gota de agua de mar pegada al lóbulo de la oreja, que se desprendió y se rompió. Entonces le pregunté:

—¿Te echo una mano?

—¿Para qué?

—No lo sé. ¿Para encontrarlo?

Río.

—Ni siquiera me conoces, ¿y ya te ofreces a ayudarme a encontrar a un muerto?

—Quizá no está muerto.

—O quizá lo has matado tú.

—Sí. Y lo he escondido en el sótano del Napoleón.

Comencé a sentir calor.

—No lo creo —respondió—. Ya lo he mirado.

—¿Bromeas? ¿Cuándo?

—Anteayer.

—¿Y cómo conseguiste entrar? Estaba todo cerrado.

Ella se encogió de hombros.

—No fue tan fácil como imaginas.

Calor. Recordé las hojas secas en el suelo del vestíbulo, el viento que silbaba a través de la cortina de mi ventana, el señor Tardi que decía que todas las puertas estaban rotas, y me propuse mentalmente revisarlas una por una.

—¿Y entonces?

—Entonces, quizá no lo has matado tú y quizá sí te conviene ayudarme. ¿Nos vemos mañana?

—¿Dónde?

—¿A las cinco?

—¿De la tarde?

—¡Eres ridículo, Morice! —se burló ella, acercándose a mí hasta pasarme un dedo por la frente—. Y estás muy sudado. ¿Por qué no te das un baño?

—Puede que lo haga ahora.

No dijo nada más. Se marchó corriendo, sin darse la vuelta en ningún momento.

Me quité la ropa lentamente.

—¿A lo mejor sí está un poco loca, eh, Fabrice?

Me quedé en calzoncillos, al borde del agua, fastidiado por las gotas de sudor que me caían por los hombros, a lo largo de la espalda, en las piernas.

A la primera ola decente, sin ni siquiera pensarlo, me sumergí.

Se me cortó la respiración. Y descubrí que, como mínimo, Audrey había sido sincera cuando me había confesado que era peligrosa y decía mentiras.

El agua no estaba fría.

Estaba helada.

Contrariamente a lo que podría parecer y quizá también en contra de su propia voluntad, mis padres eran dos tipos muy pragmáticos. Cuando anuncié que a las cinco de la mañana siguiente me encontraría con una chica del pueblo, todo lo que mi padre me preguntó fue: «¿Tienes algún despertador que funcione?».

Me lo programó Mirabelle; no sé cómo, pero tenía un talento natural para este tipo de cosas. Y mientras lo hacía, yo me dirigí por el largo pasillo hasta el pequeño baño de detrás de la esquina, delante del estudio del señor Brent. Dentro había una pila, un espejo y una pequeña taza de váter, rodeada por un montón de viejos libros en alemán, incomprensibles y estropeados por el tiempo. Me lavé los dientes con el cepillo de Masters del Universo y me miré en el espejo un buen rato con la luz polvorienta de la única bombilla que colgaba del techo, intentando justificar una buena razón para el madrugón de la mañana siguiente. No conseguí darme ninguna respuesta convincente.

Como era de prever, Jenska llamó a la puerta.

—¿Morice? ¡Morice! ¿Qué haces aquí encerrado? ¿No tienes un baño en tu habitación?

Naturalmente que lo tenía, pero era mucho más divertido ocupar aquel, después de descubrir que ella no usaba el de su habitación porque tenía escarabajos.

Escupí el dentífrico tranquilamente en el lavabo, lo aclaré y, solo cuando sus protestas se convirtieron en exageradas, decidí abrirle la puerta.

—¿Te has traído algo para leer? Aquí solo hay libros en alemán.

—¡Yo leo alemán, imbécil! —me respondió empujándome fuera.

Volví a mi habitación dando una larga vuelta. Desde la habitación de mis padres se filtraba en el pasillo la cálida luz de las lamparillas de sus mesitas. Mi padre estaba leyendo el enésimo libro del agente OSS 117 y mi madre, *Matar a un ruiseñor* de Harper Lee. Mirabelle, en cambio, estaba ya durmiendo en su cama, con una de las aventuras de los Hardy Boys abierta sobre el estómago. No creo que le gustasen de verdad, sino que intentaba leerlas porque sabía que eran mis preferidas. Quién sabe cuántas veces le había explicado cómo los hermanos Hardy derrotaron a la banda del molino, o encontraron el tesoro de Applegate. Me esforcé en no hacer demasiado ruido, mientras buscaba algo que ponerme al día siguiente. Vaqueros, una camiseta de Asterix y un anorak me irían a la perfección. Los dejé en el suelo y me metí bajo las sábanas.

—¡Despertador a punto, señor! —dijo en aquel momento Mirabelle, dejándome al borde del infarto.

—¡Creía que estaba durmiendo, sargento Mirabelle!

—¡Nunca estando de servicio!

—¡Buenas noches, sargento!

—¡Buenas noches, señor!

Dimos unas cuantas vueltas entre las sábanas y, de repente, me preguntó:

—¿Morice...? ¿Vas a reunirte con la chica aquella del pelo negro mañana por la mañana?

Al sargento no se le escapaba nada.

—Se llama Audrey.

—Audrey. Es un nombre bonito.

Renuncié a encontrar una posición cómoda en la cama, me senté contra la almohada y permanecí concentrado en los variados tonos de la oscuridad de la habitación.

—¿Y por qué habéis quedado a las cinco?

—Esa es una información reservada, sargento.

Me di cuenta, por el modo en que se calló, de que le había sentado mal.

—Vamos a buscar a un malo —suavicé.

Sus sábanas crujieron.

—¿Qué tipo de malo?

—Un malo malo.

—¿Como los de la banda del molino?

—Como los de la banda del molino.

—¿Y no es peligroso?

—¿Tú no haces nunca cosas peligrosas?

Se quedó callada, pensando.

—Hoy he hecho una.

—¿Qué has hecho?

—¿Sabes el jardín? Hay dos cruces.

—Sí —le respondí sin escucharla verdaderamente.

No sé exactamente en qué pensaba. Mirabelle me explicó algo sobre sus descubrimientos, para después quedarse dormida justo en medio de una frase, como hacía a menudo, y yo permanecí no sé cuánto tiempo mirando fijamente la oscuridad. Veía a Audrey saliendo del agua. También si cerraba los ojos.

Y podía oír los latidos de mi corazón a través de la almohada, que sonaban fuertes, regulares, veloces.

Cuando por fin conseguí tranquilizarme, sonó el despertador.

Era todavía de noche, o al menos eso me pareció mientras me vestía. El Napoleón vibraba lentamente, con un ruido de agua y de resistencias eléctricas.

Bajé las escaleras de puntillas, me calcé los zapatos y atravesé el vestíbulo de mármol, espectral. Un rincón del comedor estaba cubierto de periódicos con los botes de pintura de colores preparados para el día siguiente. Salí prestando atención a no hacer ruido al cerrar la puerta, y el aire salado de la mañana me mordió las mejillas y los tobillos. Por el lado del mar no vi a nadie, así que me dirigí hacia la cancela. Mi padre había quitado las pieles de conejo.

Audrey ya estaba allí, montada en una bicicleta roja. Vestía unos pantalones cortos y una sudadera con capucha de la que solamente sobresalían algunos cabellos negros como el petróleo.

—Tenemos dos posibilidades —dijo a modo de saludo—. Podemos vigilar las dunas hasta Cabo Felice. O los acantilados, después del puerto. ¿Alguna preferencia?

—¿Los acantilados?

—Es lo que pensaba yo. No hay gran cosa que ver hacia Cabo Felice: corrientes demasiado fuertes. ¿Por qué iba a ir Puschbach hacia aquel lado?

Me miró.

—¿Tienes bici?

—Creo que no.

—Entonces tendré que llevarte de paquete. ¿Sabes sentarte sobre la barra?

No estaba seguro, pero tuve la sensación de que debía decir que sí. Le respondí que sí.

Audrey ladeó la bicicleta hacia el pueblo, de donde acababa de llegar, esperó a que me sentase atravesado sobre la barra y puso las manos sobre mis hombros.

—Funciona así, Morice: como yo soy más alta y fuerte que tú, pedalearé por los dos. Tú te ocuparás de girar con el manillar y frenar. ¿Está claro?

Sentía cómo sus cabellos me rozaban la cara.

—Clarísimo.

—Entonces, vamos.

El pueblo todavía estaba dormido, las ventanas oscuras, las calles húmedas de sombras. Pasamos de largo el campanario de Sainte-Denise y la pequeña tienda de útiles de pesca de los Focault, desde donde la calle giraba para adentrarse en el pueblo. Audrey aminoró la marcha solo un poco, pero la oí jadear, mientras empujaba con fuerza los pedales. Anduvo así durante diez minutos, apretando los dientes, sin ceder una sola vez, con los dedos plantados sobre mis costillas. Después, por fin, la pendiente se suavizó y el camino se convirtió en un falso plano, con una leve inclinación. Rodeamos un par de granjas con muros de piedra, de techos bajos y pequeñas ventanas para defenderse del viento, que había curvado los troncos de los árboles más altos. No se oía ni un solo ruido y me parecía estar pedaleando por la última calle que quedaba en el mundo. En un momento dado, Audrey me indicó que me metiera por un sendero que descendía hacia el mar. Giré a la izquierda, intenté zigzaguar entre las piedras, con Audrey que a cada viraje me agarraba fuertemente para no perder el equilibrio. El sendero se hacía cada vez más estrecho, corriendo entre cercados espinosos en el silencio de la madrugada, hasta un prado punteado de minúsculas flores sedosas que se extendía hasta donde alcanzaba la vista por todo el litoral.

—¡Para! —ordenó Audrey.

Apreté los frenos con todas mis fuerzas y las pastillas chirriaron sobre los círculos de las ruedas. Los fijé hasta que estuvimos completamente parados y cuando levanté la vista quedé deslumbrado por el brillo del mar. El gran prado terminaba casi delante de nosotros, con unos matojos de hierba saliendo del vacío, sobre unas rocas escarpadas.

—¡Yuju! —exclamó Audrey, apoyada completamente sobre mí—. Esto sí que ha sido una buena frenada.

Reía, divertida. Y yo consideré digno hacer lo mismo, aunque me temblaran las rodillas. Desmontamos. Había un sendero de tierra que bordeaba todo el acantilado, del que partían otros caminos como el que habíamos recorrido, unos hacia el interior y otros, en cambio, que se adentraban en las rocas.

Audrey empujó la bici hasta el primero de estos caminitos, la dejó caer en la hierba y se asomó a mirar abajo. El mar jugaba entre las rocas diez metros debajo de nosotros.

—Tanto da comenzar por el primero... Hay unos cuantos como este y Puschbach podría haber tomado cualquiera de ellos.

Asomándome junto a ella, descubrí que el acantilado no era exactamente pronunciado: el caminito se escalonaba en rellanos entre rocas y grava, salientes floridos o pendientes escarpadas, se escondía en rincones sibilantes o bajo rocas fracturadas por el viento. Nos sentamos con los pies colgando en el vacío y Audrey, indicándome el precipicio, me explicó que allí debajo había varias calas sombrías, invisibles si no se bajaba, que eran los lugares secretos desde los que los pescadores lanzaban al mar sus largos sedales.

Y entonces, bajamos.

De debajo de los pies nos brotaban piedras minúsculas, que rodaban quién sabe hacia dónde. Audrey se movía con ligereza, saltando por las rocas como una cabra montés, asiéndose a los salientes con naturalidad. Intenté imitarla y me agarré a una mata de pequeñas flores lilas, e intenté no gritar cuando me di cuenta de que los tallos estaban llenos de minúsculas espinas.

—¿Todo bien?

—Perfectamente.

Me enseñó cómo mantenerme abrazado a una gran roca, para poder pasar al otro lado, donde se oía el rugir de las olas sobre una playita de guijarros.

Audrey puso los brazos en jarras, mosqueada. Ni rastro del pescador, ni vivo ni muerto, por lo menos allí.

Yo, en cambio, dejé escapar un suspiro de alivio.

—¿Qué puedes contarme del señor Puschbach en cuestión?

—Era simpático. Silencioso y simpático. Y era viejo, pero parecía todavía más viejo... Tenía la cara llena de arrugas y los ojos..., no sé cómo describírtelos..., ¿cansados?

Nos calló una ola especialmente fuerte que batió sobre las rocas.

—Y, según tú, ¿qué ha podido sucederle?

—Que ha decidido marcharse. Se ha caído. O lo han matado.

—¿Y por qué iba alguien a matarlo?

—Es lo que estamos intentando descubrir, ¿no?

Dimos algunos pasos más todavía, inspeccionando la playa de guijarros.

—La víspera de marcharse, o caer, o ser asesinado, pasó por la tienda...

—¿Fuiste la última en verlo?

—No lo sé. Venía bastante a menudo a nuestra tienda, antes de salir de pesca...

El aire estaba lleno de gotas minúsculas. A la sombra de las rocas casi hacía frío.

—Quería cebos, anzuelos, pequeños corchos... Cosas normales. De vez en cuando rompía una caña y la cambiaba. Nada raro... —continuó Audrey—. Todos sabían que le gustaba pescar, que para hacerlo daba largos paseos por toda la costa, pero no se sabe hasta dónde llegaba, porque nadie se tomó nunca la molestia de seguirlo. Ya sabes cómo son los pescadores. Son muy supersticiosos, cada uno tiene su lugar secreto. No decir dónde has pescado forma parte del juego. Y no preguntar dónde van los demás es una especie de pacto de honor entre pescadores.

—¿Pescaba mucho?

—Sargos, alguna lubina. Hay también buenos peces limón aquí abajo. Una vez pescó un atún así de grande. Todavía me acuerdo de la cara que tenía. Dijo que era como en los viejos tiempos.

—¿Qué viejos tiempos?

—Supongo que se refería a cuando era joven. Cuando yo nací, hace once años, el señor Puschbach ya era uno de los viejos pescadores del pueblo. Estaba aquí desde siempre.

Audrey y yo teníamos la misma edad. Me guardé mucho de preguntarle en qué mes había nacido ni decir cualquier estupidez sobre el zodiaco. En cambio, dije:

—Un poco como Brent.

—¿Qué tiene que ver Brent?

—No lo sé. Ayer estuvieron hablando de él en la mesa los ayudantes de Tardi. Decían que habían muerto los dos alemanes del pueblo. Aunque uno de ellos igual era austríaco. ¿Tú sabes dónde está Kiel?

Audrey tenía la expresión de quien ni siquiera se lo estaba pensando.

—¿Tú no sabes cómo murió Brent, no?

La miré fijamente.

—No, ¿por qué? ¿Cómo murió?

Audrey esperó a la siguiente ola y dijo:

—¿No te lo han dicho?

—¿Qué?

—Se colgó de una lámpara del Napoleón. Lo encontró la señora Blandine.

Frío en la espalda. Mucho frío. No sabía nada. Absolutamente nada.

Audrey se mordió los labios.

—Lo siento. Quizá no debí...

—No, no. No pasa nada.

Ella dudó.

—¿Te impresiona?

—Un poco, sí. Ahora yo vivo en el Napoleón.

—¿Y...? Mi abuelo murió en mi cama. Y no me impresiona.

—Puede ser, pero no se colgó...

Audrey no dijo nada. Miró una última vez la entrada de la caverna que el mar había excavado en la roca y después hacia el sendero por el que habíamos bajado.

Teníamos que volver por allí.

—¿Eran amigos... Puschbach y Brent? —le pregunté solamente para volver a hablar.

—Se conocían. Pero eso es inevitable en un pueblo pequeño.

—¿Y crees que se conocían de antes?

Audrey se encogió de hombros. Todo lo que sabía era que Brent y su mujer habían comprado el Napoleón en 1975, porque fue el año en que ella nació. Y cuando le pregunté si había conocido a la famosa mujer de Brent, la que después de un tiempo al parecer se volvió a Mallorca porque «no quería saber nada de trabajar», me respondió rápidamente:

—Era muy guapa —y después añadió—: Se llamaba Consuelo.

Lanzó una piedra al agua y dijo:

—Volviendo a lo que te estaba contando de Puschbach, a la tienda... venía como todos los demás, pedía una cosa, la probaba, se la llevaba a crédito y pagaba una vez cada tanto. Teníamos una libreta con los créditos de todos. Es una cosa normal.

—¿Y...?

—Y entonces aquel día me dijo que no quería comprar nada, solamente pagar sus deudas. «Cuéntalo bien, Audrey», me pidió. «¿Estás segura de que está todo?». Eran treinta y ocho francos con cincuenta y tres. Y me pagó hasta el último céntimo sacando las monedas de una bolsita, una tras otra. Se entretuvo una infinidad de tiempo, pero le dejé hacer porque me pareció que para él era importante.

El agua me salpicó.

—¿Como si supiera que no iba a volver? —pregunté.

—Es exactamente lo que yo pensé después. Que se entretenía tanto porque no quería salir de la tienda. Porque sabía o se esperaba que le pasaría algo malo.

—¿No es más sencillo pensar que... decidió que ya había vivido bastante? ¿Como Brent? En mi opinión, aquí basta con tirarse por uno de estos acantilados.

—Por eso lo estamos buscando. Quizá las corrientes lo han traído aquí desde cualquier lado. Pero no lo creo. Brent no era una buena persona. Era huraño. Duro.

—Eso he oído decir.

—Puschbach, en cambio, no. Era reservado pero amable. Siempre se paraba a intercambiar unas palabras. No me parecía un tipo dispuesto a lanzarse al mar.

—¿Era rico?

—¡No!

—¿Jugaba?

—¿Puschbach? Qué va.

—Entonces solo nos queda encontrarlo —respondí.

Aunque después de tres días en el mar, más que encontrarlo, lo habríamos oído.

En cambio, todo lo que percibíamos era el olor del mar, de los mejillones agarrados a las rocas y de las algas secas al sol.

Han pasado más de treinta años desde aquella mañana, pero todavía pienso en nuestras conversaciones de aquellos días, mientras subíamos y bajábamos por los caminos del acantilado, preparando el momento en que nos tropezaríamos con el cuerpo de una persona muerta. Estábamos haciendo una investigación macabra y terrible y, sin embargo, yo me sentía eufórico y locamente vivo. Ni siquiera me dolía la pierna. Íbamos arriba y abajo como cabritas, sin parar nunca de hablar, ni un minuto. ¿De qué? De Marsella, de mis hermanas, de sus padres, de Dautremere, del Napoleón, del huraño señor Brent, de Oscar Tardi y de Pascal, Ferdinand, Grincourte. De Remi, el propietario del Grand Concourse, que tiraba la cerveza de maravilla, servía a todos copitas de anís con hielo, pero él no tocaba el alcohol. Fue aquella mañana cuando aquel «Dautremere-según-Audrey» me entró en la cabeza, en el corazón, y se convirtió también en mío, para no irse nunca más. Poco a poco el sol salió por detrás de nuestras espaldas y fue a fijarse exactamente en el centro del cielo, donde me parecía inamovible. A las diez hicimos el primer descanso largo, sentándonos a la sombra de una gran morera que después se convertiría en «nuestra» morera. Era un árbol sobrio y majestuoso, con las hojas de color plata oscura y las ramas grandes, curvadas por el viento. Estábamos sudados, con las uñas rotas y las rodillas peladas. Pero no me dolía nada. Audrey compartió conmigo su cantimplora de agua y su bocadillo de salami picante, que masticamos con fuerza notando la pimienta. A lo lejos, oíamos el repicar de las campanas de Sainte-Denise. El santo que recogió él mismo su cabeza cuando se la cortaron.

—¿Tú no vas a la escuela? —le pregunté de pronto, al escuchar las campanadas, que me hicieron recordar la hora del patio.

—No siempre.

Solo entonces me fijé en un par de cuadernos que asomaban de la mochila, y entendí el sentido de nuestra cita a las cinco de la mañana.

—¿Te has saltado las clases?

—Son los últimos días. Y tenía algo más importante que hacer.

—¿Tus padres lo saben?

—¿A ti qué te parece?

Audrey engulló un bocado demasiado grande y se golpeó el esternón para hacerlo pasar.

Reí.

—Mi madre está en la tienda y mi padre está en la circunscripción escribiendo papeluchos. Está a diez kilómetros de aquí. No hay peligro de encontrarlos.

—En la práctica, ahora soy tu cómplice.

—Tú te ofreciste.

—Quién lo hubiera dicho.

—¿Quién habría dicho qué?

—Nada. Eres la primera chica que conozco que hace novillos.

—Conoces a pocas, ¿eh?

Me sostuvo la mirada hasta que me vi obligado a bajarla, sin responderle.

—¿A qué hora te esperan en casa? —le pregunté.

Me indicó el camino por el que habíamos llegado.

—La escuela está en Partinello, a nueve kilómetros de los acantilados. Cosa que significa una hora en bicicleta para ir y otra para volver.

—¿Cada día?

—Comienzas a entenderme.

—¿Me estás diciendo que... tienes que hacer dos horas de bicicleta todos los días?

—Bienvenido a Dautremere, Morice. —Sonrió.

Me dejé caer en la hierba, con las manos entrelazadas en la nuca.

—¡No es posible! ¡Qué lata! Yo tardaba cinco minutos en Marsella.

—Pero no tenías esto —me respondió. Estaba mirando el mar.

—Sí que lo tenía —protesté.

—No era lo mismo.

Tenía razón, naturalmente: no era lo mismo. A pesar de que entonces aún no sabía por qué.

Por la noche a duras penas podía mantener los ojos abiertos. Me subían pinchazos de dolor por las piernas, en oleadas, como si las hubiese metido en un zarzal.

Mi madre iba con los platos de sopa de aquí para allá entre la cocina y la nueva mesa del comedor, que, por otra parte, era la vieja y redonda mesa de Marsella colocada delante de la pérgola, con vistas al mar. Mirabelle tenía el suyo propio, que llevaba concentrada, intentando que no se le cayera ni una gota.

Había un considerable olor a barniz fresco y mi padre tenía el pelo salpicado de verde. Medio comedor lucía un bonito color esmeralda, que brillaba con la luz del atardecer. Era un color bonito y se lo dije.

—Mañana por la mañana nada de irte por ahí, ¿de acuerdo? —replicó mi padre—. Hay que dar la segunda mano de pintura al comedor y empezar el pasillo...

Ahogué en la sopa un par de picatostes con ajo.

—Mañana vendrá el señor de las luces...

—Se llama electricista, mamá —puntualizó Jenska.

—Que es también el fontanero —terminó mi madre, consiguiendo sentarse por fin—. ¿Qué tal? ¿Es simpática tu amiga?

—¡Oh, sí! Mucho. Ha sido rotundamente...

¿Emocionante? ¿Impresionante?

—... Interesante —dije al fin—. Realmente muy interesante. También he descubierto un montón de cosas sobre el Napoleón y sobre su antiguo propietario, Günther Brent.

Lo dije a propósito y vi cómo mi padre enderezaba la espalda, preocupado, por lo que deduje que sabía perfectamente que se había ahorcado.

—Tenía dos perros —terminé, tranquilizándolo.

—¡Yo también los quiero! —exclamó Mirabelle, que los pedía cada Navidad desde que había cumplido los cuatro años.

—¿Qué perros tenía?

—No lo sé.

—Tendría dos pastores alemanes —susurró Jenska, en uno de sus raros momentos de ironía.

Éramos bastante buenos hablando en la mesa, en el sentido de que lo hacíamos a menudo y nos contábamos muchas cosas. Esto se lo agradeceré siempre a mis padres. Pero aquella noche, en mitad de la sopa y de nuestras charlas, repentinamente sonó el teléfono. Nos miramos, perplejos: no esperábamos llamadas y ni siquiera sabíamos que teníamos un teléfono. Entonces no había móviles y, sea como sea, nosotros no teníamos ningún pariente que hubiera podido llamarnos para tener noticias nuestras, aparte, quizá, de la hermana de mi padre, que vivía en Grasse, hacía perfumes y no mantenía una buena relación con nosotros. Pero el teléfono sonaba y no parecía querer dejar de hacerlo, así que nos levantamos todos de la mesa para buscarlo. Lo encontró Jenska en un rincón de la estancia, dentro de la recepción, escondido por una montaña de viejas revistas de enigmas y mística, que el señor Brent había compilado minuciosamente.

—¡Responde! —le ordenó mi madre.

—¿Y qué digo?

—Sí, ¿diga? —le sugerí.

Jenska levantó el auricular y dijo:

—Sí, ¿diga? Hotel Napoleón, buenas noches...

Permaneció callada un momento, con la cabeza inclinada hacia el hombro izquierdo y la mirada hacia arriba, en la dirección opuesta. Sus cejas subían y bajaban.

—*Nein. Nein. Leider haben wir noch nicht auf... wissen Sie, wir haben jetzt neue Besitzer...* —dijo Jenska, mientras los demás intercambiábamos miradas perplejas. Después, mi hermana, dudó —. *Ja... ich verstehe... klar. Freunde von Herrn Brent. Ja, sicher, ich werde meine Eltern informieren... ich meine... den neuen Besitzer informieren. Ja, ja, okay, auf Wiederhören.*

Y colgó.

Volvió a dejar el teléfono en su sitio.

Rodeó el mueble.

Volvió a la mesa.

—¿Y bien? —le preguntó mi padre—. ¿Quién era?

—No lo sé. Me han preguntado si teníamos abierto...

—¿Y tú qué has respondido? —preguntó mi madre.

—Que está cerrado. Pero no me han creído.

—¿Qué quieres decir?

Jenska se sentó.

—Lo que he dicho. Me habéis oído, ¿no? Le he dicho que hemos cambiado la gestión y que todavía no hemos abierto, pero ella...

—¿Ella, quién?

—No lo sé. Una mujer. —Jenska se inclinó sobre su plato y sorbió una cucharada de sopa —. Me ha explicado la situación. Que son muy amigos del señor Brent, mejor no..., no muy amigos, pero... ha dicho... «*Gewohnheit kunden...*», un cliente habitual.

—*Gewohnheit kunden* —repetí mientras me sentaba.

—¿Y qué más? —insistía mi madre.

Jenska dejó la cuchara junto al plato. La miró, miró a mi padre, y añadió:

—Pues que llegan mañana.

—¿¡Perdona...! —exclamó mi padre.

—Esta noche están en Livorno y embarcarán mañana, como acordaron con el señor Brent.

—¡Pero el señor Brent murió hace más de un año! —exclamó mi madre, mirando a mi padre.

—Quizá no lo saben. Me han dicho que lo confirmaron el año pasado, como todos los años.

—¿Jorge Dominique? —susurró mi madre, recurriendo al famoso nombre compuesto de mi padre.

Pero, esta vez, también él estaba atónito y no decía nada.

—Por favor —siguió mi madre—, debemos hacer algo.

Mi padre continuaba sin decir una palabra, absorto en sus pensamientos. Mi madre se levantó de la mesa y Jenska continuó sorbiendo su sopa, como si gozase de haber provocado aquel momento de pánico.

—¡Qué bien! —exclamó en cambio Mirabelle—. ¡Llegan nuestros primeros clientes! ¡Mamá, papá! ¡Todavía no hemos abierto y ya llegan los primeros clientes!

Mi madre había desaparecido hacia la cocina, donde empezó a moverse ruidosamente, como si en lugar de cacharros y cubiertos estuviera ordenando una armería.

Mi padre permaneció en la mesa todavía unos veinte segundos, después se limpió rápidamente los labios con la punta de la servilleta, la apelotonó encima de la mesa y fue tras

ella.

Blandine Barthez era una señora corpulenta, con pocos dientes y escaso cabello sujeto en un moño sobre la nuca. Vestía una gigantesca camiseta de Bambi y calzaba zuecos de madera, lo que le conferían un no sé qué fantástico, porque parecía salida de un bosque como el de Hänsel y Gretel. Mi padre la había llamado con urgencia para que nos ayudase a arreglar un par de habitaciones, por si esos huéspedes fantasma se presentaban de repente, dado que ella había sido siempre la encargada de la limpieza del Napoleón; además de quien había encontrado al señor Brent ahorcado. Aunque aquel día no se lo mencioné.

A pesar de su ayuda, mi madre estaba furiosa. Mi padre, por su parte, había ido al pueblo a ver al alcalde Ezequiel Focault, el padre de Audrey, para comprobar si existían otros documentos del hotel, además de los ya recibidos, y descubrir si había más reservas para aquel verano de las que no sabíamos nada.

Interrogada sobre la identidad de la mujer que había llamado, una mujer que hablaba alemán, la señora Blandine respondió que tenía una vaga idea de quién podía ser.

—Había un hermano y una hermana, creo que sí..., esos dos... —dijo—. Vinieron también el año pasado.

La señora Blandine agarró un colchón y le dio la vuelta con un único movimiento, empujando al tiempo el somier en el rincón con un par de hábiles patadas. Daba la impresión de conocer a fondo todas aquellas habitaciones y de no tenerles ningún cariño.

—¿Puedo preguntarle por qué ha dicho «esos dos» con ese tono? —intentó provocarla mi madre.

La mujer se mantuvo callada durante una infinidad de tiempo. Salió de la habitación, se dirigió a un armario gigantesco, lo abrió, susurró algo para sí, y se hizo con cuatro juegos de sábanas planchadas.

Me las dio todas a mí porque, curioso, la iba siguiendo por todas partes. Tomó la de arriba de mis brazos, la olió, decidió que podía usarla. Y regresó a la habitación.

Estábamos preparando para los huéspedes dos habitaciones del segundo piso, más o menos encima de las nuestras, por la vista que ofrecían.

Extendió las sábanas, colocó la primera esquina bajo el colchón y solamente entonces respondió a mi madre. No me pareció que la hubiera hecho esperar para hacerla sufrir, sino más bien porque no era capaz de hacer dos cosas a la vez. Y debía de haber decidido que las camas iban antes que las respuestas.

—Pues porque nunca he entendido qué vienen a hacer junto al mar esos dos. Sobre todo él, ¿sabe? Con esa piel tan blanca, que le ves las venas de debajo, y los ojos tan claros, que parece que se le hayan descolorido con el invierno. Se apellidan Zar, Var... ¡Charr! Algo por el estilo. ¿Y en cuanto a amigos del capitán? Yo les oía soltarse palabrotas, pero quizá en Alemania hablan así.

Se carcajeó.

—¿Y venían todos los años? —preguntó mi madre.

—Desde hace dos años, si no me equivoco. Sí. El primer año no se quedaron. Y después el siguiente sí, como le he dicho. Poco antes de que el capitán..., bueno, ya me entiende...

La señora Blandine señaló la lámpara del techo, esperando que mi madre, y solo mi madre, la entendiese.

Mi madre suspiró.

—Pero ¿cómo es posible que no supiéramos nada? No hay ningún registro de las reservas,

ni una agenda, ni una relación de clientes...

—Pues el capitán Brent la tenía —apuntó la señora Blandine—. Era muy meticuroso. Lo revisaba todo continuamente.

—¿Por qué lo llama capitán? —le pregunté yo.

—Porque lo era, ¿no? —La señora Blandine me miró—. De barco. Pero después se mutiló la mano en un accidente con la cuerda de una vela...

La señora Blandine se agarró la mano derecha con la otra y se la apretó, torciéndola, con los ojos muy abiertos.

—¿Le faltaban los dedos de la mano?

—¡Morice! ¡Por favor! —exclamó mi madre.

La señora Blandine me sonrió, muy satisfecha. Evidentemente disfrutaba poniendo algo de sadismo al hablar de aquel suceso. Acabó de arreglar la cama de la primera habitación y pasó a la segunda.

—Fue por el accidente de la mano por lo que el capitán se vino a Dautremere —chapurreó terminando la explicación—. No se puede gobernar una barca de vela con una sola mano. ¡Ah..., mire qué suerte! Las habitaciones todavía están frescas, ¿verdad, señora?

Sin demasiados miramientos, abrió la ventana que daba al jardín y lo miró con el ceño fruncido, como si tuvieran cuentas pendientes.

—Sea como sea, como le decía, mejor prepararles dos habitaciones... Esos no son como nosotros. Yo dormía con mis hermanas, todas juntas en la misma habitación, por lo menos hasta que mi hermana tuvo su propia casa. Y después la pobrecita se murió. Lo de que no lo supiesen sí que es raro.

—¿Sabe si hay alguien que pudiera decirnos alguna cosa más? —preguntó mi madre.

—¡Uf, no! No. No. El capitán nunca hablaba de sus clientes. Tenía su libreta, y tendría todos los defectos del mundo, pero era preciso como las campanadas de Nochevieja.

—¿Y cómo era? —le pregunté yo.

—¿Cómo dices, hijo?

—La libreta del señor Brent. ¿Cómo era? ¿Negra, roja, pequeña, grande?

—Era un cuadernito negro así de grande —respondió la señora Blandine con una mueca de fastidio—. El capitán lo llevaba siempre encima..., en el bolsillo de la chaqueta.

—Quizá todavía esté por ahí..., solo que nosotros no lo hemos buscado... —dijo mi madre.

—¡Voy yo! —propuse.

—Después de todo, aquí ha quedado todo tal cual estaba, ¿verdad, señora Blandine? —continuó mi madre.

—Debería, señora, debería... —Y se santiguó con rapidez—. Pero quién sabe, después de más de un año, adónde han ido a parar las cosas pequeñas.

—¡Voy a buscar en su habitación! —dije.

Y eso hice sin esperar respuesta, mientras todavía hablaban entre ellas.

La habitación del capitán Brent tenía un olor extraño que me recordó el túnel de Rove, en Marsella, donde una vez me había llevado mi padre. Sería uno de los canales más largos, pero estaba abandonado desde hacía veinte años. Quizá era aquello lo que yo sentía: el olor del abandono, con unas gotas de colonia. El interruptor de la luz se encontraba a la izquierda de la puerta. Lo pulsé, porque a través de la persiana cerrada no entraba ni un rayo de sol. Era una habitación como las demás, excepto por el armario, que era mucho más grande. En la mesilla había una pequeña foto enmarcada de un hombre con entradas, el pelo cortísimo y la barba bien afeitada, abrazado a una mujer de largos cabellos negros.

—Aquí están, Fabrice... —susurré a mi hermano.

El capitán Brent y Consuelo. Una pareja extraña. Brent tenía la cara cuadrada y el cuello macizo, los ojos inexpresivos y los labios casi inexistentes. Consuelo, en cambio, reía abiertamente.

—Justo, Fabrice. Tiene que ser la izquierda... —deduje, dado que la mano derecha del capitán era perfectamente visible sobre el hombro de ella.

Abrí los armarios, empezando por la puerta izquierda y me di cuenta de que contenían todavía muchos vestidos de Consuelo.

Estaban alineados uno al lado del otro, dentro de bolsas de plástico transparentes, decididamente lúgubres. En el otro lado estaba la ropa de Brent: una decena de pantalones y cinco o seis chaquetas de tela áspera, ordenadas por colores, de la más clara a la más oscura. En los estantes había algunos jerséis. Y la ropa interior, en los cajones más bajos. Metí la mano en los bolsillos, siguiendo la sugerencia de la señora Blandine, pero no encontré nada. Para asegurarme, miré los pantalones, sin encontrar rastro de ninguna libreta. Nunca había repasado tantos bolsillos de pantalón sin encontrar siquiera un papel olvidado. Valoré la

idea de revisar también los vestidos de Consuelo, pero

la idea de tener que abrir todas aquellas bolsas de plástico me echó hacia atrás.

Salí de la habitación y entré en el estudio del capitán. Una habitación estrecha y larga en la parte de atrás del hotel, con dos ventanas que daban a las dunas. Entre las dos ventanas había un viejo escritorio, con un sillón que quedaba de espaldas a la puerta, orientado de cara al exterior. Evidentemente, debía de gustarle más la vista de la arena que la del mar. Del techo colgaba un ventilador al que le faltaba un aspa; en las paredes había un par de vistas locales enmarcadas en dorado. Había un archivador metálico con algunos adornos encima (como una jarra de cerveza del Grand Concourse, Primer Premio, 1982) y una librería coja con tres filas de libros apilados unos sobre los otros. Comencé por los cajones del escritorio y después pasé a los estantes: había alguna novela, Conrad, Wilbur Smith, O'Brian, un voluminoso *Moby Dick* que parecía casi nuevo y una gran cantidad de biografías. Todas en alemán. *Laurence de Arabia* de John Mack, *Carlos XII* de Voltaire, *Alejandro Magno* de Droysen, *Metternich* de Herman, *Bismarck* y *Napoleón* de Ludwig, *Bolívar* de Salvador de Madariaga y un estuche de cuatro libros, como cuadernos, en el que faltaba uno. Saqué otro para comprobar qué era; vi dentro la fotografía de un soldado, leí el nombre de Erwin Rommel y volví a colocarlo en su sitio porque no era aquello lo que estaba buscando. No encontré nada más, ni siquiera en el archivador, aparte de un lápiz negro que rodó lentamente hacia mí cuando abrí el cajón. No sé por qué, pero me hizo estremecer. Lo miré sin atreverme a tocarlo: un Faber-Castell

negro, del número dos; volví a cerrar lentamente el cajón para que no rodase de nuevo.

Iba a salir del estudio para comunicar que allí no había rastro de ningún cuaderno negro cuando oí un ruido en el pasillo.

Justo delante de la puerta del estudio.

—¿Jenska? —pregunté, puesto que el estudio estaba delante de su baño favorito.

Noté cómo Fabrice me pellizcaba la nuca.

—Jenska, ¿eres tú? —repetí, acercándome mucho más a la puerta.

La abrí y me encontré frente a la señora Blandine. Ocupaba todo el pasillo, con los brazos anchos, los dientes torcidos y los cabellos escasos, que parecían estar a punto de caérsele uno tras otro.

—No quería asustarte, hijo —dijo.

Sin embargo, parecía que hubiese pretendido hacer precisamente eso.

—Parece increíble, ¿verdad? —continuó, mirando hacia el estudio a mis espaldas—. De lo más increíble. La vida es extraña. Primero el capitán. Y ahora Puschbach.

El pellizco de Fabrice se convirtió en una especie de taladro en mi cuello. ¿Qué estaba diciendo la señora Blandine?

Continuaba mirando dentro del estudio, como si estuviese buscando algo que ya no estaba.

—Se pasaba horas sentado aquí, mirando la arena, leyendo en el sillón. A saber para qué tenía que leer tanto. Son siempre las mismas palabras, digo yo. Siempre las mismas letras. ¿Qué tendrán para que sean tan interesantes? Pero a él le gustaba, increíble... —continuó la señora Blandine, hablando cada vez más despacio—. Su mujer no soportaba esta habitación. No entraba nunca. Ni siquiera yo, a decir verdad. No entraba nadie, excepto Puschbach de vez en cuando.

—¿Puschbach? —casi chillé.

Entonces, ¿tenía yo razón? ¿Él y el capitán eran amigos?

La expresión de la señora Blandine pareció fundirse: primero se le derritieron las cejas, después le bajó la boca y, finalmente, el resto del rostro adquirió una expresión dolorosa.

—¡Oh, pobre señor Puschbach! Pobre señor Puschbach. Irse así, sin ni siquiera una palabra...

—¿Fue usted quien encontró al capitán Brent, no?

Los ojos de Blandine, de repente, se encendieron.

—Ay, sí —dijo lentamente.

Los plantó en los míos.

—Todavía se movía, ¿sabes?

Tragué saliva.

—Pero solo era el viento. Había dejado abiertas todas las ventanas, por el olor, pienso yo. No quería que oliera.

Intenté humedecerme los labios, pero tenía miedo de sacar la lengua.

—Se había vestido muy elegante, como un auténtico capitán —añadió la señora Blandine—. Se había recortado la barba y las uñas. Y le brillaban los zapatos. Pero... —Se pasó una mano por el cuello—. La cuerda, aquí y aquí, se le había clavado. Estaba todo negro.

Mientras hablaba, la señora Blandine se había inclinado sobre mí. Tanto que podía sentir su aliento en mi cara.

—Eh..., eh..., ¿y Puschbach? —conseguí preguntarle.

Permaneció un instante con el dedo apoyado en el cuello; después se enderezó y volvió a

adoptar una expresión de dolor.

—¡Oh, pobre señor Puschbach! ¡Esta tarde me toca poner orden entre las cosas que dejó en mi casa!

«Un momento, un momento», me dije.

—¿Vivían ustedes juntos?

—¿Cómo dices? Oh, no, no, ¿qué has entendido? —Rio la señora Blandine—. Mi casa porque era la casa de mi hermana. Se la alquilé cuando él llegó al pueblo y mi hermana murió. ¿Qué puedo decir? A veces pienso que esa casa no trae más que desgracias, porque ya han muerto dos personas en menos de veinte años, pero después me digo: «Blandine, así es la vida». A menos que uno pase el tiempo viajando, en casa se vive y se muere. Así funciona, nos guste o no, ¿verdad, chaval?

No sabía si me gustaba o no. Yo apretaba el marco de la puerta con tanta fuerza que podría haberlo arrancado y cuando me di cuenta me pregunté qué era exactamente lo que me asustaba tanto: si ella, la casa, o todo lo demás.

—¿Y va a ir hoy a ordenar esas cosas? —le pregunté.

Dautremere era un pueblo realmente pequeño y todas las casas eran graciosas a su manera, pero había algo en aquellos callejones que me producía una sensación extraña. Me sentía al mismo tiempo observado y abandonado en el lugar más remoto del mundo. Un poco como en esas películas en las que el protagonista sospecha que le están siguiendo (y tú sabes que le siguen), pero se gira continuamente y nunca ve a nadie. Las ventanas no estaban ni abiertas ni cerradas. Las puertas no estaban exactamente atrancadas, pero tampoco podías entrar en casa de alguien sin que tuvieran que abrirte.

Era una especie de sentimiento de ser ajeno a algo, de rechazo, de distancia lo que me obligaba a pensar más de lo necesario en lo que estaba haciendo y en el modo en que lo hacía.

Y a tropezar.

Creo que tropecé más en Dautremere durante aquella última semana de mayo que en todo el año anterior.

Tropecé también delante de la tienda de los Focault y me agarré al pomo para no caerme. Al lado de la puerta había dos cestos con cañas de pescar y sedales y una bandera colocada sobre una red extendida a lo ancho. La puerta se abrió golpeando una campanilla y me topé de frente con un mascarón de proa, suspendido de las vigas del techo con dos cadenas de ancla.

—¡Morice! ¿Qué haces, aquí?

Audrey estaba sentada tras un gran mostrador de madera, con una revista sobre las rodillas. La tienda era una especie de antro oscuro que olía a sal, con ganchos para impermeables, botas y cubos de latón por todas partes. Había arpones puntiagudos y tridentes metidos en soportes, redes y boyas. El suelo crujía como una tableta de chocolate con avellanas.

—Blandine acaba de ir a casa de Puschbach. Y nos espera —le dije—. He pensado que..., quiero decir que... podría ser útil para nuestra investigación.

Se le iluminaron los ojos.

—Yo también he descubierto una cosa... —me confesó mientras bajaba del taburete—. Espérame afuera..., voy enseguida.

La oí correr la cortina de la trastienda y anunciar que salía un rato.

Poco después nos dirigíamos a la casa donde, durante los últimos veinte años, había vivido Puschbach.

—Lo que he descubierto —me contó Audrey— es que hace una semana Puschbach encargó cinco kilos de bolas de naftalina.

—¿Es mucho? —pregunté.

—¡Claro que es mucho! O tienes miles de armarios llenos de polillas..., o bien... ¿Para qué sirve la naftalina?

No se me ocurrió nada. Mientras tanto, habíamos llegado.

Era la última casa a la izquierda de la calle del Grand Concourse, al otro lado de la plaza. Con dos pisos de altura, las ventanas cuadradas y el tejado a dos aguas, tenía la fachada recubierta por hiedra.

—¿Le has dicho que yo también vendría? —me preguntó Audrey.

—Sí.

—¿Y cómo la has convencido para que nos deje entrar en la casa?

—Oh, no ha sido tan difícil.

Llamé a la puerta. Entramos.

—Hola, chicos... —Nos salió al encuentro la señora Blandine, pasándonos trapos y cubos—. Qué amables sois ayudándome con esto tan desagradable. Nadie ayuda nunca a la pobre Blandine, nadie. Cuanto menos esté en esta casa, mejor. ¡Me entristezco solo con mirar a mi alrededor! Aquella mesa era de mi hermana, pobrecita. ¡Y también los platos! Venga, venga, chicos, ayudadme un poco y luego nos iremos al bar de Remi a tomar una limonada. ¿Os gusta la limonada? A ti sí, ¿verdad, Audrey? ¿Cómo está tu padre? Bien. Me alegro.

Y se marchó al piso de arriba.

La casa estaba ordenadísima, casi brillaba. En el recibidor había una mesa con cuatro sillas y dos montones de documentos en el centro exacto de una estantería, con dos pesos de plomo encima, de esos que se ponen en las redes para hundirlas en el mar.

El primero eran facturas y recibos.

El segundo, en cambio, parecía un montón de documentos personales.

—Mira esto... —le susurré a Audrey—. Thilo Puschbach..., nacido en Kiel el 17 de noviembre de 1903...

Dejé el documento encima de la pila y miré el de debajo.

—¿Qué es?

—Está en alemán... —respondí—. Necesitaríamos a mi hermana, pero...

La señora Blandine nos llamó entonces.

—Yo diría que es una especie de diploma escolar.

Apoyé el dedo sobre una amenazadora águila imperial que sobresalía en un documento ciclostilado y una serie de caracteres góticos trazados a mano con lápiz negro.

—Parece una nave —dijo Audrey.

—Podría ser. Tipo de una academia naval.

—¡Chicos! ¿Podéis subir a ayudarme? —volvió a llamarnos la señora Blandine desde lo alto de la escalera.

Aún tuve tiempo de echar un vistazo a un tercer folio, una carta escrita a mano con una caligrafía muy inclinada, torcida, como si el autor hubiese tenido que escribirla contra el viento, antes de seguir a Audrey escaleras arriba.

Lo cierto era que no había demasiado que ordenar: los dos dormitorios estaban perfectos, con la cama hecha. El baño, limpio. La cocina, con platos, vasos y cubiertos en su sitio. Al lado del fregadero había un servicio ya seco: un plato hondo, un cuchillo y un vaso. La nevera estaba de-senchufada, vacía y limpia. Ni una corteza de queso.

—¡Pobre señor Puschbach! ¡Pobre señor Puschbach! —sollozaba la señora Blandine—. ¿Por qué tenía que irse de este modo?

—Y sobre todo... ¿dónde? —me susurró Audrey, con aire de misterio.

La plancha estaba sobre la tabla de planchar, con dos camisas perfectamente planchadas. También las pocas piezas de ropa del armario parecían almidonadas.

—¡Lo planchó todo, incluso la ropa interior! —observó la señora Blandine.

«Y dejó sus documentos sobre la mesa», añadí para mí.

Aquella casa no parecía solamente ordenada o triste. No había en ella ninguna intimidad. A excepción de un cesto en la entrada con cañas de pescar, no vi ningún objeto personal, un recuerdo, una foto. Era como si, en el transcurso de veinte años, Thilo Puschbach no hubiese añadido ni una coma a la casa de la hermana de la señora Blandine. Ni cambiado ni reorganizado las habitaciones. Como si hubiese estado en un hotel en lugar de en su casa.

Increíble, si pensaba en lo que había llegado yo a acumular en nuestro piso de Marsella, y lo mismo mis padres, Jenska, o hasta Mirabelle con sus peluches. Por lo que quedaba en aquella casa, en cambio, se diría que el señor Thilo Puschbach no había leído nunca un libro, ni ojeado una revista, ni escuchado un disco ni comprado un jarrón. Como si su vida hubiera transcurrido sin dejar huellas. Quizá era esto lo que hacían los marineros: se acostumbraban a no conservar nada, sabiendo que bastaba una ola para perderlo todo. A mi padre le gustaba recordar que, en el dialecto genovés, otra gente de mar, como la de Amberes o Marsella, usaba una misma palabra para *el mar* y para *el mal: o mä*.

En resumen: pasamos casi dos horas en aquella casa sin encontrar nada de nada. Y solamente cuando oímos llamar a la puerta, se rompió el encantamiento en que nos encontrábamos.

—¡A lo mejor es Remi! —exclamó entonces la señora Blandine—. Le pedí que viniera por si necesitaba su ayuda para mover muebles...

Fui a abrir yo y me encontré delante de un gigante de piel oscura con los cabellos repartidos en un centenar de pequeñas trenzas.

—¡Eh! —me saludó el propietario del Grand Concourse—. Tú debes de ser el nuevo.

Me retiré lo suficiente como para que pudiera entrar, aunque Remi pareció quedar encajado bajo el techo no muy alto del recibidor.

—¡Oh, Remi! ¡Menos mal que has venido! —lo saludó la señora Blandine—. ¡Mira qué desastre!

—Audrey... —saludó él mientras tanto, recibiendo a cambio una leve sonrisa.

—¿Desastre? ¡A mí me parece todo perfecto, Blandine!

—¡Sí, sí! Está todo perfecto, exactamente como se lo había dejado... ¡Pobre señor Puschbach! ¡Hacía veinte años que vivía aquí y es como si no lo hubiera hecho nunca! ¡Como si no lo hubiera hecho nunca!

Y en aquel momento, se echó a llorar.

El Audi 80 verde manzana con matrícula de Cloppenburg estaba aparcado delante del cobertizo, bajo los cedros seculares. En las ventanillas tenía unas horribles cortinillas para protegerse del sol. Y desde el cristal trasero se veía un perro de plástico cuya cabeza se movía constantemente y que solamente muchos años después aprendí a llamar *wackeldackel*.

—Parece que han llegado los huéspedes... —susurré a Fabrice, mientras me acercaba a la verja de entrada.

Los oí hablar animadamente: mi padre, mi madre y otras dos personas.

—... Embarazoso también para nosotros... —estaba diciendo mi madre—. No sabíamos nada de su reserva.

—¡Y nosotros no teníamos ni idea de que Günther hubiera muerto! ¡Nadie nos avisó! —replicó la mujer que tenía delante. Era alta, agresiva, con el pelo negro cortado en forma de casco—. Ni una llamada, nada. ¿Cómo podíamos imaginarlo?

—No era una persona que enviase felicitaciones de Navidad —añadió el que debía de ser el hermano; todavía más alto que ella, con el pelo rubio muy corto y un jersey negro ajustado que remarcaba su físico de deportista.

—Es realmente una triste coincidencia, muy triste, pero... —intervino mi padre, gesticulando— el hotel, como pueden ver, está en mal estado. Ha permanecido cerrado durante meses y nosotros, literalmente, acabamos de llegar.

—¿Y por qué no nos lo dijeron anoche cuando llamamos, antes de que tomásemos el ferri? —preguntó el hombre, molesto. Su acento era fuerte, marcado. Las consonantes decididas. La erre afilada.

—Creo que mi hija lo intentó, y ya les he pedido excusas —respondió mi padre—. ¡No nos lo podíamos ni imaginar! Solamente le digo que ni sabíamos que teníamos teléfono.

—Y ahora, Walter —exclamó la mujer—, ¿qué hacemos? ¿Regresar a Alemania después de pegarnos todo este viaje?

De repente, mi padre levantó las manos.

—¡Naturalmente que no! Los alojaremos encantados aquí durante un par de noches, si quieren, para que puedan buscar un alojamiento mejor..., pero no como clientes.

Los dos hermanos intercambiaron una profunda mirada.

—Es muy amable por su parte, señor Renard.

—Mucho.

—¿Tú qué dices, Walter?

El hombre parecía incómodo.

—Le diría que no, señor Renard, pero el camino hasta el pueblo vecino es tan largo, y no tengo ni idea de si hay un hotel, así que...

—No se hable más —zanjó mi padre.

—Aceptamos, pues.

—Pero solo por esta noche. Bueno, y quizá mañana.

—¿Puedo ayudarles con las maletas? —preguntó mi padre.

—No, gracias —respondió Walter—. Es una tontería subirlas todas. Con esta nos bastará.

Fue entonces cuando me descubrieron al lado del Audi 80.

—¡Mira quién está aquí: Morice! ¡Ven! ¡Te presento a nuestros desafortunados huéspedes!

El apretón de manos de la mujer fue fuerte y vigoroso. Se llamaba Karin Tscharr y me dijo:
—Tú debes de ser el famoso hermano mediano...

—¿Por qué *famoso*?

—Tu padre nos ha explicado que eres un aspirante a radioaficionado.

—Ah, sí —me protegí—. Me gusta mucho. Y me gusta grabar los sonidos de las cosas.

—¿Y sabes usar el ordenador?

—Un poco, sí.

El apretón de manos del hermano fue una especie de estrujón de acero.

—No pierdas el tiempo con los ordenadores —me dijo Walter Tscharr—. En diez años nos habremos olvidado de ellos.

Me refugié tras la camiseta sucia de pintura de mi padre. Por cómo la transportaban, me pareció como si la maleta de los hermanos Tscharr estuviese llena de piedras.

Un golpe de viento sacudió los árboles del jardín y de los pinos cayó una piña. Aterrizó sobre la alfombra de hojarasca con un sonido sordo, insignificante, pero para mí fue como una especie de alarma o de señal de salida para iniciar una carrera de la que no conocía ni a los contrincantes ni, mucho menos, dónde estaba la hipotética meta.

Y cojeé, envuelto en oscuros presagios, hasta entrar en el Napoleón.

Cenamos alegremente todos juntos gracias a una de las formidables bullabesas de mi madre: una sopa de pescado y azafrán con escórporas, rape, congrio, cigalas, galeras, nécoras y un pez de San Pedro de al menos un kilo. La salsa de ajo y guindilla sobre las tostadas era magnífica. A los Tscharr les encantó. Karin se había cambiado y llevaba un elegante vestido verde sin mangas que mostraba sus brazos musculados. Walter, en cambio, vestía los mismos pantalones y el jersey negro que llevaba a su llegada, y un elegante reloj de brillantes con una mariposa en la esfera. Fue una cena agradable, con nuestros huéspedes alabando el color verde que habíamos elegido para el comedor y escuchando con interés los otros proyectos que mis padres tenían en mente. Mi padre fue especialmente expansivo, como si tuviese que disculparse por no haberlos acogido como hubiese querido, y les ofreció hospedaje para el año siguiente. Jenska y yo nos encargábamos de recoger la mesa y de postre servimos los quesos. Mi madre explicó que el de cabra provenía de la granja del señor Tardi, y los dos hermanos dijeron que lo habían conocido el año anterior. Les preguntamos por qué habían decidido pasar las vacaciones justo en Dautremere y respondieron que se lo debían al señor Brent, a quien conocían de hacía muchos años. Mejor dicho, para ser más precisos, se lo debían a su padre, pues había sido él quien los puso en contacto.

—Los dos nacimos en Creta... —explicó Karin, tras el tercer vaso de Sciaccarello—. Mi hermano a finales de octubre del 52, un típico escorpión...

—Como mi madre...

—Y yo, en marzo.

—De algunos años después.

En aquel momento Karin dio unos golpecitos en la mesa con los nudillos.

—¿Y cómo es vivir en Creta? —preguntó mi madre.

—Pues no lo sé... —respondió—. Mi padre nos envió al Colegio Internacional de Estrasburgo; estaba obsesionado con que tuviésemos una buena educación.

—Y que aprendiésemos francés.

—Eso nos suena. A pesar de que nuestra Jenska odiaba su excelente colegio de Marsella... —observó mi padre.

—¡No es cierto! —protestó mi hermana, pero en voz demasiado baja para que alguien la escuchase.

Walter Tscharr alzó el vaso de vino tinto.

—¡Por el revanchismo francés!

Hicieron un rápido brindis con la misma actitud engreída que desde hacía siglos contraponía a germanos y franceses, y siguieron hablando de cómo habían conocido a Brent.

Walter Tscharr apoyó el vaso y asintió vigorosamente.

—Es una historia divertida, sí, divertida de verdad. Pero he brindado primero por el revanchismo francés porque nuestro padre, Jürgen, era de Estrasburgo... ¿Han estado alguna vez en Estrasburgo?

No. Nunca habíamos estado.

—Es una ciudad magnífica... —continuó Walter—. En la frontera entre Francia y Alemania... Un poco francesa, un poco alemana...

Mi padre asintió.

—Nos la hemos disputado durante un par de siglos, sí... Y aunque nuestro padre vivió los últimos cuarenta años de su vida en Creta, estaba muy unido a su ciudad natal. Además,

durante el siglo pasado, nuestro abuelo fue un político influyente, antes de que las cosas cambiaran..., y no solo para Alsacia.

Walter hizo un rápido gesto con la mano y mis padres asintieron con complicidad.

—Mi padre siempre decía: «No hables de fidelidad con un italiano, de revoluciones con un francés, ni de guerras mundiales con un alemán...» —convino mi padre.

—Bien dicho —apoyó Walter.

—Sabiduría belga.

—El caso es que nuestro padre le debía mucho a nuestro abuelo, sobre todo cuando se trató de encontrar un buen trabajo...

—¿A qué se dedicaba?

—¿Mi padre? A nada —respondió Walter.

Mis padres sonrieron, pero Walter Tscharr, en cambio, parecía muy serio.

—Lo digo de verdad: prácticamente no trabajó en su vida. Una escuela de hostelería antes de la guerra... y, una vez acabada la guerra, se trasladó a Creta, a tomar el sol en su barca. El dinero para nuestros estudios provenía de nuestro abuelo.

Karin le puso una mano en la muñeca, como para tranquilizarlo y, al mismo tiempo, impedirle que añadiera alguna cosa inconveniente.

—Papá tenía algunas pequeñas propiedades en Retimno, en la costa norte de Creta, y una barca con la que llevaba a turistas a hacer inmersiones... Fue siempre su gran pasión, una pasión que me ha transmitido. Era así, le gustaba llevar una vida sencilla: lo máximo que hizo fue alguna pequeña travesía por el Mediterráneo. Fue en una de esas ocasiones cuando conoció a Günther, que se dedicaba a lo mismo en Mallorca... —Walter Tscharr se sirvió un último dedo de vino—. Lo conoció delante de una botella bien fría de moscatel, cosecha del 49. ¡No sé por qué, siempre me he acordado de ese detalle!

Y se echó a reír.

—Más tarde se perdieron de vista durante muchos años... —continuó el relato Karin—. Hasta que a través de unos amigos de otros amigos retomamos la relación... Fue una auténtica caza del tesoro encontrarlo, porque, mientras tanto, Günther había dejado de llevar embarcaciones y no había dicho a nadie que había comprado este hotel. Lo localizamos en los últimos años en los que mi padre todavía estaba bien..., o por lo menos, pasable...

Walter hizo una mueca, poco convencido, y susurró casi para sí mismo:

—Alzheimer...

—Lo sentimos —dijo mi madre.

—No es un tema de conversación para hablar delante de los niños... —añadió Karin.

—Sabemos perfectamente qué es el Alzheimer —intervino Jenska—. Es cuando se te va la cabeza, no sabes lo que dices ni reconoces a las personas. A la abuela tenía que explicarle cada vez quién era yo...

—Jenska, por favor... —murmuró mi madre.

—Nosotros también pasamos una mala época antes de decidir cambiar de aires... —se sinceró mi padre alzando el vaso para otro brindis—. ¡Por los que ya no están y nos han querido!

Chocaron de nuevo los vasos, pero esta vez una gota de vino saltó de la copa del señor Tscharr y cayó sobre el mantel, justo delante de mí.

La mancha se ensanchó, oscura y veloz.

Y después de aquel brindis, durante muchos minutos, nadie dijo ni una palabra.



Me encontré en la cama sin ser muy consciente de cuándo me había metido en ella. Quizá porque, recogiendo la mesa, había dado unos tragos de vino a escondidas. De repente, no sabía bien si estaba dormido o si me había despertado en plena noche. Me palpitaba el corazón. El viento susurraba entre los árboles. Mirabelle dormía profundamente y el oscuro cielo estaba sembrado de estrellas. El oleaje del mar sonaba lenta y regularmente.

Miré la hora en el reloj. Medianoche.

La hora de los fantasmas.

Me sentía aturdido, un poco asustado, como cuando uno se despierta de golpe por una pesadilla, con las ideas confusas. Me deslicé fuera de las sábanas para mojarme la cara y, en cuanto cerré el agua del lavabo, oí unas voces lejanas en las tuberías de la vieja instalación.

Voces insólitas. Y ruido de agua corriendo en el piso de arriba. Me despejé inmediatamente. Eran los hermanos Tscharr discutiendo. Salté silencioso a la bañera, me subí en equilibrio sobre su borde de porcelana y apoyé la oreja en la tubería que atravesaba la pared por encima.

Como había imaginado, identifiqué claramente a Walter Tscharr exclamando en francés:

—¡Me importa un bledo!

—¡Habla bajo, idiota!

—¡Hablo como me da la gana! ¡Está muerto!

—¿Qué necesidad tenías de ponerte el reloj de papá justamente aquí?

—Lo he hecho por él. ¡Y no te permito que me digas lo que puedo y lo que no puedo hacer!

—¿O qué?

Siguieron algunas palabras en alemán que no conseguí entender.

—Brent solo era un bastardo —continuó Walter volviendo al francés de Estrasburgo, que debía de ser el idioma que hablaban entre ellos—. ¡Y nuestro padre, un pobre idiota!

—¡No te permito que hables así!

—¡Solo Dios sabe cómo hemos podido soportarlo! ¡Fue una bendición que se tirase desde un acantilado al mar!

Por poco no me caigo. ¿Lo había oído bien? ¿El padre de los Tscharr se había tirado desde un acantilado, como creíamos que había hecho el señor Puschbach? ¿Era posible?

Uno de ellos abrió y volvió a cerrar el grifo y, cuando el agua dejó de correr por la tubería, oí que Karin decía:

—... la última aparición del agente Mariposa, ¿de acuerdo?

No conseguí entender la respuesta del hermano.

—Encontrémoslo —continuó entonces Walter, tras un breve silencio.

—Si todavía existe. Si es que ha existido alguna vez.

—Papá sabía quién era. Lo conocía. Y les oyó discutir a los tres durante la cena en el piso de Bormann. Nos lo ha repetido mil veces.

—Claro, me lo sé de memoria. Pero aquellos tres ya están muertos. Y papá invirtió cuarenta años de su vida para encontrarlos. ¿Y para qué? ¿Y nosotros? ¿Cuánto tiempo llevamos ya haciendo lo mismo? ¿Nueve? ¿Hasta cuándo continuaremos? ¿Pretendes desmontar este maldito hotel ladrillo a ladrillo?

Mirabelle se revolvió en la cama y yo apreté todavía más mi oreja contra la tubería.

—Papá cobraba la pensión de los servicios secretos norteamericanos, Karin. Nosotros, no.
Silencio.

Servicios secretos norteamericanos.

Pasos nerviosos sobre mi cabeza.

—Tenemos nuestras casas...

—¡Me dan igual las casas! Estamos hablando del tesoro del secretario Bormann en persona...
—la acosó Walter Tscharr, haciendo que se me erizase el vello de la nuca—. De sus lingotes de oro. ¿No valen nueve o diez años de búsqueda?

De la caldera subió silbando el agua que se dirigía a su bañera. Tuve que separar la oreja de la tubería para evitar quemarme y lo único que conseguí oír fue:

—¿No los valen, eh, capitán Brent?

E—¿Estás seguro? —me preguntó Audrey.

Estábamos sentados en el borde del acantilado. Dos senderos más allá del que habíamos vigilado. El cielo era gris. Las cigarras, ensordecedoras. El mar, plano, pegado a las nubes.

—Claro que lo estoy.

También lo estaba Fabrice. Volvimos a empezar desde el comienzo, desde la cena. Audrey me pidió que le describiese el reloj de Walter. Yo no sabía cómo. Era un reloj.

—De los caros, ¿entiendes? Con el borde de brillantes. Y una mariposa en el centro.

—¿Eran brillantes o diamantes?

—¿Qué diferencia hay?

—Mucha.

—Era del padre. Y Karin no se lo habría puesto.

—El padre, Jürgen Tscharr.

—Lo llamaron agente Mariposa. Y han dicho que sería su última aparición.

—El reloj del agente Mariposa.

—«Lo he hecho por papá», ha dicho Walter. Y después ha añadido que aquel bastardo ya estaba muerto.

—¿Brent?

—¿Quién, si no? En la mesa fingieron ser amigos suyos, le llamaban por su nombre, Günther. Sin embargo, en el baño... cambió todo. Hablaron de desmontar nuestro hotel, de algo que su padre estuvo buscando durante cuarenta años y ellos durante nueve. El tesoro de Martin Bormann. Lingotes de oro. Y también dijeron que su padre cobraba de los americanos.

—¿Qué americanos?

—Los servicios secretos.

Audrey se puso una brizna de hierba entre los labios y permaneció así, pensativa, como si estuviera fumando un largo cigarrillo.

—En cualquiera de los casos, Tscharr y Brent no eran amigos —dijo finalmente.

—En absoluto, diría yo. Pero lo conocía, porque Walter dijo que su padre sabía quién era Brent. Y que les había oído discutir a los tres en el piso de aquel tío, Bormann. Por eso han venido aquí, Audrey. No es casualidad...

—Quizá ni siquiera habían hecho la reserva.

—Yo también lo he pensado.

—Y sabían perfectamente que Brent estaba muerto.

—Y han esperado a que reabriésemos.

Permanecemos en silencio, envueltos por el ruido de las cigarras.

—¿Pero por qué esperar tanto? Quiero decir: si querían buscar alguna cosa en el hotel, mejor hacerlo cuando estaba cerrado.

—Tal vez no querían despertar sospechas. O no podían.

Audrey rio y dijo:

—El tesoro del secretario en lingotes de oro.

—¿De qué te ríes?

—Me ha entrado la risa al pensar que en tu hotel hay lingotes de oro.

Dibujé un par de líneas en la arena.

—Yo no le veo la gracia.

—Piensa en esto: si estuviesen allí, dudo que el señor Brent se hubiera ahorcado.

—Sin embargo, lo sabía.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Lo dijo Tscharr. Dijo algo así como: «¿No valen nueve años, capitán Brent?». Como si también él los hubiera buscado.

Audrey no se mostró demasiado convencida. Se limitó a encogerse de hombros y a decir:

—Brent está muerto y bien muerto.

—Como Puschbach.

—¿Y qué tiene que ver Puschbach?

—¿No es extraño que haya dos alemanes en un pueblo tan pequeño? ¿Y si eran nazis?

—Prejuicios. ¿Cuándo me dirás que Remi lleva el ritmo en la sangre por ser de piel oscura?

—No seas imbécil.

—No seas imbécil tú.

—Creía que éramos un equipo.

—¿Y no lo somos? ¿No llevo media hora escuchando tus confesiones espiadas a través de las tuberías?

—Piensa un poco, Audrey: hay dos tipos que están dispuestos a desmontar el Napoleón para buscar algo, un tesoro en lingotes de oro que han buscado también su padre y el capitán Brent. Llegan aquí. La señora Blandine nos explica que el año pasado los oyó pelear acaloradamente. El registro de reservas desaparece y Brent se ha ahorcado. ¿No te parece que todo está relacionado?

Audrey me miró fijamente.

—¡Morice Renard! ¿Sabes una cosa? Te estás convirtiendo en un gran investigador. Vuelve a explicármelo todo.

—¿Por qué?

—¡Te digo que lo hagas!

Volví a empezar, contento de estar allí, en el acantilado, junto a ella, como si no hubiera nada más romántico que fantasear sobre nazis, personas desaparecidas, ahorcados y muertos arrojados al mar. Mientras hablaba, mi pensamiento volvió a la cena, a lo que habían contado los dos hermanos. Recordé las joyas que lucía Karin y visualicé el reloj de Walter, que brillaba ostensiblemente. Pensé en el ruido del agua por las tuberías y en las conversaciones nocturnas oídas a través del baño. Me di cuenta repasando las frases de Karin Tscharr de que ella sentía rabia o, mejor dicho, frustración; en cambio, en las de su hermano advertí un desmesurado y siniestro sentimiento de grandeza.

Al final, nos quedamos con un nombre: una cena de tres personas en el piso del «secretario Bormann».

—¿Te dice algo ese apellido?

—No —admitió Audrey.

A mí, en cambio, me sonaba amenazador. Intenté ubicarlo en mi memoria, pero no lo conseguí.

Audrey se levantó. Se sacudió los pantalones cortos y se acercó a la bici.

—¿Pedaleas tú o lo hago yo?

—¿Para ir adónde? —le pregunté.

—Vamos a ver a la señorita Hamadouche. Quizá ella lo sepa,

La señorita Hamadouche vivía en una casita al lado de un árbol centenario cuyas ramas caían desde encima del tejado como abrazándola, dando la impresión de que toda la casa se refugiaba en el interior del tronco.

—Dautremere es demasiado pequeño para tener una auténtica biblioteca... —me explicó Audrey mientras empujaba la portezuela del fresco jardín—. Pero a falta de biblioteca, está la señorita Hamadouche... Por favor: llámala *señorita*, ¿eh?

Las ramas dejaban pasar un haz de luces que temblaba sobre nuestras cabezas.

Audrey llamó a la puerta. Desde dentro, una vocecita nos invitó a empujarla. Nos adentramos en una estancia espaciosa, cuadriculada, con estanterías irregulares que ocupaban las paredes casi por entero. En el centro de la habitación había dos sillones y un diván cubierto de encaje y, en él, una señora vestida de azul, con el pelo blanco y gafas. A su lado había un gato que parecía muerto, pero que en realidad respiraba.

—¡Audrey! ¡Qué alegría verte! —exclamó la señorita Hamadouche; y dejó en su regazo el tapete de ganchillo que estaba haciendo, muy similar a los que mi madre me había ordenado retirar de las habitaciones del Napoleón—. ¿Qué te trae a visitar a tu vieja maestra?

Se abrazaron cariñosamente y comenzaron una serie de formalismos sobre la salud, esto y aquello, como si yo no estuviese; pequeñas anécdotas y comentarios que culminaron en mi presentación.

—Y este es Morice —concluyó Audrey, haciéndome entrar por fin en escena.

—Encantado, señorita Hamadouche —la saludé sin sentir ningún nerviosismo ante ella—. ¡Tiene una biblioteca maravillosa!

—¡Tonterías! —exclamó, aunque era evidente que le había gustado mi comentario—. Es una pequeña colección, pero... está llena de sentimientos y del placer que me ha proporcionado.

Entonces me di cuenta de que lo que me había parecido un tapete floreado, en realidad, era un dibujo sobre el que estaba escrito: EL PODER PARA LAS CHICAS. Y encima de una estantería un póster mostraba a una mujer sonriente con el lema: UNA MUJER NECESITA A UN HOMBRE COMO UN PEZ, UNA BICICLETA.

Empezamos a hablar. Me preguntó cómo había ido a parar al pueblo y quiénes eran mis padres; en qué trabajaba mi madre y si la idea de trasladarnos había sido también suya, y pareció satisfecha con mis respuestas. Luego, nos preguntó qué buscábamos.

—¿Le dice algo el nombre de un tal «secretario Bormann», señorita Hamadouche? —soltó Audrey directamente.

Era evidente que sí, por cómo palideció y se recolocó, incómoda, en su viejo diván: aquel nombre le causaba repelús. Era como si Audrey hubiera dicho una palabrota; o que de mayor quería ser princesa.

—¡Bormann! El secretario Bormann. ¿Por qué os interesa? —Acarició al gato—. Hay nombres que sería mejor olvidar, ¿verdad, Sufragio? —murmuró—. Pero los psicólogos nos han convencido de que hemos de conservar los recuerdos y hurgar en ellos. Yo lo dudo. Igual que dudo que saber cosas de él os pueda ser útil.

—Solamente queremos saber quién es —dije con candidez.

—Quién era... querrás decir. Es fácil: Martin Bormann fue el secretario personal de Hitler —respondió la señorita Hamadouche, mirándonos a los ojos primero a una y luego a otro—. ¿Sabéis quién es Adolf Hitler?

Asentimos los dos, yo avergonzado por mi colosal ignorancia, Audrey irritada como si la hubiera picado un mosquito. Fabrice, por su parte, trasteaba en mi cabeza mandándome una serie de imágenes: soldados vestidos de negro, tanques, banderas con la cruz gamada. Y Clint Eastwood combatiendo sobre el tejado de la cabina del teleférico en *El desafío de las águilas*.

—¿Qué le pasó? —preguntó Audrey.

—Nadie lo sabe con certeza. Muchos piensan que escapó. Algunos dicen que a Sudamérica. Otros, que murió por una granada durante la caída de Berlín o se suicidó. ¿Habéis oído hablar del proceso de Núremberg?

Los dos estábamos paralizados por el hielo de la ignorancia. Afortunadamente, como antigua maestra que era, ella se dio cuenta enseguida.

—¿Qué sabéis exactamente de la guerra, de los nazis, del Tercer Reich? ¿Sabéis algo?

—Yo sé que en Córcega estaban los italianos, hasta el... 8 de septiembre de 1943 —recitó Audrey.

—Cuando se proclamó su liberación por parte de los aliados —asintió Hamadouche.

—¿Y tú?

Yo sabía que Adolf Hitler era nazi, que los nazis (o a lo mejor Hitler solo) habían fundado el Tercer Reich y habían hecho estallar la Segunda Guerra Mundial. Primero habían invadido Polonia, después Francia... Que los italianos eran fascistas, y que el jefe de los fascistas se llamaba Benito Mussolini (y mi padre me había dicho una vez, cuando fuimos a Niza, que le hubiera ido mejor si no se hubiera aliado con nadie). Sabía que en la Segunda Guerra Mundial habían muerto muchos millones de personas, que entre los franceses hubo quienes habían preferido colaborar con los nazis pero otros habían formado la Resistencia. Y casi todo lo sabía por las películas, especialmente de campos de concentración, que eran muy divertidos, cuando en los campos de concentración realmente no había nada que fuera divertido. En resumen, las pocas cosas que sabía me sonaban de un modo vago y terrible. Eso era prácticamente todo. Me habían dicho que Hitler se había suicidado en su búnker de Berlín, junto a sus más fieles, para no ser capturado, y que algunos de sus ministros habían obligado a sus mujeres e hijos a suicidarse. Niños de mi edad.

Hablando de aquellas cosas noté que me sentía profundamente incómodo.

—¿No has oído nunca hablar de las SS? —preguntó la señorita Hamadouche, deteniéndose delante de un par de estanterías.

—Vagamente —respondí—. Eran... ¿el ejército elegido por Hitler?

Me miró a través de sus gafas.

— Y eran malos —añadí—. Muy malos.

Mis últimas palabras parecieron gustarle. Separó un libro, lo revisó rápidamente y ojeó algunas páginas.

—Podéis comenzar por este, entonces... —Se titulaba *Un saco de canicas*, y su autor era Joseph Joffo—. No habla de Bormann, pero os servirá para saber lo que hizo..., y después, si de verdad queréis, podréis consultar este.

Me acercó un volumen más nuevo y mucho más grueso, titulado *Diccionario del Tercer Reich*, de Martin Broszat.

—¿Tenemos que leerlo entero? —balbuceó Audrey en un tono absolutamente consternado.

—O bien podéis buscar solo los nombres que os interesen... —sonrió la señorita Hamadouche.

Sostuve aquellos libros como si fueran granadas a punto de explotar y al mismo tiempo intentaba asimilar que los Tscharr hubiesen realmente estado hablando de Hitler en el baño del Napoleón.

De pronto alguien llamó a la puerta y el corazón me saltó a la garganta. La señorita Hamadouche se asomó hacia la entrada. La puerta se abrió y un largo bastón blanco hizo su aparición en la sala, seguido por un hombrecillo delgado con dos grandes orejas de soplillo que sobresalían de sus cabellos enmarañados.

—¡Hombre, Mathis! ¡Puntual como siempre! —lo acogió la señorita Hamadouche—. ¡Ven, siéntate, te estaba esperando!

Sufragio, el gato de la señorita Hamadouche, corrió a su encuentro para restregarse entre sus piernas. El hombre se había puesto dos calcetines desaparejados, de diferentes colores. En cuanto nos vio, dudó.

—¿Llego en un momento poco oportuno? —preguntó, sin dirigir su sonrisa a nadie en especial.

Fue entonces cuando me di cuenta de que era ciego.

—¡En absoluto! ¡Los chicos ya se marchaban! —dijo la señorita Hamadouche—. Son Audrey y el hijo de los Renard, los que han comprado el Napoleón.

—Hola, Audrey. Un placer —nos saludó Mathis.

Localizó su sillón con un par de golpes del bastón y se sentó con un gracioso movimiento, seguido de inmediato por el gato. De su bolsillo sobresalía un ejemplar de *La llamada de lo salvaje*, de Jack London, con un punto de lectura más o menos en la mitad del libro.

—Es un buen libro —se me escapó.

—¿Lo has leído? —Se mostró tan entusiasmado Mathis que lo llevó a levantar uno de los párpados. Su ojo era completamente blanco. Y la piel de alrededor parecía quemada—. ¡No me digas cómo termina! ¡Con la señorita Hamadouche apenas hemos llegado hasta el hombre del jersey rojo!

—Vale la pena... —añadí.

—¡Lo sabía! —exclamó Mathis dando un par de golpecitos sobre la cubierta del libro con la palma de la mano—. Adoro estas aventuras que llaman «juveniles». Tengo casi sesenta y cuatro años y no me he acostumbrado a leer nada más. Son las mejores. Te hacen pensar que todo lo bonito está aún por llegar.

—He prestado a los chicos *Un saco de canicas*... —su-surró la señorita Hamadouche, como si le hiciese una confidencia.

Mathis hizo una mueca.

—Uf. Triste.

—Están interesados en la Segunda Guerra Mundial.

—¡Ah! Feo asunto. ¡Feo de verdad, a pesar de que entonces yo era poco más que un chiquillo y todavía veía! ¿Qué os interesa de la guerra?

—Martin Bormann —respondí lentamente.

—¡Caramba! —exclamó de nuevo Mathis, y también él se removió en el sillón—. Un cerdo, como decía un gran amigo mío, y seguía: o peor todavía, porque los cerdos, una vez muertos, resultan buenos...

Rio socarronamente y después se excusó con un gesto de la mano.

—Perdonad este humor de superviviente. A veces las cosas feas solamente se superan así. ¿Puedo saber por qué concretamente el cerdo de Bormann?

— Y tú, ¿por qué no les dices antes quién era tu gran amigo, Mathis? —le animó la anciana maestra.

—¿Mi gran amigo? ¿Por qué les va a interesar? ¡Ah! ¿Por la guerra? Él no tiene nada que ver con los nazis. ¡Al contrario! Los combatió. Con un avión. ¡Ah, cuánto me gustaban los aviones! Él era un piloto francés. Era el 1 de agosto de 1943 y había italianos por todas partes, diez soldados por cada pueblo, había ordenado Mussolini. En Dautremere solo había dos, dos pobres infelices que estaban en casa del alcalde. El caso es que mis padres habían muerto poco antes y yo fui enviado a Borgo, al otro lado de la isla, a casa de un tío mío al que odiaba. Y él me odiaba a mí. Por eso estaba todo el tiempo fuera siguiendo los aviones aprovechando que había una pista de aterrizaje allí al lado. Aquel día, mi amigo Antoine intentó un aterrizaje de emergencia. Yo vi cómo el avión descendía en picado. Era un Lockheed P-38, un caza bimotor americano que bajaba demasiado rápido. De hecho, cuando aterrizó, apenas rozó la hierba, y dio tal golpe que pensé que se había destruido. Corrí imaginando que encontraría solamente chapas quemándose y en cambio...

Mathis se tomó un poco de tiempo antes de continuar de nuevo.

—Y, en cambio, no solamente el Lockheed estaba todavía entero, sino que el piloto no se había hecho prácticamente nada. Le divirtió que yo hubiese sido el primero en acudir al lugar. ¡Qué impresión! De uno de los dos motores salía humo y creí que se incendiaría y explotaría, pero no. En medio del humo estaba solo ese piloto, grande, una especie de gigante para mí, con una llave inglesa con la que trajinaba en las alas de su avión. Y, mientras tanto, se reía. Yo le llegaba al ombligo, y cuando le pregunté cómo estaba, todavía se rio más. Me dijo que le dolían las piernas, como siempre, porque era demasiado alto para caber en la cabina del Lockheed y demasiado corpulento para estar cómodo. Sin embargo, yo, me dijo, era tan delgaducho que podría ser un perfecto piloto. Y ya veis cómo terminamos los dos. Yo me quedé ciego en la cantera y él murió un año después. ¡Pobre Antoine!

Mathis sonrió, enseñando los dientes mucho más de lo necesario.

—Fue exactamente al año siguiente, el 31 de julio de 1944. Él volaba desde Marsella. Venía hacia aquí. Pero nunca llegó. No sé qué le sucedió. ¿Una avería? ¿Un ataque? ¿Un aterrizaje de emergencia que no acabó bien? No me hubiera sorprendido. Mi amigo despegaba sin esfuerzo, pero para aterrizar se requería un espíritu diferente al suyo. Se encontraba bien entre las nubes, hete aquí. Era más un tipo de partidas que de regresos. O como él decía, era de crucero: la parte del viaje que va entre el despegue y el aterrizaje. Especialmente, de noche. Se sentaba allí, con su panel de instrumentos, las estrellas por encima y las nubes por debajo, encendía una luz y se ponía a escribir. Le gustaba escribir. A lo mejor habéis leído su libro más famoso, *El Principito*.

Me atravesó un rayo.

—¿Su amigo era Antoine de Saint-Exupéry?

—¡Exactamente, jovencito! ¿Lo has leído? ¿Te acuerdas de cómo empieza? Con un aterrizaje de emergencia, ¿verdad?

—No puedo creerlo... —murmuré.

Me lo habían regalado cinco o seis veces. Y no me había gustado nada, pero sí recordaba que empezaba exactamente así, con un piloto que se estrella en el desierto.

—¿Sabes lo que me decía de aquel libro? —continuó Mathis.

—Me decía: «Mathis, presta atención, porque esto es lo único verdaderamente importante que he escrito. Y cuando digo importante, digo importante de verdad. ¡Aunque lo he escrito

con todos los números equivocados!».

—¿Qué números? —pregunté.

No recordaba que hubiese números en *El Principito*. Había un aviador y un niño extraño que llegaba de un asteroide.

—Y un zorro... —se me escapó en voz alta.

—Sí, sí, el zorro. ¡A pesar de que en Dautremere preferimos los lobos! —exclamó Mathis, arrellanándose en el sillón.

Pasó a la señorita Hamadouche su ejemplar de *La llamada de lo salvaje*, y ella, tras abrirlo a la altura del señalizador, se aclaró la voz y leyó:

—Aquel invierno, en Dawson, Buck llevó a cabo otra empresa, quizá no tan heroica, pero sí capaz de hacer subir mucho sus cotizaciones en toda Alaska...

Y mientras ella leía, nosotros nos despedimos con los libros que nos había prestado. Todavía recuerdo la beatífica expresión de Mathis escuchando la delicada prosa de Jack London. Y la vagamente escéptica de la señorita Hamadouche.

Acababa de vivir una experiencia extraordinaria que no tenía nada que ver con la desaparición del señor Puschbach ni las misteriosas palabras de los hermanos Tscharr. Salimos sin hacer ruido y, justo antes de que cerrásemos la puerta, sentí un aullido, el aullido de los lobos, que me recorrió la espalda.

Como si aquellos dos, allí dentro, me hubieran explicado una pequeña mentira, de esas que a veces los adultos se reservan para los niños cuando estos tienen miedo, y ellos no quieren contarles la verdad.



quella misma noche los Tscharr anunciaron que habían encontrado hospedaje en el pueblo, en la casa en la que había vivido Puschbach. Se habían puesto de acuerdo con la señora Blandine y así salvaban sus vacaciones en Dautremere, al tiempo que nos permitían continuar nuestros trabajos para la reapertura del hotel. Durante la cena los estudié, intentando prestar atención a todas y cada una de sus palabras.

¿Que si tenía miedo?

Diría que no. Sobre todo sentía curiosidad.

Comparado con la primera noche, se habían vestido con sobriedad, sin relojes ni vestidos de gala. Esa tarde Walter había estado echando una mano a mi padre con la instalación hidráulica, que tenía algún problema, aunque según mi madre no lo habían arreglado porque se habían pasado el rato hablando de fútbol: Francia había ganado a Canadá con un gol de Papin y al día siguiente el equipo de mi padre, Bélgica, tenía que enfrentarse a México, el anfitrión. Walter Tscharr, naturalmente, animaba a Alemania.

Me mostré tan ensimismado que, interpretando que estaba aburrido (o cansado), me retiré lo antes posible a mi habitación para intentar dibujar un mapa de lo que se estaba convirtiendo en un auténtico «rompecabezas alemán».

—Échame una mano, anda... —le pedí a mi hermano, armándome de papel y lápiz.

Tracé tres columnas: una para los Tscharr, otra para Thilo Puschbach y la tercera para el capitán Günther Brent. Me puse a clasificar cada una de las informaciones que tenía, empezando por el modo en que habían muerto: el padre de los Tscharr y Puschbach cayendo de un acantilado (aunque a Puschbach le añadí un signo de interrogación); el capitán Brent, ahorcado en la lámpara del comedor. Cinco años atrás, Tscharr; hacía un año, Brent; y Puschbach, la semana anterior. Tres muertos, tres posibles suicidios.

A las muertes siguieron los nacimientos: Walter y Karin Tscharr habían nacido en la isla de Creta; su padre, en Estrasburgo, en la frontera entre Francia y Alemania; Puschbach, en Kiel (finalmente había comprobado que estaba en Alemania); y Brent, en Hamburgo. Escribí «17 de noviembre de 1903» en la columna del pescador Puschbach; «octubre» y «marzo» para los hermanos, y a partir de ahí me pregunté de qué modo podía ser más preciso. A unos podía preguntarles, y respecto al capitán Brent, podía ir al pueblo o al cementerio. ¿Lo habrían sepultado? ¿Dónde estaba el cementerio?

Escribí: «Buscar a Brent».

Intenté luego encontrar alguna relación entre las ciudades: Kiel, Estrasburgo, Hamburgo. ¿Tenían algo en común? ¿Intercambios? ¿Elementos recurrentes? Me habría ido bien un mapa.

Un punto en común entre las tres columnas era sencillo: el mar. Puschbach era pescador, a Brent lo llamaban capitán y el señor Tscharr llevaba turistas a hacer inmersiones.

¿Y qué más?

No lo sabía.

El otro punto en común era Dautremere. Según la señora Blandine, Puschbach había sido el primero en llegar, en los años cincuenta. El capitán Brent había comprado el Napoleón en 1975, mi año de nacimiento y el de Audrey. Que yo supiera, Jürgen Tscharr no había venido nunca, pero sí sus hijos, que buscaban a Brent desde hacía años.

Nueve.

¿Por qué?

Escribí: «Tesoro personal del secretario Bormann», y lo subrayé.

Supongamos que existiera de verdad. Y que todos lo estuvieran buscando. Primero Puschbach. Después Brent. Finalmente, Tscharr. «¡Guau!», me dije. Aquello tenía mucho sentido.

Doblé el folio un segundo antes de que Mirabelle asomase la cabeza en la habitación.

Mi hermana tenía ganas de jugar y la agarré fingiendo una lucha. Nos lanzamos encima de las camas, entre las colchas, y fingíamos que nos disparábamos. «¡Bang! ¡Bang!», hacían nuestros dedos. Y las bombas silbaban al caer. Pero aquella noche, nuestro habitual juego de guerra había perdido la inocencia infantil que lo hacía tan divertido. O, a decir verdad, la había perdido yo, porque Mirabelle sí reía como una loca. Tal vez debería haber percibido, en aquel momento, los fantasmas que flotaban en nuestro hotel y haber hecho algo similar a lo que había hecho mi padre cambiando las paredes de color con su pintura.

De repente me faltó el aire y tuve que salir de entre las colchas. Mirabelle se deslizó fuera también y fuimos juntos a cerrar las persianas.

Se había terminado el juego.

Sobre el mar, indiferente, brillaban las estrellas.



—¿ués lees? —me preguntó Mirabelle, echando un vistazo a la portada de la novela que me había prestado la señorita Hamadouche.

—Una historia de guerra.

—¿Es bonita?

—Creo que sí.

—¿Mejor que *Pippi*?

Abandoné a Joseph y a su hermano en su viaje por el centro de la Francia conquistada por los nazis y la tranquilicé.

—No hay nada más bonito que *Pippi*.

«Bonita» no era la palabra idónea. Aquella novela no era bonita. Era angustiosa, melancólica, y se adivinaba que, de un modo u otro, acabaría mal. Hablaba de dos hermanos judíos que huyen de París para llegar a Marsella, y del poder oculto de las pequeñas cosas, como las canicas, que en los momentos más difíciles te mantienen vivo.

«El poder oculto de las pequeñas cosas», pensé. De eso trataba.

¿Qué buscaban los hermanos Tscharr? ¿Un mapa? ¿Un diario?

¿Y dónde podía estar escondido? ¿En el Napoleón? ¿O en casa de Puschbach?

¿Por qué había comprado toda aquella naftalina?

¿Y por qué le hicieron un funeral con el ataúd vacío? Estuve pensando durante una eternidad sin llegar a ninguna conclusión.

Apagué la luz y di las buenas noches a Mirabelle, pero ella ya dormía.

Ahuequé la almohada. Me dormí.

Y me llegaron las pesadillas.

Estábamos en el acantilado de Dautremere, pero en lugar de las casas del pueblo había una gran ciudad, a la que llamaba Marsella, pero que no lo era. Una ciudad negra, oscura, con barcos amenazadores extendidos a lo largo de la costa. Naves de guerra. El cielo estaba denso de brumas, y bajo las nubes se oía un ruido ensordecedor de ingenios mecánicos en constante actividad. Nosotros estábamos en la cima del acantilado, alerta, pero yo no conseguía mantenerme del todo en equilibrio por culpa de mi pierna más corta. Estaba triste. También Audrey, Mirabelle y Fabrice.

Jenska no estaba.

Nosotros nos manteníamos callados, menos mi hermano gemelo, que repetía como una cantinela:

—Uno, dos, cuatro...

Un avión llegó del mar y, cuando pasó por encima de nuestras cabezas, dejó caer una lluvia de cartas y postales sucias de tinta.

Mirabelle levantó una mano para saludarlo, pero cuando la bajó apareció delante de nosotros un soldado alemán (yo no sabía cómo era el uniforme alemán, pero sabía que aquel lo era). Le había quedado una carta abierta, en forma de V invertida, sobre el cañón del fusil. Nos apuntó. No parecía malo, solo triste. Nos preguntó:

—¿A quién le toca?

—Uno, dos, cuatro... —dijo Fabrice.

—Falta el tres —respondió el soldado.

Y me disparó.

Me encontré al borde de la cama, con las sábanas sujetándome como una red.

Todo estaba en un sepulcral silencio. Menos el mar, a lo lejos.

Respiré. Intenté calmarme, pero el sueño continuó persiguiéndome. Conseguí liberarme, puse los pies en el suelo. Me aguanté la cabeza con las manos y esperé a recuperar el equilibrio necesario para levantarme e ir al baño. Aquella noche no se oía ni una voz, ningún sonido. Abrí los grifos para mojar me la cara, primero uno y después el otro, con una sensación creciente de pánico, pero no salió agua.

Recordé que en la cena mi padre había comentado algo relacionado con la avería en la instalación hidráulica, no sé exactamente qué.

Agua. Agua. Necesitaba agua.

Salí al pasillo. Me dirigí al otro baño. El suelo crujía bajo mis pies, como hablando con un código secreto.

Uno, dos, cuatro. Falta el tres.

¿Falta el tres de qué?

Uno, dos, cuatro.

Ciento veinticuatro.

«¿Qué intentas decirme, Fabrice?».

Desde su habitación, Jenska soltó un gruñido dormida. Me detuve a mirarla desde la puerta. También ella soñaba.

Se me heló la sangre. El miedo, el sueño, los ruidos del hotel transformaron los treinta y ocho pasos que necesité para llegar al baño en una auténtica agonía. Afortunadamente, en el lavabo del pequeño baño había agua. La tomé con las manos y la bebí con ansia, como si acabase de atravesar el desierto. «El desierto», pensé. «Las dunas». Apoyé la cabeza en el espejo.

Uno, dos, cuatro.

De debajo de la puerta cerrada del despacho del capitán Brent llegaba una luz tenue. Como si dentro hubiese alguien.

O como si él hubiese regresado.

Miré los libros amontonados en el suelo. Me armé de valor y, sin apagar la luz del baño, abrí la puerta del despacho.

Las persianas estaban abiertas. Alguien las había olvidado así. La luz venía del exterior, de las dunas de arena iluminadas por la luna. Era una luz plateada, que parecía murmurar algo que yo no conseguía entender. La silla del escritorio del capitán Brent crujió. Recé para que no se diera la vuelta y, afortunadamente, no pasó nada. En el pasillo no había más que oscuridad y en el despacho, el reflejo de las dunas. No había nada allí. Nada ni nadie. «Uno, dos, cuatro», me repitió en la cabeza la voz de Fabrice.

Entré en el estudio apoyándome en la puerta. La cerré a mis espaldas. Me imaginé allí, sentado en su escritorio. Miré los objetos sobre el archivador, los libros en las estanterías. Me levanté de puntillas y me acerqué al estuche de libretas que parecían los diarios de Erwin Rommel.

Reconocí el uniforme.

Apoyé la caja de libros sobre el escritorio. Uno, dos y cuatro, conté.

Mi hermano lo había visto claro.

—Aquí falta el diario número tres.

Los cabellos de Audrey bailaban salvajes en el viento y sus pantalones anchos se retorcían entre sus tobillos desnudos. Nos habíamos atado los zapatos al cuello para subir a la cima de las dunas. Nuestros pies se hundían en la finísima arena caliente. Las dunas se extendían ante nosotros por lo menos unos doscientos metros hacia el interior de la isla. Estaban punteadas de arbustos y cubiertas por un manto sutil de hierba, como una melena. Me di la vuelta para mirar el Napoleón desde aquella perspectiva. El hotel nos mostraba su fachada más oscura, con las dos ventanas del estudio del capitán Brent y las de las habitaciones que no daban al mar.

—¡Venga! —me espoleó Audrey, al darse cuenta de que me estaba retrasando.

Me puse en marcha. En la parte opuesta, hacia el interior, entreví una casa baja, remota, de piedra, que surgía en el punto en que las dunas se disgregaban en el bosque mediterráneo.

Proseguimos. Siempre callados. Determinados. A qué, no lo sabía. Probablemente a encontrar un sitio donde poder hablar tranquilos, sin nadie alrededor.

A lo largo del terreno de dunas no encontramos ni rastro del pobre señor Puschbach; nada salvo raíces traídas por el mar, el círculo de piedras de una antigua acampada, un botellín de plástico abandonado y madejitas de lana de oveja entre los arbustos.

—Le he preguntado a mi padre sobre el funeral de Puschbach —dijo Audrey en un momento dado.

Me deslicé por la arena, llegué hasta ella y esperé.

—Dice que Perigaud estuvo de acuerdo.

—¿Quién es Perigaud?

—El cura. Se ve que es una tradición de los marineros.

—¿Lanzarse por el acantilado?

—Hacer el funeral sin el cadáver. Son muchos los que caen al mar y a los que no se encuentra...

Parecía que estuviese buscando mi aprobación.

No se la di.

—Pero tú no le has creído.

Audrey suspiró con ganas.

—No. Puschbach ni siquiera tenía una barca para ir a morir al mar...

—Ya.

Permanecimos en silencio, haciendo equilibrios entre las dunas.

—¿Tú qué opinas del libro que falta? —le pregunté.

—¿Crees que lo han cogido los Tscharr?

—No. Estoy convencido de que falta desde el principio. Que lo noté, pero... no le hice caso.

—Y después lo soñaste.

—Sí.

—Los sueños no significan nada.

Asentí. Cierto. Tenía razón.

—Pero a lo mejor este es importante —dije.

—¿Sí?

—No lo sé, pero quizá había algo entre las páginas, una postal..., una carta doblada...

Porque, después de todo, también lo de la carta salía en mi sueño.

Audrey hizo una mueca poco convencida. Se sentó en la hierba de la duna y sacó de un bolsillo un papel doblado que ya le había visto.

Me indicó un nuevo nombre: Grincourte.

—¿Sabes quién es?

—¿Tendría que saberlo?

—Es uno de los amigos de Tardi: es el dueño de la gasolinera, después de la curva del pueblo. La única que hay.

No me había fijado, pero le dije que sí. Y el nombre, ahora, no me resultaba tan desconocido. Igual era uno de los que le habían acompañado el día de nuestro traslado.

—El señor Grincourte me ha explicado que, al menos una vez al mes, Puschbach iba a la gasolinera a comprar un bidón de gasolina. Iba allí a pie, se lo hacía llenar, pagaba y regresaba a su casa.

—Pero no tenía barca.

—Ni una lancha fueraborda, nada de motor.

—¿Una motocicleta?

—Ni eso.

—Así que el misterio de las compras del señor Puschbach se complica: naftalina y ahora un bidón de gasolina.

—Un bidón de gasolina cada mes. Y eso no es todo... —Audrey pasó a otro nombre de la lista—. La señora Calabert, de la tienda de comestibles, la misma que me explicó lo de la naftalina, me ha dicho que Puschbach compraba regularmente trapos y lejía para la limpieza.

No lo encontré extraño.

—Me pareció un tipo muy cuidadoso. Y limpio.

—Dos días antes de desaparecer compró diez litros de lejía, dos escobas y un montón de trapos... —continuó Audrey—. Y no he terminado.

—Es increíble lo que se puede descubrir en un pueblo en una mañana si no hay que ir a la escuela.

—¡Morice Renard! ¿Tienes intención de darme una lección sobre lo que deben o no deben hacer las chicas..., o prefieres escuchar lo que he descubierto acerca de Ferdinand?

—Ferdinand..., Ferdinand... —repetí, intentando refrescar la memoria. Era el señor con bigotes que le había preguntado a mi padre por qué nos habíamos mudado allí.

—Es un apasionado de la caza. Tiene una pequeña granja, con cabras y un par de vacas, hace queso, también tiene ocas y dos pavos. Pollos. Y una destilería ilegal de anís; todos lo saben y nadie dice nada, porque hace un anís muy bueno. Su hijo trabaja embarcado en una compañía de cruceros, su mujer es artrítica y él lleva adelante su granja y se encarga de la bomba de gasolina, con la ayuda del grupo de amigos.

Asentí. Ya había visto que funcionaban en grupo: los amigos de Tardi.

—Y alguna vez también con mi ayuda cuando no tengo ganas de pedalear para ir a la escuela.

—Fantástico.

—Bromeaba. Pero ya verás cómo el próximo curso serás tú el que querrá esconderse antes que ir a clase...

«Exacto», pensé. Y no añadí nada más.

—Pues según Ferdinand, Puschbach era bueno con los motores. Muy bueno. Siempre le llamaba a él cuando se le estropeaba alguna máquina. Le arregló el tractor una vez que ni el

técnico de la Renault sabía cómo hacerlo y, en otra ocasión, hizo funcionar un viejo generador de Tardi...

—¿Qué tipo de generador?

—Supongo que uno de aquellos tan grandes, que se usan cuando se marcha la corriente eléctrica por un temporal. Si quieres verlo, nosotros tenemos uno detrás de la tienda.

—Apuesto a que funciona...

Audrey asintió.

—Con gasolina.

—¡Ajá! —exclamé—. Ya tenemos para qué necesitaba gasolina. ¿Y dónde está ese generador?

—Nadie lo sabe. Bueno, quizá... —respondió Audrey, indicándome el siguiente nombre de su lista.

—¿Remi, el del Grand Concourse? ¿Por qué?

—Porque hay cosas de hombres y cosas de mujeres, Morice..., y aquí, en Dautremere, está clarísimo quiénes son unos y quiénes las otras. Un generador de corriente es una cosa de hombres y, por tanto, si hay un sitio donde puedan haber hablado de ello es en el bar de Remi. Pero si lo supieran... —Audrey suspiró—, a mí no me lo dirían nunca.

—¿Por qué no?

Audrey se puso en pie, se alisó la camiseta y me miró fijamente de arriba abajo.

—Quizá no te has dado cuenta, Morice Renard, pero soy una chica. Y además soy la hija del alcalde.

—¿Me estás diciendo que tengo que ir yo?

—Sería inútil. Tú no eres del pueblo.

—¿Y?

—Pues... no lo sé.

Se sentó. Miramos el mar, que resplandecía.

—¿Por qué dices que eres la hija del alcalde? —Me miró—. Quiero decir: ¿por qué debería eso ser un problema? Solo estamos preguntando si han visto un viejo generador de corriente.

—Es complicado... —respondió Audrey, sin añadir más.

—¿Podría preguntárselo directamente a Tardi? —insistí—. Después de todo, se trata de su generador...

Audrey me pareció indecisa y algo enfadada al mismo tiempo.

—Déjalo. No lo entiendes.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Ven conmigo.

Se puso en marcha sobre la arena, esta vez mirando hacia el mar. De repente, se tiró al suelo boca abajo y me ordenó que hiciera lo mismo. Nos arrastramos por la arena subiendo la enésima duna y, una vez arriba, nos asomamos para observar una casa de piedra, baja, con unas pequeñas ventanitas y las persianas cerradas. Su tejado estaba cubierto por una especie de bosque de antenas.

—¿La ves? Es la casa de Oscar Tardi.

—Seguro que ve bien la televisión...

—Lo que ve no lo sabe nadie. Y él no tiene intención de contárnoslo... —respondió Audrey misteriosamente—. Mira allí y allí cómo ha vallado su propiedad. ¿Ves aquellas rejas allá abajo?

Las veía. Unas rejas metálicas de metro y medio de altura y color verde.

—Dice que es para mantener fuera a los animales salvajes.

No conseguía seguir su razonamiento. Audrey estaba guapísima, estirada a mi lado y con el mentón en la arena.

—Conejos. Zorros. Vete a saber —continuó—. No le gusta que nadie entre en su casa. ¡Según mi padre, Tardi ha sembrado el camino de trampas!

Silbé porque me pareció excesivo para defenderse de los animales salvajes. Un poco como el sistema antirrobo del señor Cormolles, del piso de encima del nuestro en Marsella. Repetí a Audrey aquello que mi madre había dicho en una ocasión: «Si te escondes tanto, es que crees que tienes algo precioso que defender. Y en cuanto los demás se dan cuenta de ello, piensan que lo tienes de verdad».

—Exactamente. Lástima que buena parte de los demás, aquí, son sus amigos.

Mientras lo decía, recordé el modo en que el señor Tardi los hizo callar en la mesa, cuando la discusión amenazaba con derivar hacia temas que no le interesaba tocar. Le bastó con una mirada para hacer enmudecer a Pascal, Ferdinand y Grincourte, como si estuvieran acostumbrados a obedecerle sin rechistar.

Contemplando de nuevo las rejas, pregunté, fulminado por una idea:

—¿Es muy grande la propiedad que ha vallado?

—Bastante, sí.

—¿Y la excava de vez en cuando?

Miré fijamente a Audrey a los ojos, con mi cara a pocos centímetros de la suya. Distinguía hasta los granitos de arena apesados entre sus cejas. Se los quité rápidamente.

—¿Dices que...?

—Digo que, si alguien excava, es posible que esté buscando algo. Y quizá por eso no quiere que nadie más excave en su lugar...

Cuando regresamos al Napoleón una hora después, el coche de los Tscharr ya no estaba, pero sí la camioneta de Tardi. Les oí en cuanto abrí la puerta de entrada. Primero un grito que provenía del sótano, después un golpe vibrante de metal y finalmente una serie de maldiciones. Seguidamente mi padre asomó por la escalera gritando:

—¡Maldita caldera!

Blandía un pedazo de tubo como si fuese una lanza y tenía la camisa manchada por un líquido negro y grasiento. Una voz que no conocía le gritó desde la puerta:

—¡Controle el principal!

—¡Está cerrado! ¡Cerrado! —respondió mi padre, furibundo.

Después también subió Tardi, todavía más sucio que mi padre, agitando las manos furiosamente.

—¡Se lo dije! ¡No me diga que no se lo advertí!

—¡Sí, me lo advertió! —concedió mi padre limpiándose las manos en la camisa—. ¡Intentemos sacar también al señor Puchon! ¿Señor Puchon? ¿Todo bien?

Del sótano emergió una segunda tanda de imprecaciones, todavía más exageradas que las primeras; luego, un segundo golpe de martillo, violentísimo, y una especie de estruendo.

—¡Han cerrado el principal con los pies! —tronó la voz del señor Puchon—. Qué le vamos a hacer, ahora ya está hecho. ¡Es como encerrar un pedo en una botella de cerveza!

Mi padre me vio, se dio cuenta de que lo había oído y se echó a reír. También a Tardi se le escapó la sonrisa entre los labios. Finalmente, el señor Puchon se unió a ellos saliendo del sótano. Era un hombrecillo de ojos azules que vestía un pantalón de peto, recubierto de un líquido pútrido.

—¡Cielo santo, señores! Me siento como José tras cruzar el mar Rojo... —exclamó.

—Creo que ese era Moisés, señor Puchon... —lo corrigió mi padre, dándole una palmadita en la espalda.

—No, no. Moisés tenía un cayado como Dios manda. A José, en cambio, le habían vendido uno podrido... —Salió a la terraza para sacudirse el agua y el líquido de encima como un perro—. Y muchas gracias por haberme llamado. ¡Siempre he soñado con un cliente como usted!

—¡Dé las gracias al señor Tardi! —rio mi padre—. ¿Les apetece un buen café?

Mi padre me miró como esperando que fuese yo a hacerlo.

—¿Con qué agua? —preguntó Puchon desde la barandilla.

—Ya había preparado antes la cafetera por si acaso

—respondió mi padre.

—¡Demonio de marsellés! —rugió el señor Puchon—. ¿Tiene en algún sitio una toalla que no le sirva?

Puse el café mientras mi padre buscaba un par de toallas viejas para Puchon y para Tardi.

—Le dije que no tocara la caldera, señor Renard... —continuaba mientras este último—. Había funcionado bien en aquella pared durante treinta años y allí debería haberse quedado.

—¡No, es que no estaba en aquella pared! —le corrigió Puchon—. ¡A saber las que nos había liado el canalla de Brent con sus arreglos!

Bebieron el café sosteniendo las tacitas con las manos sucias, satisfechos como tres chiquillos.



la hora de la cena, y gracias al señor Puchon, el agua volvió a correr en la cocina, en el baño de servicio del capitán Brent e, inesperadamente para nuestro fontanero, en dos de los baños de la buhardilla. Mi padre, en albornoz, hizo pública su disculpa por haberse empeñado en tocar donde le habían advertido que no pusiera las manos y mi madre, satisfecha, intercambió con él un brindis, divertida.

—Admito haber hecho una auténtica tontería... —dijo entonces mi padre—. Pero, por lo que parece, Brent rediseñó la instalación sin tener en cuenta las más elementales normas de seguridad.

—Y este es el resultado —comentó Jenska, emergiendo por un instante de su letargo.

—¡Has hecho un desastre, papá! —rio Mirabelle.

Yo aproveché para hurgar un poco en aquella información y pregunté:

—¿Por casualidad el señor Puchon te ha dicho si Brent hizo los cambios en la instalación él solo o le ayudó alguien del pueblo?

—Yo creo que fue cosa solo de él —observó mi madre.

Me hubiera gustado que fuese Puschbach quien le echara una mano, pero mi padre no sabía nada.

Dejando de lado tuberías o tesoros, los quesos que nos había traído el señor Tardi eran realmente excelentes, de los que te comes hasta la piel.

—¿El señor Tardi tiene hijos? —pregunté a mitad de la cena.

—Creo que dos —respondió mi padre, buscando ayuda en mi madre.

—Un hijo y una hija ya mayores, sí... Pero creo que dejaron el pueblo para buscar trabajo. Y él no lo lleva bien.

—¿Así que está casado?

—Viudo —me respondieron al unísono.

Recordé su casa baja de piedra, el vallado y las trampas, y por poco no se me indigestó el queso. Como no teníamos televisión, mi padre encendió la radio para seguir el partido y mientras tanto los demás recogimos la mesa y preparamos un calendario con los trabajos de los días siguientes. Intenté tener libres todas las tardes y Jenska protestó, pero afortunadamente nadie le hizo caso porque ella protestaba siempre. Hicimos turnos para el único baño que funcionaba en el primer piso y yo elegí el último. Después subí a dar una ojeada a las que habían sido, durante dos noches, las habitaciones de los hermanos Tscharr, sin encontrar en ellas nada interesante. Cuando bajé, Jenska estaba en el pasillo suplicando a Mirabelle que le dejase el baño y pasé por su lado sin meterme en la discusión. Di las buenas noches a mis padres y fui a mi habitación, donde aproveché aquel rato para desembalar mis aparatos de grabación.

Hubiera apostado a que iba a ser la primera cosa que hiciera al llegar y, sin embargo, tras una semana, grabadoras, micrófonos y bobinas estaban todavía en sus cajas. Culpé de ello a Audrey, si bien sabía perfectamente que no era cierto.

Saqué del envoltorio de celofán la micrograbadora (del tamaño de un paquete de cigarrillos) y la grabadora profesional, con la bandolera y los micrófonos direccionales. Tenía tres: uno

con un bastón articulado y dos con revestimiento de pelo para ahogar el efecto del viento. Era todo un señor equipo que había comprado de segunda mano y que en Marsella utilizaba cada día: me subía a los tejados para grabar a las palomas que tenían allí sus nidos o las sirenas de las ambulancias y lo catalogaba todo en mi pequeña biblioteca de sonidos. Por el contrario, allí, en el Napoleón, ni siquiera había empezado.

Llegó mi hermana.

—¡Sargento Mirabelle! ¿Qué pesa más: un kilo de plomo o un kilo de plumas?

—¡Un kilo es siempre un kilo, general Morice!

—¡Tiene permiso para dormirse, sargento! —le dije riendo y señalándole la cama.

Me cambié delante de la ventana y, mientras ella leía concentrada una adaptación de Pippi Calzaslargas (o por lo menos lo que yo creía que era una adaptación), me puse en las rodillas el *Diccionario del Tercer Reich* y leí la entrada correspondiente a Martin Bormann. Era prusiano, sea lo que fuere lo que significaba eso, hijo de un empleado de correos. Apasionado ajedrecista, en 1924 fue encarcelado por haber matado brutalmente a su maestro de primaria. Cumplió once meses y salió sin blanca y furioso. Se afilió al Partido Nazi e hizo una carrera rapidísima: primero fue administrador de las SA, un grupo de jóvenes deportistas ligados al mito de la gran Alemania, que el mismo Bormann contribuyó a decapitar en una noche llamada «la noche de los cuchillos largos». De las SA nacieron los escuadrones de la muerte, las SS, de las que Bormann fue el comandante. De allí a Hitler solo hubo un paso. Se convirtió en su secretario personal y tal vez le orientó en las decisiones más importantes. Era su brazo derecho, el hombre de quien Hitler se fiaba ciegamente. Con él proyectó, entre otras cosas, el Kehlsteinhaus, el Nido del Águila, la inexpugnable fortaleza del Führer en los Alpes.

Inexpugnable para todos menos para Clint Eastwood y Richard Burton, naturalmente.

Estuve una hora leyendo esa entrada, avanzando y retrocediendo en el diccionario para buscar las cosas que no sabía, que eran muchas, amenazadoras, terribles, y que empezaron a ejercer sobre mí una misteriosa atracción, como si la oscuridad de la historia me hubiese atrapado. Mentiría si dijera que no me sentí de algún modo fascinado. Una fascinación inconsciente, espantosa, cierto, pero poderosa. Oí cómo respiraba Mirabelle ya dormida, y me dispuse a cerrar el diccionario. Pero cambié de idea y busqué otra entrada, la de Erwin Rommel. Llamado el Zorro del Desierto por cómo dirigió las operaciones de la guerra en África. Héroe nacional alemán, ya se distinguió durante la Primera Guerra Mundial por haber llevado a cabo algunas de las incursiones más destacadas sobre el frente italiano, y era considerado por Hitler su general de campo. En aquel punto caí exhausto. Dejé el diccionario en el suelo, lo empujé bajo la cama para esconderlo de Mirabelle y apagué la luz.

Dormí agitadamente, tuve sueños como los de las noches precedentes, y de golpe, sin razón aparente, me encontré despierto, en la oscuridad, con palpitations y la sensación de que iba a suceder algo terrible. Que no era yo, sino el protagonista de *Un saco de canicas*, y que estábamos escapando. No sé lo que tardé en calmarme, repitiéndome que todo iba bien, que Mirabelle dormía tranquila y que lo que me había despertado, con toda probabilidad, era una pesadilla.

—¿Qué hora es, Fabrice? ¿Ya ha amanecido? —murmuré.

Miré la hora: eran casi las cinco. Pero me sentía agotado, como si no hubiera cerrado los ojos, o como si durante el sueño mi cerebro hubiese trabajado febrilmente en alguna operación repetitiva y extenuante. Me levanté en busca de aire y me dirigí al baño con la seguridad de los sonámbulos. No estaba completamente despierto, pero tampoco dormido, y me acuerdo de que durante el trayecto pensé en las tuberías del capitán Brent y la instalación

que había hecho, a saber cómo. Me aferré a mi asustada burbuja mental y me dispuse a sentarme en el augusto trono del único baño que funcionaba en el piso. Alargué una mano para tirar de la cadenita de la luz y, solamente cuando la encontré y la encendí, me encerré dentro.

Oriné de pie, delante del único espejo. Abrí un grifo del lavabo para ahogar el ruido y me pareció que me alargaba mucho, mientras el agua sucia era engullida en el laberinto de las instalaciones del Napoleón. Visualicé máquinas exhaustas, sótanos húmedos, juntas estropeadas que había que cambiar. Y mientras estaba allí, con la luz oscilando despacio sobre mi cabeza, la pila de libros abandonada al lado del váter se inclinó y cayó. Me subí los pantalones del pijama lo más rápidamente que pude e intenté entender qué había sucedido.

Oí un gorgoteo. Cerré el grifo.

Enseguida volví a abrirlo.

El gorgoteo se repitió. Provenía del punto en que estaba apoyada la pila de libros. Me incliné a recogerla y cambiarla de sitio y la dejé sobre la tapa del váter. Detrás de este había una especie de escalón, recubierto de azulejos oscuros, tras el que pasaban las tuberías.

Volví a cerrar el grifo y volví a abrirlo y oí de nuevo aquel gorgoteo, suficientemente fuerte como para hacer vibrar una de las baldosas del suelo. Apoyé una mano encima y noté que se movía, un poco suelta. Se habría desprendido la argamasa o lo que fuera que se utiliza para fijar las baldosas.

O había sido desprendida en alguna reparación...

Mis palpitaciones se intensificaron.

—¿Fabrice? —pregunté a mi imagen en el espejo.

Intenté remover la baldosa, pero no era como en las películas, donde las ponen a un lado con un toque mágico. Esa se movía solo un poco y había que poner debajo la tapa dura de un libro para levantarla y moverla.

Lo logré. Me moví para no hacerme sombra yo mismo y únicamente vi un espacio rectangular por el que pasaban las tuberías.

Un espacio vacío. Sin absolutamente nada de extraño, aparte del gorgoteo del agua.

Después me arrodillé y metí una mano dentro. Palpé las tuberías. Y una cosa suave. No blanda, pero tampoco dura como la pared ni las cañerías. Me obligué a averiguar qué era, con el brazo metido en el agujero del baño y los dedos rozando y tocando esa cosa vagamente suave.

Apreté.

Era algo pequeño, como un librito. Como la famosa agenda de las reservas desaparecida.

Saqué la mano.

Y me encontré con el volumen que faltaba en el estuche de los diarios de Erwin Rommel.

El número tres.

¿Qué hacía allí escondido?

Lo abrí, curioso. No había postales, cartas ni fotografías entre sus páginas. Estaba mucho más estropeado que los otros, quizá porque había estado metido, quién sabe durante cuánto tiempo, bajo aquellos tubos. La cubierta, suave, estaba manchada y las páginas se habían curvado por la humedad. Pero sobre todo, aquel libro había sido muy leído. Tenía anotaciones y asteriscos. No muchos, pero bien visibles: palabras en los márgenes, frases enteras subrayadas con un lápiz azul. Anotaciones en alemán, en un libro alemán, mensajes ocultos hechos con una minúscula letra.

Fue entonces cuando alguien llamó a la puerta del baño. Me levanté bruscamente, golpeando la bombilla sin querer de un manotazo y haciendo que se estrellara contra la pared. Grité.

Al otro lado de la puerta gritó también mi hermana.



—Silencio, Jenska! —dije saliendo del baño—. ¡Cállate o se despertarán todos!

Tenía todavía las manos puestas sobre el pecho.

—¿Qué hacías ahí dentro? —me preguntó.

—Nada —le respondí—. He roto la bombilla.

No quería que entrase y viera los libros cambiados de sitio y todo lo demás. Yo ya me había guardado el librito de Rommel en la goma de los calzoncillos.

—¡Son las cinco de la mañana! —protestó.

—Lo sé.

Le intercepté un brazo y ella se liberó de mí, pero no se movió del pasillo. Me miraba fijamente.

—Una bombilla —repetí—. Necesitamos una bombilla. Y un recogedor para los cristales rotos.

—¿Hay cristales?

—He roto la bombilla, Jenska. Tiene que haber cristales por fuerza. Me has asustado.

Encogió los dedos de sus pies descalzos y levantó la nariz. Se estaba calmando.

—¿Puedes bajar a buscar una bombilla, por favor?

—¿Dónde están?

Se lo expliqué.

Y en cuanto la oí bajar por las escaleras, entré de nuevo en el cuarto de baño, a oscuras, para colocar la baldosa en su sitio y los libros encima. Intenté tener cuidado con los cristales, pero noté una pequeña descarga eléctrica debajo del pie y comprendí que me había cortado.

Maldición.

Cojeé sobre el otro pie hasta el armario de las sábanas, donde me parecía que había una escoba y un recogedor, los encontré y volví sobre mis pasos. Me vendé la herida con dos vueltas de papel higiénico. Quemaba como el fuego, pero no hice caso. Limpié el baño a ciegas, empujando los trozos de cristal sobre el recogedor de plástico.

—¿Qué te has hecho? —me preguntó Jenska cuando regresó.

—Adivina.

Cambié la bombilla, la encendí y revisé los libros. Se veía todo en orden. Metí el pie herido en el lavabo y me lo enjuagué. La sangre (mucha más de la que esperaba) se concentró en el desagüe.

—¡Así, no! ¡Cierra! ¡No te laves ahí! —protestó mi hermana.

Al forcejear con ella, el diario se me cayó al suelo. Ella lo recogió antes que yo, que tenía todavía el pie en el lavabo.

—¿Qué es?

—El diario de guerra de un general nazi —respondí.

—Está en alemán.

—Era alemán.

—¿Y por qué lo estás leyendo?

Intenté apoyar el pie. Necesitaba un esparadrapo, una gasa o algo.

—No lo leía yo, sino Brent... —Mi hermana me miró fijamente—. El antiguo propietario del hotel.

Hizo una mueca como para decir: «Cretino, ya sé de quién hablas».

—Me gustaría que me ayudaras a traducir algo —dije entonces.

—Yo solo quería hacer pipí, Morice.

Noté cómo me latía el dedo del pie y lo mantuve levantado.

—Te pagaré —añadí.

Pocos sabían de Jenska cuánto le gustaba el dinero. Y era muy avara. Tenía una pequeña reserva de monedas en el doble fondo de una caja de zapatos, convencida de que nadie conocía ese escondite, donde echaba todas las monedas que encontraba por casa. Su intención no era gastarlas, solamente tenerlas y contarlas, como hacen los tacaños al estilo del Tío Gilito. O tal vez soñaba desde hacía años con un plan de fuga del que yo no estaba informado, ni me interesaba. Lo que en aquel momento me interesaba era que, en lugar de tirarme el libro a la cabeza y encerrarse en el baño, Jenska le echase un segundo vistazo, para valorar la inversión.

—Quiero diez francos por página —dijo entonces.

Era una barbaridad. Un despropósito. Para eso más me valía ir a la universidad a buscar a un traductor profesional. Pero en Dautremere no había universidades y, mucho menos, traductores profesionales. A menos que tomara en consideración a los hermanos Tscharr.

Obviamente, dado lo que sospechaba de ellos, hubiera sido una especie de suicidio. Una de las imágenes que me obsesionaban aquellos días era la figura de un hombre (a veces imaginaba a Oscar Tardi, a Grincourte, a Pascal, o incluso al viejo Puschbach) que se introducía en la cabina telefónica que había a la salida del pueblo, sacaba un papel doblado, metía una moneda tras otra, marcaba un número internacional y advertía a los hermanos Tscharr de que alguien había reabierto el hotel. ¿Qué buscaban los dos hermanos? ¿Aquel librito que ahora yo tenía entre las manos? ¿Qué relación había, si es que había alguna, entre el capitán Brent, el padre de los hermanos Tscharr y el diario del general Rommel? ¿Por qué el capitán Brent lo había escondido y por qué se había ahorcado?

Estas y otras mil preguntas me hervían en la cabeza. Y si el precio para entender algo eran diez francos por página, que fueran diez francos.

—¿Puedes hacerlo? —le pregunté.

—¿Los tienes?

Nos estrechamos la mano.

—Nos vemos a las dos en el promontorio.



—¿Qué hace ella aquí? —preguntó mi hermana.

Eran las dos. El día era muy caluroso y sobre las dunas había un banco de densa calima blanca. El mar se había dividido en dos tonos de azul que parecían no mezclarse entre ellos. A lo lejos, aguzando la vista, se distinguían las velas de tres pesqueros, que regresarían hacia las seis.

Hice las presentaciones: «Audrey, esta es Jenska. Jenska, esta es Audrey». Después, nos sentamos sobre la arena y saqué el diario.

—¿El precio cambia si somos dos?

—¿Te has dejado enredar por mi hermano, eh? —farfulló Jenska.

—Él es quien paga —dijo Audrey, con una sonrisa.

Le pasé el libro y desenrollé diez francos de mi pequeño rollo de billetes. Lo apoyé en la arena, debajo de una concha vacía.

Jenska se acomodó mejor en el suelo.

—¿Queréis que lo lea todo o solamente donde hay anotaciones?

—Por ahora solamente donde hay anotaciones.

La primera estaba más o menos a mitad del libro.

—Día 9 de marzo de 1943... Vi al Duce, mientras iba camino de Alemania..., para ver al Führer...

Pausa larga.

—He visitado Roma camino de Alemania antes de concederme un breve permiso. Tengo que recuperar la salud: el cansancio de la retirada de... ¿Libia?

Libia, claro. Lo había leído en el diccionario. Fue allí, en el norte de África, donde Rommel se había convertido en el Zorro del Desierto.

—... El cansancio de la retirada de Libia me ha dejado bastante débil y enfermo. Una breve visita de cortesía. Hemos hablado de la guerra en Italia. El Duce promete, como lo hace siempre. Pero ha dejado escapar un tema de la máxima importancia, una ayuda de la que no sabía nada.

Jenska me miró y yo la invité a proseguir.

—El Duce me habla de algo entre él y el Führer. Investigaré el tema con la máxima urgencia. No quisiera que Alemania cometiese un error...

Toda esa frase estaba subrayada y tenía una única anotación: «*Verrat*».

Traición.

Jenska ojeó las páginas siguientes y mientras tanto miré a Audrey, intentando intuir lo que estaría pensando. No había dicho nada pero para mí era como si lo hubiera hecho. Guerra en Libia, el Duce, o mejor dicho Benito Mussolini, el comandante en jefe de Italia en guerra, el Führer, el de la Alemania nazi. Una visita de cortesía, una ayuda inesperada, una operación secreta.

Entendí que hablaban de lo mismo de lo que había hablado Walter Tscharr y me temblaron las manos. Jenska revisó las páginas hasta la siguiente anotación.

—Abril —empezó, pero se detuvo y revisó la página anterior—. Creo que del mismo año, pero no está escrito.

—De 1943 —repetí como para grabármelo en la cabeza.

Me resultaba una fecha remota, antiquísima, como todo lo de la guerra. La idea de que

Francia, Inglaterra, Italia y Alemania combatieran entre sí era tan lejana de mí y de mi mundo, que me parecía escuchar la cabecera de *Star Trek*: «El espacio, la última frontera. Hasta aquí llegan los viajes de la nave Enterprise durante su misión quinquenal dirigida a la exploración de nuevos mundos». Y en cambio, era mi mundo, el mundo en que tuvo lugar aquella historia. Era la guerra en que combatieron mis abuelos. Tres años antes de que naciera mi padre.

Tres años. No mil.

—El trato existe —leyó mientras Jenska—. Se decidió en la cena. No sé quién estuvo presente, solamente puedo imaginarlo. Los dirigentes, naturalmente. Cualquiera que esté relacionado, supongo que será muy rico. Imposible determinar a cuánto asciende el desplazamiento. Ignoro el modo en que tienen pensado pasar desapercibidos. Cautela. Se necesita cautela.

Una ola especialmente fuerte llegó a lamernos los pies, interrumpiendo la lectura.

El corazón me latía muy deprisa. Los dedos me temblaban. Pensé que había acertado. La operación, el traslado..., podía ser un traslado de lingotes. ¿Cuántos? ¿De dónde? ¿Adónde? ¿Qué relación tenía el Napoleón?

Jenska pasó otras páginas del diario, rápidamente.

—Mayo, Saint-Nazaire, 1943... —De nuevo una pausa para revisar—. Diría que ahora estamos en Francia. Tu amigo se traslada rápidamente...

Audrey tosió levemente.

—Hace unos días, tras dar una vuelta por el paseo marítimo, vi en una librería el nuevo libro de un escritor francés. Lo compré. Es un libro para jóvenes que acaba de salir en inglés. Un relato extraño. Es sobre un avión que se estrella en el desierto. Un zorro al que domesticar. Si es una coincidencia, es bastante peculiar. Es una historia que no se sostiene en pie, no tiene conclusión. Pretende ser profunda pero no lo consigue. No obstante, tiene algo. O quizá soy yo, que me engaño.

Pasó la página.

—Continúa en mayo. He pedido información sobre el autor. Interesante. No solamente es escritor. Es aviador. Y no solo un aviador. ¿Para quién trabaja? ¿Vichy? ¿Petain? ¿Los conservadores? ¿Y si detrás están los americanos? El libro se publicó en Nueva York. ¿Quizá la Oficina de Servicio Estratégico? ¿Lo saben? A lo mejor debería encontrarlo. Averiguar qué sabe. Si de verdad hay una traición en marcha...

—Oh, vaya... —murmuré incapaz de contenerme—. Está hablando de Saint-Exupéry...

Jenska me miró como si acabase de decir una estupidez.

—¿Por qué Saint-Exupéry? —me preguntó.

—El libro del que habla Rommel —respondí—. El avión que cae, el zorro al que hay que domesticar...

—¡Dios mío!, tienes razón: es *El Principito*. —Mi hermana hizo una mueca.

—¿Hay más anotaciones? —preguntó Audrey.

En las páginas sucesivas no había subrayados hasta casi al final del libro: una sola línea, siempre en lápiz azul.

—Esta no te la cobraré, hermanito...

—¿Qué dice?

—Fecha: 5 de junio.

Llegó una ola y se alejó.

—Hoy he conocido al Principito, aunque era más alto.

—¡Así que al final se encontraron! —exclamé—. ¿Y dice dónde?

—¿En Dautremere? —murmuró Audrey.

El diario no decía nada más. Aparte de un fragmento en la página siguiente, en el que había escrito: «15 de junio de 1943... El zorro del desierto ha encontrado al lobo de mar». Con «lobo de mar» subrayado dos veces. «Esperemos que entre fieras nos entendamos».

—No se fía ni siquiera de su diario... —murmuré en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Audrey.

—Las anotaciones anteriores eran mucho más claras. En cambio, aquí, parece que esté escribiendo en una especie de código. Como si temiese que alguien más pudiese leerlo. El zorro del desierto, el Principito...

—Está hablando de él mismo y también de Saint-Exupéry... —observó Audrey.

—¿Entonces quién es el lobo de mar?

El viento nos trajo la voz de mi madre, que gritaba a mi padre algo relacionado con una limonada. Apoyada en la fachada del Napoleón había una larga escalera extensible de metal, sobre la que mi padre y Tardi se subían por turnos, buscando una cosa que se llamaba «bidón de compensación», y que según Puchon tenía que estar pegado en algún sitio para equilibrar la caída del agua de la vieja instalación hidráulica. Del lado del pueblo se veían las casitas, la solitaria cabina telefónica y el pequeño puerto. Nada más.

Tenía la garganta seca. Jenska abrió por última vez el tercer diario del general Rommel. La mano de Audrey acarició la mía, y la dejó allí apoyada.

—28 de junio de 1943... —leyó mi hermana—. ¡Cuántas cosas pueden salir mal! Tierra, aire, mar, todo tendrá que funcionar perfectamente, como el mejor de los relojes. ¿Puedo realmente fiarme de mis compañeros de viaje?

Jenska nos miró fijamente.

—¿Vosotros qué decís? —nos preguntó.

—Yo digo que no— murmuró Audrey.

—8 de septiembre de 1943... —retomó Jenska.

«El 8 de septiembre, 8 de septiembre», me repetí a mí mismo. ¿Por qué sabía que era un día importante? ¿Qué sucedió el 8 de septiembre de 1943?

—Italia nos ha abandonado —concluyó Jenska—. La campaña de Rusia es una trituradora. América está empezando a hacer sentir su peso. Temo que dentro de poco intentarán desembarcar en Francia. Entre todas estas nubes, tengo una sola cosa clara: mi plan ha llegado a puerto.

Los Tscharr! —exclamó Audrey, levantando de golpe su mano de la mía.

Se puso de pie y se alejó del promontorio incluso antes de que yo consiguiera entender qué estaba sucediendo. Por intentar seguirla golpeé a Jenska e hice caer el diario en la arena. Jenska recuperó el billete de debajo de la concha y yo me incliné para recuperar el libro. Fue entonces cuando los vi alejándose de las casitas de Dautremere.

Caminaban por la arena, Walter con una mochila a la espalda y ella con los zapatos de ambos en las manos. Nos alejamos del acantilado detrás de Audrey, entre los arbustos y los arbolitos que separaban la playa de la carretera de la costa. Imposible saber si ellos también nos habían visto. Nos detuvimos cuando nos dimos cuenta de que estábamos lo suficientemente lejos de la playa y nos sentamos sobre la arena más compacta del acantilado.

—¿Puedo saber por qué nos hemos escapado como si fuésemos unos ladrones? —nos preguntó Jenska.

—Olía mal —respondí—. No soportamos el perfume de Karin. Pero preferiríamos que no lo supiera.

Le acerqué otros cuarenta francos, esperando que sirvieran para olvidar el tema. Jenska los tomó y se los metió en el bolsillo.

—Estáis locos —dijo.

—No puedes decírselo a nadie —respondí—. Ni siquiera a mamá y a papá.

Mi hermana pareció confundida.

—¿Nos podemos fiar de ti? —le preguntó Audrey.

Jenska la miró fijamente, después a mí.

—No quiero saber nada de lo que estáis planeando. ¡Nada! ¿Está claro?

Nos estrechamos la mano. Se alejó hasta llegar a la playa, desde donde corrió hacia la pasarela de nuestro jardín.

—¿Qué opinas? —pregunté a Audrey.

—Ha mirado a su alrededor antes de irse —dijo Audrey—. Podemos fiarnos de ella.

Nos arrastramos en dirección opuesta, atentos a no dejarnos ver entre los arbustos. Llegamos al límite de la playa y, una vez allí, nos aplastamos uno contra el otro, y me sentí de nuevo tranquilo. Todo iba bien.

Los hermanos Tscharr estaban a unos veinte metros de nosotros y Walter había sacado de la mochila dos sacos de plástico negro. Hablaban, pero el viento no nos ayudaba porque soplaba desde nuestras espaldas hacia el mar, así que teníamos que permanecer en silencio.

Se detuvieron un momento antes de doblar el promontorio, a la altura de los pozos de agua. Karin se desnudó con bastante rapidez y dijo algo como:

—¡Que sea la última!

Su hermano no le respondió. Le tendió un traje negro de submarinista, que Karin colocó en su cuerpo de atleta. Tenía los brazos y las piernas musculosos, la cintura estrecha. Me sentí un poco avergonzado de espiarla de aquel modo. Del segundo saco de plástico negro salieron un par de bombonas que se cargó a la espalda. Se puso la máscara, el respirador y las aletas mientras el hermano regulaba algo en la cintura del traje.

Le pasó lo que parecía una gran linterna subacuática. Karin la encendió y la apagó para comprobar que funcionaba y le hizo el signo de *OK* con la mano. Se encaminó hacia el mar

marcha atrás. Walter esperó a que se hundiera, recogió los dos sacos de plástico negro, los metió de nuevo en la mochila y se dirigió hacia el Napoleón.

Esperamos durante una buena media hora a que ella saliera o a que él volviese. Pregunté a Audrey qué profundidad tenía el mar, si sabía hacer inmersiones, y por qué el agua tenía dos colores tan diferentes aquel día. Me di la vuelta, de cara al sol, con las manos entrelazadas tras la nuca, los párpados cerrados, color rojo fuego. Hablamos de las anotaciones del diario que Jenska nos había traducido, del porqué, según nosotros, había sido subrayado y escondido. Después de todo, no facilitaba ninguna información útil sobre el tesoro del secretario Bormann, si no era que el general Rommel, el predilecto de Hitler, lo había conocido. Y sospechaba también que no era el único que lo sabía.

Los americanos.

La Oficina de Servicio Estratégico.

Saint-Exupéry.

¿Qué relación tenían los servicios secretos americanos y el autor de *El Principito*?

—Yo creo que no es verdad —dije en un momento dado, para dejar de elucubrar un instante—. Quiero decir que..., por cómo la he visto descrita en la novela *Un saco de canicas*, Francia había sido invadida, no había comida, solo bloqueos y persecuciones, y me parece un poco extraño que funcionasen las librerías, ¿no crees?

Audrey no confirmó ni negó mi deducción. Lo cierto era que no sabíamos lo suficiente de la Segunda Guerra Mundial; de lo que les había sucedido realmente a las personas, los países, las ciudades. Quizá había sitios donde se combatía y no se podía salir de casa, y otros donde las cosas funcionaban más o menos como siempre. O tal vez, en los territorios conquistados por los alemanes, se fingía que todo era normal, o incluso mejor.

—Pero eran enemigos, ¿no? —continué—. Rommel era un nazi y Saint-Exupéry era francés. Los alemanes habían invadido París. Y los franceses se rindieron.

—No se rindieron. Estaba la Resistencia —puntualizó Audrey—. Fuerte. Una en cada ciudad de Francia.

Sí, claro, eso ya lo sabía. Había visto en alguna parte una lista enorme de nombres y siglas, pero no acertaba a recordar dónde.

Audrey dibujó un símbolo en la arena. Un asta vertical con dos cruces horizontales.

—¿Sabes lo que es esto?

—No.

—Se llama cruz de Lorena. Era el símbolo de la Francia libre, de la resistencia contra los nazis. Y era la cruz de Juana de Arco...

—¿Por qué la has dibujado?

Me pidió que le pasara el diario y me la señaló, dibujada con lápiz azul, al lado de la anotación de mayo de 1943, aquella en la que Rommel se preguntaba quién era Saint-Exupéry. Podía significar cualquier cosa o nada, y todo por el mismo motivo, porque no teníamos ningún medio para entenderlo.

—Tenemos que descubrir algunas cosas... —murmuré.

—¿Cuáles?

Volví a abrir los ojos y me di la vuelta en la arena. Las enumeré.

—Al menos, cuatro. Primero, qué objetivo tenía Puschbach. Qué sucedió en 1943 en Córcega, por lo menos a los altos cargos. Y también, en Europa y en África.

—¿Hamadouche? —se preguntó Audrey en voz alta.

Tal vez. Después podíamos intentar buscar más información sobre Saint-Exupéry. Al fin y al cabo, había alguien en el pueblo que decía haberle conocido.

—Mathis... —me recordó también Audrey—. ¿Y la cuarta?

Retomé el diario de Erwin Rommel.

—Sin haber leído esto, los Tscharr no pueden establecer relación entre Rommel y *El Principito*. Es una pista que ellos no tienen.

—Es un libro —objetó Audrey.

—¿Y?

—Que el que lo haya comprado y leído tiene la misma información.

—A lo mejor no lo han leído tantos. Quizá aquí se habla de una edición única, rara. Puede que lo cambiaran en las sucesivas ediciones. Quizá fue el mismo Brent quien escribió a los editores para suprimir las partes que habían sido mencionadas aquí...

Audrey se rio.

—Vas muy lejos con tu imaginación. ¿Por qué iba a haber hecho eso?

Volví a echarme boca arriba.

—No lo sé —admití; quizá era cierto que imaginaba demasiadas cosas.

—No me has dicho cuál es la cuarta cosa que investigar, Morice...

¿La cuarta cosa? Era todo. Me resultaba fantástico estar allí escondido junto a ella, fantaseando sobre un tesoro de lingotes de oro y sobre nazis.

—La cuarta es...: ¿según tú, cuántos conocen la existencia de este tesoro? —conté, con los dedos de la otra mano—. Brent, los Tscharr... —Me detuve un instante en el tres—. ¿Tardi?

—¿Tardi?

—¿Y por qué no tu padre? ¿O Remi? —aventuré, extendiendo todos los dedos de la mano—. A lo mejor ese es el gran secreto de este pueblo y por eso hacéis tantas preguntas a los recién llegados.

Audrey reflexionó un poco antes de responderme.

—¿Viste las pieles de conejo cuando llegasteis?

Me callé y me volví de lado, apoyado en la rodilla. Claro que las había visto, pero no había pensado más en ellas.

—¿Sabes cuántas había?

—No.

—Trece.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Las conté mientras Grincourte las colgaba una tras otra.

—Qué simpático nuestro gasolinero. ¿Por qué lo hizo?

Audrey se encogió de hombros.

—Pensé que había una por cada mes que el hotel había permanecido cerrado.

Reí nervioso. Sentí un escalofrío.

—¿Por qué? —insistí.

—Es un modo como cualquier otro para desanimar a alguien que quiera entrar.

—Pero tú habías entrado de todos modos, ¿verdad?, cuando el hotel estaba cerrado.

Asintió, aunque la noté preocupada.

—¿Qué viste allí dentro?

Audrey levantó la mirada de golpe, como si la acabase de insultar. Fue cosa de un segundo, pero vi pasar por sus ojos muchas emociones: indecisión, vergüenza, miedo.

—No vi nada —me respondió lentamente—. Pero oí algo.

Fabrice me pellizcó la nuca, como hacía siempre que quería mantenerme despierto para que me diese cuenta de algo.

—¿Qué?

—Una especie de voz.

—¿De quién?

—No lo sé —respondió Audrey—. Salí corriendo.

Un hormigueo gélido me empezó a subir por la pierna más corta hasta la base de la espalda.

—Sin embargo, después he pensado...

—¿Qué has pensado?

—Que quizá Grincourte no colgó las pieles de conejo para disuadir a nadie de entrar. Sino para desaconsejar a alguien... que saliese.

—¡Ostras! —exclamé, y salté para intentar extender la pierna, ya que el hormigueo se había hecho insoportable.

—¡Perdona! ¡Perdóname! —intentó disculparse Audrey—. ¡No sé por qué te lo he dicho! ¡Olvidalo!

—¡Claro que voy a olvidarlo! ¿Qué otra cosa esperabas? —respondí un poco despectivo, masajeándome la pierna—. Es una estupidez. ¡Solo una estupidez! —insistí todavía un poco para hacer desaparecer el hormigueo.

—No quería asustarte —continuó.

—No te preocupes. No me he asustado —le respondí.

Pero estaba mintiendo.



Al final de los tablones que formaban la pasarela, la verja rechinó de un modo más lúgubre de lo habitual y la sombra cuadrada del Napoleón entre los cedros me pareció un poco más amenazadora. Me esforcé en no pensar en los conejos ni en la explicación de Audrey, y en concentrarme, en cambio, en todas las cosas que queríamos hacer. Habíamos quedado para ir a casa de Mathis al día siguiente y Audrey iba a devolverle *Un saco de canicas* a la señora Hamadouche. Ella no tenía intención de leerlo: le bastaba con mi resumen. Atravesé el jardín hundiendo la punta de mis pies en la gravilla; entre los medallones dorados del sol, vi la furgoneta de Tardi aparcada delante de nuestro cobertizo y oí gritar a Walter Tscharr:

—¡CUIDADO!

En aquel momento no entendí exactamente de dónde venía su voz. Después escuché a mi padre gritando:

—¡LA TENGO!

Y oí cómo sonaba la escalera metálica contra una pared. Corrí detrás del hotel, por el lado de las dunas, y vi a Walter Tscharr justo bajo el techo, sobre uno de los peldaños más altos de la escalera extensible. Cuando llegué, Tardi y mi padre la sostenían desde abajo.

—¿Todo bien? —gritó mi padre al señor Tscharr.

—¡En absoluto! —gritó este bajando los peldaños tempestuosamente. Se encaró con Tardi—. ¿Qué pensaba que hacía, eh? ¿Qué se le ha pasado por la cabeza?

Tardi tenía un rostro inescrutable que parecía esculpido en madera. Los ojos fijos en los de Tscharr, los orificios de la nariz dilatados como si estuviese a punto de golpearle.

—¡Cálmese, señor Tscharr! —le susurró.

Pero Walter no se rindió, al contrario:

—¿Calmarme? ¿De verdad? Son nueve metros de escalera. Y yo estaba arriba.

—Son diez metros. Y usted ha hecho un movimiento brusco —respondió Tardi, glacial—. Dé las gracias al señor Renard, que ha conseguido mantenerla quieta.

—¡No he hecho ningún movimiento brusco! —gritó el señor Tscharr—. ¡Usted la ha empujado!

—¡Ande, cálese! ¿Por qué motivo iba a hacer una cosa tan estúpida?

—¡Porque hay un suelo de piedra abajo!

Primero miré la escalera, apoyada en la fachada a la altura de las ventanas del último piso, y después la acera de piedra. Independientemente de lo que hubiera sucedido, estaba asustado.

Mi padre, como siempre, intentó poner paz. Intercedió entre los dos y empezó a darles palmaditas en la espalda y a soltar frases conciliadoras.

—Venga, venga..., déjelo estar, por favor... No ha pasado nada, todo va bien... ¿Y si por hoy dejamos de buscar ese bidón de agua fantasma? ¿Qué me dicen?

Creo que los dos hubiesen seguido peleando, pero tuvieron que contentarse con desafiarse con la mirada y con su postura corporal. Ambos eran dos gigantes, al contrario que mi padre, con sus piernecitas de banquero que asomaban de sus pantalones cortos. Pero mi padre mandaba. Tscharr fue el primero en ceder o, al menos, lo dejó estar. Se volvió hacia mí como si en realidad no me viese, saludó bruscamente a mi padre y se marchó sin añadir palabra.

Tardi, en cambio, permaneció inmóvil hasta que oímos rechinar la verja de la entrada. Entonces preguntó a mi padre si le echaba una mano para plegar la escalera.

—No, Tardi, gracias. Márchese tranquilo. La dejaremos donde está y mañana ya veremos

qué hacemos.

—Como prefiera —respondió Tardi. Se metió las manos en los bolsillos, encontró las llaves de su furgoneta y dijo—: Solo espero que no haya creído que yo...

—Por algo se llaman accidentes —cortó mi padre—. No es cuestión de quién tiene razón. Por suerte yo estaba al lado de la escalera. Simplemente, creo que el señor Tscharr se ha asustado.

—Pero...

—Sí, estoy de acuerdo con usted. No comparto sus modales.

Tardi resopló algo mientras caminaba hacia la furgoneta. Se subió en ella, cerró la puerta, encendió el motor al segundo intento y maniobró bruscamente antes de alejarse en una nube de polvo.

—¡Hola! —me saludó mi padre.

—¡Hola! —le respondí.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Bien.

—Bien.

Sentí que tenía que añadir algo, pero no supe qué. En el aire se oía todavía el rumor de la furgoneta de Tardi, que se alejaba a lo largo de la carretera de la costa. Pensé en su casa de piedra al final de las dunas, en las antenas sobre el tejado, las vallas de metal, las trampas para capturar zorros y conejos. En las trece pieles que nos habían recibido al llegar a Dautremere. Y en aquel momento descubrí, en el parterre que teníamos delante, las dos pequeñas cruces de las que me había hablado Mirabelle unos días antes. Dos pequeñas cruces de hierro negro, cada una con dos astas.

Dos cruces de Lorena.

—¿Las has visto? —le pregunté a mi padre señalándoselas.

Mi padre las miró como si nunca antes las hubiese visto. Se rascó la cabeza, pensativo.

—No —admitió.

Me acerqué a ellas y leí los dos nombres que estaban escritos encima: BRIEGEL en la primera, LITTBARSKI en la segunda.

—Son dos futbolistas —dijo mi padre.

Lo miré, perplejo.

—Podrían ser los dos perros de Brent.

Sí. Era muy propio de Brent haberles puesto los nombres de dos futbolistas.

Mi padre me despeinó.

—Hay una cosa para ti.

—¿De verdad?

—Sí, ven. Es de parte del señor Tardi. Creo que quería dártela él pero hoy, como has visto, hemos tenido un pequeño malentendido...

Le seguí hacia el almacén, al lado de nuestro coche, hasta una bicicleta de los años sesenta, de color azafrán.

—Lo ha traído hoy —dijo mi padre.

—¿Para mí? —pregunté, sorprendido.

Mi padre buscó un trapo para limpiarse las manos y dijo:

—Era de su hijo, de cuando tenía tu edad. Es italiana: una Bozzi modelo 54 Special. Silla Italia, manillar 3T y frenos Balilla... Deberían funcionar bien todavía.

Mi padre tenía los ojos brillantes como si me estuviera enumerando el contenido de un tesoro. Sabía que le gustaban las bicis, y sospeché que aquella no había sido únicamente idea del señor Tardi.

—Mañana acuérdate de darle las gracias.

—¡Claro, papá! ¡Gracias! —respondí impulsivamente, inclinándome a acariciar la bici.

El chasis había sido abrillantado con cera; el sillín era negro, desgastado solamente en los ángulos; el manillar de carreras. Tenía un adhesivo de L'Eroica¹ pegado sobre la rueda de delante que me recordó aquellos dibujos que se hacían sobre las carlingas de los Spitfire, antes de salir en combate. Tardi le había hinchado los neumáticos, que estaban duros como piedras, y engrasado la cadena, que parecía que hubiera sido sumergida en petróleo.

1. L'Eroica es una prueba que busca recuperar los valores y la esencia del ciclismo clásico y épico, y que recorre las zonas mas importantes del mundo (*N. de la T.*).

—¿Qué te pasa? —me preguntó mi padre viendo que daba vueltas y sacudía la cabeza—. ¿No te gusta?

¡Faltaría más! La bici me encantaba. La verdad era que no me la esperaba. Estaba descolocado. Me había hecho una idea determinada del señor Tardi, y en cambio él me había regalado la bici que necesitaba. La pregunta era: ¿se puede aceptar un regalo de la persona que, con mucha probabilidad, es tu enemigo?

Levanté la rueda posterior e hice girar los pedales. Escuché el sonido de la cadena, que corría sobre los dientes como un engranaje suizo, y el silbido de los radios que surcaban el aire.

Oh, sí, sí que se podía.

Paciencia, si Fabrice no estaba de acuerdo.

¡Por supuesto que se podía!



quella noche leí en el *Diccionario del Tercer Reich* que el general Erwin Rommel también se había suicidado, el 14 de octubre de 1944, con una cápsula de cianuro. La ingirió para morir con honor y no tener que ser procesado bajo la acusación de haber conspirado para matar a Hitler en el atentado fallido perpetrado contra el Führer el 20 de julio de 1944. Las últimas palabras que dirigió a su mujer y a su hijo fueron: «Dentro de diez minutos estaré muerto».

«Sea como sea, no desmintió su participación en el complot», pensé.

Confronté los datos de este suceso con los que ya conocía y después añadí al señor Rommel a mi ya nutrida lista de suicidios: tras Brent, Tscharr padre y Puschbach. Todavía me costó dormirme. Había algo que no encajaba. Rommel siempre había sido el predilecto del Führer, su mejor general. El invencible Zorro del Desierto. Quien le acusó de haber tomado parte en el complot fue el gobernador de París, Carl-Heinrich von Stülpnagel, tras ser torturado. ¿Por qué?

Sabía por sus diarios que, ya el año anterior, las convicciones del general habían empezado a flaquear. Sin embargo, era él quien sospechaba de alguna traición. No que sería acusado. Quizá con sus investigaciones se ganó la ira de los traidores. De Martin Bormann. Otro fidelísimo a Hitler.

Alguien, eso era seguro, había cometido una traición. Solo faltaba saber quién.

Había muchos pasajes que no me quedaban claros: Rommel habló con Mussolini mientras estaba de paso en Roma, por ejemplo. Allí comenzó a sospechar. ¿Por qué?

Porque había notado que había algo poco claro en la ayuda con la que tanto contaba el Duce.

Todo giraba, de nuevo, en torno al secretario Bormann. Walter Tscharr había hablado claramente de tres hombres que conocían la historia. Y del hecho de que los tres ya estaban muertos.

Uno era Bormann. ¿Y los otros dos?

¿Cómo marchaba la guerra en 1943? ¿Ganaban los alemanes?

Volví a las cubiertas del libro...

Siempre había tenido una idea muy fantasiosa de la guerra. Una cosa de hombres o, al menos, de aquel tipo de hombres a los que a mí me hubiese gustado pertenecer. A menudo me había lamentado de mi pierna más corta, porque no me hubiese permitido enrolarme en la Legión Extranjera. Y yo fantaseaba con la Legión Extranjera, como fantaseaba sobre la Gran Rusia que había leído en la novela *Miguel Strogoff*. Mi guerra no olía a sangre sino, como una ilusión, vibraba de exotismo, honor y sentido del deber.

Sabía perfectamente que Hitler era el Mal. Un loco. Eso, aunque quizá un poco tarde, debía de haber deducido incluso su mejor general, cómplice de la guerra en África, al que había mantenido lejos de Berlín. Sabía también que poco antes del atentado, el 28 de junio de 1944, Rommel intentó hacerle razonar, pidiéndole que aceptara el armisticio, mostrándole de qué modo el ejército alemán sería aplastado en el frente francés. Dijo: «*Mein Führer*, no puedo marcharme sin haber tocado antes el tema de Alemania».

Y en cambio, se marchó sin conseguir nada.

¿Fue entonces cuando decidió traicionarlo?

¿Y quiénes eran los conspiradores, exactamente?

El diccionario citaba a un cierto Von Stauffenberg, el autor material del ataque, pero

subrayaba la existencia de un complot del que formaron parte también el general Ludwig Beck y el jefe del Estado Mayor en Francia, Hans Speidel.

Otra vez Francia. Donde estaba Rommel. Por tanto, lo sabía, me dije. *Tenía que saberlo.*

Se había suicidado para mantener el honor.

Como todos.

O tal vez no.

—¿Tú sabes cuándo murió Saint-Exupéry, Fabrice?

—pregunté por la noche.

Me dormí sin respuesta.



—¿Alguno de vosotros sabe cuándo murió el autor del libro *El Principito*? —pregunté la mañana siguiente, en el desayuno.

Jenska me miró fijamente, intentó decir algo, después bajó la cabeza y permaneció callada.

—Antes del final de la guerra —me respondió mi padre.

—Cayó al mar, ¿verdad? —añadió mi madre.

—No se sabe —continuó mi padre—. Dicen que lo abatieron aviones enemigos. O que intentó un aterrizaje forzoso en el mar.

—¿Cuándo? —insistí.

Que había muerto en el mar ya se lo había oído contar a Mathis.

Mis padres se miraron.

—¿En 1944?

El mismo año que Rommel. ¿Pero cuándo? ¿Antes o después del 20 de octubre?

Mis padres no lo sabían y no me pareció conveniente insistir en ello.

Mirabelle me enseñó su nuevo escondite secreto, un espacio bajo la escalera donde solo ella conseguía entrar a cuatro patas. Era su escondrijo. La felicité por haberlo descubierto, lavé las tazas del desayuno y las dejé en el escurrerplatos.

Miré la hora. Faltaban quince minutos para mi cita con Audrey.

Pero ahora tenía una bici nueva.

Di algunas vueltas por el hotel, indeciso. Continuaba pensando en las voces que Audrey había oído mientras el hotel debería haber estado abandonado e intenté bajar al sótano. Pero todavía estaba medio inundado por el incidente de la caldera. Así que subí al último piso y me quedé mirando las tumbonas y las mascarillas para hacer inhalaciones que había amontonadas allí, hasta que oí sonar la campana de Sainte-Denise.

Entonces cerré la tapa de la trampilla, bajé atropelladamente las escaleras y monté en la bicicleta amarilla del señor Tardi.

L—legas tarde —me dijo Audrey en cuanto nos encontramos.

No dijo nada de mi bici, estaba enfadada. Revisaba sus notas con el avance de nuestras investigaciones sobre el señor Puschbach. O sea, ninguno.

—He pensado una cosa —le dije.

—Yo también —me respondió—. He estado en casa de la señora Blandine y me ha explicado unas cuantas cosas sobre la guerra. —Me miró con insistencia—. Tu punto dos —me recordó.

—¿Y?

—Sé cuándo llegaron los fascistas. Y cuándo se rindieron. El 8 de septiembre. El soldado que vivía en Dautremere se llamaba Luigi y todavía vive, en Bastia.

—Interesante.

—Pero no es lo que quería explicarte. Ese mismo día un avión alemán, evidentemente enloquecido, bombardeó Dautremere.

—¿Me lo juras?

—No llegó a las casas. Dio sobre unos acantilados a diez kilómetros de aquí, y los destruyó en buena parte. He preguntado dónde y pienso ir.

—Queríamos ir a casa de Mathis —le recordé.

—Perderíamos otra mañana. Han pasado diez días desde que desapareció Puschbach. Las gaviotas estarán picoteando ya el esqueleto a estas alturas.

—Audrey...

—Ya sé que a ti no te interesa tanto, pero yo quiero encontrarlo.

—Yo también quiero encontrarlo, pero...

—Prefieres encontrar tu tesoro.

Sí, no podía negarlo.

Audrey suspiró.

—Ahora tienes una bici.

—¿Y qué?

—Que tú puedes ir a ver a tu Mathis y yo continuo buscando por los acantilados.

—¡Audrey!

—Estaré a diez kilómetros. Busca mi bici cuando acabes. No puedes equivocarte.

—Yo...

Extendí los brazos. ¿Cómo le explicaba que no tenía la menor idea de qué decirle a Mathis, ni cómo sonsacarle información? Y además, ¿qué le sonsacaría? ¿Si conocía al general Rommel? ¿Si había oído hablar alguna vez del tesoro del secretario de Hitler?

—Ni siquiera... sé dónde vive —puse como excusa.

Pero eso no era problema. Pedaleamos juntos hasta el pueblo y Audrey me dejó ante una casita azul, a la izquierda de la iglesia, bellamente situada frente al mar. Las persianas estaban abiertas. Al parecer lo estaban siempre: a Mathis no le molestaba la luz.

—De acuerdo, entonces —dije—. ¿Estás segura de que no quieres venir conmigo?

—Segura. Haz tu investigación, Morice. Y después me lo explicas todo.

Respiré profundamente. Apoyé la bici en la valla y vi a Audrey pedalear fuera del pueblo.

Me acerqué a la puerta de la casa azul.

Estaba en silencio. Esperé sin saber demasiado de qué modo anunciarme. Ni cómo explicar el motivo de mi visita. ¿Podía explicarle la verdad? ¿Que bajo el suelo del Napoleón había

encontrado un libro con anotaciones del señor Brent, en el que quizá se hablaba del *Principito*?
Probablemente no. Pero se ocupó de ello el propio Mathis.

Abrió la puerta delante de mis narices y dijo:

—¿Qué haces ahí de pie? Está abierto.

Su casa estaba compuesta por una sola estancia grande, sin muebles, a excepción de un gran sofá colocado exactamente en el centro, delante de las ventanas abiertas de par en par. Más allá, el mar. En un rincón de la sala, una cocina. En el opuesto, una escalera de madera que subía al piso de arriba. Bajo la escalera, dos estanterías con libros. Las paredes eran blancas, con el yeso desconchado por el sol y el aire marino. Solamente había un cuadro, un mapa náutico en un panel de corcho. No tenía ni sillas ni mesitas, cómodas, baúles, nada. Solamente aquel gran diván.

—Ponte cómodo —me invitó Mathis, sentándose en medio—. ¿A qué debo la visita?

Balbuocé algo, atemorizado. Él se rio.

—Ya sé quién eres. ¿Qué puedo hacer por ti?

Di la vuelta alrededor del sofá. El suelo era viejo, pulido por el tiempo. Mathis iba descalzo. A lo mejor tenía que quitarme los zapatos también yo.

—¡Siéntate, siéntate! Debe de haber un taburete en algún sitio.

Efectivamente, había uno al lado de las estanterías, aunque al principio no lo había visto. Tenía encima *La llamada de lo salvaje*.

—¿Qué tal con los lobos? —le pregunté.

—¡Ah, los libros! ¡Eso siempre va bien! Con los lobos y también con Buck. ¡Qué animal tan fantástico!

—¿Quiere que le lea un rato?

—Muy amable, hijo. Me gustaría, sí. Sin embargo, hay algo en tu voz que me indica que tienes prisa.

Ni siquiera yo había notado mi impaciencia. Pero Audrey me esperaba a diez kilómetros de allí y, seguramente, estaba cohibido. No sabía por dónde empezar, así que tomé una decisión: comencé por el punto más peligroso.

—¿Conoce a los señores Tscharr? —le pregunté.

Los párpados de Mathis ondearon lentamente, como sintonizándose con mi voz.

—He oído hablar de ellos, pero no creo conocerlos personalmente. ¿Debería?

No debía. Mejor dicho: la de Mathis era la mejor respuesta que podía recibir. Si no sabía quiénes eran, ellos tampoco sabrían quién era él, cosa que me dejaba tiempo para actuar con más calma y advertirle.

—Son hermanos, Walter y Karin, y dicen ser viejos conocidos del capitán Brent...

Me senté en el taburete.

—Entonces no me sorprende no conocerlos: el señor Brent y yo no éramos exactamente buenos amigos. En todos estos años nos habremos saludado no más de diez veces. Aunque sentí mucho lo que le sucedió.

—¿Y el señor Puschbach?

—De él todavía lo lamenté más. Pasaba a menudo delante de mi casa silbando Beethoven; ¿conoces el *Himno a la alegría*? Y si no era Beethoven, era Wagner. Tenía buen gusto musical, ciertamente. Era un tipo de rutinas fijas: iba de pesca cada tres días y daba un largo paseo una vez por semana. Habría podido regular el reloj en el momento en que pasaba bajo las ventanas.

—¿Un largo paseo?

Mathis rio, dejándose entrever sus dientes:

—Así lo llamaba él. Todos los viernes, al caer la tarde.

—¿Nunca le dijo adónde iba?

—Iba hacia los acantilados. No sé más. Pero no es una gran idea pedirle indicaciones a un ciego, ¿no crees?

Me disculpé por la pregunta, pero a Mathis no pareció incomodarle.

—Sea como sea, el día en que desapareció pasó por aquí para uno de sus paseos.

Así que realmente había ido a los acantilados, como pensaba Audrey. Y fue de allí de donde nunca regresó.

Mathis levantó el índice de una mano.

—Pero ese día no silbaba.

—¿No?

—Puedes estar bien seguro. Estos ya no funcionan... —me indicó sus ojos—, pero estas... —bromeó tirándose de los lóbulos de las orejas hacia afuera— me funcionan perfectamente. Aquel día Puschbach no solamente no silbaba ni Beethoven ni Wagner, sino que, como ya les dije a mis amigos, arrastraba algo pesado tras de sí.

—¿A qué amigos? —le pregunté de golpe, arrepintiéndome en el acto.

Mathis rio.

—Eres realmente curioso, ¿eh? Según tú, ¿a quién puedo habérselo dicho? ¿Quiénes crees que vienen a hablar con un viejo como yo?

—Usted no es viejo —protesté con timidez.

—¿Ah no? ¿Cuántos años me echas?

—No me haga adivinar, señor Mathis. Nunca he tenido buen ojo para la edad.

—Sesenta y tres.

—Yo tengo once.

—Una edad mágica.

—¿Usted cree?

—Para mí, sí. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias. ¿Quiere algo usted?

—Usted, usted —resopló—, qué formal eres, hijo. Hagamos un pacto. Puedes tratar de usted a todos los demás, pero a mí, no. Me haces sentir todavía más viejo. ¿Qué me dices?

—De acuerdo.

Se recostó sobre el sofá.

—Se lo dije a Ezequiel, antes que a nadie. ¿Sabes quién es?

Asentí. El padre de Audrey.

—A Hamadouche, naturalmente..., a Oscar, y a los cabezotas de los bonapartistas. Esta vez no sabía de quién estaba hablando.

—Así llamo a los amigos de Oscar. Son independentistas. Querrían que volviese una especie de Napoleón Bonaparte que los separase de Francia. ¿Sabes quién era Napoleón Bonaparte?

—Fue emperador de Francia.

—Nació en Córcega, aquí al lado, en Ajaccio —prosiguió Mathis—. Pero después se fue a Francia a buscar trabajo. —Rio—. Y ya está —zanjó.

Después levantó los párpados sin darse cuenta y por un instante me miró fijamente con sus ojos blancos, legañosos.

—Cuando nos conocimos en casa de Hamadouche hablamos de Antoine, ¿no es cierto?

—Sí —respondí—. Me explicó que...

—¡Ja, ja, ja!

—Perdona, me explicaste que erais amigos.

—Exacto.

—¿Muy amigos?

—Todo lo que pueden serlo un piloto de cincuenta años y un chiquillo de trece. Lo seguía a todas partes y le servía los cafés, en Borgo, cuando se trasladó allí con su escuadrón. Y una vez vino a esta casa. Exactamente aquí.

—¿De verdad?

—¡Pues claro! Y me regaló su mapa de vuelo... —Señaló el tablón de corcho que colgaba de la pared—. ¿Ves lo que hay escrito debajo?

Era un mapa militar del sur de Europa y del norte de África. Libia, Túnez, Egipto, las islas griegas, Creta, Malta, Italia, pero no con los topónimos que yo esperaba. No «Italie», en francés, sino «Italy», en inglés. Y había una gran águila con las alas desplegadas que tenía entre las garras una banda sobre la que estaba escrito: Office of Strategic Service - OSS.

«¡Office of Strategic Service!», pensé sobresaltado.

—Echa un vistazo a las estanterías... —continuó Mathis—. No tengo tantos libros. Deberías encontrar enseguida un ejemplar de *El Principito*.

—¿Este libro? ¿El que pone *The Little Prince*?

También estaba en inglés.

—Ábrelo, por favor. Y mira: me lo dedicó. Es la primera edición y quiso que lo tuviese yo.

—*A Mathis, mi ángel de la guarda. Si caes, vuelve a empezar...* —leí, y firmaba—: *Saint-Exupéry*.

—Y él lo sabía bien porque se había caído un montón de veces... —Rio.

Estaba confundido y me limité a ojearlo. Me impresionaba leer *El Principito* en una lengua que no era la mía. Me detuve cuando vi una anotación a lápiz, en el margen del texto. Tardé un poco en orientarme: era la parte en la que se hablaba del rey solitario, que vivía en el asteroide 325.

Al lado del número del planeta habían añadido: III - Brújula.

—Los has encontrado, ¿eh? —adivinó Mathis—. ¿Los números equivocados, verdad?

Miré un par de páginas y, en efecto, al lado del vanidoso habitante del asteroide 326: I-W.

—¿Qué significan? —pregunté.

—¡Que tengo una edición de *El Principito* que vale un montón de francos! —respondió Mathis.

Había dos más: una al lado del asteroide 327 (II-W) y la última al lado de la historia del viejo escritor del asteroide 330: IV - x 2,7.

Silbé, lentamente, para mí.

—¡Menudo enigma!

—Me lo comentó también él. Y me dijo, además: «Fíate. Consérvalo. Y verás que todo irá mejor de lo que nunca hubieses imaginado».

—¿Qué es lo que irá mejor?

—¿Quién sabe? Yo he mantenido el libro pero perdí la vista en la cantera. De todas formas, no he pedido grandes cosas a la vida. Antoine era una persona realmente especial. Me acuerdo, por ejemplo, de cuando volamos juntos...

Volví a dejar el libro en su sitio mientras lo imaginaba junto a Saint-Exupéry. ¡El piloto más famoso de Francia!

—No podía llevarme, ¿sabes? En el P-38 solo había sitio para el piloto y él era muy corpulento, pero me llevó igualmente. Yo era muy esmirriado, aunque estábamos tan

estrechos que no me atrevía ni a respirar. ¿Qué importaba? Estaba volando: hubiera aguantado sin respirar...

—¿Cómo fue?

Mathis sacudió la cabeza. No me respondió. De repente me pareció un hombrecillo minúsculo, sobre aquel gran sofá blanco, con el pelo despeinado como si estuviese agitado por el viento, como si acabase de volver de las nubes.

—¿Puedo hacerte una pregunta extraña?

Se me debió de romper la voz al decirlo, porque Mathis se dio la vuelta hacia mí.

—Cuando estuvisteis juntos, ¿Antoine no te habló nunca del general Rommel?

Fue entonces cuando el rostro infantil de Mathis sufrió una especie de transformación. Abrió unos ojos como platos y los volvió a cerrar, escondió los dientes tras la lengua con un remolino de saliva y, en medio de su frente aparecieron dos arrugas verticales, profundas, como de alguien obligado a concentrarse contra su voluntad.

O alguien sufriendo.

Se levantó. Se dirigió a la cocina. Con movimientos rápidos, ensayados, tomó una botella del estante más alto y dos vasitos.

—Once años, has dicho...

—Sí.

—Pues es el momento de zambullirse.

Destapó la botella y llenó los dos vasos. Me dio uno. Olía a anís y a flambeado.

—De un solo trago.

—Mathis... Yo nunca he...

—Zambúllete.

¡Madre mía!, el caso es que lo obedecí.

Sentí que se me quemaban los pelillos de la nariz con solo acercar el vaso a los labios. Tragué aquel brebaje abrasador lo más rápidamente posible. Acto seguido empecé a toser. Me ardía la garganta. Me quedé sin aire y fui tambaleándome hacia la ventana, en busca de aire fresco.

Él se limpió los labios con el dorso de la mano.

—¿Qué tal?

—¡Uf!, no sé —respondí, sorprendido, electricado.

Y era ciertamente lo único que podía responderle en aquel momento.

—Escúchame bien, muchacho.

Me di la vuelta y noté que no conseguía verle nítidamente. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Estábamos aquí. Exactamente aquí. Tenía los muebles de mi madre, pero eso no viene a cuento.

Quizá sí, hubiera querido responderle. Pero no lo conseguí. Solo podía permanecer allí, apoyado en la ventana, rogando que el viento del mar se me llevase.

—Me dijo que se presentaría antes de final de año. Vestido de paisano. Y que le reconocería porque me hablaría del libro.

—¿Quién? —pregunté tosiendo.

—Rommel.

La cabeza empezó a darme vueltas. «Dios mío, Dios mío. ¿Dónde te has metido, Fabrice? Manténme en pie, por favor».

—Dijo exactamente que antes de final de año vendría a Dautremere, me buscaría y me preguntaría por *El Principito*. Y que en aquel momento... debería entregárselo.

—No lo entiendo... —balbuceé.

—Pues ya somos dos entonces... —dijo Mathis.

Mathis recuperó mi vaso y los dejó los dos en el fregadero, lo que resonó en mis oídos como una campana.

—No sé por qué te lo he contado.

—Quizá porque tengo once años.

—O porque eres la primera persona que me pregunta después de casi cincuenta años.

Trastabillé, pero conseguí mantenerme en pie.

—¿Quién es el agente Mariposa? —le pregunté.

Porque mi mente intentaba hallar una relación entre los servicios secretos, los espías de guerra, los americanos que habían pagado la pensión a Jürgen Tscharr, los generales muertos, los oprimidos, los que habían caído por el acantilado, los chiquillos que se quedaron ciegos y los amigos de Napoleón Bonaparte. Había entendido que en aquel remoto pueblecito de Córcega se estaba jugando, desde hacía años, un partido de pistas falsas y verdades ocultas. Que por un lado estaban los nazis, los de verdad, el cerdo del secretario Bormann, y el Zorro del Desierto,

el general Rommel. Había un Lockheed P-38 que se precipitaba en el desierto y un Lockheed que aterrizaba con dificultades cerca de Borgo, en Córcega. Estaban el Principito y el ángel de la guarda. Había un patrón de vela de Mallorca a quien todos llamaban capitán; un submarinista con Alzheimer que vivía en Creta y había caído por un acantilado que recorría desde hacía cuarenta años; y un pescador alemán sepultado en un ataúd vacío. Lo saben tres hombres, había dicho Walter Tscharr a través de las tuberías del Napoleón. Y los tres están muertos.

Tenía la cabeza como llena de insectos enloquecidos.

—¿Has oído hablar alguna que otra vez del tesoro de Bormann? —balbuceé.

— Sí —me respondió Mathis—, pero nunca existió.

—No es cierto —respondí.

Apreté los puños, furioso por cómo me daba vueltas la cabeza y por el hecho de que Mathis me hubiese puesto en ese estado.

Él se abandonó sobre su sofá blanco.

—Estoy muy cansado —me dijo—. Vete, por favor.

No opuse resistencia. No era capaz de hacerlo. Me tambaleé hasta la puerta y agarré el pomo al segundo intento.

—Hasta mañana —se despidió Mathis.

No sé exactamente cómo llegué al Napoleón. Recuerdo haber pedaleado, riendo, a lo largo de toda la carretera costera. Recuerdo que me desnudé a medida que iba subiendo la escalera. Recuerdo la ducha helada y haberme tendido en la cama. Se oían muchas voces en el hotel. Mi madre, mi padre, Tardi, Ferdinand, Pascal, Grincourte, Puchon. Me pareció como si estuviese el pueblo entero.

Soñé con los Tscharr, con Karin vestida de submarinista. Oía a gente subiendo y bajando por la escalera metálica que estaba apoyada contra la pared y soñé que estaba encerrado en una jaula de hierro. No recuerdo nada más, salvo que llamé a mi hermano y charlé con él.

Mirabelle entró en la habitación para despertarme y me preguntó si bajaba a cenar. Así descubrí que era la hora de la cena. Había perdido la noción del tiempo. Pensé en Audrey, que me habría estado esperando e imaginé lo enfadada que debía de estar. Especialmente porque tenía razón: Puschbach se había dirigido hacia allí y quería decírselo.

Mirabelle se echó a reír porque salí de la cama medio desnudo.

—¡Sargento Mirabelle, compórtese! —le grité—. ¡Y pásame los pantalones!

Esperó pacientemente a que me vistiera. Se notaba por su expresión que se moría de ganas de decirme algo. O de saber qué me había pasado.

Se lo conté. Sentía un pinchazo en la frente, que me subía por el ojo izquierdo, hasta encima de la nariz.

—Yo también he hecho algo prohibido —me confesó mientras me calzaba con dificultad el zapato que tenía el alza en el talón.

—¿Te has bebido el *whisky* de papá?

Se rio.

—¡Nooo! Estaba jugando debajo de la escalera, mientras mamá ordenaba las llaves de las habitaciones...

Mis padres habían alineado en la mesa grande todas las llaves que habían encontrado en el Napoleón, y las habían probado, catalogado o tirado cuando no abrían nada útil.

—...Y vi una llave roja —siguió diciéndome Mirabelle, con los ojos brillantes— que no abría nada, así que mamá le había dicho a Jenska que la tirase, pero ella no lo había hecho aún...

Le revolví los cabellos.

—¡Apuesto a que te la has quedado tú!

—¡Nooo! —protestó ella—. ¡La ha robado Tscharr!

—¿Walter Tscharr?

—Sí —dijo Mirabelle—. Se ha acercado a la mesa, ha mirado a su alrededor y... ¡se la ha metido en el bolsillo de la chaqueta!

Me arrodillé y le puse las manos sobre los hombros.

—¿Estás segura?

—Segurísima —afirmó Mirabelle.

Mientras tanto, ya nos llamaban desde abajo.

—¿Y cómo era esa llave?

Rápidamente, sacó algo del bolsillo de sus pantalones.

—¡Así!

Me puso en la mano un pequeño manojito de llaves entre las que había una roja de la marca

Yale, completamente igual a millones de llaves.

—Cuando Tscharr ha dejado la chaqueta apoyada en la escalera yo...

—Mirabelle..., no deberías hacer estas cosas...

—¡Lo sé! ¿Pero a que he descubierto algo importante, Morice? ¿He hecho mal?

No sabía qué decirle exactamente. Ni qué hacer ahora con aquel manajo de llaves. Ya lo pensaría más tarde.

—Bajemos antes de que nos llamen otra vez.

Salimos de la habitación y, antes de cerrar la puerta, tiré las llaves sobre la cama, desde donde resbalaron y fueron a parar a una de mis cajas todavía por colocar.

—Claro, Fabrice. ¿Cómo no lo había pensado antes?



—No estoy enfadada.

—Sé que lo estás. Y tienes toda la razón.

—Te he dicho que no estoy enfadada.

—Lo siento, pero... es que me emborrachó.

Hacía mucho calor allí. Estábamos debajo de una barca encallada en la playa boca abajo, con la quilla en alto, con lo que quedaba el espacio justo para que Audrey y yo nos metiéramos dentro. Vigilábamos la vieja casa de Puschbach. Eran las tres de la tarde.

Había llevado conmigo mi maletita con la grabadora. Audrey llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, pero tenía el cabello tan fino que varios mechones se le habían escapado de la goma.

Nos habíamos citado al día siguiente a la hora habitual. Ella no había encontrado el cadáver de Puschbach, a pesar de haberse alejado diez kilómetros de Dautremere. Yo le mostré la llave roja que Mirabelle había sustraído del bolsillo de la chaqueta de Walter Tscharr y le expliqué mi idea.

Me escuchó hasta el final y dijo que era una buena idea. Únicamente teníamos que esperar a que también Karin saliera y la casa estuviera vacía.

Solo que allí, bajo la barca, el tiempo parecía no pasar. Notaba olor de petróleo y Audrey me explicó que era del barniz con que se restauraban las barcas. Cuando terminó la explicación, se me escapó uno de mis comentarios:

—Pues ya hemos aprendido una cosa nueva, ¿verdad, Fabrice?

Ella frunció el ceño de golpe y me preguntó si aquello de Fabrice era una broma o iba en serio.

—¿Quieres decir que si lo veo de verdad?

—Si no quieres, no me respondas.

—No, no. No hay problema. ¿Si lo veo? No es que se me aparezca físicamente, como un fantasma tembloroso que lleva la cabeza bajo el brazo...

—Imbécil.

—Porque no me acuerdo de él. Murió cuando nacimos. Bueno, ya lo sabes. A mí tuvieron que estirarme un montón por los pies. Por eso tengo una pierna más larga que la otra. Pero él no quiso salir.

—Lo siento —dijo Audrey.

—No es culpa de nadie.

Audrey recolocó la quilla de la barca encima de nosotros.

—Pero lo percibo, sé que está aquí —continué—. Y de vez en cuando le hablo.

—¿Y te responde?

—A veces, sí. A veces, no. Otras es él quien inicia la conversación.

Audrey se ladeó para mirarme.

—¿Y cómo lo hace?

—Me pellizca la nuca, aquí..., justo aquí...

Le aparté el pelo y le pellizqué suavemente la piel bajo el nacimiento de los cabellos. Se apartó divertida, pero también un poco atemorizada por mi gesto.

—Me haces cosquillas —dijo.

—Es lo que él hace.

Audrey se rio. Después se tendió boca abajo y espío las casas de Dautremere desde la rendija

de la barca.

—¿Ahora está aquí?

Me tumbé a su lado. Escuché el mar.

—No —susurré—. Estás tú.

Las pupilas de Audrey vibraron lentamente bajo sus largas pestañas. Sabía que me había oído.

—¿Es celoso?

—Un poco.

Apoyé el mentón sobre el dorso de las manos. Sentía latir mi corazón fuertemente. Latió durante un par de minutos sin que ninguno de los dos dijese nada.

Afortunadamente, vimos a Karin dirigiéndose hacia la tienda de la señora Calabert.

—¡Ahí está! —exclamó Audrey.

Iba sin bolsas, ni mochila ni equipo. Esperamos a que se acercase a la puerta de la tienda y entonces salimos de debajo de la barca.

—¡Vamos!

Subimos desde el pequeño puerto hasta la carretera de la costa y, sin dejar de vigilar la tienda de la señora Calabert, nos deslizamos entre las casas hasta la puerta que hacía esquina con la de Puschbach.

Ahí venía lo difícil.

Miramos a nuestro alrededor para asegurarnos de que nadie nos había visto. Dautremere parecía tranquilo, como siempre. Las olas arrastraban los guijarros de la playa y las gaviotas graznaban en el cielo. De una ventana entornada nos llegaba una pieza de música clásica que no supe reconocer. Metí la llave del manajo de Tscharr y la giré. La puerta se abrió.

—Quédate aquí y yo entro. Es solo un momento —dije, fingiendo una seguridad que no tenía en absoluto.

—Si silbo...

—Escapo.

No sabría decir por qué no se me había ocurrido antes poner una grabadora en casa de los hermanos Tscharr, pero al final eso fue lo que se me ocurrió.

Desde la última vez que la había visto, una semana antes, la casa había cambiado. Reinaba el desorden. Platos y vasos dejados en el fregadero y en las encimeras. Ollas por en medio. Torres de tazas en equilibrio. Ropa abandonada sobre las sillas. Una caja abierta de botellas de cerveza. Una maleta en los peldaños de la escalera. Y una gran hoja de papel extendida sobre la mesa, llena de anotaciones; tal vez un mapa.

Pero no tenía tiempo para revisar anotaciones.

Me obligué a ignorarlo todo y busqué un lugar donde esconder la grabadora, con una cinta de seis horas y el micrófono. Me dirigí al armario de los platos y los vasos y miré debajo. Se apoyaba sobre cuatro patas que tenían una altura de unos veinte centímetros. Metí una mano para palpar el suelo. Había espacio suficiente para esconder la grabadora pero hubiera bastado un escobazo para encontrarla. Giré mi mano y repasé la base del armario: estaba ligeramente elevada respecto a las cuatro patas; no mucho, cinco o seis centímetros, pero si tenía suerte podría encajarla ahí. Abrí mi pequeña maleta. Tomé la cinta adhesiva y corté dos pedazos a mordiscos. Los pegué sobre la grabadora y apreté contra la base del armario, vigilando que no se despegase y que se mantuviese bien alejada del suelo. Pegué un tercer trozo de cinta para asegurarme. Después conecté el micrófono y lo pegué a una de las patas del mueble,

comprobando que no se viera al caminar cerca de él.

Se me salía el corazón por la boca, pero no hice caso. Casi había terminado. Me incliné una última vez para encender la grabadora y dije, en voz lo bastante alta como para que el micrófono comenzase a grabar:

—Probando, probando.

La bobina dio un medio giro y después, como yo no decía nada, se detuvo.

No se oía ni un solo ruido.

Dejé escapar un suspiro de alivio, me arrodillé y cerré la maleta.

Me levanté.

Debería haber llevado también una cámara fotográfica, pero no se me había ocurrido.

Pasé junto al papel extendido y, esta vez sí eché una mirada a lo que había escrito en él. Conseguí leer una sola línea, rodeada muchas veces con un lápiz:

Zweihundert Tonnen Gold

Es decir: doscientas toneladas de oro.

Y, entonces, Audrey silbó.

Se ha escrito mucho sobre los buscadores de tesoros.

Casi nada sobre quien los esconde.

Como mucho conocemos el nombre del dueño del tesoro, pero nunca sus intenciones. Lo que nos explican casi siempre son las aventuras de los que parten para encontrarlos, las dificultades que superan, las trampas y las pistas falsas. Jim Hawkins, que intenta superar en astucia al pirata John Silver. Howard Carter, que desafía la maldición de Tutankamón. Sin embargo, las motivaciones de quien esconde el tesoro suelen continuar siendo un misterio. Creo que lo más difícil para quien esconde un tesoro es escondérselo a sí mismo. Pero es indispensable, si no se quiere vivir aplastado por ese conocimiento. Tampoco basta con hacer un agujero, meterlo todo dentro, taponarlo y marcharse. Hay que dejar una señal. Y no sabría decir en qué momento del proceso se decide cuál debe ser esa pista, si un mapa, una leyenda, un verso, un mensaje en clave dentro de una botella... (qué bonito), pero siempre debe existir, en todas las historias de tesoros.

Es humano que sea así. Quizá porque la auténtica aspiración de quien esconde un tesoro es la de ser descubierto, igual que el tesoro aspira a ser encontrado.

Y hay otro elemento común en las grandes búsquedas del tesoro.

El oro.

Si se trata de un baúl enterrado en una isla inaccesible tiene que estar lleno de doblones de oro. La máscara del faraón tiene que ser de oro. La ciudad escondida en la selva debe tener las murallas de oro.

Yo me había quedado sin aliento en la casa de los hermanos Tscharr tras haber entendido esa frase.

Doscientas toneladas de oro.

Me resonaba en la cabeza mientras intentaba salir de aquel sitio a la velocidad de la luz, como si en toda mi vida no hubiese cojeado. Me golpeé el hombro con la pared de piedra de la casa, pero no me detuve.

Doscientas toneladas de oro.

Audrey ya no estaba. Tuve tiempo de verla al final del callejón y de oír su voz saludando a Karin Tscharr, para hacerle perder unos segundos preciosos.

Doscientas toneladas de oro.

Cerré la puerta como pude, me guardé el llavero y corrí hacia la iglesia, intentando dar sentido a aquel número, pero me parecía enorme, impresionante, una cifra tan desmesurada que no logré ni siquiera visualizarla.

Doscientas toneladas de oro.

Di una vuelta y volví a la playa, donde me detuve a tomar aire.

—¿Hecho? —me preguntó Audrey.

Asentí.

—¿Qué te pasa? Estás pálido como un fantasma.

—Son doscientas toneladas de oro —dije—. El tesoro que están buscando.

Fuimos a sentarnos en el murete, delante de las barcas.

—¿Bromeas?

Le dije dónde lo había leído.

—No significa nada.

—Tal vez no. O lo significa todo.

Me pareció como si el mar temblase y las nubes fueran trozos de tela desgarrados. Audrey apoyó una mano sobre mi brazo y, como siempre, consiguió calmarme.

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó.

—No lo sé. ¡No tengo ni idea! —Respiré—. Quizá deberíamos hablar con alguien —dije. Ella asintió.

—¿Con quién crees tú?

Miré las casas de Dautremere, sus bellas fachadas de vivos colores. Me detuve cuando llegué a la azul, con las ventanas abiertas de par en par.

—Solo hay una persona que puede saber algo. Y tú también lo sabes.

Audrey bajó del muro.

Pocos minutos después, llamé a la puerta de la casa de Mathis.

Me esperaba. Y no pareció sorprendido de que no volviese solo.

—¿Cómo está tu padre? —le preguntó a Audrey.

—Bien, gracias.

Había comprado pan, y en la cocina había un plato de salami recién cortado. Merendamos sentados en el suelo, delante del sofá.

Se lo explicamos todo: desde nuestras sospechas sobre la desaparición de Puschbach hasta lo que había oído decir a los hermanos Tscharr y lo que estaba escrito en el papel sobre la mesa de su casa. De lo único que no dijimos nada fue de la grabadora.

Mathis nos escuchó sin interrumpirnos en ningún momento, sin descomponerse, como si nada de lo que le estábamos contando fuese una novedad. Ni siquiera las doscientas toneladas de oro. Cuando hube terminado, me pidió que le calentase un cazo de leche y una cafetera.

—En el pueblo había una habladuría sobre Brent...

—empezó a contar entonces—. Tenía una mano lisiada, los dedos cortados de cuajo, y los hombres bromeaban porque decían que era un tipo violento. Y la verdad es que lo era. Pobre Consuelo. No me sorprende que se marchase de repente... Pero sea como sea, el cotilleo es que, cuando compró el hotel hace once años, en 1975, lo pagó con oro.

Dejé escapar una exclamación.

—¿Había encontrado el oro del tesoro? —murmuré.

—No lo creo —respondió Mathis—. Porque no hay ningún oro. Nunca lo ha habido. Siento desilusionaros. Pero sí hay una historia. Una historia preciosa. Empieza en 1942. Con la guerra en un momento decisivo. Los aliados de los alemanes, los italianos, están en dificultades... Se convoca una reunión secretísima, probablemente en Salzburgo, en Austria. Digo probablemente porque de esa reunión no quedó nada, ni siquiera una nota...

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Digamos que me lo explicó un escritor que trabajaba para los servicios secretos americanos... a quien, a su vez, un tiempo antes, se lo explicó un general del ejército alemán, que a su vez lo supo por uno de los presentes... Pero no nos adelantemos. Si no os importa..., cada cosa a su tiempo —respondió Mathis—. Tomad mi versión como buena aunque, seguramente, los detalles sean imprecisos. Estamos pues en Salzburgo, a finales de abril. Digamos que el 29 de abril. Las personas más importantes del Eje están sentadas en torno a una mesa. En un extremo se sienta Adolf Hitler; en el otro extremo, porque de otro modo hubiera organizado una bronca, Benito Mussolini, a quien Hitler se había asegurado de dar una silla más pequeña y que rechinaba para obligarlo a moverse con atención y a no

excederse en sus desconsideraciones. A la derecha de Hitler se sienta su secretario de confianza...

—Bormann... —susurré.

—Y a la derecha de Mussolini, su ministro de Exteriores, Galeazzo Ciano. Delante de este, el conde Von Ribbentrop, ministro de Exteriores alemán y, en medio de la mesa, a ambos lados de un gran mapa de Europa con las posiciones de los diversos ejércitos, el general Cavallero y el mariscal de campo Von Keitel. El Estado Mayor del Eje, para entendernos. Es una reunión de guerra, se habla de cómo se desarrolla el conflicto bélico. En un momento dado de la reunión, Mussolini expone sus dificultades para mantener el nivel de esfuerzo que se le requiere. La discusión prosigue y, cuando parece terminada, Hitler ordena a todos que salgan, excepto Mussolini, Ciano, el conde Von Ribbentrop y Bormann. El Führer camina en círculo, en silencio, como hace cuando debe tomar una decisión difícil. Por fin, se decide. Vuelve a la mesa y declara: «Puedo dar a Italia doscientas toneladas de oro, pero nadie debe saberlo». Mussolini enmudece, se trata de una suma enorme. Acepta, por supuesto. Y Hitler ordena a Bormann que se ocupe personalmente de la gestión con la máxima discreción: nadie, ni en Italia, ni en Alemania, debe saber nada de esta aportación, excepto un número limitadísimo de fieles. Los presentes en aquella sala...

Mathis hizo una larga pausa.

—Bormann se puso manos a la obra y en los cuatro meses siguientes, trabajando con su habitual presteza, resolvió dos de los principales problemas de aquella orden. El primero era encontrar el modo de transportar el tesoro; doscientas toneladas de oro no ocupan poco. No se pueden transportar por carretera, ni siquiera con un convoy blindado. Imposible mantener el secreto. Pero, sobre todo, a ese cerdo le interesaba una cosa: encontrar el modo con el cual aquellas doscientas toneladas NO llegasen nunca a Italia.

En aquel punto Mathis sonrió. Los dos dedos de su mano derecha, con los que había contado los dos problemas de Bormann, formaban ahora el signo de la victoria.

—Efectivamente, desde el principio Bormann había pensado que aquel tesoro tan inesperado y secreto podría ser mucho más útil para un «plan B» si la guerra iba mal. No os equivoquéis, no he dicho un plan B para Hitler y Alemania. Un plan B únicamente para Bormann. Para lograr esto, elabora su estrategia: decide transportar los lingotes en un submarino, el único modo de viajar de incógnito y con un número limitado de tripulantes. Un submarino, además, es fácil de «hundir» o de desviar en el último momento hacia otros puertos y otros fines. El plan de Bormann comienza a tomar forma: hace algunas indagaciones en el ministerio de la Marina y descubre la existencia de un submarino hundido en la costa atlántica francesa de Saint-Nazaire durante el entrenamiento del 6 de agosto de 1942, antes de cumplir su primera misión en mar abierto. Al parecer chocó con un U444, también en fase de entrenamiento, y los restos permanecen en aguas poco profundas. El comando militar de la Marina estaba valorando si valía la pena recuperarlo. «Es perfecto», piensa Bormann. Oficialmente hundido, puede ser recuperado y llevado a un dique seco, lejos de miradas indiscretas. El nombre del submarino es U612. Da orden de recuperarlo y de hacerlo reparar. Los trabajos comienzan el 18 de agosto. Recordad la fecha.

Asentimos, esperando la continuación de la historia.

—En este punto Bormann, el 16 de septiembre, convoca en Berlín, en sus dependencias privadas, a dos personas fidelísimas. El primero es el capitán de fragata Trettenschmidt, un oficial del cuerpo militar de ingenieros navales, responsable del dique seco al que fue llevado

el U612 para ser reparado. El segundo es el hombre elegido para guiar el submarino: el *Kapitänleutnant* Günther Brent.

—¿El capitán Brent?

—¿No era capitán de barcos turísticos en Mallorca?

Mathis sonreía, enigmático.

—Y... y...

No conseguí añadir una sola palabra. Miré a Audrey.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó ella a Mathis—. ¿Siempre supiste que Brent era un capitán nazi?

—Digamos que se me pasó por la cabeza la posibilidad de que fuesen la misma persona.

—¿Y por qué no se lo dijiste nunca a nadie?

—¿Qué debería haber dicho? ¿Que creía que el propietario del único hotel del pueblo era un exmilitar nazi? ¿Cómo lo había reconocido? ¿Con estos ojos?

Nos mostró las pupilas horriblemente blancas. Después respiró profundamente. Continuó:

—Bormann les explica cuál es su plan: embarcar el oro y hacer desaparecer el submarino. Les promete grandes recompensas. A cambio, quiere secreto absoluto. Y les señala como mayor peligro interno al general Rommel. Para que este no sospeche de momento, les da a entender que mantendrá al general ocupado y lejos. Y juntos elaboran un plan. Trettenschmidt dice que el astillero naval está colapsado y que, si se quiere hacer un buen trabajo, sin que nadie pregunte demasiado, necesitarían entre cuatro y seis meses para reparar el U612. De acuerdo. Los plazos son compatibles con los del transporte del oro hasta Saint-Nazaire. El segundo punto es más delicado: ¿cómo pueden hacer desaparecer el submarino para que el oro no llegue nunca a Mussolini? Brent es quien responde. Hay como mínimo dos puntos críticos a la largo de la ruta:

el golfo de Vizcaya, entre Francia y España, muy atacado por la aviación enemiga, y el estrecho de Gibraltar, siempre controlado por los ingleses, desde el que se accede al Mediterráneo. Podrían fingir un hundimiento en uno de los dos sitios, mejor si era en Gibraltar. Así se podría hacer desembarcar a los hombres de la tripulación, que atestiguarían el hundimiento, y proseguir hacia un puerto seguro. Pero ¿cuál es ese destino final?, se pregunta Brent. Por su parte, Bormann no quiere descubrir todas las cartas de «su» plan B. Si las cosas se ponían muy feas, aquel oro iría a Argentina. O a otro lugar. Por el momento, lo importante era que no llegase a Italia. Así que es Brent quien propone esconderlo en Creta.

—¡Creta! —exclamé—. ¡Donde trabajaba Jürgen Tscharr!

De repente entendí qué era lo que había estado buscando durante cuarenta años, fingiéndose un apasionado de las inmersiones.

—¿Y cómo lo supo? —me preguntó Audrey.

La miré fijamente.

—Según Walter y Karin, su padre conocía al capitán Brent desde hacía mucho tiempo.

—Oh, ya lo creo —corroboró Mathis.

—¿Iba en el submarino?

Mathis sonrió.

—No —respondió—. Servía mesas. Era el camarero que, aquella noche, les llevó la cena. Un agente del contraespionaje americano.

Me golpeé la frente con la palma de la mano.

—El agente Mariposa.

Un mes después de aquel encuentro... mi amigo Antoine se vio envuelto en esta historia. Y fue del modo más inesperado: en Nueva York, donde trabajaba..., en la otra punta del mundo.

Audrey y yo intercambiamos una mirada de sorpresa.

—Precisamente en el apartamento de *lady* Krapptopp, un precioso ático en la Quinta Avenida, propiedad de esta anciana mecenas americana, de origen judío, que reunía a lo mejorcito del mundo cultural y político para recabar fondos en favor de Europa. Esa velada en concreto se celebra el 25 de octubre y asisten muchísimos invitados. Entre ellos, Antoine y otro aviador, un espía de los ingleses que, como él, acabará teniendo éxito como autor de libros para niños, Roald Dahl. A ambos los presenta allí nada menos que el jefe de los servicios secretos americanos en Europa, Allen Dulles, de la Oficina de Servicios Estratégicos, la OSS.

Para que Audrey lo entendiera mejor, aproveché para enseñarle el mapa colgado en casa de Mathis.

—En definitiva —siguió él—, aquella fiesta es una especie de reunión de espías. Hablan de la situación en Europa. De Francia e Inglaterra. Intercambian informaciones y preocupaciones. Que si Hitler es un loco y tiene que ser detenido a toda costa. Que si la máquina de guerra alemana es espantosa... El sueño de todos es la liberación. Cenan. Hablan y hablan, *lady* Krapptopp hace su discurso para estimular las donaciones. Terminada la cena, se forman grupitos que se distribuyen por los diferentes salones. De fondo, una pequeña orquesta de *jazz*. En un momento dado, Dulles se lleva a Antoine aparte y, sin demasiados rodeos, le pide que trabaje para la OSS. No le pide nada peligroso: que lleve una información. Sabe que Antoine partirá hacia África, donde los aliados han sido atacados por las Afrika Korps bajo el mando del general Rommel, y también sabe que Antoine es escritor. Ha leído sus libros y le han gustado. Le dice que los servicios secretos necesitarían su fantasía para encontrar un nuevo modo de pasar informaciones a sus agentes. «¿Qué tipo de información?», le pregunta Antoine. Dulles se lo piensa. Y entonces le habla de su agente del contraespionaje en Berlín...

—Jürgen Tscharr —murmuré yo, y Mathis asintió.

No nos dejaba tiempo para asimilar la historia que nos estaba narrando ni para extraer las diversas conclusiones que nos vinculaban a ella.

—Durante aquella cena, Tscharr había estado entrando y saliendo continuamente, y por tanto no había conseguido oír todo el plan de los tres hombres. Pero había escuchado lo suficiente.

—Lo suficiente como para merecer una pensión...

—observé.

—Y lo suficiente como para que Dulles lo considerara importante y maquinara un plan de actuación al respecto —prosiguió Mathis—. Se ha enterado de un posible transporte de oro alemán, y que, según Bormann, Rommel tiene que ser «domesticado», así que quiere informar a sus agentes secretos sin hacer saltar la protección del agente Mariposa que está infiltrado. Antoine insiste: «¿Qué tipo de información?». Y Dulles responde: «Por ejemplo, Rommel peligroso, submarino U612, Gibraltar, Creta. ¿Cómo pasarías ese mensaje?».

Mathis hizo otra larga pausa, como si aquella última pregunta fuera dirigida a nosotros. Tosió, se levantó con dificultad del sofá y se dirigió a los estantes de la librería.

—La idea de Antoine es sencillísima. Propone escribirlo tal cual, sin esconderlo. Dulles

saborea su copa de *whisky*, piensa que mi amigo está bromeando, pero Antoine está muy serio. «¿Usted buscaría un código secreto en el cuento de la Cenicienta?», le pregunta. «¿Por qué debería hacerlo?», responde Dulles. «Porque es la historia de dos madres, una madrina, dos hermanas, tres bailes, un zapato. Por decirlo de otro modo, le acabo de pasar delante de sus ojos un número de cinco cifras: 21231».

Mathis, ahora, estrechaba entre sus manos su ejemplar dedicado de *El Principito*. Y yo comencé a intuir adónde quería ir a parar. Respiré ruidosamente, porque me había olvidado de hacerlo durante un buen rato.

—Escribió un libro para niños... —continuó Mathis— en el que el submarino U612 se convierte en el asteroide B612, el faro de Gibraltar en el farolero y todos los otros asteroides en millas, partiendo de ya no me acuerdo dónde, un punto preciso de la costa de la isla de Creta. El caso es que Dulles quedó fascinado, la idea era realmente brillante. Pero al final no se acabó de fiar. En definitiva, no hizo uso de ello...

En ese salón con vistas al mar, invadido por el viento, Mathis sacudió de nuevo su edición de *El Principito*.

—Pero dado que Antoine ya la había escrito, la hizo imprimir, dejando las informaciones codificadas que contenía.

—Y Rommel lo descifró —lo interrumpió Audrey.

—Rommel no solo lo descifró... —añadió Mathis en voz muy baja—, sino que comprendió que sus sospechas eran reales y que había alguien que estaba traicionando al Führer...

El 5 de mayo de 1943, en Argelia, en una casucha del puerto, Antoine de Saint-Exupéry es abordado por un desconocido que le pide un minuto de su tiempo. El desconocido dice ser un agente secreto americano y, para justificarlo, usa uno de los códigos de reconocimiento que Antoine sabe. En cuanto Antoine responde del modo correcto, los dos empiezan a hablar con seguridad. Por lo que parece, la red de informadores ha recibido de un alemán una carta destinada a Saint-Exupéry. Se la entrega. Antoine toma el sobre. Está abierta.

—La habéis leído —constata.

—Por supuesto. Léala usted también.

El mariscal de campo Erwin Rommel, dice la carta, firmada por el Zorro del Desierto, quiere reunirse personalmente con Saint-Exupéry por una cuestión de honor y por el futuro de Europa. Propone una entrevista en Casablanca, un mes después. Para participar en el encuentro, Rommel viajará de incógnito.

Saint-Exupéry primero ríe.

—¿Es una broma? —pregunta.

El agente, en cambio, está muy serio.

—En absoluto. Queremos que usted participe en este encuentro y que nos ayude a capturar a Rommel.

Obviamente Saint-Exupéry sabe quién es Rommel. Es el general predilecto de Hitler. Es quien ha hecho enloquecer a los británicos en el desierto, tanto que Saint-Exupéry ha usado su sobrenombre, el Zorro del Desierto, para tomarle el pelo en su último libro. Alguno ya lo ha leído pero nadie se ha dado cuenta de nada, ni siquiera de las cosas más sencillas, como por ejemplo que el inútil rey es, en realidad, Francia.

Y ahora le llega esta propuesta para tenderle una trampa.

—Rommel quiere un encuentro para parlamentar. Está protegido por las reglas del honor. No se le puede arrestar —protesta.

—Rommel es un general demasiado importante para Alemania. Tenerlo en prisión nos ayudaría a ganar la guerra. Piénselo. Millones de vidas están en juego.

—¿Por qué querrá hablar conmigo?

—Tendrá sus motivos... —responde el agente americano—. Denos una respuesta con los detalles para el encuentro dentro de veinticuatro horas. Déjela a mi atención en el Hotel des Etrangers.

Saint-Exupéry no necesita tanto tiempo. Acepta allí mismo ir a esa cita. Esa noche cena con sus amigos. Pero está alterado. En los días sucesivos no consigue tranquilizarse. Hasta que toma una decisión fundamental: no dejará que Rommel sea capturado. Odia a los alemanes por lo que han hecho en Francia, pero sabe que Rommel es un soldado de honor y las reglas del honor hablan claro: si el enemigo quiere un encuentro para parlamentar, debe tener garantizada la inmunidad.

Deja sus premisas en una carta en el Hotel des Etrangers.

La cita con Rommel está fijada para el 5 de junio en un local llamado el Moro, justo detrás del puerto de Casablanca.

Pero el 5 de junio las cosas suceden de otro modo.

En aquel período Rommel tiene poco papel en el escenario de guerra francés, hecho que le permite viajar. Organiza un vuelo desde el sur de Francia a España, que se ha posicionado como neutral aunque es claramente filogermánica. En Cádiz, toma un avión hasta Casablanca. Le acompaña un piloto de toda confianza. Le espera en la pista, preparado para partir, mientras el Zorro del Desierto se aventura en la ciudad hacia el local del Moro.

A tres manzanas de distancia es interceptado por una especie de gigante beduino con el rostro cubierto por un turbante. El gigantón, en un discreto alemán, le advierte de que en el Moro los servicios secretos americanos han organizado una emboscada.

Rommel deja escapar una mueca de disgusto.

—¡Este es el honor del que hacen gala los franceses!

Está a punto de darle las gracias al desconocido cuando este, pasando al francés, le ruega que no hable mal de los franceses.

Es Saint-Exupéry.

Rommel había investigado sobre él. Sabe que es muy alto y robusto, así que lo reconoce. Pero... ¿por qué se ha disfrazado de aquel modo?

—Porque soy un hombre de honor —responde Saint-Exupéry— y porque quiero saber el motivo de este encuentro.

Los dos buscan otro local, una habitación de un primer piso que tiene una ventana que da a los callejones del bazar. Los propietarios son amigos de Saint-Exupéry y no harán preguntas. Y sobre todo, desde la ventana podrán controlar las calles adyacentes y estar mínimamente advertidos si llegan los americanos.

En la estancia hay una mesa, dos sillas y una jarra de agua.

Al principio se palpa una cierta tensión entre ambos.

Antoine, especialmente, se siente furioso. Tiene delante a Rommel y lo que sabe de él es que es un nazi, el brazo militar de un dictador loco. Le acusa de ser la causa del dolor de su pueblo. Rommel no replica. No es quién para recibir lecciones de política de un aviador francés. Sabe que tienen poco tiempo y no se fía de ninguno de los servicios secretos. Sabe que por estar allí está rozando la alta traición.

Antoine prácticamente tiene que desnudarse para demostrar que no lleva grabadoras. Y por fin le insta a que le diga qué quiere. No es él la persona que ha perdido la reunión.

—... ¡Usted dirá!

—Es referente a su libro —dice Rommel—. ¿Qué sabe de este transporte?...

Y hablan.

Primero Rommel, pregunta. Después Antoine, responde. Pero todavía no dice nada del submarino.

Continúan. Con mucho esfuerzo. Se terminan el agua antes de haber dicho nada importante.

Sin embargo, a fuerza de esforzarse en hablar y responderse, cada uno descubre en su enemigo algo muy parecido a sí mismo. Un sentido del honor, del destino, la idea de que las cosas deben hacerse éticamente porque solo haciéndolas así se les da valor. La guerra es una sucesión de episodios singulares. De momentos. De elecciones, cuando se tiene el lujo de poder elegir; o de actos de obediencia, si no se está en disposición de hacerlo. Pero incluso en guerra se puede intentar tomar decisiones lo más justas posible. Cuando se dan cuenta de que coinciden en esto, Rommel habla del oro. Doscientas toneladas que Hitler ha prometido a Italia. Pero que le había negado a él para vencer en África.

Fue Von Ribbentrop quien le informó de la reunión en Salzburgo, confiesa Rommel.

—Doscientas toneladas de oro es una cifra descomunal —replica Antoine.

Ninguno de los dos sabe de dónde lo ha sacado Hitler, ni dónde lo guardaba. Pero no es el momento de hablar de ello.

Rommel es claro: aquel oro es de Alemania, no de Hitler, ni de Bormann. Y mucho menos de Mussolini. Antoine está de acuerdo. Pero piensa que debería estar destinado a Francia, para resarcirla de la ocupación. Rommel golpea la jarra, que cae al suelo y se rompe. Si Antoine hubiera llevado una pistola, ese hubiera sido el momento justo de usarla. Pero no la lleva. Dejan fluir la tensión. Se calman. Y llegan a un acuerdo. Tienen que interceptar aquella carga, apartarla del control de Bormann y utilizarla para la reconstrucción, una vez la guerra haya terminado.

—También para la reconstrucción de Alemania —dice Rommel, taciturno, como si presagiase que perderían la guerra.

Saint-Exupéry asiente.

Entonces Rommel revela las últimas informaciones. Las que no habían sido interceptadas por el agente Mariposa.

Sabe que el convoy saldrá el 1 de julio, pero no sabe de dónde.

—Busque el submarino: U o B612. ¿Piensa que todavía lo puede interceptar?

—La pregunta es: una vez interceptado —responde Rommel—, ¿qué hacemos con él?

Antoine no lo sabe.

Tiene que pensarlo.

Necesitan otra reunión.

De nuevo allí, en Casablanca.

¿Cuándo?

Rommel hace algunos cálculos.

El 28 de junio.

Los dos zorros se estrechan la mano.

Entonces alguien llamó a la puerta de Mathis.



scar Tardi entró sin esperar respuesta, como probablemente estaba acostumbrado a hacer. Llevaba entre las manos una caja de tomates.

No sé quién se sorprendió más. En cuanto nos vio se puso rígido, enfadado y con gesto visible de fastidio. Dudó, sin saber bien a qué tipo de situación se enfrentaba.

—¡Oscar, qué alegría! ¿Me has traído los tomates frescos? —preguntó en cambio Mathis, levantándose del sofá—. Ven, ven. ¡Déjalos en la cocina! ¡Oled el perfume! Me ha entrado hambre.

Efectivamente, los tomates habían impregnado el aire con su perfume a huerto. Daban ganas de morderlos.

Me incorporé dándome cuenta de que, a fuerza de escuchar el relato de Mathis tirado en el suelo, me dolían los codos y las rodillas.

—Los chicos han venido hoy a leerme *El Principito*, Oscar —continuó Mathis, dirigiéndose de memoria hacia la cocina—. ¿Lo recuerdas?

Tardi emitió una especie de gruñido, dejó la caja de tomates al lado de lo que quedaba del salami y solo entonces nos dirigió un medio saludo. Sentí escalofríos sin motivo. Aquel hombre quería el control. Desprendía un sentido de la autoridad que no admitía excepciones y yo no entraba para nada en sus planes. Dios nos salve de los hombres autoritarios, había dicho alguien.

Y aún más de los intachables, hubiese añadido yo.

—Tu padre te está buscando —me dijo.

Miré la hora. Efectivamente, era hora de volver a casa si quería ayudar a preparar la cena.

Mathis se inclinó para oler su cesta.

—¡Pero cómo huelen estos tomates! ¿Estáis seguros de que no os queréis quedar a comer mi famosa ensalada con cebolleta fresca?

—¿Quieres que te lleve a casa? —me insistió Oscar.

Le respondí que había ido en bici y aproveché para darle las gracias. Le aseguré que la trataría muy bien porque era una bici realmente fabulosa.

Noté las manos de Mathis sobre mis hombros antes de darme cuenta de que se había acercado.

—¿Nos vemos mañana, entonces, para el resto de la historia?

—Mañana es domingo —intervino Tardi—. Hay misa.

—¡Ah, claro, naturalmente! Quizá después de la misa, chicos.

—¿Aunque cuándo se les ve el pelo a estos dos en misa? —masculló Tardi.

—Por ejemplo, el día del funeral de Puschbach —respondió Audrey, con tal aire de desafío que, si yo hubiese sido Tardi, le habría dado un sopapo.

—Quizá debería hablar con tu padre, Audrey —gruñó Tardi—. Para que se asegure de que de vez en cuando vas a la escuela, a la que dices que vas.

—¡Eh, venga, Oscar! —Rio Mathis—. ¡No me hagas creer que tú ibas a la escuela los últimos días de junio!

Tardi se encogió de hombros.

—Si nos ponemos así, tampoco iba en diciembre.

—¿Cómo van los mundiales?

Tardi se percató del intento de Mathis por cambiar de tema. Abrió la puerta, respondiendo:

—Hemos ganado.

—¿Y cuándo vuelven a jugar los franceses?

Tardi no le respondió o, si lo hizo, su voz fue tapada por el motor al arrancar su vieja furgoneta.

Durante la cena continué pensando en la historia de Mathis, en el convoy de oro cargado en el submarino del señor Brent, en la fiesta de Nueva York, en los espías que no soltaban prenda y en el agente Mariposa que buscó el tesoro durante cuarenta años. Bajo las sábanas imaginé que estaba dentro de un submarino, un U-Boot alemán cargado de oro, que viajaba de noche, de incógnito, por el oscuro mar, esquivando las luces de la costa y los faros, los torpedos de los enemigos, soportando no decir ni siquiera una palabra para no ser detectados por algún sonar, con los motores al mínimo, para llevar a cabo la misión secreta y desembarcar en Creta.

¿Y después?

¿Qué pasó con todo aquel oro? ¿Lo encontró Rommel? ¿Saint-Exupéry?

¡Tierra, aire, mar, todo debía funcionar como un reloj! Pero ¿puedo fiarme realmente de mis compañeros de viaje?

¿Y si no llegó nunca a su destino? ¿Qué había pasado?

¿Por qué Mathis había comenzado su historia diciendo que no existía ningún oro?

¿Qué había hecho el capitán Brent con él?

Demasiadas preguntas. Demasiados pensamientos.

Me levanté y caminé de puntillas hasta su estudio, me senté en su escritorio y miré las dunas del desierto, en el exterior.

Fue como si me hubieran transportado a Casablanca, a los callejones del bazar llenos de sol y de gente envuelta en mantos de lana coloreados, con las pistolas escondidas bajo los fajines, las frentes sudadas, esperando órdenes para una trampa que nunca tuvo lugar.

—¿Va todo bien, Morice? —me preguntó Mirabelle, casi haciéndome gritar.

Me había seguido hasta allí y estaba quieta en la puerta del estudio, con una de mis camisetas como pijama, parecida a un fantasma.

—¡Me vas a matar de un susto! —le dije.

Me di la vuelta con la silla y le hice ademán de que se acercase. La abracé.

—No me gusta esta habitación —dijo ella.

—A mí tampoco.

—¿Entonces qué haces aquí sentado?

La verdad es que no tenía ni la más mínima idea. Me hubiera gustado hablarle pero... ¿cómo podía hacerlo? Solo tenía a Audrey para compartir mis pensamientos y Audrey, en aquel momento, estaba en la parte opuesta del promontorio. Y quién sabe en qué pensaba. Mis manos sentían hormigueo con el solo deseo de verla. Acaricié la cabeza de Mirabelle para tranquilizarla.

—El corazón te late muy fuerte —dijo ella, entre mis brazos.

—Lo sé. Eso es bueno. Significa que estoy vivo, ¿no?

Volvimos a la habitación, muy callados, y me metí entre las sábanas como si me sumergiese en el fondo del mar.

La mañana del domingo volvimos al trabajo. El señor Puchon, a la caldera (no había agua caliente en la mitad del hotel) y mi madre y mi padre vaciando todos los armarios de la casa de ropa vieja y cargándola en nuestro coche para llevarla a Ajaccio, a un local de la Cruz Roja, a una dirección que el padre Perigaud nos había indicado.

—Así mañana lunes podríamos descansar —nos había propuesto mi padre—. Una excursión, con parada en un pequeño restaurante de camino que me ha aconsejado Ezequiel Focault. ¿Qué decís?

Ni yo, ni Jenska, ni mucho menos Mirabelle teníamos ganas de meternos en el coche, especialmente si había que parar en uno de los famosos pequeños restaurantes de mi padre.

Por tanto, optamos por ayudarlo a vaciar los armarios a cambio de medio día solos en el Napoleón. O, lo que es lo mismo, música a todo volumen para Jenska, mucha mayonesa para Mirabelle y la posibilidad de pasar la jornada entera con Audrey para mí.

Perfecto.

No cedimos por poco. Cargué las chaquetas del capitán Brent sobre los hombros y bajé las escaleras. Las metí en el coche y volví para recoger otras. Así, diez veces, pensando que Brent había vivido durante doce años en Dautremere, sin dar señal de poseer ningún tesoro. Salvo que se decía que había comprado el Napoleón con aquellos lingotes.

¿Podía ser que el submarino no hubiese salido nunca? ¿O quizá él había sido relevado de la misión? ¿Por culpa de Rommel? ¿O es que Bormann había cambiado de idea? ¿Los había descubierto Hitler?

Había decenas de posibilidades.

Metí las últimas chaquetas en el equipaje de la furgoneta y después miré la fachada del Napoleón, con la escalera apoyada en el tejado, y la pérgola con las glicinias trepadoras. Las manos me apestaban de naftalina.

Naftalina.

Los bidones de gasolina.

El último paseo de Puschbach, aquel en el que no silbaba Beethoven y arrastraba algo.

¿Por qué Mathis nos había explicado todo aquello?

Por el mismo motivo por el cual Saint-Exupéry le había explicado a él aquellas cosas cuando tenía trece años. Porque... ¿quién cree a los niños?

«A Mathis, mi ángel de la guarda. Si caes, vuelve a empezar».

¿Qué hace un ángel de la guarda? Custodia. Protege. Cae. Y vuelve a empezar.

Estaba tan inmerso en mis elucubraciones que casi choqué con Puchon, que subía del sótano con una tubería en el hombro.

—Atento al gas. —Sonrió con malicia sujetando la tubería para que no me golpease—. Meter las manos en la instalación de Brent ha sido como recuperar un diente de un amasijo de redes de pesca. Pero ahora empezamos a entendernos él y yo.

Lo ayudé a sacar el tubo, lo tiramos en el almacén y entonces, como me quedé allí mirándolo como si quisiera preguntarle algo pero no supiera cómo empezar, Puchon escupió sobre sus guantes y me dijo:

—Desembucha, capitán. Tienes cara de quien ha mandado a lavar los calzoncillos y se los han devuelto negros.

Reí. Y él pareció satisfecho.

—Cuando eres pequeño, o aprendes a andar como se debe o aprendes a hablar —añadió a

modo de explicación—. ¿Me haces un café?

También él lo tomaba sin azúcar, como Tardi.

—¿Cómo va con la caldera? —le pregunté cuando se lo llevé.

Puchon se había subido de nuevo a la escalera y tenía la cabeza metida en un embrollo de tuberías que corrían por el falso techo.

—Si el Señor te ha dejado solo una mano, ¿por qué demonios te metes a hacer de fontanero?

—¿Cómo la perdió?

Puchon bajó de la escalera.

—Le quedó atrapada en una cuerda... Un forcejeo, botavara que va directa a babor y... ¡zas! Se le lleva tres dedos.

—Dios mío.

—Y tuvo suerte de que no le dio en la muñeca, si no..., adiós mano.

—¿Cuándo sucedió?

—¿Quién sabe? Ya estaba así cuando llegó a Dautremere. Nunca antes lo habíamos visto. Pero su barca, sí. Siempre hacía la misma ruta, de Gibraltar a Ajaccio y de Ajaccio a Gibraltar, pasando algunas millas por aquí delante.

Puchon se tocó la sien con la tacita.

—Estaba como una regadera. Por eso su mujer se marchó en cuanto pudo.

—¿Cómo era?

—¿Consuelo? Triste.

Se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Buenísimo el café. Fuerte y amargo. Así es como debería hacerse y no ese brebaje inmundo de Remi.

Me devolvió la taza. Y, al hacerlo, se aseguró de que fuera capaz de mantenerle la mirada hasta que él decidiese dejarme marchar.

Cuando la llevé al fregadero, me temblaban las manos.



las once y media subí a buscar a mi padre y le pedí permiso para ir al pueblo.

Me miró fijamente, escéptico.

—¿Desde cuándo vas tú a misa? —me preguntó—. ¡Esther! ¿Tú sabes algo? ¿Qué le pasa a nuestro hijo?

Mi madre había apilado sobre la cama una montaña de trajes empacutados en bolsas de plástico.

—A mí me parece una excusa perfecta —observó ella.

—Te los llevaré yo todos al coche cuando regrese —le dije.

—Mejor llévate a Mirabelle.

—¿A quién?

—A tu hermana.

Intenté protestar tímidamente.

—Ya sé quién es Mirabelle, pero...

Mi madre se cruzó de brazos, con los guantes de fregar puestos.

—¿Pero qué?

Evité el enfrentamiento y, cuando fui a cambiarme de ropa, susurré a Mirabelle:

—En realidad no voy a misa, ¿lo entiendes?

—Claro que lo entiendo.

—¿Entonces?

—Entonces yo tampoco iré.

—No es eso, Mirabelle...

Permaneció algunos segundos aprisionada en el cuello de la camiseta que se estaba poniendo. La ayudé y la miré a los ojos.

—No puedo llevarte conmigo.

—Entonces se lo cuento todo a papá y a mamá.

Reí, nervioso.

—¿Qué les vas a explicar?

—Lo del folio donde tienes apuntados a todos los que se han suicidado y los que son malos, ese que tienes bajo la cama. Y lo del tesoro.

Tragué saliva.

—Mirabelle..., no hay ningún tesoro...

—Lo sé. Y tampoco hay ningún malo. Así que puedo ir contigo, ¿verdad?

«Maldita sea», pensé. ¿Desde cuándo leía mis apuntes y espiaba mis movimientos? Había infravalorado su capacidad de meter la nariz en todas partes.

La miré. Le brillaban los ojos de emoción.

—De acuerdo —decidí. Después de todo, se lo debía: no hubiéramos podido entrar en casa de los Tscharr si ella no hubiese robado las llaves de Walter—. Pero ni una palabra, ¿de acuerdo?

Me hizo un rapidísimo saludo militar y se puso los pantalones sin rechistar.

La ayudé a montar de través sobre la barra de la bici del señor Tardi, le di una pequeña

mochila con la indicación de que la sujetara fuerte y pedaleé alejándome del jardín.

—¿Por qué se supone que vamos a misa con una mochila? —me preguntó Mirabelle.

—Dentro de poco lo verás —le respondí.

El viento soplaba de mar, con fuerza, y nos trajo olor de sal y de horizonte. Un coche nos adelantó, sonó un claxon y alguien sacó la mano por la ventanilla para saludarnos. Justo después de doblar la curva lo encontramos

aparcado en la carretera, al abrigo de las casas. Lo sobre-

pasamos y desmontamos solo cuando llegamos a la pequeña iglesia de Sainte-Denise. Había gente charlando, los hombres vestían de oscuro, las mujeres con chal a pesar del calor. Las campanas repicaban. El portón de la iglesia estaba abierto y de dentro salía un tímido runrún.

Apoyé la bici en una pared, me colgué la mochila al hombro y tomé a Mirabelle de la mano.

—Pero si habías dicho que no íbamos a misa de verdad... —protestó cuando atravesamos la puerta.

Sainte-Denise era una simple ermita marinera, con la pila del agua bendita a la derecha de la entrada, las paredes blanqueadas y el suelo de piedras irregulares. Un sencillo altar y el techo abovedado, como la barca bajo la que Audrey y yo habíamos estado el día anterior, solo que esta bóveda era fresca y oscura. La vi enseguida, ya sentada en primera fila, en los bancos de la derecha del altar, entre su padre y su madre.

Y ella me vio. Se percató de la presencia de mi hermana e hizo una mueca, pero yo la tranquilicé sacudiendo rápidamente la cabeza.

Mirabelle sonrió. Me apretó la mano.

—¿Qué pasa?

—Os he visto —dijo.

—¿Qué has visto?

Continuó riéndose, divertida.

Nos sentamos en un banco del fondo, a la izquierda, desde donde podía continuar viéndola. Mientras tanto, se colocaron todos los demás. Mathis estaba sentado dos filas por detrás y Focault, al lado de Oscar Tardi. En nuestra fila había muchas viejecitas que parecían clones y que, en aquellos primeros diez días en Dautremere, todavía no había visto. La señora Blandine llegó escoltada por los hermanos Tscharr. Se les veía rígidos, incómodos, enfadados. Pero, según se decía en el pueblo, Blandine se había asegurado de que fuesen a misa como condición para aceptar meterlos en casa de su hermana. La señorita Hamadouche se plantó en la primera fila, a la altura del alcalde, pero en los bancos de la izquierda. Y dos críos con los cabellos encrespados, acompañados por una graciosa señora vestida de lila, se pusieron justo detrás; eran la familia de Puchon.

Grincourte, el que se había tomado la molestia de colgar trece pieles de conejo en nuestra cancela, se santiguó exageradamente poco antes de la entrada del sacerdote. Fue a sentarse detrás de Tardi, seguido por los inseparables Pascal y Ferdinand. Sus familias se colocaron todas a la izquierda, delante de mí.

Empezó a sonar una música de órgano que me pareció grabada, aunque después vi una pianola eléctrica detrás de una de las columnas del altar, donde estaba sentado un chiquillo que no debía de tener ni ocho años, con los cabellos brillantes de gomina. El padre Perigaud apareció con las notas altas, bendijo a sus fieles y llamó a la primera lectura.

—Ahora —susurré a Mirabelle, mientras la señorita Hamadouche se disponía a leer.

Nos pusimos de lado y retrocedimos lentamente, paso a paso, mientras los filisteos hacían algo que no conseguí entender. Nos deslizamos tras la cortina del portalón y nos encontramos bajo el sol, que picaba sobre el pórtico como sobre una piel de tambor.

—¿Qué hacemos ahora, Morice? —me preguntó Mirabelle.

—¡Ven, corre! —le ordené.

Bordeamos la plaza, solitaria, y llegamos a casa de los Tscharr, que estaba justo allí, en la esquina con el callejón.

—Ahora yo entraré un momento. Tú te pones aquí, en la sombra, y si ves que alguno de los hermanos Tscharr sale, silbas, ¿de acuerdo?

—¡Yo no sé silbar! —protestó.

—Pues chilla, y después te escapas. ¿Entendido?

Mirabelle asintió, emocionada.

—¿Es algo prohibido?

—Prohibidísimo.

Saqué el manajo de llaves de Walter Tscharr.

—¡Eso lo cogí yo! —exclamó.

—Sí. Y ahora callada. Vigila la iglesia.

—¿Ellos también buscan el tesoro?

—No hay ningún tesoro, Mirabelle... —Introduje la llave—. Es solo un juego, ¿de acuerdo? Estamos..., estamos jugando.

No me quedé para comprobar si se lo había creído o no.

Probablemente, no.

Entré.

La boca seca. El corazón a mil. Las manos heladas. Metí una mano bajo el armario y no encontré absolutamente nada.

—Dios mío, no... —murmuré.

Entonces toqué la grabadora un poco más arriba de donde recordaba haberla pegado. Lo despegué todo. Cinta, caja, cable. Y me lo puse bajo el brazo.

Salí corriendo.

—¡A la mochila, rápido! —ordené a Mirabelle, metiéndolo todo dentro.

—¿Y ahora?

Las manecillas ganchudas del reloj de Sainte-Denise indicaban que habían pasado solamente diez minutos desde las doce. Todos estaban allí dentro y allí permanecerían otros buenos veinte minutos.

Nadie nos había visto.

Dejé a Mirabelle esperándome en el extremo del callejón, recuperé la bici y volví con ella.

—Ahora te llevaré a un sitio —le dije empujando la Bozzi 54 Special del señor Tardi por el callejón oscuro del Grand Concourse.

Mientras me daba la vuelta por enésima vez para mirar a mi espalda, convencido de que alguien nos hubiese visto y nos estuviera siguiendo, una voz potente, desde el callejón, nos preguntó:

—¿Qué sucede, chicos? ¿Os apetece una gaseosa?

Frené instintivamente y las pastillas de los frenos hicieron chirriar las ruedas de la bici.

Remi, el propietario de la taberna del pueblo, estaba sentado ante nosotros, bajo el letrero de su local, a la sombra, tomando el fresco. Llevaba atado un pañuelo amarillo y verde y sus piernas estiradas ocupaban todo el ancho del callejón. Y lucía una gran sonrisa.

—¡Sí, gracias! ¡Qué bien, una gaseosa! ¿Podemos, Morice, podemos? ¿Verdad que podemos? —respondió Mirabelle antes de que yo tuviese tiempo de saludarlo.

Remi echó la cabeza hacia atrás, soltó una gran carcajada y encogió las piernas para dejarnos paso. Me indicó la cortina de piezas de plástico de colores que señalaba la entrada del bar y dijo:

—Coge dos tú mismo, entonces. Están en el congelador de los helados. Invita la casa.

Apoyé la bici, un poco incómodo. ¿Me habría visto salir de la casa de los Tscharr?

—No sé si podemos, señor Remi.

—Solo Remi —me corrigió.

—¡Yo tengo mucha sed! —mintió Mirabelle de manera muy convincente.

Él me guiñó un ojo y eso fue todo lo que necesité para decidirme. Empujé la cortina de plástico, cuyas piezas temblaron a mi paso, y entré en el templo de los adultos de Dautremere. El local era fresco y sombrío, con una gran chimenea apagada y una barra larga y estrecha, con la superficie superior de formica verde y un pasamanos bajo de latón. En el centro del techo, un enorme ventilador. Un par de moscardones zumbaban contra los cristales casi invisibles. Las mesas estaban dispuestas armónicamente, como una escalera de póker. Las paredes eran blancas, tapizadas de calendarios y viejas fotografías enmarcadas. Había un espejo con decenas de fotografías descoloridas fijadas en él. En un rincón, para mi sorpresa, vi una máquina de un videojuego de coches. Me pregunté quién jugaría con ella. El congelador zumbaba en otro rincón, un paralelepípedo marrón oscuro encastrado entre la barra y la entrada de los aseos, con los carteles de los helados pegados. Abrí la tapa y miré dentro: los helados estaban colocados en diversas cajas, envueltos por una espesa capa de hielo. Separé algunos, tanteando con la mano, de puntillas, y encontré las botellas de gaseosa. Cogí dos de ellas, asiéndolas entre el pulgar y el índice de la misma mano y con la otra cerré el congelador. Las apoyé en la barra para buscar un abridor y, mientras lo hacía, descubrí una gran fotografía colgada detrás.

Se trataba de un pequeño grupo de muchachos abrazados, como los jugadores de un equipo fútbol. Pero no eran futbolistas. Eran seis jóvenes, vestidos de trabajo, sucios de polvo blanco. Dos de ellos mostraban el torso desnudo y exhibían una fuerte musculatura. Uno tenía la camisa hecha jirones, otro una camiseta rota y el quinto, un jersey de lana lleno de agujeros. El del medio sostenía un casco de motorista y un cigarrillo en la comisura de los labios.

Lo reconocí enseguida, a pesar de los años que habían transcurrido desde aquella fotografía. Era Oscar Tardi.

Durante un largo instante me olvidé de las gaseosas y del abridor y me apoyé en la barra para observarla mejor. ¿Quiénes eran los demás?

Me pareció reconocer a Ferdinand en el más musculoso del grupo, y los ojos de hielo del señor Pascal en la cabeza más despeinada de la izquierda. Pero igual me equivocaba. ¿Y el que tenía cara de rata? ¿Podía ser Puchon? De los otros dos de la foto, uno no me sonaba nada,

pero sí el más bajito, sobre el que Tardi tenía apoyado el brazo izquierdo. Era el más esmirriado, con una camiseta sucia que le marcaba las costillas, los pantalones sujetos con una cuerda y una colilla apagada en la mano. Tenía una mirada tan expresiva que en un primer vistazo me había llevado a engaño, pero las orejas de soplillo eran inconfundibles. Era un jovencísimo Mathis.

—¿Has encontrado las gaseosas? —gritó Remi desde afuera, haciendo que me sobresaltase como si estuviera robando la caja.

—¡Sí, gracias! ¡Ya voy! —respondí, sin conseguir apartar la mirada de la foto. Tardi, Ferdinand, Puchon, Mathis. ¿Qué hacían? ¿Y los otros dos?

Destapé las gaseosas y atravesé por segunda vez las cuentas de plástico.

—¿Tú no quieres nada? —le pregunté a Remi.

—No, gracias —respondió alegre—. Soy el único barman que solo bebe agua. ¿Está buena? Podéis usar pajitas; la gaseosa sabe mejor bebida con pajita.

Era buenísima de cualquier modo. Fría y efervescente, con un delicioso punto ácido.

—¿Os habéis escapado de misa? —nos preguntó Remi cruzando las manos detrás de la nuca.

«Nos ha visto», pensé, y me dio un vuelco del corazón.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad? —Le sonrió Mirabelle.

Él volvió a reír, con aquella risa potente y contagiosa.

—¿Y por qué tendría que hacerlo? ¿Veis dónde estoy yo? ¿Os parezco de los que van a misa?

—¿No crees en Dios? —le preguntó mi hermana.

Entonces él se inclinó hacia delante sobre la silla, mirándola fijamente a los ojos.

—Claro que creo, Ricitos de Oro. Pero no es lo mismo.

Señaló el callejón que desembocaba en la playa y la porción de mar azul que se veía más allá.

—Mi dios se llama Papa Legba, y vive muy lejos, además de en mi corazón. Si he llegado hasta aquí, es gracias a él. He hecho un largo camino...

—¡Como nosotros! —dijo Mirabelle—. Nosotros hemos venido de Marsella, ¿lo sabías?

—Claro. Un camino largo para una niña de tu edad.

Le sonreí y volvió a repantingarse en la silla, satisfecho. Me di cuenta de que tenía un libro abierto por la mitad, en el suelo, bajo la silla.

Tomé un largo sorbo de gaseosa.

—¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Quiénes son los de la foto de detrás de las cervezas?

—¿Los chicos de la cantera?

—Sí.

—¿No los has reconocido?

—Quizá —admití—. ¿Tardi y Puchon?

—Sí —respondió Remi.

—¿Y... Mathis? ¿El pequeñajo con la colilla de cigarro?

—Tienes vista de fotógrafo, chiquillo. Mathis, justamente él. Ferdinand es el grande y grueso, sin camiseta...

Asentí.

—Y están Mattiew y Esteban, pero a esos no los puedes conocer porque están muertos. Es una foto antigua, pero nunca la he tocado porque ya estaba aquí cuando yo llegué para hacer

de camarero, en el cincuenta.

Remi lo pensó un poco, antes de proseguir.

—No demasiado lejos de aquí había una cantera de yeso, por aquel lado, dentro de las montañas. La cerraron en 1967, cuando murió Mattiew, y era un infierno, creedme. Gracias a Dios yo no fui nunca y en cambio encontré trabajo de camarero para Jerome, antes de que me dejara el bar. Pero después de la guerra, la cantera funcionaba bien: había muchos camiones que iban y venían a todas horas, chicos que excavaban o que se ganaban la vida haciendo de albañiles. Para reconstruir se necesitaba cemento y para hacer cemento, yeso. Hicieron la foto allí, en la cueva, pocos meses antes de que el pequeñajo provocase el accidente.

—¿El pequeñajo?

—Mathis. Siempre ha sido el pequeñajo, para todos.

Terminé la gaseosa en un último sorbo.

—¿Cómo..., cómo sucedió?

Remi movió la mano delante de la cara, fingiendo un disparo.

—¡Así!

Mirabelle se asustó. Y él añadió, despacio:

—Una salpicadura de cal viva en los ojos. ¿Sabes qué es la cal viva?

No lo sabía. Y a lo mejor prefería no saberlo. Pero estaba como encerrado en el callejón, entre la bici y las piernas de Remi, con las cortinas de plástico ondeando por el viento, despacio.

—Es un polvo que sirve para hacer la cal. Quema. Y para usarla tienes que apagarla, así se dice. Pero cuando está viva, la cal absorbe toda el agua que encuentra, como una esponja. A Mathis le saltó una salpicadura a los ojos y... —Remi aspiró fuertemente entre los labios, absorbiendo el aire— se quedó ciego.

En el callejón se hizo un largo silencio. Mirabelle tenía la mirada sobre su botellín de gaseosa. Yo apretaba la mía con los dedos.

—Era poco más que un chiquillo —añadió todavía Remi—. Dieciséis o diecisiete años. Sin familia, excepto un tío que no lo soportaba. Así que Tardi se lo llevó a su casa, porque era el mayor del grupo y se sentía culpable por no haber impedido aquel accidente. Y los demás, con él. Cuidaron de él como si fuese un poco hijo de todo el pueblo. Lo hacemos todos. Aquí tiene su mesa, donde le leo los periódicos y los comentamos. Otros le hacen la compra, le llevan verduras del huerto. Si en el mar solamente capturaran una dorada, puedes estar seguro de que los pescadores se la llevarán primero a Mathis. —Sonrió Remi—. Y él, a cambio, nos hace compañía a todos nosotros, nos hace reír, suaviza un poco nuestro trato.

Mientras Remi hablaba, me acordé de la caja de tomates de Tardi.

—¿Por qué dices que Tardi se sintió culpable?

—Era el jefe de equipo. Y hay quien dice que él tenía la manguera del agua cuando Mathis pasó por delante con un cubo de cal viva y... luego ocurrió lo que ocurrió...

—Vaya —murmuré. Un buen peso sobre la conciencia que duraba desde hacía casi cincuenta años.

Remi se recolocó en la silla.

—Mejor si no hablas de este tema... —me aconsejó—. Quiero decir con los del grupo. Se enfurecen como si acabase de suceder, como si les tocasen un nervio. No han conseguido superarlo, ¿sabes?

Entonces Remi miró algo, en el fondo del callejón, con tanta intensidad que hizo que me diera la vuelta en la misma dirección. Pero no había nada raro. Ni nadie.

—Intentad ser más listos que nosotros, chicos —dijo, pero su voz había cambiado, como si se hubiera ido de golpe lejos de allí.

Por fin volvió de donde estuviese y me miró con aquellos ojos negros y profundos.

—La guerra es una cosa que te ensucia el alma. No importa en qué lado estás, ni si la ganas o la pierdes. Te deja dentro una vena de locura. Recuerdo que una vez hubo una gran pelea en el local. Con Thilo, que en un momento los golpeó a todos.

—¿El señor Puschbach?

—Sí.

Mirabelle, evidentemente aburrída con todas aquellas explicaciones, recogió mi botella vacía y entró a ponerlas en su sitio sobre la barra, dejándome solo en el callejón.

—Eran los otros mundiales, la final entre Alemania e Italia. Y aquí todos animaban a Italia. Excepto él y Brent, que el demonio se lo haya llevado. Cuando Tardelli marcó el gol, el dos a cero, empezaron las pullas; después empeoraron, comenzaron a insultarse y, a pesar de que intenté tranquilizarlos, de repente Puschbach levantó a Ferdinand de la mesa, empujó a Pascal y... ¡se montó un caos de tal magnitud que quité para siempre la televisión y les dije que ya podían buscarse otro sitio para ver los partidos!

—No lo hubiera imaginado de Puschbach... —murmuré.

—Tampoco yo, si no lo hubiese visto con mis propios ojos. Hasta que Brent, que era bajito, en comparación con él o Tardi o Ferdinand, Brent, te decía, lo levantó por el cuello de la camisa y lo llevó afuera, contra una pared, justo aquí donde estás tú ahora. Le dijo que se avergonzase y se marchase a su casa. Estaba hecho una furia, pero aquella noche Brent fue el único capaz de frenarlo.

—¿Y Puschbach lo obedeció?

Remi me miró fijamente. Después miró la puerta, como para asegurarse de que Mirabelle no nos pudiese oír.

—¿Si lo obedeció?... —repitió—. ¿Sabes qué le respondió, justo donde estamos ahora tú y yo?

Sacudí la cabeza, negando.

—*Jawohl, Herr Kapitän!*



Audrey se nos unió en la cima del acantilado, en bici, quince minutos más tarde, sin ni siquiera haberse cambiado de ropa. Había cogido de algún lugar un paquete de pan reseco, tomates y anchoas, que hicieron feliz a Mirabelle. Nos acomodamos en la escasa sombra de la morera, sobre la hierba puntiaguda debido a la sequedad, ante la lámina brillante del mar. Eran ya más de las doce y media y el sol estaba clavado en medio del cielo como uno de los clavos de la Pasión. A nuestro alrededor todo era blanco, la hierba, la piedra de yeso del acantilado, incluso el mar, que parecía custodiado, en el horizonte, por una cuenca de marfil.

Naturalmente, yo ya lo tenía todo preparado aunque había tenido que luchar para mantener a raya la impaciencia de Mirabelle.

—¿Ella puede quedarse? —me preguntó Audrey antes de que apretase la tecla *Play*.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor! —suplicó ella.

Con un poco de suerte, en cuanto viese que la cinta era aburrida, se iría a jugar por su cuenta.

No tuvimos suerte.

Enseguida se oyó la voz de Karin. Canturreaba mientras ordenaba cosas en los cajones. Y mientras cocinaba. Y mientras lavaba los platos. Después, ruidos. Una puerta, quizá. Un crujido.

La grabadora se paraba automáticamente cuando no había ningún ruido lo suficientemente fuerte para grabar.

Luego llegó Walter. Arrastró una silla por el suelo haciendo un ruido infernal; después se sentó.

—¿Y bien? —le preguntó su hermana. Cocinaba de nuevo.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—No hay ninguna puerta.

Miré a Mirabelle. Finalmente se había ido a jugar por el acantilado en uno de los lapsos vacíos de grabación. Esperaba que se quedase allí durante un rato, al menos hasta que la cinta terminase.

—Tiene que estar —dijo Karin—. Yo la recuerdo.

—Yo también. Estaba abajo, en el sótano.

Pausa. Algunos sonidos de platos y sartenes.

—Lo han inundado —dijo Walter.

—¿A propósito?

—No lo sé. Siempre está rondando por allí la mole esa de Puchon.

—¿Y no puedes prestarte a ayudarlo tú en lugar del idiota de Renard?

—¡Eh! —protesté—. ¿Cómo te atreves a hablar así de mi padre?

Me callé. Había hablado encima de ellos y no había conseguido oír sus palabras. Hice retroceder la cinta y volví a apretar el *Play*.

— ... en lugar del idiota de Renard?

—Te digo que ya no hay ninguna puerta allí abajo

—insistió Walter—. Lo comprobé mientras les llevaba unos trapos. Quizá nos equivocamos.

—Segurísimo que no.

—¿A lo mejor estaba encima?

—Te digo que había una puerta de hierro allí abajo. Justo pasada la lavandería.
—Pues yo te digo que ya no está.
—Entonces quiere decir que la han tapiado.
—¿Quién? ¿El fantasma de Brent?
—O aquel cerdo de Tardi.
—¿Y por qué iba a hacerlo?
—Pues, por ejemplo, porque lo sabe. Lo sabe todo.
Pausa. Tintineo de botellas. Vasos.
—Está muy rico —dijo Walter al cabo de poco.
—Tienen buena carne. Aunque son unos salvajes. Viven en el mar y se alimentan de cabras y cerdos. Es una auténtica lástima que perdiéramos la guerra.
—Sea como sea, está perfecto.
Más tintineo de vasos.
—La cerveza, en cambio, es sarda —continuó Karin—. Me han mirado mal cuando he pedido otra.
—Está todo bien. Salvo que todavía no hemos encontrado nada.
—El mar está limpio. Ni una gruta. Al menos ninguna todavía. Ni naufragio en veinte metros.
—¿Estás segura?
—¿Quieres ir tú?
—Si de verdad Brent habló con Tardi, nos tocará hacerlo también a nosotros.
—Solo por no tenerlos a todos en contra.
—Ya los tenemos a todos en contra.
Hicieron chocar los vasos.
—*Heil, Hitler!*
—*Heil!*
Audrey me apretó la mano con fuerza, asustada. También yo tenía los ojos abiertos de par en par por la sorpresa: los hermanos Tscharr eran dos nostálgicos nazis.
—Piensa un poco, Walter. ¿Por qué iría Brent a hablar con Tardi?
—Porque tenía miedo.
—¿De qué?
—No de qué, sino de quién. De nosotros. Te recuerdo que cada vez era más prudente.
—Yo diría que psicótico, con tanto perro.
Karin se rio. Brindaron otra vez.
—¡Por los mastines de Brent!
—Injustamente envenenados.
El apretón de Audrey se hizo aún más fuerte. Había entendido lo mismo que yo. Que los habían envenenado los Tscharr. Pero eso no tenía sentido: mostraba solamente una crueldad inútil.
A menos que el sentido fuera exactamente ese.
Se me había puesto la piel de gallina. Miré a Mirabelle, que canturreaba feliz diez metros delante de nosotros, entre las margaritas que crecían en lo alto del acantilado. Su luz contrastaba con la oscuridad que nos llegaba de las voces de los hermanos Tscharr, igual que el escalofrío que me recorría el brazo contrastaba con el calor de aquel mediodía de comienzos de verano.

Pero no habían terminado.

Todavía no.

Fue Walter quien continuó:

—Pongamos que fuese a casa de Tardi, qué le iba a decir... ¡Eh, Oscar, cretino, ven aquí, que tengo que decirte una cosa! Resulta que soy un exsoldado nazi que tenía la misión de llevar y esconder doscientas toneladas de oro de Hitler...

—*Heil Hitler!*

—Sí, claro, sobre todo porque, como decía papá de Bormann, el plan era cubrirse las espaldas en el caso de que las cosas fueran mal.

—En eso acertaron del todo.

—No se trata de eso. La cuestión es: ¿podía Brent fiarse de Tardi?

—Políticamente, sí. También él es un nazi.

—No es un nazi. Son independentistas.

—¡Ja! —Se rio Karin—. Se reúnen a escondidas, planifican atentados, odian a los Estados soberanos, esconden armas, añoran a un líder fuerte del pasado, ellos a Napoleón, nosotros a Adolf... Dime exactamente dónde está la diferencia entre ellos y nosotros.

La grabación se detuvo. Evidentemente, rumiaron en silencio un rato. Después, la grabadora volvió a ponerse en marcha.

—Pongamos por caso que se pusieron de acuerdo de algún modo: Europa que da asco, los árabes están a las puertas, nadie cree ya en la patria, la raza superior, una etnia aislada diferente de todas las demás... Lo que quieras.

—Supongámoslo.

—Y supongamos también que Brent le hubiera dicho algo...

—Doscientos mil millones de francos les irían muy bien a los independentistas. Podrían comprarse Córcega metro a metro... —observó Karin.

—Doscientos mil millones de francos que están... ¿dónde?

—Brent lo sabe.

—Ya, pero no puedo preguntarle. Está seco. Solo puedo investigar en su maldito hotel... —continuó Walter.

—En ese hotel hay una cámara subterránea. Lo sabes, lo sabemos. La hemos visto. Y apuesto a que allí guardaba lo que no quería que nadie viera. Su uniforme, su diario, la pistola. ¿Dónde acabó el uniforme de Brent, eh?

—Colgado con él —murmuró Walter.

—¿Y quién lo descolgó? —preguntó Karin, como si estuviese sumando dos más dos.

—Tardi.

Los cubiertos tintinearón.

—Pongamos que tengas razón. Tardi sabía que Brent era un nazi y que su última misión de guerra había sido trasladar en secreto un submarino cargado de oro. Pero no sabía adónde fue a parar. Cuando Brent se ahorca, Tardi tiene libertad de acción. Registra el hotel de arriba abajo y, quizá detrás de la puerta roja, en la habitación oculta, encuentra la información precisa. El diario del capitán, un mapa o cualquier pista sobre la posición en que desembarcaron, la pistola, sus condecoraciones... Todo lo que no está en la lista. ¿Qué hace?

—Se lo queda todo y tapia la puerta.

—Y delante monta la caldera.

«Por eso Tardi insistía tanto en no moverla», pensé.

—¿Qué hace mientras el propietario de nuestra casa?

Miré a Audrey como queriendo decirle: «Ya está, ¿lo ves? Están hablando de Puschbach. ¿Ahora te convences de una vez por todas de que las dos muertes están relacionadas?».

Apenas media hora antes, Remi me había contado que cuando Puschbach respondió a Brent «Sí, mi capitán», este se había enfurecido. ¿Por qué se había enfadado tanto? Porque era verdad y no tenía que saberlo nadie. Ni siquiera en broma, o como una simple tomadura de pelo. Era su secreto.

Brent no era el único guardián del tesoro. También estaba Puschbach, que recorrió durante años las costas de Dautremere.

¿Fue esa la decisión final de Bormann sobre la carga del U612?

¿Y cuántos hombres habría a bordo?

¿Solo Günther Brent y Thilo Puschbach? ¿Los dos muertos en el transcurso de un año?

Mirabelle regresó con nosotros; rogué para que la grabación estuviese a punto de terminar. La escuchábamos a tan bajo volumen que teníamos dificultad para distinguir las palabras bajo la cantinela de las cigarras.

—¡Se ha quedado con el tesoro! —rugió Walter de improviso—. O por lo menos lo intenta.

—¿Tú crees que fue Puschbach quien ahorcó a Brent?

Yo no lo habría pensado nunca.

—Si fue él, demostró mucha paciencia —respondió Walter—. Cuarenta años de paciencia.

—Recuerda lo que te conté que oí en el pueblo... —surró Karin—. Que no había nadie en el féretro.

—¿Qué significa eso? —preguntó Walter, pero él mismo se respondió—: Que Puschbach salió corriendo con el tesoro... o que Tardi y los suyos se pusieron de acuerdo con él para que se quitara de en medio.

Visualicé por un instante a Puschbach, navegando con su fueraborda cargada de lingotes de oro, hasta llegar a una casita con todas las luces encendidas gracias al generador de corriente de Tardi.

—O se lo quitaron de en medio sin que él estuviera de acuerdo... —lo corrigió Karin—. Como hiciste tú con papá.

—Papá resbaló.

—¡Oh, Jesús! No me vengas con cuentos.

—Has bebido demasiada cerveza, hermana.

—No he bebido ni un solo trago. Eres tú el que ha bebido demasiado.

La grabadora se detuvo. Mirabelle se me echó en los brazos, pidiéndome que jugase con ella. O que volviésemos a casa. La cigarra escondida entre las ramas de la morera era ensordecedora, como si anunciara el fin del mundo.

Después la voz de Karin prosiguió:

—Echa abajo esa pared. Hazlo por mí. Y si dentro no encontramos nada, iremos a por Tardi.

—¿Qué pared hay que echar abajo? —preguntó Mirabelle—. ¡Vamos nosotros también a por Tardi!

Llega un momento en que, a fuerza de pensar, te atascas. Piensas, piensas, piensas y no llegas a ninguna parte. Ninguna idea ni objetivo nuevos.

Además de sufrir un gran dolor de cabeza.

Fue así (con un gran dolor de cabeza) como transcurrió mi tarde de domingo, ayudando en la cocina, y después a poner y quitar la mesa. Y con ese dolor de cabeza, quizá un poco más fuerte debido al miedo, bajé al sótano a inspeccionar la pared de detrás de la caldera. Apoyé la mano e hice lo que había visto hacer en el cine para saber si una pared era falsa. La golpeé, como Mikey en *Los Goonies* cuando busca el camino que lleva al tesoro de Willy el Tuerto. Pero yo no noté nada. O no entendí nada. Cosa que, en definitiva, daba lo mismo.

No conté ni una palabra a mi madre ni a mi padre, ni en la cena ni antes de irme a dormir, cuando intentaron convencernos por última vez de que fuéramos con ellos a entregar la ropa y al pequeño restaurante que había buscado mi padre.

Qué tontos.

Escribo «tontos» porque Audrey, aquella última noche, hizo lo mismo: se reservó sus pistas, sus sospechas, sus pensamientos. Como si tratásemos de prolongar lo más posible nuestra investigación de verano por el simple gusto de tener algo que hacer juntos, por la emoción del juego, o la ficción de una representación.

Yo habría hecho las tres cosas durante el resto del verano: prolongar la investigación, jugar y actuar. Porque ella me gustaba y también le gustaba a Fabrice.

Me gustaba el tiempo que pasábamos juntos, aunque continuamente estábamos descubriendo historias macabras. O quizá (para ser completamente honesto) me gustaba sobre todo porque descubríamos historias macabras, y aquel pueblecito de Córcega meridional se había transformado en un lugar siniestro y sorprendente, y el hotel donde dormía, en un lugar maldito...

Pura emoción. Un misterio.

Vivíamos dentro de aquel misterio con la inconsciencia y la determinación de nuestra edad. Aunque yo me sentía mucho mayor que cuando salí de Marsella, como si en vez de haber hecho un simple trayecto de ocho horas, hubiese viajado por el mundo: Nueva York, Berlín, Roma, Saint-Nazaire, Casablanca...

Tenía en la cabeza mi personalísima versión de todos aquellos lugares. Estaban llenos de personajes furtivos, de mensajes que pasaban de mano en mano, de sombras que se refugiaban en la oscuridad de los callejones preparadas para disparar.

Y me llamaban.

Como me llamaban las cintas con las grabaciones de los hermanos Tscharr, bien guardadas bajo mi cama, detrás de todas las otras cajas.

No puedo decir qué hubiera cambiado si aquella noche me hubiera sentado en la cama de mis padres y les hubiese contado que Brent fue capitán de un submarino del ejército de Hitler y que los hermanos Tscharr, que tanto se ofrecían para ayudarnos, eran dos neonazis en busca de un tesoro. Un tesoro que fue escondido por el general Rommel y Antoine de Saint-Exupéry, en una misión secreta llamada «Operación Principito». Que me lo había explicado el ciego del pueblo, Mathis, quien perdió la vista pocos años después de aquella operación secreta en un accidente causado por Oscar Tardi y sus amigos, los independentistas corsos.

Probablemente no me habrían creído y todo hubiera acabado esa noche del mismo modo,

conmigo tendido en la cama, pensando como un loco en todo aquello.

Y en Audrey, obviamente.

De pequeño yo tenía dos grandes miedos en la vida, que más o menos son los mismos que tengo hoy en día. El más grande era el de quedarme solo. Por eso me inventé a Fabrice. El segundo era descubrir que estaba loco, pero loco de verdad, de esos que creen que han pasado cosas que en realidad no han sucedido. O no como yo las veía.

Sin embargo, aquella noche de domingo, solo a un loco se le habría ocurrido volver a vestirse, estando ya en pijama, en cuanto oyó el tic-tic contra el cristal de su ventana. Y solo un loco habría sido capaz de abrirla, mirar abajo, escuchar el sonido lejano del mar, volver a cerrarla, descender al piso inferior sin hacer el menor ruido, abrir la puerta de la galería, salir al jardín, deslizarse entre las sombras de los cedros sobre la gravilla plateada por la luna y todo para preguntarle a Audrey:

—¿Qué pasa?

Y solo otra loca habría podido responderme:

—Tienen una reunión esta noche.

También ella parecía haberse escapado de casa vestida con lo primero que había encontrado. Estaba asustada. Con la piel de gallina a la luz de la luna.

—¿Quién tiene una reunión?

Me señaló las dunas. Blancas y brillantes. Y yo lo entendí.

Los amigos de Tardi.

En su casa de piedra con las persianas cerradas, coronada de antenas en el tejado, rodeada de trampas entre la hierba para capturar conejos.

La noche era fresca y silenciosa. Se oía solamente el mar a nuestras espaldas. La arena fría bajo los dedos. Escalamos la primera duna a cuatro patas, como animales nocturnos, y después recorrimos su cima bajo las estrellas.

Bajamos y volvimos a subir dunas sin hablar, hasta llegar al límite de la propiedad de Tardi. Estaba rodeada por una red que tenía una altura de dos metros, con sujeciones de hierro intercaladas. La casa era oscura, compacta, co-mo un búnker militar. Y las antenas la agujereaban como a un alfiletero. Recorrimos la valla hasta que encontramos un punto roto. Audrey se inclinó para levantarla y yo me deslicé por debajo, boca abajo, con el alambre rascándome la espalda. Una vez dentro hice lo mismo y Audrey se unió a mí. Nos encontramos en un campo ligeramente irregular, sin apenas vegetación, excepto unos brotes verdes de retama.

Lo atravesamos atentos a dónde poníamos los pies, ayudados por la luz de la luna. Pero no vimos ni cepos ni otras trampas. Llegamos a la acera que rodeaba la casa y nos detuvimos a la sombra espesa de un pórtico. Concentrándome para obviar los latidos rítmicos de mi corazón, pude oír voces. Dimos la vuelta a la casa. En cierta forma estaba convencido de que de un momento a otro aparecería un perro negro entre las sombras, tirando de una cadena y ladrando furiosamente, y que me devoraría antes de que el dueño de la casa tuviera tiempo de detenerlo. Conseguí controlar aquella idea y otras similares.

Antiguamente, en las bodegas solían usarse unas grandes botellas de cristal, redondeadas, y era frecuente verlas en cestos de mimbre. Tardi tenía algunas diseminadas a lo largo del perímetro de su casa y no parecían olvidadas; eran más bien una especie de decoración.

Las voces que oíamos provenían de una habitación iluminada. Tenía tres ventanas, una al lado de otra, y estaba en el lado opuesto al de las dunas y al del mar. Mientras nos acercábamos atentos a no perdernos nada, alguien rio fuerte. Lo reconocí. También Audrey. Era la carcajada de Grincourte, el de la gasolinera. El desollador de conejos. Después oímos un movimiento de sillas y a Oscar Tardi diciendo a los demás dónde debían sentarse, con su habitual tono brusco, resolutivo.

Echamos un vistazo a través de la ventana, manteniéndonos fuera de su campo visual, y vimos una gran sala prácticamente vacía, con una mesa de madera maciza sobre la que había alineadas una veintena de cervezas y una decena de sillas dispuestas en forma de media luna, de espaldas a la ventana. Tardi estaba de pie, delante de aquella asamblea. Parecía que estaban prácticamente todos: Ferdinand, Puchon, Pascal..., Grincourte, con una botella de cerveza. Para mi sorpresa, también Ezequiel Focault, el padre de Audrey. Por eso ella había sabido que tenía lugar la reunión.

Los neobonapartistas al completo.

Mientras se sentaban en sus sitios, Audrey y yo nos arrastramos bajo una de las ventanas abiertas, en cuclillas. La ventana estaba protegida por una mosquitera contra la que chocaban enloquecidos los insectos nocturnos atraídos por la luz.

—Entonces, Oscar —dijo una voz, quizá de Ferdinand o de Pascal—, ¿cuál es la situación?

—Sí, ¿cuál? —secundó otra voz—. He oído opiniones contradictorias. Hay quien dice que será un desastre.

—Puedo imaginar quién ha hecho circular eso —respondió Tardi, escéptico—. Nuestro amigo el de las trencitas. ¿Acierto?

—¿Alguien lo ha avisado?

—¿Para que nos agüe la fiesta? No, gracias.
—¿Puedo beber una cerveza?
—Hemos dicho que cuando empecemos.
—Grincourte ya ha tomado una.
—Yo no la he pedido —respondió el interesado.
—Perdonen, señores, un momento... —intervino Ezequiel Focault—. ¿Podemos dejar que hablen los hechos?
—Gracias, Ezequiel: por fin alguien sensato —apoyó Tardi.
—¡No es casualidad que lo hayamos elegido alcalde!
—¿Quieres callarte, Grincourte? O te meto la cerveza...
—¡Puchon!
—Pero primero quería comentaros algo... —intervino Tardi.
Siguió un coro de murmullos.
—Lo sabía.
—Seguro que hemos venido para nada.
—¿Y qué le comento ahora yo a mi mujer?
—Como os dije, he hecho todo lo posible. Y creo que lo he conseguido. Mejor dicho, creemos. ¿Verdad, Puchon?
—No intentes echarme a mí la culpa —le respondió el fontanero.
¿De qué estaban hablando?, me preguntaba yo con la espalda contra la pared y la mirada perdida en el vuelo en espiral de las polillas contra la mosquitera.
—Pero quizá tenemos un problema. Y lo tenemos todos —prosiguió Tardi.
—Yo seguro, si Puchon se sienta delante de mí.
—¡Viva Francia! —respondió este último.
Otro, quizá Grincourte, eructó sonoramente.
—¿Quieres parar? Hace veinte años que haces eso.
—Y tú llevas veinte años haciéndote pasar por la hermanita buena.
—¡Silencio! —exclamó Ferdinand—. ¡Para estar así, quedaos en casa! ¿Cuál es el problema, Oscar?
—El pequeñajo —respondió Tardi.
Y en el mismo instante en que lo dijo vi una araña grande como una pelota de tenis que se acercaba a la ventana, deslizándose por la pared.
—¿Qué ha hecho esta vez?
—Le ha dado por hablar.
Audrey me tomó de la mano haciendo que me sobresaltase. Intenté escuchar lo que decían, pero seguía mirando la araña que se acercaba. Pensé que también ella la había visto alrededor de los insectos que revoloteaban por la mosquitera.
—¿Con los marseleses o con los dos alemanes?
—Con el chaval —respondió Tardi—. Y con tu hija, Ezequiel.
—Yo los he visto rondando por el acantilado —dijo Grincourte—. Por cierto, con tu bici, Oscar.
—Por eso se la di, esperaba precisamente que se alejasen del pueblo —respondió Oscar.
Mientras tanto, lentamente, la araña llegó a la altura del poyo de la ventana. A medio metro de donde nos habíamos protegido Audrey y yo. Era muy grande, como un ovillito de lana. Yo no sabía nada de insectos; era Pujol, un compañero de clase, quien los estudiaba y de vez

en cuando llevaba alguno a clase para hacer chillar a las chicas. No sé por qué me parecía que me había contado que las arañas duermen de noche; evidentemente, aquella no.

—Audrey... —susurré.

Pero ella me hizo una seña para que callase. Quería escuchar.

—¿Qué les ha contado?

—No tengo ni idea. Pero todos sabemos que el pequeñajo es un charlatán.

—Deberías dejar de llamarlo «pequeñajo», Oscar —le hizo notar Ferdinand—. Ya tiene más de sesenta años.

—Para mí siempre será nuestro pequeñajo.

—Deberías haberlo avisado también a él —dijo el padre de Audrey—, y así preguntárselo directamente.

—Lo pensé —dijo Tardi—, pero me pareció una crueldad.

—Oscar tiene razón.

—Entonces pregúntaselo tú a Audrey, Ezequiel.

—No conoces a mi hija, Pascal. Es una chiquilla tan despierta, que yo para ella soy una antigualla.

—Cierto.

—En casa no cuenta demasiado... —continuó el alcalde de Dautremere—, pero puedo intentarlo.

—¿Y si preguntamos al marsellés? ¿Cómo es?

—Parece un buen chico, pero tan delgadito que no puede ni levantar la caja de las herramientas —respondió Puchon.

—Yo lo encuentro sospechoso —dijo Tardi.

—Pues yo creo que os preocupáis por nada —terció Grincourte—. Son solo chiquillos. Meterán las narices en todas partes y al final se cansarán.

—¿Y si no se cansan?

—Entonces les damos un buen susto y asunto terminado —continuó Grincourte—. Lo importante es que nadie hable con los otros dos.

—A él, en el hotel, lo tengo vigilado —dijo Tardi.

—¿Y...?

—En mi opinión, mira demasiado a su alrededor.

—Estamos a punto de terminar —dijo Grincourte.

—Han hecho inmersiones —comentó Ferdinand—. En la costa y en un par de acantilados.

—Que hagan todas las que quieran —respondió Grincourte.

—¿Crees que también ellos se cansarán, como los dos chiquillos? —le preguntó Pascal.

—Como todos los demás —respondió Grincourte. Y soltó un segundo eructo, como para cerrar el tema—. ¿Algo más? —preguntó rompiendo el silencio que se había creado.

Entonces fue cuando pegué un chillido. Justo cuando aquella araña gigantesca resbaló de la mosquitera y se me cayó encima. Chillé y di un salto delante de la ventana.

—¿Quién ha sido?

—¿Quién anda ahí?

Dentro del salón, una retahíla de preguntas y movimientos de sillas. Tuve tiempo de distinguir las siluetas de los hombres que se disponían a salir y me dejaban ver una gran pantalla luminosa, azul, encendida en el lado opuesto de la sala, al tiempo que la araña, confundida, escapaba por el suelo que bordeaba la casa, y entonces oí a Audrey que me

gritaba:

—¡Escapemos!

Corrimos de nuevo por el campo que desembocaba en las dunas. Yo con mi estilo renqueante y Audrey justo detrás de mí.

Oí una puerta que se abría de par en par y la voz potente de Tardi que gritaba:

—¡QUIETOS!

Pero ni siquiera lo pensamos. Vi la valla que nos separaba de las dunas e intenté recordar dónde estaba el paso.

—¿AUDREY? —gritó Ezequiel Focault, pero ella tampoco se detuvo.

—¡Escapa, escapa! —me gritó, superándome.

Me di la vuelta un instante y los vi a todos allí, alineados fuera de la casa. Demasiado lejos para habernos reconocido, me dije. No podían saber que éramos nosotros. Y de repente vi que uno de ellos, una sombra inmensa, probablemente Puchon, sostenía un fusil.

Un fusil.

Lo vi claramente: largo y negro, recortado en la luz de la puerta de la casa que habían abierto.

Y entonces sentí un golpe. Me había dado una piedra que me pareció que se dirigía a las estrellas que teníamos encima de nuestras cabezas. Me eché a tierra, rodé por la hierba punzante campo a través, con los oídos silbándome y la sensación de estar muerto.

Sin embargo, no lo estaba. Nunca había estado tan vivo.

Los hombres todavía gritaban. Los ignoré. Vi a Audrey, también a gatas, deslizándose bajo la red. Diez metros a mi derecha. Yo había corrido en la dirección equivocada. Me levanté, quedándome medio inclinado para evitar disparos o pedradas, e intenté llegar a ella.

Un pie detrás del otro. Y todavía otro paso más.

Hasta que oí aquel horrible sonido mecánico, un sonido que nunca he olvidado, como dos picos de cuervo que chocan entre sí, pero de metal.

Y el cepo se cerró sobre mi pie.



Los cepos son trampas crueles. Están hechas con dos piezas metálicas de borde dentado. Los dientes son afilados para penetrar bien en la carne e impedir que la presa se libere. La crueldad no radica tanto en el dolor como en el hecho de que quien la hace actuar es la misma presa con su peso, cuando la pisa. Basta una presión sobre la parte central del cepo para hacer saltar el muelle que cierra los dientes de sierra. Los hay de varios tamaños: con dientes de ratón, de lobo... Y abundan las leyendas sobre animales que se han arrancado una pata a mordiscos para poder liberarse. Una de las leyendas dice que los zorros son demasiado listos para caer en estas trampas porque saben detectar el olor del peligro. Naturalmente es solo una leyenda. Durante la Primera Guerra Mundial los alemanes fabricaron cepos para los soldados enemigos y las trincheras estaban protegidas por decenas de lumbreras para no caer en ellos, agujeros mimetizados en el suelo, plagados de puntitos como los de los videojuegos. Pero hay una gran diferencia entre caer en una trampa de *Pitfall II* o hacerlo en una de verdad. La vida que se pierde en el videojuego la recuperas apretando una tecla; la que dejas al caer en una trampa auténtica está perdida para siempre y no hay modo de recuperarla.

Por una extraña broma del destino, si estoy aquí escribiendo es porque los médicos me hicieron nacer con un fórceps, que es un instrumento que en cierto modo recuerda los cepos. Lo inventó un cirujano francés en el siglo XVII, un tal Chamberlen. No tiene dientes afilados, pero el principio es el mismo: dos palas de hierro que aprietan al bebé y lo sacan fuera. Por lo que parece, yo no quería salir. Y mi hermano todavía menos. Por eso mi nacimiento fue «muy difícil». Así me lo explicaban siempre: muy difícil, seguido por un silencio más o menos largo y por un veloz cambio de tema. El silencio era por Fabrice. El cambio de tema, por mis padres. Lo de muy difícil, por mí. El fórceps no funcionó demasiado bien conmigo, y me encontré con una pierna un poco más corta que la otra. Caminaba decentemente, y hasta corría, gracias a unos zapatos ortopédicos que llevaban una especie de tacón escondido bajo la suela; zapatos que obviamente detestaba porque eran distintos a los de todos los demás. Porque en la escuela se reían de mí. Y porque, a pesar de mil ensayos delante del espejo, no conseguía caminar de modo totalmente normal.

Los odié hasta aquella noche.

Cuando el cepo se cerró, lo vi todo negro. Nunca olvidaré el sonido, el salto del muelle, el silbido de los dientes de hierro que se cerraban los unos sobre los otros con mi pie en medio. Me encontré en tierra, entre las matas espinosas, con el corazón a punto de explotar y los oídos silbándome. Agarré un arbusto entre las manos e, incapaz de moverme, me arrastré hacia delante. Y lo conseguí.

Me arrastré más.

Vi a Audrey de pie delante de mí. Estaba blanca, pálida como un fantasma, su silueta recortada contra la red negra que cercaba la propiedad de Tardi.

—Morice... —dijo.

O quizá fueron solamente mis oídos que silbaban.

Corrió hacia mí. Me estiró por los brazos.

No lo entendía. ¿Cómo era posible que consiguiera estar de pie? Acababa de ser apresado por un cepo.

Sin embargo, no me sentía mal.

Solo el corazón enloquecido que bombeaba sangre a mis oídos.
Y el aire frío de la noche sobre mis rodillas raspadas.
Necesité reunir todo mi valor para bajar la mirada.
Vi mi pie, desnudo. Intacto. Blanco.
Y un poco más atrás, dentro del cepo, mi zapato ortopédico, con el tacón aprisionado entre los dientes metálicos.

Me entraron ganas de reír.

Una risa histérica, terrible, irrefrenable.

Miré por última vez las luces de la casa de Tardi, el brillo azul de una televisión encendida, las sombras de los conspiradores del pueblo que se habían reunido para hablar de quién sabe qué y, riendo, riendo cada vez más fuerte, seguí a Audrey a través de la red metálica, y escapamos cruzando las dunas, cojeando, cojeando feliz como nunca con mi pierna más corta.

Me desperté en cuanto oí el sonido de tazas y cucharillas chocando entre sí y corrí al piso de abajo esperándome lo peor. Mis padres, sin embargo, parecían estar de muy buen humor, empeñados todavía en conducir hasta Ajaccio para donar la ropa vieja que habían preparado. No había habido ninguna llamada durante la noche. Ni se veía la furgoneta de Tardi aparcada en el jardín.

Por lo menos, todavía no.

Solo Mirabelle se había dado cuenta de que había salido de noche y había regresado a escondidas.

—¿Ha ido bien? —me había preguntado.

—Mañana te lo cuento —le había respondido.

Me había metido vestido entre las sábanas, llenándolas de arena, con la piel todavía temblorosa por el miedo. Y me había dormido al instante.

Tardi no apareció ni en el desayuno ni después, cuando mi padre sacó el coche del garaje y se subieron en él.

—Tened cuidado...

—Volveremos pronto.

—¡Después de comer!

Se marcharon con las ventanillas bajadas saludándonos hasta la cancela. Entonces Jenska resopló abiertamente y se puso los cascos.

—Vosotros limpiáis la mesa —nos dijo.

—¿Y bien? —me preguntó Mirabelle, con su sonrisita habitual.

—¿Y bien, qué?

Amontoné los platos y los llevé a la cocina.

—¿Adónde fuisteis ayer por la noche?

Me pasó las tazas.

—Eh, eh..., cuidado con las suposiciones que haces

—le respondí—. ¿Cómo...?

—Oí las piedrecitas contra los cristales.

Así que me vi obligado a hablarle de Audrey y de cómo habíamos ido hasta la casa de Tardi. Y cuando le conté que había varias personas reunidas allí, me preguntó:

—¿Habían ido a ver el partido?

—¿Cómo? —le pregunté mirándola pasmado.

Mirabelle terminó de recoger la mesa.

—Papá ha dicho que los mundiales de México son un asco porque Francia juega siempre al mediodía.

El fútbol. El deporte nacional del que yo no sabía apenas nada. ¿Era posible que la reunión secreta que Audrey suponía fuera solamente por el...? Y esas antenas, por tanto...

—¿Te dijo si Francia jugaba ayer?

Mirabelle me miró.

—No me lo dijo a mí. Se lo dijo a mamá.

—¿Francia jugó ayer? —insistí.

No estábamos seguros. Pero incluso sin haber sido nunca un hinchado del fútbol, algo había oído, y Francia todavía tenía que jugar, contra Italia además, que era una selección muy

buenas. Buenísimas. Probablemente ganaría los mundiales. ¿Era posible que los hombres del pueblo se hubieran reunido en casa de Tardi para ver los partidos? ¿Y que por eso no nos habían seguido? ¿Porque no hacían nada malo?

Lavé los platos rumiando sobre ello.

Entonces Mirabelle me preguntó otra cosa.

—¿Sabes quiénes son Briegel y Littbarski?

—Sí —le respondí sin prestarle atención.

—Yo no lo sabía y se lo pregunté a papá.

—A mí también me lo contó. Dos futbolistas de Alemania. ¿Y por qué te interesan?

—Porque están en el jardín. En las cruces —añadió mi hermana.

De repente, lo vi claro. Las cruces en el rincón del jardín. No había vuelto a pensar en ellas. Ni en los dos perros del señor Brent. Briegel y Littbarski, dos futbolistas alemanes.

Y probablemente tampoco lo habían hecho los hermanos Tscharr.

—¿Qué haces? —me preguntó Mirabelle cuando me vio salir corriendo de la cocina—. ¡Todavía no has terminado!

No, pensé. Aquello no había terminado.

Cojeé hasta el almacén de las herramientas entre el fragor de las cigarras y abrí la puerta. Busqué una azada, una pala, algo para excavar. Separaba las herramientas ruidosamente, poniéndome al hombro lo que necesitaba, mientras Mirabelle me miraba desde la puerta, todavía con un paño de cocina entre las manos.

Quizá no era una idea magnífica, pero solo podía intentarlo cuando no estuviesen mis padres. Pensé en cerrar la cancela del Napoleón y quizá hubiera debido hacerlo, pero no se oía ningún ruido de coches en la carretera.

Me dirigí hacia las dos pequeñas cruces y planté la pala en el suelo. Nunca había cavado un hoyo en toda mi vida. Y menos aún, había desenterrado a un perro. No estaba seguro de lo que encontraría.

¿Un esqueleto? ¿Gusanos, huesos y una bola de pelo?

Me obligué a no pensar en ello. Elegí a Littbarski y di el primer golpe de azada, después el segundo.

Afortunadamente, en aquel rincón del jardín la tierra era blanda. La pala se hundía con facilidad. Mirabelle me había seguido, pero no le dije nada. Se apoyó en la pared del hotel y se quedó mirándome.

Pronto me encontré bañado en sudor.

Y de pronto, la punta de mi azada dio con algo sólido. Emitió un sonido metálico y el mango vibró. También mi espalda. Pero de miedo.

Me sequé el sudor de la frente y me arrodillé en el jardín. Mirabelle se inclinó junto a mí. Escarbé la tierra con las manos. Sacamos una caja de latón abollada, con dos viejas asas.

—¿Es la caja donde está el perro? —preguntó mi hermana.

—Es demasiado pequeña, agente Mirabelle —le hice observar. No cabrían en ella ni dos pares de zapatos.

—Igual eran perros pequeños.

Ya iba a abrirla, cuando Mirabelle exclamó:

—¡No!

—¿Qué pasa?

—La abro yo.



—¿uéis queréis? —nos preguntó Jenska desde su cama.

Estaba echada, con los cascos puestos, rodeada por una infinidad de folletos. Olía a cosméticos, tenía las uñas de las manos esmaltadas de color violeta oscuro y el aire de la habitación era pesado, como impregnado de aburrimiento.

Le mostré veinte francos. Ella lo entendió enseguida y puso los ojos en blanco.

—¡Oh, no! ¿Otra vez con tus estúpidas traducciones? ¿No ves que estoy ocupada?

—Solo una cosa y después desaparezo —le prometí. Sostenía en la mano una pequeña libreta negra con pocas páginas y todavía menos texto.

—¿Qué es?

—¡La hemos encontrado donde los perros! —exclamó Mirabelle, corriendo hacia su cama—. ¡Y también había un colgante, mira!

—¡Para! ¡No saltes aquí encima! ¡Me lo desordenas todo!

Fuera lo fuera que hiciera Jenska con aquellos folletos, quería preservarlo de Mirabelle. Saltó al suelo y nos ordenó estar quietos. Ella sacudió las manos en el aire para secar el esmalte, que tendría que quitarse antes del regreso de mi madre, y observó el colgante que Mirabelle le mostraba. Más que un colgante, era una medalla. Gris oscuro, ovalada, con un submarino y una esvástica nazi grabados.

Una condecoración al valor.

—¿Qué queréis decir con que lo habéis encontrado donde los perros?

—¡Estaba todo enterrado en una caja! —respondió Mirabelle.

—Te lo explico luego —dije—. Y lo dejaré todo en su sitio.

—Déjame ver.

Tomó la libreta, la abrió, la ojeó rápidamente.

—Es de Brent, ¿verdad? —le pregunté, aunque ya conocía la respuesta. Lo que todavía no sabía era qué había escrito.

—Casi no se puede leer —observó Jenska.

Las páginas estaban muy deterioradas, borradas por la humedad y la sal. La tinta, especialmente en las entradas más antiguas, se había aclarado; más que negra era amarro-nada y apenas se distinguía del papel amarillento. Las últimas páginas eran una lista de nombres de personas y números de teléfono. El famoso registro de clientes que la señora Blandine había comentado.

Las primeras páginas eran muy distintas, una especie de diario. Para leerlas, Jenska se colocó bajo la luz del sol.

—16 de septiembre de 1942 —inició mi hermana—. He cenado con MB en su casa. Hemos hablado de un transporte especial para el futuro de la patria. Una idea loca pero fascinante. Estoy contento de participar en ello.

Sabía que MB era Martin Bormann, el secretario de Hitler.

—Sigue —le pedí suavemente.



—reía que ya no vendrías... —me dijo Mathis cuando entré en su casa—. ¿Has corrido?

—He pedaleado.

Me palpó la cara y los hombros con las manos.

—Estás sudado. ¿Qué pasa? ¿Dónde está Audrey?

—Está castigada. No puede salir.

Era cierto. Había bajado al pueblo en cuanto Jenska me había traducido las páginas de la libreta, justo después de haberle pedido a Mirabelle que volviera a echar la tierra sobre la tumba de los perros y que guardase las herramientas en su sitio, y había llamado fuertemente al timbre de la tienda, donde una furiosa señora Focault me había anunciado que mi amiga permanecería castigada indefinidamente.

Al parecer, Tardi sí había hablado de nuestra incursión con alguien.

—Hemos encontrado el diario de Brent —añadí.

El rostro de Mathis se endureció y adoptó una expresión entre la preocupación y el alivio. Me señaló el sofá.

—Siéntate.

Lo obedecí con las manos todavía temblorosas. ¡Era todo cierto! Tal como él me lo había explicado.

—Me lo he hecho traducir por mi hermana... —dije, y aclaré—: Sabe alemán.

Mathis se sentó a mi lado.

—¿Y qué dice?

Nos llegaba el sonido del mar. Y de algunas personas que hablaban en la calle. Saqué mi cuaderno, en el que había copiado las traducciones de Jenska.

—Es como dijiste tú... Bormann lo invitó a cenar, y después, el 21 de diciembre..., Brent escribió que habían localizado el submarino. El U612.

Mathis sonrió ligeramente.

Yo continué leyendo:

—Dañado en las maniobras. Empiezan las operaciones de recuperación. Trettenschmidt prevé seis meses para que vuelva a estar en el mar.

—¿Y después?

—Después hay unas páginas sobre cómo avanzan los trabajos, todo bien... —dije—. En abril casi está listo para hacerse a la mar. Brent espera instrucciones. Pero...

—¿Pero...?

Volví la página.

—El 8 de junio, Rommel le pide una cita. Brent está asustado. Escribe que nunca antes había tenido contacto con él. Y que no entiende por qué ahora.

—Obviamente tiene miedo... —dijo Mathis—. Rommel no estaba previsto.

—De hecho, sospecha del general. Mira lo que dice: «MB no mencionó nunca que R estuviese involucrado en la operación. Pero no puedo hacer nada. Igual recibo nuevas instrucciones. En cualquier caso, debo ir a la cita».

—¿Escribe también dónde se encuentran?

—Sí. El 15 de junio en la provincia de... Dauphiné.

Miré a Mathis.

—El 15 de junio. El zorro del desierto ha encontrado al lobo de mar. Esperemos que entre

fieras se entiendan

—recordó Mathis el diario de Rommel—. Qué más escribe Brent. Léemelo.

—No sé qué querrá de mí. Ha pasado algo. Algo ha cambiado. O va a cambiar. Trettenschmidt ha muerto.

Pasé la página.

—Y nada más.

Mathis sonrió de nuevo.

—Me parece estar viéndolos —dijo—. Sentados a una mesa...

Hace viento y agita los manteles. Son los dos únicos clientes del local. El piloto de Rommel, igual que cuando organizó el encuentro con Saint-Exupéry, vigila la entrada. Brent ha ido solo. Se saludan militarmente. Brent calla, sabe que es Rommel quien debe hablar primero. Pero el general sabe, también, que debe moverse con extrema cautela. Está jugando con fuego; no puede saber si Brent es terriblemente fiel al Führer y a Bormann. O tal vez no. Tiene pocas cartas que jugar sin arriesgarse a que le acusen de traición. Por eso intenta hacer valer su fama y el hecho de que en Berlín circule su nombre como el posible organizador de la defensa en Italia, visto que parece inminente un desembarco de los aliados en Sicilia.

Beben sidra.

Brent lo escucha, sin decantarse por nada. Sabe que Rommel no lo ha convocado en secreto para contarle aquello.

En un momento dado, el Zorro decide arriesgar.

—Sé que usted llevará oro a Italia. Pero es oro alemán, no debe ir a Italia.

Brent lo mira, perplejo. Ignora cómo se ha destapado el secreto. Ni cómo Rommel ha llegado hasta su nombre.

—Estoy de acuerdo —dice, sin comprometerse. En realidad, Bormann le ha dado instrucciones de no llevar aquel oro a Italia, sino a Creta. Y después, quizá, a Argentina.

Sabe que Rommel es el general favorito de Hitler. Y tiene miedo de que el plan de Bormann, contraviniendo las indicaciones de Hitler, pueda volverse contra él.

Rommel lo acosa:

—Es oro alemán. Del pueblo alemán. ¿No está de acuerdo? Del pueblo. No de quien hoy toma decisiones, sean justas o equivocadas.

Brent asiente. Empieza a sentir la presión.

—Hemos hecho un juramento, mariscal.

Ahora es Rommel quien asiente.

—Cierto. Lo sé muy bien. Pero antes, yo había hecho otro juramento al pueblo germánico. ¿Usted no, Brent?

Brent duda. También él, apenas nombrado guardiamarina, hizo ese juramento. Fue después cuando se le exigió el juramento a Hitler.

—Mire —se sincera Rommel—, yo no quiero que ese oro vaya a parar a Italia.

—El oro no se dirige a Italia —declara por fin Brent, levantándose.

Rommel lo retiene por un brazo y lo obliga a sentarse.

—¿Adónde se dirige, entonces?

—Todo está planificado.

—¿Por quién? —levanta la voz Rommel.

Brent no cede.

—Todo está planificado —repite—. Sé bien lo que debo hacer con el oro. Y no irá a Italia. Duerma tranquilo, mariscal.

El cerebro de Rommel se dispara. Algo le huele mal. Comprende que detrás hay un plan mucho más complejo de lo que suponía. Que la traición ya ha tenido lugar. Y ha sido en los más altos niveles del Estado.

—Brent, hablemos claro: ese oro tiene que ser devuelto al pueblo alemán. Tendrá que ayudar a Alemania a levantarse de nuevo.

—Alemania no caerá —afirma Brent con frialdad.

Rommel suspira.

—Hace un año yo estaba a las puertas de El Cairo. Hoy estoy aquí. ¿Cuántos submarinos se han perdido? ¿Qué pasó en Stalingrado?...

Brent calla. Bebe más sidra.

—Escúcheme, capitán. Si nuestro infalible Führer prometió este oro a Italia, evidentemente es que nos lo podemos permitir.

—Cierto.

—Entonces, si todo va bien, no hay ningún problema. En cambio, si por desgracia las cosas no fueran bien, convendría que ese oro volviese a nuestro pueblo. ¿Cuáles son sus órdenes en relación con esto?

—Con todo el respeto, mariscal, mis órdenes no le conciernen.

—No quisiera que, si las cosas fuesen mal para Alemania, alguien huyese llevándose todo el oro. ¿Puede garantizarme al menos que eso no sucederá?

Brent calla. Se nota que está pensando. Brent es un soldado. Sabe lo que es la lealtad.

Y la traición.

—Le ruego que me haga caso —continúa Rommel—: escondamos esa carga en lugar seguro y esperemos acontecimientos. Si lamentablemente Alemania lo necesitase para reconstruirse, tendríamos los medios para ayudarla.

—¿Esconderlo, dónde?

—¿Cuántas cajas son?

—No son cajas. Tendríamos que esconder todo el submarino, suponiendo que decidiese escucharlo. Y todavía no lo he decidido.

Rommel se levanta.

—Volveré lo antes posible, con los detalles de una nueva ruta.

Y eso hace. Regresa con la ruta acordada con Saint-Exupéry.

—Y Brent, ¿qué hace?

Mathis dejó mi pregunta en suspenso. Y yo leí en la página siguiente del diario de Brent:

—1 de julio de 1943. Estamos de nuevo en el mar. No todo lo que no brilla es plomo.

Mathis, en cambio, prosiguió con su historia.



—arpan de noche... dejando el búnker en el que el submarino ha sido reparado largamente. El responsable del astillero, Trettenschmidt, no vivió para ver esa la partida. Quizá hubiera tenido algo que objetar: el submarino estaba un poco más hundido de lo habitual, levemente por debajo de la línea normal de flotación. Brent, el contramaestre Puschbach y los otros miembros de la tripulación están en alerta aunque no saben exactamente por qué. Puschbach sabe que a bordo del submarino hay un cargamento de gran valor, pero ignora exactamente en qué consiste y dónde se esconde. Apuntan hacia el sur, a Gibraltar, e intentan doblar el Estrecho para entrar en el Mediterráneo. Es un trayecto muy peligroso, que más de un piloto de submarino preferiría evitar. Puschbach ha preparado cargas de fogeo que ha escondido en puntos clave del submarino para fingir un hundimiento, y recipientes de agua marina para echar sobre las baterías y así liberar pequeñas cantidades de cloro. A la hora X, las cargas explotan y el aire huele a cloro. «Hemos colisionado con una mina», anuncia Brent. El U612 sube a la superficie y se evacúa a la tripulación. «Dirigíos a España», ordena Brent a los marineros que están en los botes salvavidas. Él se queda, dice, para destruir Enigma, la máquina usada para las comunicaciones, y hundir el submarino en aguas más profundas antes que abandonarlo. Pide a Puschbach que permanezca con él. Al día siguiente, Mussolini recibe la comunicación de que el oro que esperaba se ha perdido, hundido en Gibraltar. Sin aquel oro, también él está perdido. Aquella misma noche es destituido del Gran Consejo Fascista.

Mathis hizo una pausa y, en cuanto paró de hablar, dejó de imaginar a través de sus palabras las cosas que habían sucedido.

—Espero que la tripulación del submarino consiguiera ponerse a salvo... —murmuré buscando en las últimas notas de Brent.

—Treinta y siete personas...

—¿Cómo sabes todas estas cosas, Mathis?

—Porque tuve un amigo. Tengo buena memoria.

Y una gran fantasía.

—Y esta última —le pregunté, leyéndola—, ¿qué crees que significa?

Mathis meditó un momento:

—Está fechada el 1 de agosto. Brent y Puschbach emplearon seis días para llevar el submarino a Córcega. El 1 de agosto debía de ser la fecha según el plan acordado con Rommel, ¿te acuerdas?

Cierto.

—«¡Cuántas cosas pueden salir mal! Tierra, aire, mar, todo tendrá que funcionar perfectamente, como el mejor de los relojes» —recordé.

—Pero... ¿puedo realmente fiarme de mis compañeros de viaje?... —concluyó Mathis por mí—. Saint-Exupéry tiene su P-38 preparado con los dos portaheridos montados bajo las alas. Se trata de dos cilindros sujetos como bombas en los que se inserta una camilla para transportar urgentemente a los heridos. Es bastante insólito, pero él declara que quiere probar las prestaciones de la avioneta con estos dos apéndices. Despega y vuela hacia Córcega, donde empieza a transmitir por la frecuencia de radio que previamente había comunicado a Rommel, y de Rommel llega a Brent. Establece contacto con el submarino y le transmite las coordenadas de la gruta donde esconderlo. En cuanto capta la señal de «mensaje recibido», aterriza sobre un campo de puro milagro. Espera a que el submarino esté escondido y a que

se reúnan con él los dos hombres. Se estrechan la mano, dubitativos. Los dos son alemanes. Saint-Exupéry, francés. Les da dos paracaídas y les muestra las dos camillas suspendidas bajo las alas. Despega, y con ellos suspendidos bajo las alas, toca el mar español. Entonces les hace tirarse junto con una lancha hinchable. Brent y Puschbach llegan finalmente a España, donde se entregan. Saint-Exupéry regresa a Córcega. Y para esconder el hecho de que las cabinas han sido evidentemente utilizadas, en cuanto aterriza se afana en desmontarlas, antes de que llegue alguien. Y ríe cuando ve que ese alguien soy yo.

Mathis me miró.

—¿De verdad pudo ocurrir así? —dije yo.

Volví a leer la última nota del capitán Brent.

—1 de agosto. No puedo creer lo que he hecho hoy. He escondido un submarino. He volado suspendido del ala de un avión americano pilotado por un francés. Me he lanzado al mar en paracaídas. Puschbach y yo no olvidaremos este día, aunque nunca podremos hablar de él con nadie. Nunca. Con nadie.

Miré de nuevo fijamente a Mathis.

—Así que el submarino está realmente aquí.

—¡Eso no lo sé! —Abrió las manos de par en par.

—No te creo.

—Nadie sabe dónde está —insistió Mathis—. Excepto Brent y Puschbach.

—¡Pero estamos hablando de un submarino! —casi grité—. No es un juguete. ¡Es grande! ¿Cuántas grutas pudo haber escogido Saint-Exupéry para esconderlo dentro?

Mathis levantó el dedo de una mano.

—Todavía te falta el final de la historia, Morice.

—¿Y cuál es?

—Saint-Exupéry se ha arriesgado a destruir un avión de los aliados. Vuelve a Cerdeña, a su base, donde su falta no pasa inadvertida. Se le penaliza: se le retira la licencia para volar. Y esto supone un gran problema, porque para completar el plan necesita hacer un último reconocimiento. Un último vuelo. Transcurren unos días angustiosos. Se planta en Casablanca con la esperanza de conseguir recuperar el diálogo con los conspiradores alemanes. Pero no lo consigue. Hasta que, ya desesperado, se obra el milagro. El 5 de septiembre encuentra en Casablanca al piloto amigo de Rommel, enviado allí con el mismo objetivo. Se apartan en los callejones del bazar y comparten información. Antoine descubre así que, del lado alemán, el plan ha funcionado correctamente: Brent, Puschbach y toda la tripulación a salvo, y la comisión de investigación alemana ha certificado el hundimiento del U-B612. Entonces Saint-Exupéry se anima. Le toca él: pasa al piloto una hoja con las coordenadas y le urge a no perder tiempo. Mussolini no es el único que sabe que el submarino se ha hundido. También lo sabe Martin Bormann, que no lo creerá con tanta facilidad. El piloto le confirma las dudas: Rommel está ya bajo observación especial y no puede moverse sin ser espiado. De acuerdo, piensa Antoine. Si el submarino todavía no ha sido encontrado, ha sido por pura suerte, lo que no significa que no pueda suceder de un momento a otro. Hay que bombardear la entrada de la gruta. Él ya lo habría hecho, pero los aliados le han retirado la licencia de vuelo. «Tienes que hacerlo tú», le ordena. Y el piloto regresa a Francia, cena con Rommel y le comunica lo que ha averiguado. Como buen militar, no ha leído las coordenadas que Antoine le ha pasado. En cambio, se las entrega al general, quien tras revisarlas sobre un mapa le encarga subir a un cazabombardero bimotor Messerschmitt Bf-110 y lanzar dos bombas

sobre el acantilado.

En aquel punto, salté del sofá:

—¡El bombardeo del que me habló Audrey! ¡El día de la rendición de Italia!

Mathis asintió.

—Un avión alemán, enloquecido por la noticia, había bombardeado una zona deshabitada del acantilado.

—¡Entonces sabemos dónde está! —exclamé.

—¿De verdad?

—¡Claro! ¡Basta con buscar dónde..., dónde... cayeron las bombas!

—Sí, donde un viejo acantilado ha quedado transformado en otro acantilado de piedra...

—¡Habrà alguien que se acuerde de una gruta! —insistí.

—¿En un tramo de costa deshabitado? ¿Durante la guerra? Yo no lo he conseguido nunca y vivo aquí. Desgraciadamente... —Se señaló los ojos—. Tengo algunas dificultades para reconocer cómo ha cambiado la costa. Pero he de darte la razón en una cosa. El submarino de Rommel, efectivamente, fue traído a esta isla, a algún lugar suficientemente cercano a nuestro pequeño pueblo para que algunos oyesen el ruido de las bombas que cerraron el acceso para siempre.

—¡Tardi! —exclamé.

Mathis me sujetó de una mano y me obligó a sentarme.

—Deja a Oscar. Él no tiene nada que ver en esta historia. Y permíteme terminar.

—¿No has terminado?

—¡No! —exclamó Mathis—. Tras meses de insistencia extenuante, extenuante para sus superiores, Saint-Exupéry recupera la licencia para volar el 24 de mayo de 1944. El 14 de junio lleva a cabo su primera misión de reconocimiento en la Francia meridional y, dos semanas más tarde, el 28, consigue por fin tener tiempo. Comprueba el trabajo realizado por el piloto alemán. Es excelente...

Dejé que Mathis se tomase su tiempo para concluir. Pero mientras, ardía de impaciencia.

Quería ir a casa de Audrey. Decirle que sabía con certeza que el submarino había llegado a Córcega, que había sido escondido en una gruta y que un piloto alemán había bombardeado la costa para que nadie pudiera encontrarlo.

—En julio de 1944, el escuadrón 2/33 se transfiere a Córcega. Y con él regresa mi amigo Antoine. No sé si fue mejor nuestro encuentro de la primera vez, o la segunda. Yo era el único testigo de su maniobra secreta con las camillas del año anterior. Y él lo sabe. También sabe que no diré nada. Me convierto en su ángel de la guarda y finalmente me cuenta el resto de la historia como te la estoy contando yo a ti. Porque su ánimo es negro. Es pesimista sobre el éxito de la guerra. Siente la muerte en los talones. Tiene un secreto que esconde en el fondo de su corazón y miedo de que pueda morir con él. Es entonces cuando me lo explica todo. Todo lo que te acabo de contar. Excepto un detalle.

—Las coordenadas de la gruta.

—Las coordenadas de la gruta —repitió Mathis—. Sin embargo, antes de marcharse me entrega su mapa, el que está colgado en la pared, y el ejemplar dedicado de su libro. Y me dice... «Si caes, vuelve a empezar, Mathis. Empieza desde donde has caído».

—Desde donde has caído... —dije como un eco.

—Después se arrodilla delante de mí y me susurra estas palabras: «Vendrá un señor alemán. Y te pedirá que le cuentes esta historia. Asegúrate primero de que antes lea mi libro. Y si

después vuelve a verte, entonces dale el mapa». Interpreto que es importante, y le pregunto cómo sabré reconocerlo. «Sé quién es y cómo se llama, pero la guerra cambia tanto a las personas...», murmura para sí. Y luego me responde: «Será un poco mayor que yo, con la piel arrugada por el sol y el viento, y los ojos profundos e intensos como los de un zorro. Se llama Erwin. Cuando venga, deberás recordar que hemos trabajado juntos por el bien de toda Europa». Diez días después, Antoine desapareció en el mar y nunca más se supo de él. Y aquel alemán, como ves, nunca vino a leer *El Principito*.

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. También los ciegos ojos de Mathis estaban húmedos.

Me señaló los estantes y dijo:

—Pero has venido tú. Y Audrey. Quizá es lo que hubiera querido Antoine. Después de todo, lo que me dejó fue: una aventura de espías, un mapa y una historia para niños.

—No una simple historia.

—No —admitió él—. Una historia que hubiera querido que sirviera para pasar ocultos mensajes militares. ¿Y sabes una cosa?

—¿Qué?

—Realmente lo consiguió. No solo con el nombre del submarino, Bateau 612, U-Boot 612, que despertó la curiosidad de Rommel. En *El Principito* hay un farero que enciende y apaga su propio faro, cada minuto, con la misma cadencia que el faro del estrecho de Gibraltar. Y hay un piloto que cae en el desierto, como le sucedió a él en su famoso accidente de 1935. Y luego están todos esos asteroides: el 325, 326, 327, 328, 329, 330...

Mathis sonrió.

—Que son todos erróneos.

Regresé a casa a la hora de comer, con una canícula sofocante. El asfalto de la carretera estaba tan caliente que temblaba a la vista. Y el mar era blanco como la línea del cielo, inmóvil, como en el fin del mundo.

Apoyé la bici en el tronco de un cedro y di la vuelta al jardín en busca de mis hermanas. No estaban en la playa. Mirabelle había recompuesto como mejor había podido el parterre donde Brent había enterrado a sus perros, pero me prometí arreglarlo todavía más antes de que mis padres regresaran. Había un gran silencio. Y hacía bastante tiempo que no oía ni siquiera la vocecita punzante de mi hermano.

La puerta del vestíbulo estaba abierta y en secretaría centelleaba un mensaje de mis padres: «¡Portaos bien! ¡Volveremos pronto!».

La mesa estaba todavía por poner y no había nada en el fuego. Ni siquiera una olla con agua, una sartén con un refrito de ajos... Ni una ensalada. Abrí y cerré la nevera, mosqueado, todavía afectado por el final de la historial de Mathis.

Dejé su ejemplar de *El Principito* encima de la mesa y busqué a mis hermanas.

Probablemente Mirabelle se había perdido en sus juegos con sus peluches y Jenska con su música y ninguna de las dos se había dado cuenta de la hora. ¿Qué derecho tenía yo para pretender que fueran mis hermanas quienes pensarán en la comida cuando los tres habíamos estado ocupados en nuestros asuntos? Lo que de verdad me fastidiaba era estar solo, que no estuviese Audrey, no poder contarle a nadie lo que Mathis me había explicado.

Porque al final había entendido la pista, esa edición de *El Principito*. Los números equivocados. Las anotaciones al margen. El piloto que se precipita en el desierto. Y luego estaba el mapa militar.

Era bastante fácil.

La llave del misterio, del código que Antoine de Saint-Exupéry había confiado a su ángel de la guarda, estaba en la dedicatoria: «Si caes, vuelve a empezar». Vuelve a empezar... desde allí. Y eso hice.

Antoine se había caído muchas veces como piloto. Pero su caída más famosa, aquella de la que nació *El Principito*, había sido la del desierto libio, en 1935.

Vuelve a empezar desde allí.

El punto exacto de aquella caída estaba señalado con un punto minúsculo en el mapa que Antoine había dejado a Mathis. Y los nombres de los asteroides de *El Principito* (325, 326, 327, 328, 329, 330) eran las distancias en millas desde aquel puntito.

Puestos en fila, uno tras otro, como si fueran rayos de un gran círculo, dibujaban una circunferencia que tocaba precisamente la costa de la isla de Creta. Es decir, adonde debía dirigirse, originalmente, la carga de oro según la información que el jefe de los servicios secretos americanos le había dado en Nueva York. Donde durante cuarenta años lo había buscado el agente Mariposa. Donde debería haberlo llevado Brent si hubiese obedecido las primeras órdenes de Martin Bormann. Y adonde, en cambio, nunca llegó.

Por eso los números de *El Principito* estaban todos equivocados. Se referían a un código que había sido superado por la realidad. Y por eso se necesitaban las correcciones al margen que Antoine había escrito en el ejemplar de Mathis:

Asteroide 325: III - Brújula

Asteroide 326: I - W

Asteroide 327: II - W

Asteroide 330: IV - x 2,7

O, mejor, ordenándolos:

Asteroide 326: I - West

Asteroide 327: II - West

Asteroide 325: III - Brújula

Asteroide 330: IV - x 2,7

Por tanto, partiendo del punto de la caída de Antoine en el desierto de *El Principito*, vas 326 millas al oeste; de nuevo vas 327 millas al oeste. Y así llegas a la isla de Malta. Una vez allí, diriges la brújula a 325. Vas en aquella dirección 330 millas x 2,7. Y de este modo llegarás a la costa rocosa de Córcega, a dos millas de Dautremere.

A los mismos acantilados en que Audrey y yo habíamos buscado el cadáver de Puschbach.

Fui al piso de arriba saltando los peldaños de dos en dos.

—¿Mirabelle? ¡Jenska!

Mi hermana pequeña no estaba en nuestra habitación y no había ositos esparcidos por el suelo. Jenska no estaba en la suya. El *walkman* rojo Sony se encontraba en el suelo. Los cascos bajo la cama.

Fabrice me susurró algo que me pellizcó la nuca.

Miré en la habitación de mis padres. Me acerqué a la escalera para llamarlas. Busqué en el estudio de Brent, en el baño pequeño. Encendí y apagué la luz con un escalofrío cuando vi mi reflejo en el espejo. Hice pipí y me lavé las manos. Subí al piso de arriba.

¿Dónde estaban?

Bajé la escalera precipitadamente, sin dejar de llamarlas, y mientras esperaba escuchar una respuesta, me pareció oír una vocecita lejana que me decía: «¡Escapa!».

Pero confundíéndola con la del fantasma de mi hermano, no le hice caso.

Bajé al sótano. Deprisa los primeros peldaños, luego cada vez más despacio, cuando me di cuenta de que la luz estaba encendida. Y yo la había dejado apagada. Y noté que había una cortina de polvo suspendida, que parecía flotar en el aire.

La vocecita en mi cabeza se hizo más insistente, pero continué ignorándola estúpidamente.

Por culpa de las películas, creo, estaba tan acostumbrado a que las cosas espantosas ocurrieran siempre de noche o durante un temporal, que no conseguía creer de verdad que pudiera sucederme algo malo a las dos de la tarde de un día de verano.

Entonces llegué a la puerta del sótano y una mano, desde dentro, me agarró y me echó al suelo.

Grité, me levanté y me metieron un trapo en la boca.

—¡Grita, grita! —dijo Karin Tscharr—. ¡No hay nadie que pueda oírte!

Me empujó violentamente contra la pared y noté algo frío, helado, que me apretaba bajo el mentón.

—Haz un solo movimiento y aprieto el gatillo... —me dijo—. Esta vieja Mauser tiene cuarenta años, pero apuesto a que funciona todavía perfectamente.

Le hice entender con la mirada que no tenía ninguna intención de ponerla a prueba. Karin alejó de mi piel el cañón de la pistola y dejó caer el trapo.

Detrás de ella vi la caldera de mi padre tirada por el suelo. Vi la pared de ladrillo derribada y una puerta roja abierta. Y vi a Walter Tscharr, con el torso desnudo, los músculos sudados,

levantando una gran maza de albañil y unas letras góticas tatuadas en la espalda: ÜBER ALLES.

Sabía lo que significaba: SOBRE TODOS. Pero no acabó aquí.

Al otro lado de la puerta había una pequeña habitación, con un lavamanos clavado en la pared, un uniforme nazi en un colgador, una mesa de hierro y cuatro sillas.

Jenska estaba atada y amordazada en una de las sillas.

Y el cadáver momificado que tenía delante, supongo que debía de ser Consuelo.

Llevaba varios días imaginando cómo sería un cadáver, pensando que, antes o después, Audrey y yo encontraríamos el de Puschbach. Me había preparado para verlo de cien maneras distintas, a cual más espantosa. Tirado sobre los guijarros, destrozado entre las rocas, lamido por las olas del mar. Hinchado, verdusco, con la ropa descolorida y hecha harapos y oscuras heridas donde las rocas le hubiesen golpeado.

Sin embargo, no estaba preparado para la aparente normalidad del cuerpo en el sótano del Napoleón. Estaba sentado a la mesa, con los párpados cerrados, la ropa desgastada, la piel arrugada, oscura, como la piel de una fruta dejada al sol, unos escasos cabellos, parecidos a las lágrimas de cristal de una lámpara que había visto una vez en casa de mi amigo Mattiew. Todos los demás estaban esparcidos por el suelo, como después de un corte en la peluquería, y crujían bajo las suelas de los zapatos impermeables de Walter Tscharr. La mujer tenía las manos y los brazos apoyados en la mesa y conservaba los anillos en los dedos, ya demasiado grandes sobre su piel reseca. ¿Sonreía? No, pero su rostro, horrible a la vista, no tenía ningún gesto doloroso o angustioso.

No conseguía quitarle los ojos de encima y, mientras tanto, Karin me cacheó con habilidad y encontró la libretita negra del capitán Brent.

—Mira... —dijo sacándola del bolsillo de mis vaqueros. La abrió, la leyó y exclamó—: ¡Mira quién la tenía!

Me la sacudió delante de la nariz y después hizo lo mismo con la pistola.

—¿Dónde has encontrado esto?

Jenska gruñó algo bajo el trapo. Intenté mirarla, pero Karin me hizo apartar la cara con el cañón de la Mauser C96, apretándome la mejilla.

—Mírame. ¡Y responde! ¿Dónde la has encontrado?

—En el cuarto de baño —le dije.

Walter me levantó alzándome por la camiseta y me mantuvo suspendido rozando el techo de la habitación. La bombilla incandescente estaba a pocos centímetros de mi nariz. Y quemaba.

—No intentes tomarnos el pelo, ¿has entendido?

Me soltó de improviso. Golpeé el borde de la mesa y, al otro lado, el cadáver se inclinó hacia atrás, con un ruido desagradable.

Los dos hermanos se pusieron a leer rápidamente las notas de Brent, pasando las páginas con rabia.

—¡Está aquí! —masculló Walter—. ¡Ya te dije que estaba aquí!

—Pero... ¿dónde? —se preguntó Karin, pasándole la libreta.

—¡Tú! ¿Qué sabes de este asunto?

La miré obstinadamente, sin responder.

Entonces ella me apuntó con la pistola. Me esforcé en no mirar el agujero del cañón, imaginando que aquello no estaba sucediendo realmente. Con los ojos cerrados, busqué en algún sitio a Fabrice, pero no estaba.

—¡Oh!, mira, nuestro héroe... —oí después decir a Karin—. Se está meando encima.

—Das asco, chico —dijo Walter.

Y tenía razón. Sentí asco de mí mismo. Y menos mal que había ido al baño pocos minutos antes y la mancha en mis pantalones era minúscula, insignificante.

Me empujaron, obligándome a abrir los ojos.

—¿Y bien?

—¡No sé nada! —grité—. ¡Estáis locos!

—¿Entonces por qué tenías esto en el bolsillo? —me preguntó Walter.

—¿Y de qué tienes tanto que hablar con esa otra chiquilla? —me espetó su hermana.

—¡Mis padres llegarán de un momento a otro! —dije en voz alta.

—¡Sí, claro! Con la pequeña Mirabelle. Lo sabemos. Tu hermana, a diferencia de ti, ya nos lo ha explicado todo

—afirmó Karin—. Pero nosotros nos anticiparemos.

Se acercó a Jenska, le arrancó la mordaza y mi hermana gritó.

—¡Déjala! —chillé.

—¿O qué? —Rio Walter—. ¿Tienes intención de volver a mearte encima?

Karin agarró a Jenska por el pelo, cosa que no hay que hacer nunca, y ella luchó enfurecida.

—¡Déjame, desgraciada, que eres una desgraciada!

Cuando conseguí cruzarme con su mirada, vi que estaba furiosa. Porque era culpa mía, solo mía. Y lo sabía. Pero había algo más en aquella mirada. Una chispa de auténtica rebelión: «No les hables. No digas nada. Prefiero que me maten»...

—Escuchadme bien, muchachos... —dijo entonces Walter Tscharr, sentándose a la mesa delante de nosotros. Añadió dos secas palabras en alemán y mi hermana dejó de revolverse—. Bien —prosiguió—, en el punto en que estamos, solo tenéis una posibilidad si no queréis quedaros aquí haciéndole compañía a la pobre Consuelo.

Se dio la vuelta para mirarla, asegurándose de que nosotros hiciéramos lo mismo. Estaba peligrosamente en equilibrio en el borde de la silla, como un saco de hojas a punto de caer.

—¡Asqueroso! —rugió Jenska.

—¿Yo? Tal vez —admitió Walter con una risa gutural. Entonces se levantó de la mesa, buscó su camiseta, apoyada sobre la maza usada en la demolición, y se la puso. Después, sopesó la maza—. ¿Cómo creéis que la mató nuestro querido capitán Brent? ¿Con esto?

«Oh, mierda, mierda, mierda...», empecé a repetirme, esforzándome en respirar, aspirando el aire entre los dientes, entre una palabra y otra.

Walter dejó la maza en el suelo, revisó el uniforme del capitán Brent.

—O quizá se cayó por las escaleras. Puede que después de una de sus famosas peleas. En el pueblo se dice que no se llevaban bien. Que ella quería volver a su casa. ¿Vosotros qué creéis? Tal vez también ella sospechaba de la única ruta a vela que Brent aceptaba recorrer, de Gibraltar aquí y de aquí a Gibraltar, obsesivamente, adelante y atrás, siempre la misma ruta. Y después, la rareza de venir aquí, donde compra un antiguo hotel termal, quita las bañeras para los baños de fango, las camillas, las mascarillas para las inhalaciones, quizá porque ya había visto demasiadas máscaras, camillas y barro, y lo pone en marcha. ¿Y ella? Ella, la pobre Consuelo, mucho más joven que él, incapaz de entender sus obsesiones, sus imprevisibles ataques de ira y aquel amigo tan sospechoso, Puschbach, un viejo contraamaestre que de vez en cuando los visitaba. ¿De qué hablaban aquellos dos? ¿De... esto? —Walter agitó la libreta negra y la tiró con rabia a un rincón de la habitación—. ¿No creéis que, más que querer volver a casa, la bella Consuelo se había olido algo?

Horrorizado, vi como Walter se acercaba a la mesa, levantaba la mano acartonada del cadáver y le quitaba uno de los anillos para caminar después hasta delante de Jenska y ponerle el anillo bajo la nariz.

—¿Notas también tú el olor del oro? Es inconfundible, incluso después de tantos años.

Incluso después de estar pegado a la piel vieja.

Jenska le escupió.

Y yo continué intentando respirar.

«Mierda..., mierda..., mierda..., Fabrice..., Fabrice...».

Walter permaneció inmóvil durante tres, cuatro segundos. Luego, con un gesto sarcástico, metió el anillo por el cuello de la camiseta de Jenska. Y lo dejó caer.

Jenska emitió una especie de mugido de asco e intentó saltar de pie, pero Walter la volvió a sentar con un golpe de la mano.

—O puede que me equivoque... Ahora ya nunca sabremos lo que sucedió ente los dos. Lo único que sabemos es que Consuelo nunca regresó a Mallorca. ¿Cuánto tiempo llevará aquí abajo según vosotros? ¿Y cómo llegó hasta aquí? Quizá Brent la encerró y después tapió la habitación, dejándola morir de hambre. ¿Lo habéis pensado? Bastante horrible, ¿no os parece?

En aquel instante las tuberías empezaron a gemir, como hacían a menudo, y en el lavamanos de la habitación subterránea apareció un borbotón de agua. Fue un chorro muy breve pero escalofriante, como el grito de un fantasma. Me recordó todos los sonidos misteriosos de aquel hotel. Los ecos de las tuberías de la instalación hidráulica, de aquellas tuberías que, según Puchon, el capitán había instalado él mismo. Por un instante vislumbré al capitán Brent, en una noche de invierno, solo, en el gran hotel. Escuchando los gemidos de las tuberías y pensando en su mujer, emparedada allí abajo.

Para volverse loco.

Y con aquella visión, de pronto vi claro el motivo por el que podía haberse ahorcado.

—¡Venga, chico! —Se plantó delante de mí Walter

Tscharr—. Vamos al grano. Tu hermana ya nos ha dicho lo que sabe. ¿Quieres ser bueno como ella o pretendes continuar haciéndote el héroe?

—¡Yo no les he dicho nada! —gritó Jenska, intentando de nuevo levantarse de la silla.

Karin la golpeó y la hizo caer al suelo.

—¿Y bien? —me presionó Walter Tscharr.

Me impresionó el modo en que Karin había golpeado a Jenska. Sin la más mínima duda. Fría. Para hacerle daño. Y me di cuenta de que moríamos. Aquello ya no era ningún juego. Una caza del tesoro. La aventura de un gran verano.

A mi lado había un cadáver de una mujer que había estado escondido durante años en el sótano. Dos neonazis psicópatas. Y mi hermana, en el suelo, con el labio sangrando.

Jenska tenía unos labios preciosos. Era una chica preciosa. Y aquello no era justo. Era terrible. Y era culpa mía.

—Al cuerno... —oí susurrar a Karin, y le arreó una patada en las costillas.

—¡BASTA! —grité—. ¡Sé dónde está escondido el oro!

Los dos hermanos me miraron. Walter tenía la misma expresión que el Nexus 6 Roy Batty en *Blade Runner*.

—¿Y por qué deberíamos creerte?

«Yo he visto cosas que vosotros no creeríais. Naves de ataque en llamas más allá de Orión».

—¡Son doscientas toneladas de oro! —chillé—. ¡Sé quién es Martin Bormann! ¡Sé quién era vuestro padre! ¡Y sé cómo llegó aquí!

—¡Para, Morice! —me gritó Jenska desde el suelo.

«¿Por qué tengo que parar?», pensé. ¿Para morir allí, en el único día libre que nuestros padres se habían tomado, tras asegurarse de que nos portaríamos bien? ¿Aquello era portarse

bien?»...

—Os puedo llevar allí —dije.

Era cierto. O, mejor dicho, casi cierto.

Necesitaba un mapa con las coordenadas, pero creía que ellos tendrían uno. O podíamos ir a casa de Mathis. O bien... No lo sé.

Miré a Jenska.

—Pero vamos todos —añadí—. Vosotros, ella y yo.

Los hermanos Tscharr intercambiaron una mirada.

«Y después nos mataréis, claro», pensé. «Sin embargo, habremos ganado tiempo».

Porque cuando estás a punto de morir, un poco de tiempo, aunque sea muy poco, es mucho más precioso que doscientas toneladas de oro.



Salimos del Napoleón. Jenska y yo, delante, y los hermanos Tscharr, detrás. Nos hicieron subir al Audi verde manzana que habían aparcado en el garaje, en el lugar del coche de mi padre. Me sentí como un cretino al no haberlo visto cuando llegué.

Pero era demasiado tarde para recriminaciones.

Walter se acomodó en el asiento del conductor y yo a su lado para darle las indicaciones. Su hermana, detrás, al lado de Jenska, con la Mauser en la mano.

Me pasaron un mapa. Era uno de esos mapas militares, escala 1:15.000. Busqué el lugar exacto sobre el acantilado, intentando compararlo con el punto que había localizado en la casa de Mathis. Pensé que lo había conseguido y, sin dejar que ellos supiesen dónde era, asentí.

—Tú diriges... —me ordenaron.

Walter encendió el motor, puso la primera marcha y cruzó la verja.

En cuanto el sonido del motor se alejó, Mirabelle se puso en cuclillas bajo los escalones y salió de su escondite secreto, aquel que tenía bajo la escalera, donde se había escondido hasta entonces. Jenska había tenido la rapidez mental de mentir y decir que estaba fuera, con mis padres. Y Mirabelle, el valor de permanecer quieta durante todo aquel tiempo. Debía de estar allí metida por casualidad cuando los hermanos Tscharr llegaron al Napoleón, y allí se había quedado, sin atreverse a hacer nada más. Había intentado advertirme de que escapase: «¡Escapa!». Pero yo no la había oído bien y ella estaba demasiado asustada para alzar la voz.

Mientras yo guiaba a los Tscharr hacia el acantilado, en el Audi que pasaba por las mismas carreteras polvorientas que Audrey y yo habíamos recorrido en bicicleta, Mirabelle salió de su refugio. No bajó al sótano. No fue a ver nada. Salió por la puerta principal y se quedó acurrucada tras los setos y, una vez segura de que no había nadie, intentó subirse a mi bicicleta para ir más deprisa. Pero era demasiado alta para ella, así que corrió bajo los cedros, hasta las pasarelas y a la cancela que llevaba a la playa. La abrió y corrió sobre la arena hasta las rocas del promontorio, con sus pozos de agua de mar. Superó las barquitas del puerto, subió a la carretera y recuperó el aliento. Llegó a la casa de madera de los señores Focault, entró en la tienda y preguntó por Audrey. Mi amiga no estaba. Y eso Mirabelle no se lo esperaba. Preguntó dónde estaba y la señora Focault le respondió que se había quedado en casa castigada. Le preguntó por qué quería hablar con ella, pero Mirabelle no le respondió. Solo le explicó que buscaba a Audrey por un tema importante, algo que solamente podía ocurrírsele decir a ella.

La señora Focault sonrió, divertida ante tanta seriedad. Y como pasa a menudo con los niños pequeños, en realidad no la escuchó. No la observó con la atención que habría dedicado a un adulto si este hubiese entrado jadeando en su tienda, con un tema importante que tratar.

Mirabelle no se desanimó. Consiguió que le explicara dónde estaba la casa de Audrey y salió de la tienda sin decir ni adiós. La señora Focault balbuceó, seguramente, algún comentario sobre la mala educación de los niños de ciudad, volvió detrás del mostrador y de repente se dio cuenta de lo que había hecho. O, mejor dicho, de lo que no había hecho.

Sabía quién era aquella niña, la hija más pequeña de los marseleses. Y había notado que estaba asustada, que respiraba con dificultad y que estaba terriblemente pálida. Sobre todo, cayó en la cuenta de que Mirabelle llevaba todavía el pijama, a las tres de la tarde. Y que había llegado al pueblo vestida así.

Entonces la invadió un miedo extraño. Dejó bruscamente los anzuelos en el mostrador.

Recogió un manajo de llaves y corrió a su casa sin ni siquiera cerrar la puerta de la tienda.



Qué diferentes eran los acantilados aquel día! Habían perdido la fascinación que me despertaron la primera vez, cuando los vi montado en la bici de Audrey, con sus cabellos rozándome las mejillas. Ahora eran rocas desnudas y abruptas con el mar lamiendo el fondo de sus pozos. Los pocos árboles ralos que había no ofrecían la más mínima sombra y la luz de aquel lunes era tan fuerte que hacía daño a la vista. En el mar no había ni una sola vela y las gaviotas parecían haberse quedado en sus misteriosos nidos.

Bajamos del coche cuando la carretera se convirtió en poco más que un sendero y nos encaminamos hasta un punto que se encontraba tan solo un poco más lejos de hasta donde Audrey y yo habíamos llegado en nuestra búsqueda. O, por lo menos, hasta donde yo había llegado. No soplabla ni la más mínima brisa. Únicamente aquel calor absurdo, paralizante.

Caminábamos despacio, Walter y yo delante, Jenska y Karin dos pasos detrás. Nadie hablaba. Llegamos a la cima del acantilado, veinte metros por encima del agua de color azul oscuro aquí, que golpeaba la roca como una inmensa serpiente.

—¿Dónde es? —me preguntó Walter, cuando me detuve.

No lo sabía, obviamente. Intenté imaginarme aquel lugar cuarenta años antes, como debía de haber aparecido ante los ojos del aviador que había soltado las bombas. Intenté imaginar dónde habían podido caer, qué roca habría caído antes que otra. Pero fue inútil. Eran rocas, barrancos, despeñaderos de piedra cubiertos de sutiles mantos de vegetación. Arcos desmenuzados por el viento. Farallones asediados por la espuma. No había señal de ninguna gruta ni de un cúmulo de rocas que la escondiesen.

—Aquí —respondí.

—¿Aquí, dónde?

Señalé el perfil del acantilado, un sendero lo recorría de norte a sur, había rocas que afloraban en el agua oscura. Podía ser en cualquier sitio por allí. Hubiera debido ser allí.

Miré a Walter y dije:

—En algún sitio por ahí. Debería haber un paso. Pero no sé dónde.

Karin empujó a Jenska al borde del acantilado, sosteniéndola por una rodilla.

—¡No intentes hacerte el gracioso! ¡O tu hermana tendrá un bonito vuelo!

Walter la detuvo con un gesto. De algún modo, confirmaron que no mentía y que no los había conducido a un lugar por casualidad. Había pensado llevarlos por uno de los senderos para cabras que había recorrido con Audrey con la esperanza de hacerlos caer, empujarlos o tropezar, pero luego había desestimado la idea. Un poco porque no me parecían dos personas que fueran a caerse por un sendero y otro poco porque eran dos. Y también, porque yo quería descubrir aquel escondite si es que tenía que morir. Llamadlo orgullo. Llamadlo como os parezca, pero los conduje realmente al lugar. Allí donde marcaban los números de los asteroides de *El Principito* en el mapa de la casa de Mathis. Aquellos que había leído lentamente en su salón lleno de luz, caluroso, y ante los cuales, al oírme, Mathis no me había dicho nada. Sabía que iría. Que llevaría a Audrey. Que nos pasaríamos todo el verano si hacía falta inspeccionando las rocas o, tal vez, si teníamos valor para ello, buceando en busca de un paso submarino. Lo habría hecho ese mismo día, si Audrey no se hubiera quedado en su casa por un estúpido castigo.

Walter Tscharr había entendido mi obsesión. Quizá porque, de los dos, era el más parecido a mí; más que Karin, que había seguido el sueño de ser rica. Fuera cual fuera el motivo, él le impidió que amenazase más a Jenska y le ordenó, en cambio, que fuese al coche a recoger el

equipo.

—¿Por qué no vas tú? —replicó Karin.

El coche quedaba ya lejos, a trescientos, cuatrocientos metros. Un buen cuarto de hora entre ir y venir. Fue él. Al regresar comprobé que era el equipo, traje y bombonas, que una vez había visto llevar a Karin, más un detector de metales, una larga barra con un disco que producía

corriente alterna sujeto a uno de los extremos. No sabía nada de los mundiales de fútbol de México, pero sabía perfectamente, en cambio, cómo funcionaban aquellos instrumentos. Incluida la historia de cómo el detector de metales fabricado por el gran Alexander Graham Bell, el inventor del teléfono, fue usado para localizar el proyectil que dio al presidente de los Estados Unidos James Garfield en un atentado e intentar salvarle, aunque finalmente murió. El de los Tscharr era un modelo portátil, militar, parecido a los que usaban los aliados en la Segunda Guerra Mundial para localizar los campos de minas. O, a lo mejor, era verdaderamente uno de aquellos.

Walter dejó el traje de submarinista y las bombonas a los pies de Karin, se colocó el detector de metales sobre los hombros y lo encendió.

—Estáis locos. Dentro de muy poco vendrán a dete-
neros —dijo Jenska.

Karin ni siquiera reaccionó. Miraba la espalda de su hermano, que recorría arriba y abajo el sendero en la cima del acantilado.

—En cuanto mis padres regresen a casa y vean lo que habéis hecho..., en cuanto se den cuenta de que no estamos...

—¡Cállate! —soltó Karin—. Y además... ¿quién te ha dicho que tus padres regresarán a casa pronto?

Palidecí.

—¿Qué les habéis hecho?

—¿Cómo dices?

—¿Qué les habéis hecho a nuestros padres?

—Una pequeña modificación en el radiador —me respondió sin mirarme—. Lo justo para llegar a Ajaccio y quedarse allí un buen rato buscando un mecánico.

—¡Bastardos! —les gritó Jenska, pero se encontró el largo cañón de la C96 apuntándola.

Yo, por mi parte, buscaba desesperadamente alguna maniobra para distraerlos y rebajar la tensión.

—¿Así que nunca habías llegado hasta aquí en tus inmersiones? —le pregunté.

—A ti qué te importa —respondió Karin.

—De otro modo la hubieras visto —continuó—. Bombardearon la entrada, pero seguro que dejaron un paso.

—Reza para que sea así, muchacho.

Karin bajó la pistola y yo miré a Jenska. «No más insultos, por favor. No los pongamos nerviosos. Mantengamos la calma, venga. Todavía no está todo perdido, ¿verdad, Fabrice?», un pensamiento que, procediendo de alguien que se había meado de miedo menos de una hora antes y que ha-

blaba con un fantasma, era mucho decir.

Walter se había alejado un centenar de metros, haciendo grandes semicírculos en torno a él con el detector de metales. Después volvió sobre sus pasos, se adentró en uno de los senderos

que bajaban entre las rocas y lo recorrió hasta desaparecer de nuestra vista.

Pasaron diez interminables minutos.

De golpe, la aguja del aparato que señalaba la intensidad del campo magnético se elevó y Walter Tscharr gritó:

—¡Es aquí!



A pesar de sus esfuerzos, la señora Focault llegó a casa demasiado tarde. Mirabelle ya no estaba allí. Y lo que parecía el cuerpo de Audrey, durmiendo en la cama, eran en realidad dos almohadones metidos bajo las sábanas.

Recorrió dos veces todas las habitaciones de la casa, salió al jardín y después a la calle. Se quedó unos minutos con las manos unidas sobre la nuca, como buscando una inspiración.

Volvió a entrar, marcó rápidamente el número de Ezequiel en Bastia y, cuando él respondió, dijo:

—Audrey se ha escapado.

Ezequiel Focault estaba en una reunión importante. Siempre eran reuniones importantes. Y no era la primera vez que Audrey se escapaba o hacía lo que le venía en gana. Esperaba aquella noticia desde el momento en que habían decidido castigarla.

—Llama a Oscar —le respondió.

—Vete al diablo —replicó la señora Focault, colgando el auricular.

Esta vez ella sabía que no era una de sus fugas habituales. Había algo amenazador en el aire, en la luz tan inmóvil, estancada.

Salió precipitadamente de su casa, pero al instante se lo repensó, volvió a entrar, tomó un sombrero y corrió hacia los acantilados.

El sendero era estrecho y resbaladizo y bordeaba una grieta del acantilado parecida a un cono invertido que terminaba, en la parte baja, con un remolino de espuma. Cuando llegamos nosotros, encontramos a Walter excavando con las manos entre las rocas, con el detector de metales caído en el suelo. Ya había removido el contorno de una minúscula trampa de hierro mimetizada entre la hierba que hubiera sido imposible de encontrar sin el detector.

La trampa tenía una manilla cuadrada, pero ninguna inscripción militar, ninguna esvástica ni nada parecido.

Arrodillado en el suelo, Walter Tscharr la levantó. Oímos el eco de un espacio vacío, abajo. Un pozo negro, oscuro.

Walter encendió una linterna. Miró al interior.

—Hay una escalera de pared —dijo; luego tiró dentro un guijarro y escuchó el ruido al chocar abajo.

—Cinco, seis metros —calculó—. Voy a bajar.

Se metió a duras penas por la trampa y desapareció, un peldaño tras otro. Karin se acercó para mirar, alternando su atención entre nosotros y su hermano.

Lo oímos jadear, hasta que nos llegó el ruido de sus pasos sobre una superficie dura, y su voz:

—Son doce peldaños y después un pequeño salto. Hay un pasadizo bajo, natural, pero retocado por el hombre. Y aquí hay algo.

Oímos una especie de estallido seguido del ronquido de un motor.

—Es un pequeño generador de corriente —dijo Walter Tscharr—. Todavía funciona. Lo he encendido. Hay muy poca luz. El pasadizo desciende.

—Nosotros también bajamos —lo interrumpió Karin—. Vuelve a buscar a los niños.

Primero bajó Jenska. Después, yo. Me agarré a los ganchos de metal preguntándome quién los habría construido. En el pasadizo vi por fin el famoso generador de Tardi que Puschbach había arreglado. Era como un cubo metálico, con una correa de transmisión externa, de un metro por un metro. Y al lado, dos bidones de gasolina. Afinando el olfato, todavía podía olerla.

Como había dicho Tscharr, pasado el generador, el corredor seguía descendiendo, iluminado por una serie de bombillas unidas entre sí por un grueso cable negro. No estaba pavimentado. El suelo era irregular, igual que las paredes, de las que alguien había rebajado los salientes más peligrosos para hacer el paso más fácil.

A veces se ensanchaba. Otras había que caminar de lado, literalmente, con la roca rozándose la piel. En los puntos más escarpados alguien había colocado una cuerda para ayudarse a bajar, o había labrado unos toscos peldaños.

En algunos tramos el paso era tan ancho que las bombillas, en lo alto, apenas nos permitían distinguir la punta de los pies. En otras ocasiones nos arrastramos a pocos centímetros de la luz zumbante, justo encima de nuestras cabezas.

A medida que bajábamos, las rocas estaban más húmedas y resbaladizas y aumentaba el olor a algas, una especie de mezcla entre sal y podredumbre. Por debajo del zumbido del generador y la incandescencia de las bombillas, ascendía una especie de fragor sordo, gutural y líquido. Tras una curva vi los reflejos del mar, más allá de la sombra de Walter Tscharr, que caminaba delante de mí. Y sentí que me aferraba al ansia del descubrimiento.

Entonces nuestro raptor se detuvo, como paralizado por lo que veía. Sentí que Karin, a nuestras espaldas, se agitaba. Llegamos a su altura estrechándonos unos con otros. Y nos quedamos sin palabras.

Frente a nosotros se abría una profunda caverna, en medio de la cual había amarrado un submarino alemán, clase VIIC, U612, con el periscopio completamente erecto, en medio de la línea de flotación, de metal reluciente, como si acabara de salir de un astillero naval.

Todavía flotaba. No había sido abandonado en seco. El U612 se mecía imperceptiblemente en el agua del mar interior de la gruta, en la que se reflejaba la luz de las bombillas.

Llegamos al puente gracias a una pasarela. Lo que me había parecido enorme, en cuanto puse el pie encima me pareció increíblemente pequeño para poder albergar a treinta y nueve personas, aunque no conseguí calcular qué parte del sumergible se encontraba bajo la línea de flotación. Fuera como fuera, se movía. Eso lo recuerdo perfectamente. Y recuerdo el sonido de nuestros pasos resonando sobre el metal, como en una caja vacía.

Walter Tscharr llegó a la torre, se subió y abrió con facilidad la escotilla. Se apoyó para mirar adentro e hizo una mueca.

—El traje, Walt —dijo Karin. Había subido la última al puente y se había inclinado para acariciar el metal.

—¿Qué traje?

—El mío. Lo hemos dejado fuera. Y también la trampilla abierta.

—O sea, Karin, que después de buscarlo durante tantos años, ahora que estamos aquí... ¿tienes miedo de que llegue alguien?

—Sí. Es mejor que vuelva atrás.

—¿Y ellos? —preguntó Walter, señalándonos con el mentón.

—¿Tienes la Luger de papá? —Apreté la mano de Jenska. Pero entonces Karin continuó—: ¿Eres lo suficientemente mayor como para cuidar de dos niños?

—Karin...

—Venga, Walt. Diez minutos. No más.

Él asintió lentamente.

—Vale, ve.

Karin regresó a la pasarela y se metió por el corredor que llevaba a los acantilados.

Miramos su gran sombra proyectada por las bombillas hasta que desapareció en la oscuridad de la gruta.

—¡A la porra! —dijo entonces Walter Tscharr—. Venid conmigo, venga. No he llegado hasta aquí para esperar diez minutos parado.



lía a naftalina. Se notaba y nos impregnaba por todas partes en el interior del submarino.

Era increíblemente estrecho, sofocante, sobrecargado de tuberías de diversas dimensiones, pegadas a las paredes como un puñado de gusanos. Un pasillo angosto, después una sala de máquinas minúscula, con cuatro asientos, casi sin espacio para estirar las piernas, una cavidad en que diez personas hubieran tenido problemas para permanecer de pie sin desmayarse. Había que caminar con la máxima atención, inclinando la cabeza para pasar a través de las puertas metálicas sin topar con los tubos y el techo.

—Por fin... —murmuró Walter Tscharr cuando bajamos los tres. Tocaba los instrumentos y el periscopio, las barandillas, las paredes, y repetía—: ¡Por fin, por fin!

El olor de naftalina subía de las cabinas de la tripulación. Pasamos ante una cabina con una litera, que podía ser la del capitán, y nos detuvimos frente a la siguiente.

Cerrada.

Allí, en el pasillo, el olor dulzón de la naftalina era prácticamente insoportable.

Walter Tscharr me hizo una señal de abrir la puerta y lo obedecí, empujándola con el codo.

Y allí estaban, después de tanto buscar. Había bolitas de naftalina por todas partes; algunas rodaron fuera de la cabina. Habían sido esparcidas por el suelo y en torno al catre donde dormía Thilo Puschbach, el contramaestre del U612.

Se había tendido sin perder la compostura, con su uniforme, las manos cruzadas en el pecho sobre el libro de a bordo del submarino.

En cuanto lo vio, Jenska dejó escapar un grito de horror, pero el rostro pálido, de color plúmbeo, del contramaestre, era mucho menos impresionante que el de la señora Brent.

—Elegió morir en su camastro... —murmuró Walter Tscharr, justo detrás de mí.

Por el tono serio con que pronunció aquellas palabras, noté que sentía una especie de admiración y un respeto aunque con una cierta punta de envidia. Como si el honor de aquel simple gesto, morir en su puesto, allí donde había jurado servir, a él le hubiese sido impedido. Después de todo, Thilo Puschbach había mantenido el secreto hasta el final. Y lo mismo había hecho el capitán Günther Brent. Mientras que la vida de Jürgen Tscharr había estado llena de dobles juegos y traiciones, sirviendo en primer lugar a sus enemigos americanos y después buscando por su cuenta el oro de Martin Bormann hasta contagiar su obsesión a sus hijos.

Eso es lo que creí vislumbrar en la mirada de Walter Tscharr aquella tarde.

Luego, me clavó el cañón de la Luger en el hombro y me ordenó que recuperase el diario de a bordo del submarino.

—A ver si descubrimos qué es lo que hicieron con las cajas... —murmuró.

Mirabelle desmontó de la barra de la bicicleta de Audrey en cuanto vieron aparcado en medio del camino el automóvil verde de los hermanos Tscharr. Audrey arrastró su bici y la escondió entre la hierba más alta y luego, por temor a ser descubiertas, dieron una amplia vuelta por el prado. Descubrieron el traje y las bombonas de Karin. Solo se oían los grillos a su alrededor hasta que Mirabelle preguntó:

—¿Se han marchado?

—Tal vez —le respondió Audrey—. Quédate aquí.

—¿Dónde vas?

—A mirar abajo.

—Yo también quiero ir.

—No —contestó. Los ojos de Audrey debían de ser grandes y brillantes como nunca—. Tú quédate aquí y vigila la bicicleta. Si ves que alguien se acerca, me llamas.

Mirabelle miró hacia atrás, localizando el manillar que sobresalía un poco de la hierba.

—Y tú haces lo mismo, ¿OK?

—OK.

Audrey se puso de rodillas preparada para arrastrarse hasta el acantilado.

—¿Sabes que mi hermano tiene razón? —preguntó Mirabelle, un segundo antes de que se marchase.

—¿En qué?

—En que eres la chica más guapa del mundo.

Audrey rio.

—¿De verdad dice eso?

—No —respondió Mirabelle—. Pero hay cosas que no es necesario que se digan.

Audrey se movió con su agilidad habitual, como un gato. Se inclinó para examinar el traje de Karin, dio la vuelta a las botellas de oxígeno, las dejó y oteó desde la cima del acantilado. Se quedó mirando todavía unos segundos, antes de internarse por el caminito y bajar.

La mujer apareció justo después. Era ella, Karin. Y en cuanto Mirabelle la vio, se le cortó la respiración. Se echó al suelo.

¿Qué debía hacer? ¿Gritar?

La mujer sostenía una pistola. Si la hubiese oído gritar, ¿hubiera disparado?

Cuánto dolor podía causar un disparo de pistola. ¿Y morir? ¿Dolía morir?

Mirabelle se quedó callada, mordió una brizna de hierba, se la tragó y siguió masticando nerviosamente otras, apretó los puños hasta clavarse las uñas e intentó gritar.

Grita. Chilla. Llámame, le había dicho Audrey.

Le salió un hilito de voz, parecido a aquel con el que había intentado advertirme del peligro a mí en casa.

De repente, fue la mujer quien gritó.

Mirabelle vio a Audrey saltar literalmente del acantilado y rodar sobre la hierba. La vio agarrar las botellas y golpear a la mujer en la espalda, haciéndola gritar por segunda vez.

—¡Acaba con ella, Audrey! ¡Tú puedes! ¡Pégale! —animó Mirabelle, como hacía a veces delante del televisor.

Sin embargo, esto no era la televisión y a la mujer tanto le daban los deseos de mi hermana. Retorcó el brazo de Audrey e hizo que perdiera el equilibrio. Por un instante se las vio a las

dos recortadas sobre el horizonte del mar, contra el cielo inmóvil.

Entonces Karin empujó de nuevo.


Las dos sombras se separaron.

La mujer cayó en el sendero. Audrey, al vacío.

Cuando la vio desaparecer, un grito sordo subió a la garganta de Mirabelle. De algún modo consiguió sofocarlo entre la hierba. Pero el grito no quería marcharse.

Permaneció escondida, inmóvil y desesperada durante lo que le pareció una cantidad interminable de horas.

Y pensó que, a veces, si te avergüenzas de lo que has hecho, vivir duele mucho.



—de enero de 1943... —leyó Walter Tscharr en voz alta en la sala de control del submarino—, ultimados los trabajos de lastre como estaban proyectados. 25 de abril, trabajos de restablecimiento de los sistemas de a bordo ultimados. 27, el U612 vuelve a estar preparado para hacerse a la mar. Nadie recordará el desafortunado accidente con el U444 del pasado 6 de agosto.

Se rio.

—En efecto, ahora ya nadie. —Ojeó algunas páginas más—. 31 de mayo, ceremonia de segunda botadura. Anulada cualquier pista del pasado infortunio... 20 de junio, inicio del aprovisionamiento. Fecha prevista para la próxima misión: 1 de julio de 1943.

Mientras él leía y hacía sus comentarios, yo controlaba el tiempo. El que transcurría en el diario, entre una nota y otra, y el real, el nuestro. Estábamos sentados en los puestos de mando, con los aparatos detrás, y Walter en la silla del capitán, algo más grande que las nuestras.

—1 de julio de 1943, zarpamos al anochecer. Buena caza. ¡Ja, ja, ja! Buena caza de verdad.

Pasó las páginas.

Y todavía más páginas.

Cuantas más pasaba, más fruncía el ceño.

—¿Cómo es posible? —se preguntó finalmente—. No hay ni una sola anotación sobre la carga. Ni sobre lo que hicieron con ella cuando desembarcaron.

Lanzó con rabia el libro de a bordo a un rincón de la cabina y bramó:

—¿Dónde han puesto mi oro?

Moviéndome con mucha lentitud, recuperé el diario, lo cerré y lo apreté contra mi pecho.

—¡Venid conmigo, rápido! —nos ordenó Walter.

Y con su Luger apuntando a nuestra espalda nos obligó a bajar la escalerilla, un peldaño tras otro, a abrir las puertas a patadas o a empujones, a rastrear un espacio vacío tras otro. Recorrimos el U612 de punta a punta, hasta el fondo, donde pude oír, al otro lado de las paredes de hierro, el misterioso murmullo del mar. Los camarotes estaban desiertos. La sala de máquinas, completamente inactiva. Las bodegas, vacías. No había ningún lingote de oro en ningún sitio.

—¿Dónde se lo llevaron? —gritó de nuevo Walter. Me miró con los ojos llameantes—. ¿Tú lo sabes? ¡Dime que lo sabes! ¡Dime dónde está!

Intenté pensar lo más rápidamente posible. Repasé la última parte de la historia que Mathis me había contado aquella mañana, intenté ordenar las fechas, junto a las transcritas en el diario de a bordo. Brent y Puschbach, por una parte, y Saint-Exupéry, por la otra, se habían encontrado el 1 de agosto, seis días después del falso hundimiento del submarino cerca de Gibraltar. Los dos oficiales alemanes habían conducido el U-Boot a aquella gruta y después subieron a bordo del P-38 del aviador francés y se habían tirado al mar en paracaídas para llegar en una lancha neumática a la costa española. No tuvieron tiempo de descargar el oro. Ni siquiera Saint-Exupéry, puesto que inmediatamente le revocaron la licencia. Entonces, ¿quién fue?

¿Había una tercera persona que conocía la operación?

Estaban Rommel, y su piloto de confianza, que bombardeará el acantilado. ¿Y Bormann?

De repente me pareció que todo lo que creía saber sobre aquel oro era erróneo. Y que estaba atrapado en un nuevo callejón sin salida. Me agarré la cabeza entre las manos porque sentía que me iba a explotar. Walter se dio cuenta, me zarandó obligándome a mirarle:

—¡Habla, chico! ¿Quién conoce esta historia?

Mientras le miraba, yo continuaba reflexionando. El submarino estaba vacío. Se habían llevado el oro. Según la enciclopedia que teníamos en casa, un lingote de oro pesa doce kilos y medio. Doscientas toneladas equivalen a dieciséis mil lingotes. Suficientes para llenar mi habitación y la de Jenska.

—¿Quién lo sabía? —continuó gritando Walter, sacudiéndome cada vez con más violencia.

—¡Déjale, le haces daño! —gritó Jenska, que a su vez recibió un empujón.

Oí que chocaba contra algo pero entonces Walter se volvió hacia mí.

—¿Quién más ha visto este submarino?

Abrí los ojos de par en par. No lo había pensado. Alguien del pueblo podía haber visto la llegada del submarino. Quizá algún chiquillo del pueblo, escondido entre las rocas. Tal vez...

—Mathis... —murmuré.

—¿Mathis? ¿Quién es Mathis?

Puede que estuviera allí cuando llegó el U-Boot. Por eso podía explicar tan bien toda la historia. En uno de sus paseos. O tal vez había salido de pesca. Cuando vio aquel monstruo metálico deslizarse por la superficie del agua, dirigirse hacia el acantilado, y no salir más.

¿Qué había hecho entonces? Se había quedado entre las rocas, esperando que sucediese alguna cosa. Y así vio a dos hombres que trepaban fuera y se alejaban como si no pasara nada. Esperó un rato más para ver si había alguien más y, tras clavar su caña de pesca, bajó por el sendero por el que los había visto salir y entró en la gruta. O los había seguido hasta la pista de aterrizaje de Borgo. Aquella donde vio aterrizar a Saint-Exupéry, a lo mejor no por casualidad sino porque estaba patrullando, un día tras otro.

Tenía sentido.

—Él era solo un niño pero... podría... haberlo visto todo... —dije.

—¿Dónde está?

Reí. Una risa nerviosa e incontenible que enfureció a Walter.

—¿Qué tiene de gracioso, chico? ¡Deja de reírte ahora mismo!

Me había entrado la risa porque Mathis era ciego. Pero se había quedado ciego más tarde. Por un accidente. Realmente, el destino había jugado de un modo cruel. O quizá el accidente no había sido exactamente como me había explicado Remi. Puede que Mathis hubiese mantenido el secreto. Al menos durante un tiempo. Descubrió las cajas de lingotes y empezó a sacarlos de uno en uno, cargándolos sobre los hombros. ¿Cuántos pudo sacar? Tenía once años y, por fuerte que fuera, no más de cuatro lingotes a la vez. ¿Cuántos viajes habría hecho? ¿Dos, tres al día? Eso eran doce lingotes. Por un mes y una semana. ¿Sesenta lingotes? Y después, el 8 de septiembre, mientras en el pueblo se celebraba el armisticio y la rendición de los italianos, tuvo lugar el bombardero alemán. Todos lo achacaron a una venganza, un acto de locura. Pero Mathis no. Él lo entendió. Corrió al acantilado y descubrió que el paso de entrada a la gruta ya no existía. Que el submarino ya no estaba a su alcance. Y con él, su oro.

—¡HABLA!

Entonces decidió pedir ayuda. Habló de ello con otros muchachos de la mina: Tardi, Puchon, Ferdinand. Todo el grupo. Les habló del submarino, de la gruta, del bombardero. Y

cuando empezaron a reírse, sacó de la mochila un lingote de oro y lo echó a sus pies. Enmudecieron. Tardi se arrodilló para recogerlo, lo limpió del polvo blanco de la mina, miró al pequeñajo a los ojos y le pidió que lo llevase adonde había visto llegar el submarino. Entre todos abrieron un paso, trabajando de noche, para que nadie se diera cuenta de lo que estaban haciendo. Y una vez abajo, aquí, juraron mantener el secreto. Una mano sobre otra. Un pacto de hierro. Y de muerte.

—Mathis está en el pueblo... —dije. Y, por fin, Walter dejó de zarandearme—. Es uno que cuenta muchas historias... No sabe vivir sin ellas. Algunas se las inventa. Otras son ciertas. Algunas las ha vivido, otras las ha escuchado, o se las ha hecho leer. Es difícil distinguir cuál es cuál. Incluso para él es difícil... Es ciego...

—¡El ciego! —exclamó Walter. Evidentemente, sabía de quién se trataba—. ¿Él lo sabe?

Asentí, todavía con la sonrisa grabada en el rostro.

Sí. Él sabe muchas cosas. Y de todo el grupo, era el único que no conseguía estar callado. Tal vez lo de la cal no fue solo un accidente. Quizá, después de haberle quitado el oro, no quisieron que pudiera encontrarlo.

Walter me miró más cerca.

—Mathis dice que no hay ningún oro... —recordé, aunque yo ya no sabía qué era cierto y qué no.

La única cosa real era el dolor de cabeza, el frío metálico en las manos al tocar las paredes del submarino, y la silueta de Jenska, detrás de Walter, que buscaba algo con que golpearlo.

—No, Jenska —le dije cuando me di cuenta—. No lo hagas. No sirve de nada. Se ha terminado.

—¡Estúpido! —me gritó Jenska.

Walter se dio la vuelta en el acto. La bloqueó con un apretón insoportable y la obligó a arrodillarse. No parecía enfadado. Era como si considerase inevitable que Jenska y yo intentásemos liberarnos. Nos puso uno al lado de otro. Traté de abrazarla pero ella se liberó de mí con rabia por haberla descubierto. Yo solamente quería evitar que se hiciera más daño del necesario.

Walter Tscharr levantó la Luger. Y tampoco entonces vi ninguna emoción en su mirada.

Entonces oímos los pasos. Lejanos, sobre el puente, tres pisos sobre nosotros, pero que resonaban en el fondo vacío del submarino.

—¡Walter! —gritó Karin—. Walter, ¿dónde estás? ¡Ayuda! ¡Vienen hacia acá!

Al instante escuchamos disparos. Parecidos al estruendo de los fuegos artificiales, seguidos de silbidos y un ruido como de golpear el metal.

Walter despotricó algo y se marchó, llevándose la pistola, dejándonos a oscuras y olvidándose de nosotros allí abajo.

—¡Déjame en paz! —gritó Jenska.

Había buscado a mi hermana a tientas, con las manos, pero cada vez que la rozaba, ella me rechazaba, como si fuera un monstruo.

—¡Jenska!

—¡No me toques! ¡Apártate! —gritaba, histérica.

Pero no la obedecí. Insistí, en la más completa oscuridad, golpeándome contra las mamparas y las divisiones del submarino, hasta que conseguí tenerla cerca de nuevo, acariciarla.

Rompió a llorar.

—¡Todo esto es culpa tuya! ¡Solo culpa tuya!

—Lo sé. Es verdad. Es culpa mía. Tienes razón. Pero ya verás como...

—¿Qué veré? ¡Todo está oscuro! ¡Oscuro, MORICE! ¡Y nos están disparando!

Continué acariciándola.

—Tal vez no nos disparan a nosotros.

—¿Entonces quién dispara? —sollozó Jenska.

No lo sabía. No conseguía entenderlo. Solamente entendía que estábamos en el fondo de un submarino, a oscuras, y desde allí oíamos los pasos de Walter en algún lugar por encima de nosotros, a Karin que gritaba algo en alemán. Y los disparos. Algunos más ligeros, otros que resonaban como cañonazos.

—¿Dónde estarán papá y mamá? —preguntó mi hermana.

—No lo sé. Pero seguro que están bien.

Había dejado de llorar. Se secó las lágrimas.

—¿Y Mirabelle?

—Ella también.

Después añadió:

—No quería que te golpease, me refiero a lo de antes. Por eso iba a golpearlo yo.

—No habrías podido hacer nada contra él.

—¿Y ahora, qué? —La oí respirar profundamente—. ¿Continuamos sin hacer nada?

—No se ve nada —resalté.

Más pasos, un disparo. Un grito.

—¿Así que esperamos a que bajen y nos liquiden?

No sabía qué responderle.

—Adelante y después a la derecha.

—¿A la derecha de qué? —pregunté.

—Yo no he dicho nada.

—Avanzad recto. Y después, a la derecha.

Me puse en pie, despacio.

—No has sido tú, ¿verdad?

—¿El qué?

No, no había sido ella. Sonreí en la oscuridad. Busqué su mano, la encontré, la estreché.

—Vamos. Salgamos de aquí. La escalerilla está por aquí delante, todo recto y después a la derecha.

Ella no puso objeciones y me siguió, dócilmente.

«Venga, Fabrice. Guíanos fuera de aquí».



oímos la voz de Walter Tscharr mucho antes de encontrarlo.

—Dad un solo paso y los mato, ¿entendido? —gritaba.

Jenska y yo nos apretujamos, moviéndonos con cautela. Fuimos a la sala de mando, donde finalmente conseguimos distinguir algunas sombras. Un poco más adelante había un cono de luz que provenía del exterior, de la entrada de la escotilla. Tscharr se había metido allí debajo.

—¿Habéis entendido? —lo oímos gritar de nuevo. Y después vimos sus pies apoyados en el cilindro de hierro por el que se entraba y salía del submarino. Se había atrincherado en la escalerilla.

—¡Ríndete! —gritó alguien, un hombre, desde fuera del submarino—. ¡No tienes ninguna posibilidad! ¡Tira la pistola y sal con las manos en alto!

La voz me llegaba desde demasiado lejos para saber quién era.

Walter Tscharr golpeó el cañón de la pistola contra el hierro, haciéndolo resonar.

—¡Como queráis! ¡Ahora voy a por ellos!

—¡Deja a los chicos!

Más ruidos y luego:

—¡Lo hago! ¡Lo hago! ¡Primero uno y después la otra!

—¡TSCHARR! —rugió la voz de fuera. Y dijo algo que no conseguí entender.

Tscharr maldijo entre dientes, subió un par de peldaños y permaneció callado, tal vez para mirar fuera a través del periscopio. No había ni rastro de Karin, pero no por ello podíamos confiar en que no estuviese en algún rincón de a bordo.

No sabíamos qué había pasado, ni con quién estaba tratando Tscharr, aunque tenía mis esperanzas. Quienquiera que fuese aquel hombre había hablado de nosotros llamándonos «chicos»; por tanto sabía que éramos dos. Sabía quiénes éramos. Y se estaba enfrentando a nuestro captor. En cualquier caso, mientras estuviese allí, Jenska y yo éramos sus prisioneros. No teníamos modo de escapar. A

Tscharr le hubiera bastado encerrarse dentro del submarino. Mi hermana también debió de hacer los mismos cálculos, porque tiró de mí y me susurró al oído.

—No lo sé —le respondí en un murmullo.

—Podemos intentarlo.

Sí. Podíamos intentarlo. Nos alejamos de la sala de mando y de sus miles de tuberías enmarañadas pendientes de no hacer ruido y nos metimos, muy lentamente, en el pasillo que llevaba a los camarotes de la tripulación. Una vez allí volvimos a abrir la puerta de la cabina de Puschbach. Fuimos de puntillas tratando de respirar lo menos posible y de no pisar las bolas de naftalina. Yo tenía la mirada clavada en el rostro del contraмаestre, como si temiese verlo moverse. Thilo Puschbach me recordaba a un actor de cine: alto, delgado, con la frente despejada, los cabellos grises perfectamente peinados hacia atrás, los pómulos y los huesos de las cejas pronunciados.

Llegué al camastro y me incliné sobre el cadáver del contraмаestre.

—¿La tiene? —me susurró Jenska desde la puerta.

Me moví para palpar el cinturón del uniforme de Thilo Puschbach. Y vi una pistolera oscura en el lado opuesto al que me encontraba. Me dolían los dientes de lo apretados que los tenía. Alargué una mano, hice saltar el botón y tanteé su interior.

—Sí —respondí a Jenska con un hilo de voz.

Inmediatamente me arrepentí de haberlo hecho, porque me noté los pulmones invadidos por un hedor dulzón de naftalina y muerte.

Saqué la pistola de la funda con la máxima atención de que fui capaz. Y al mismo tiempo, susurré a aquella máscara blanca:

—Le ruego que me disculpe, señor Puschbach. Solo la necesito un momento. Le juro que se la devolveré.

Era pequeña, ligera, con la empuñadura marrón oscuro sobre la que estaba grabado el número 9. La saqué de la cabina y se la enseñé a Jenska sosteniéndola plana en la palma de mi mano.

—¿Funciona? —me preguntó—. ¿Está cargada?

Nunca antes había tenido una pistola en la mano. No sabía dónde estaban las balas ni cómo se levantaba el seguro. Pero Jenska sí, porque abrió con un movimiento preciso la culata y miró dentro, satisfecha. Después levantó una especie de lengüeta que se encontraba sobre la empuñadura y dijo:

—Vamos.

Invertimos el orden de la marcha y esta vez la seguí yo. El pasillo, la puerta metálica, la sala de mandos, una segunda puerta metálica, la luz amarilla en el suelo bajo la torreta.

Walter Tscharr no se había movido. Todavía estaba suspendido allí dentro, como un cuervo sobre su nido.

Jenska me miró como preguntando: «¿Esta vez, puedo?».

Asentí lentamente.

Y entonces mi hermana extendió el brazo hacia delante, apuntó la pistola del señor Puschbach contra la escalerilla y dijo, con la poca voz que le quedaba:

—¡Ríndete! ¡Manos arriba!

Le salió un poco ronco debido al llanto y a los susurros de los minutos precedentes, pero me sentí muy orgulloso de ella.

Walter Tscharr, en cambio, seguía inmóvil, como si ni siquiera la hubiese oído, y mi hermana se vio obligada a repetirlo. Esta vez en un tono decididamente más fuerte.

El hombre se dejó caer de la torreta, primero agachado y luego poniéndose de pie. Apuntó con la linterna en nuestra dirección y en cuanto se dio cuenta de que éramos nosotros quienes estábamos allí, dijo:

—¡Eh! ¿Qué creéis que hacéis?

Empuñaba la Luger.

—¡Tira la pistola, o disparo! —insistió Jenska, levantando el arma algún centímetro.

Él se rio.

—¿Con eso? ¿Crees que me das miedo?

Hizo ademán de dar un paso, pero Jenska levantó nuevamente la pistola de Puschbach y Walter se detuvo.

—Debería —susurró.

—¿De verdad crees que eres capaz? —prosiguió él—. ¿Dispararle a un hombre? ¿Herirlo? ¿Quizá matarlo? ¿Sabes qué se necesita para matar a un hombre?

Jenska no respondió. Pero lo mantuvo a tiro, con los dientes cerrados como una sierra.

Walter alzó su Luger.

—Bájala —le ordenó Jenska—. O disparo.

—No dispaes. Y yo tampoco. Nadie disparará a nadie y saldremos los tres de aquí, ¿de acuerdo?

—Te he dicho que la bajas.

Walter obedeció.

—De acuerdo, de acuerdo. Haremos lo que tú digas. La dejo aquí, lentamente. Y tú mientras tanto...

Se agachó y, cuando yo ya creía que efectivamente iba a hacer caso a Jenska, se abalanzó sobre nosotros.

Del resto no me acuerdo.

Jenska apretó el gatillo y una gran llamarada amarilla le explotó en las manos. O, por lo menos, así me lo explicó después. También Walter Tscharr disparó.

Yo oí silbar una bala en aquel estrechísimo pasillo de metal. Si cierro los ojos, todavía alcanzo a ver las chispas donde se estrelló. Noté un rasguño justo encima de la oreja, tropecé con el borde saliente de la puerta metálica y caí al suelo.



Cuando volví a abrir los ojos, estaba en la cama del hospital de Bastia. Es un edificio más bien nuevo, con grandes ventanas que dan al mar y habitaciones espaciaosas con cuatro camas, pero en mi habitación solamente estaba yo.

Y mis padres.

Los veía sentados uno junto al otro, mi madre con un ejemplar del *Nice-Matin* abierto sobre las rodillas. Pero no conseguía llamarlos.

Mi madre fue la primera en darse cuenta de que yo había abierto los ojos. Me saltó de inmediato al cuello, literalmente.

—¡Morice! ¡Morice! —repetía.

Me dolían la cabeza y un codo, y tenía la garganta seca. Noté la caricia de las manos de mi madre y le sonreí.

—¿Cómo era ese pequeño restaurante?

—¡Dios mío! —exclamó mi madre tapándose la boca con las manos.

Así que era como lo había imaginado yo: el típico lugar que solamente le gustaba a mi padre.

Él apareció al otro lado de la cama, apoyó su mano cerrada en un puño sobre mis dedos de la mano derecha y se quedó mirándome, entre cohibido y feliz. Observando su mano me di cuenta de los goteros. Tenía dos. Seguí los tubos con la mirada hasta los frascos en los palos metálicos, de donde goteaban, despacio, de arriba abajo.

—Maldita sea —dije.

—¿Cómo te encuentras?

—Un poco... roto.

La verdad era que no sabía cómo me sentía. Ni cómo había llegado hasta allí.

—Te creo. Pero todo ha salido bien —dijo mi madre—. Jenska nos lo ha explicado...

Volví la cabeza hacia ella. Con un gran esfuerzo.

—Menuda mala caída —añadió mi madre—. Podías..., podíais..., ni quiero pensar en lo que os hubiera podido pasar.

Tenía los ojos brillantes y le temblaba la voz.

—Por suerte no ha sido nada grave —dijo mi padre—. Menos mal que Tardi apareció a tiempo.

Lo escuché sin volverme hacia él. ¿Así que aquella era la versión? ¿Una caída desde el acantilado? ¿Y era realmente la voz de Tardi la que había oído fuera del submarino?

Mi madre se agitó.

—¡Ah! A propósito..., voy a llamar enseguida a Jenska. Ha pedido que la llamásemos en cuanto te despertaras. Quería ser la primera en hablar contigo.

«Estoy seguro», pensé.

—Tienes que darle las gracias a tu hermana —añadió todavía mi madre, besándome en la punta de la nariz—. Ha estado aquí noche y día.

—¿Qué quiere decir noche y día? ¿Qué día es?

—Miércoles por la mañana —respondió mi padre.

Me hundí en la almohada.

—Maldita sea.

Mi madre salió de la habitación y, en cuanto se alejó, mi padre se inclinó hacia mí.

—Mamá no quería que te dijese nada, pero... —vigiló que estuviésemos solos—, tu amiga ha salido peor parada que tú.

—¿Cómo?

—Lo tuyo no ha sido más que un corte feo y una conmoción cerebral, Morice. Pero Audrey... —Escuchamos pasos que se acercaban y mi padre se interrumpió—. Lo siento, hijo... —concluyó—. Lo siento de verdad.



—¿Qué han dicho del cadáver? —le pregunté rápidamente a Jenska en cuanto nos dejaron solos.

Había estado sentada junto a mí durante toda la mañana y a la hora de la comida había insistido en que mis padres volviesen a casa para explicarle a Mirabelle que me había despertado y que estaba bien. La enfermera me había servido una insípida menestra de verduras y un trozo de pollo pálido.

—¿Cuál de los dos? —me preguntó Jenska, ayudándome a comer.

—El del sótano.

—No hay ningún muerto en nuestro sótano.

—No bromees.

—No bromeo. Hay una pared derruida en parte, sí, donde al final ha explotado la caldera. Y nada más.

—¿Cómo es posible, Jenska? Vi perfectamente aquella habitación, y la mesa y... a Consuelo. Tú también la viste.

—Exacto. Y, por lo que a mí respecta, somos también los únicos que la hemos visto.

Mastiqué la menestra pensando en las implicaciones de aquella frase.

—¿Quién ha vuelto a tapiarla?

—Puchon —me respondió Jenska, tranquila.

—Y Tardi, por tanto...

Ella asintió, lentamente.

—Llegó inmediatamente después.

—¿Inmediatamente después de qué?

—Después de que te cayeras por el acantilado.

—Para ya.

Jenska me dio otro par de cucharadas de menestra antes de proseguir.

—De acuerdo. Llegó después de que el bastardo de Tscharr se me cayese encima.

—Ostras, Jenska. ¿Le disparaste?

—No lo sé. Yo disparé, sí. Pero no sé si el tiro fue hacia a ti o hacia él.

Me reí. Y la risa hizo vibrar todos los huesos de mi cráneo. Me palpé las sienes y encontré el vendaje que daba, por lo menos, dos vueltas a mi cabeza.

—¿Te duele?

—Solamente si me río.

—Pues no te rías.

—Tendrás que darme clases de eso.

—Estúpido.

El pollo no era solamente pálido. También estaba soso. Me lo tragué en cuatro bocados, a pesar de que me dolía cuando masticaba.

—¿Qué ha pasado con los Tscharr? —pregunté.

—¿Oficialmente?

Asentí y ella continuó:

—Oficialmente se han marchado del pueblo sin despedirse de nadie, pero habiendo pagado a la señora Blandine el alquiler de todo el mes.

—¿Y oficiosamente?

—Están más muertos que el tío aquel que vimos en el camastro.

Abrí unos ojos como platos.

—¿Entonces cómo murieron?

—A uno casi se lo cargó tu hermana.

—Venga ya. Ya he visto mi vendaje...

—Bueno, igual que a la otra..., quizá «ayudó» Tardi. Quizá fue Ferdinand. Quizá Remi.

Me esforcé en permanecer tranquilo.

—¿Fueron todos allí?

—Como un pelotón de caballería.

Alejí los platos, exhausto.

—¿Ves como tenía razón?

Jenska se levantó de la cama.

—Sobre ese punto concreto, me reservo una conversación contigo en cuanto salgas de aquí.

La miré.

—En el pueblo lo sabían todos excepto Audrey.

Ella no me rebatió. No dijo ni una palabra.

—Bueno..., pues bienvenido a Dautremere.

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora también lo sabemos nosotros dos.

Sacó fuera la bandeja, quitándome de debajo de la nariz el olor de verdura hervida y pollo. Y yo me dormí sin ni siquiera darme cuenta.

Soñé con submarinos que surcaban oscuros mares. Faros amenazadores en la cima de un acantilado. Cazatorpederos que sondeaban el mar con potentes faros. Soñé que yo estaba al mando, que daba órdenes a los hombres. A Puschbach. Y a otro hombre uniformado que me miraba fijamente con expresión hostil.

Y soñé que hablaba en alemán.

Necesitas algo más? —me preguntó Jenska aquella tarde.

Estábamos esperando a que llegasen nuestros padres con Mirabelle. Jenska había hablado con ellos por el teléfono del final del pasillo y me había explicado que Mirabelle no había dejado de dar grititos de alegría.

—¿Ella sabe que no debe decir nada? —le pregunté.

Jenska asintió.

—Es pequeña pero valiente. Y por suerte no oyó ni una palabra de lo que ocurrió en el sótano y nunca bajó.

—¿Fue ella quien llamó a Audrey?

—Sí.

Me mordí el labio y me di la vuelta entre las sábanas, nervioso.

—¿Cuándo crees que podré verla?

—Pronto —me respondió Jenska—. Vigila el gotero.

Como es fácil de imaginar, tuve muchas horas para pensar en aquel lunes y justamente por eso todo este escrito nació allí, en aquel hospital. No tenía otra cosa que hacer.

Mirabelle habría podido llamar por teléfono, cierto, y pedir socorro. O ir al pueblo, a casa de Remi o de Oscar. Podría haberle contado la situación a la señora Focault. Pero en realidad hizo lo que debía hacer.

Había guardado el secreto. Permaneciendo en el grupo.

—Agente Mirabelle... —le dije cuando la vi—, habrá que concederle una medalla.

Pero mientras la esperábamos, mi hermana y yo nos quedamos un rato en silencio. Tras reflexionar, le conté mi sueño a Jenska y hasta le pedí que, una vez en casa, me diera lecciones de alemán.

—¿Estás seguro de que no necesitas nada más?

—No. Mejor dicho, sí.

Le pedí papel y lápiz. El papel donde empecé a escribir esta historia. Y este lápiz, aunque técnicamente ya es el tercero que utilizo.

—¿Algo más? —Jenska resopló.

—¿Podrías encargarme de paso un libro?

—Si podría ¿qué?

—Estamos en Bastia, ¿no? En alguna parte habrá una librería donde encargar un libro.

—Acabas de salir de una conmoción cerebral, Morice, ¿y quieres encargar un libro?

—Y escribir uno, sí. ¿Qué tiene de malo?

—Estás loco.

—Te regalo todos mis micrófonos.

—¿Y para qué los quiero yo?

—Puedes revenderlos y quedarte el dinero.

—No me tientes.

—¿O qué?

Oímos correr por el pasillo. Y entonces llegó Mirabelle.

Vista desde el asiento delantero, la carretera de Bastia a Dautremere me pareció completamente diferente. Quizá porque el verano ya había explotado. Encontramos *roulottes* que circulaban por la carretera en ambos sentidos, chicos con mochilas que hacían autoestop. En las paredes de piedra había inmensas matas de buganvillas blancas y violetas que no recordaba haber visto, agaves de hojas puntiagudas y grandes pinos mediterráneos que daban una sombra con olor a resina y tenían los troncos curvados por el viento. Y había velas en el mar. Los nombres de los pueblos me parecían diferentes, igual que la panadería, la charcutería; había nuevas tiendas abiertas y hasta pequeños supermercados. Todo era para mí una novedad. Mi padre dijo que no había estado callado ni un minuto y que el viaje había sido un continuo «Mira esto», «Mira aquello».

Solamente me callé cuando empecé a reconocer las curvas en el último tramo de carretera antes de las dunas. Y enseguida apareció la casa de Tardi, el promontorio y el Napoleón al fondo, contra el mar, con sus cuatro pisos grises. La cancela estaba abierta y en el jardín entre los cedros había tres coches aparcados. Miré a mi padre, sorprendido. Él se rio.

—Hemos abierto —me dijo como si fuese la cosa más normal del mundo.

Doce días en el hospital y, mientras tanto, ellos habían arreglado el Napoleón.

Mi padre aparcó al lado de un coche inglés, con la matrícula amarilla.

—Todavía quedan cosas por arreglar... —dijo—. Pero empezaremos sin ellas. Si esperamos a ser perfectos para inaugurarlos, no lo haremos nunca.

Dudé antes de abrir la puerta.

—Hemos pensado que este lugar necesita gente. Y también risas —dijo mi padre.

Lo miré. ¿Lo sabía? ¿Quizá Puchon le había hablado de la mujer y de la habitación secreta? ¿O de que Günther Brent había sido un capitán del ejército nazi?

Siempre he querido pensar que sí. Que mi padre lo sabía todo y que cada cosa que hice aquel verano y los siguientes, las hice porque en cierto modo él me dejó hacerlas. Que hubiera podido morir, sí. Pero que en realidad no hubiera podido suceder eso, porque mi padre lo sabía. Y estaba velando por mí.

Mirabelle y Jenska había puesto la mesa en el porche. Y mi madre había cocinado una de sus formidables pastas, de las que habrían hecho enloquecer a Pascal. Nuestros huéspedes habían extendido sus toallas en la playa y cuando el viento soplaba se les oía gritar.

—Son una familia encantadora —me explicó mi madre—. Un adolescente y una niña de tres años que es un auténtico terremoto.

—¿Y el otro coche?

—Holandeses —respondió Jenska con cierta ilusión que no me pasó inadvertida.

—¡Son tres! —chilló Mirabelle.

—Y al parecer, el holandés y el alemán son lenguas muy similares... —añadió mi padre con su habitual sonrisa maliciosa.

—Así que el tercero es un chico guapo —adiviné.

Jenska me apuntó con el tenedor.

—Ni lo intentes. ¿De acuerdo?

Comimos alegremente y solo entonces encontré el valor para entrar. El vestíbulo estaba fresco y lucía espacioso, y el verde con el que mi padre había pintado las paredes lo hacía todavía más luminoso. Habían quitado buena parte de las mesitas y sillas viejas, pero habían conservado los muebles antiguos de Brent. Acaricié el mostrador del bar, el de la recepción,

con las llaves nuevas colgadas en los ganchos de latón. Faltaban tres, además de las nuestras. Después miré la escalera, me detuve en el primer escalón y me di la vuelta.

Oí llegar a Jenska.

—Ven a ver —me dijo con satisfacción—. Está todo ordenado.

El estudio de Brent se había convertido en una pequeña biblioteca a disposición de los huéspedes y también estaban allí mis libros, que habían sacado de las cajas, mientras su antiguo dormitorio se había convertido en el de mis padres. Ya no tenía el gran armario ropero, lo habían pintado de un amarillo vivo y tenía las persianas abiertas hacia el jardín. También mi habitación y de Mirabelle había sido pintada de amarillo, mientras que la de Jenska era violeta oscuro; todavía no había pósteres pegados con cinta adhesiva.

Mirabelle tenía una nueva caja para sus peluches, mejor dicho, tres cajas, que podían apilarse una encima de otra para formar una casita. Estaba entusiasmada con ella y me obligó a esconderme allí dentro, mientras me lanzaba encima serpientes y ositos peludos.

Acaricié mi cama, el libro sobre la mesilla de noche. Jenska abrió el cajón y me enseñó el diario de a bordo del U612, aquel que Walter Tscharr había arrojado a un rincón y yo había ido a recuperar.

—Pensé que te gustaría saber que está aquí... —me dijo.

Me entraron ganas de abrazarla.

También se había ocupado de devolver a la señorita Hamadouche el volumen sobre el Tercer Reich que me había prestado.

Se lo agradecí.

Todo era perfecto. Precioso.

Sin embargo, me pesaba increíblemente el corazón. Jenska lo entendió y se puso a jugar con Mirabelle para mantenerla alejada de mí.

Y debo decir que nunca, como aquel día, me arrepentí de todas las cosas malas que había pensado de ella. Sobre todo, que no tuviese ni la mínima empatía y que no era capaz de tener en cuenta los sentimientos de los demás. Quizá había sido yo quien no había sido capaz de darme cuenta de los suyos, tan perdido como estaba en mis diálogos con Fabrice, en las películas y en las grabaciones.

También habían cambiado las luces del sótano. Necesité al menos cinco minutos para bajar aquellos pocos escalones.

Cuando me asomé a la estancia de la caldera vi unos hilos de nailon de colores con las sábanas de las habitaciones tendidas para secarse. Una caldera nueva roncaba, lentamente, como si siempre hubiera estado allí. Como si aquella pared en que estaba clavada fuese una pared maestra de la casa.

No me percaté de los pasos a mi espalda. Oscar Tardi tuvo que aclararse la garganta un par de veces, antes de que yo me diese la vuelta.

Allí estaba, con sus hombros macizos, su barba, la mirada profunda, enigmática.

—Me dijeron que volvías hoy... —dijo.

Noté que mi corazón se aceleraba sin motivo.

—Sí.

Todavía no había decidido qué pensar de él, de los amigos de la cantera, de Mathis. De lo que había sucedido en la gruta, cuando habían llegado para salvarnos. Solo que, aquel día, también él parecía incómodo, como si no supiese por dónde empezar. Ahora ya teníamos un secreto en común él y yo.

—Te he revisado los neumáticos y... los frenos —dijo Tardi—. La bici está lista para cuando quieras volver a montar en ella.

—Gracias —le respondí. Y lo pensaba de verdad.

Después decidí dejar de lado la incomodidad y señalé la pared de la caldera.

—¿Adónde la habéis llevado?

La caldera empezó a girar con un chasquido y Tardi esperó a que hiciera menos ruido para responderme.

—A mi casa, al lado de las dunas. Le hubiera gustado.

Miró hacia la escalera para asegurarse de que no había nadie.

—Hay algo que debo decirte. Mejor dicho, hay muchas, pero... quizá esta sea más importante que las otras.

Esperé.

—Brent no mató a su mujer. Puedo jurártelo. La encontró así un día. Y...

—Lo sabíais todos, ¿verdad?

—¿Saber qué?

—Todo. Lo de Consuelo, el submarino, el oro...

—No hay ningún oro, Morice.

—¡Oh, claro! Eso ya lo he oído antes.

—De verdad que no hay ningún oro —repitió Tardi.

Me mordí los labios. Lo miré fijamente.

—¿Y lo de Mathis fue solo un accidente?

Vi que cerraba los puños con rabia, como si estuviese a punto de explotar. Se dio la vuelta. Y regresó a su casa.



Mathis estaba en el paseo marítimo, sentado en el extremo de un banco azul. Esperaba a la señorita Hamadouche para su lectura de cada tarde. Habían comenzado *La guerra de los botones*, ese gran libro para niños.

—He venido a devolverte esto —le dije, sentándome a su lado.

Deslicé sobre el banco su primera edición de *El Principito* hasta que quedó exactamente en medio de los dos.

—Siento lo que ha pasado —dijo él, con el rostro hacia el mar.

No le respondí.

—Y me siento responsable —añadió.

—Eres responsable de haberme contado una gran historia —le dije—. A la que faltaba una parte fundamental.

—No te entiendo.

—Faltaba la parte de cuando viste llegar el submarino —dije lentamente—. De cuando viste salir al señor Puschbach y a Brent de la cueva. Y de cuando se lo explicaste todo a tus compañeros de trabajo en la cantera de cal. Faltaba el detalle de que ellos también lo sabían.

Él no respondió. Acarició la madera del banco y arrancó las pequeñas escamas de barniz que se desprendían.

—¿Lo hizo adrede?

—¿Adrede, el qué?

—La cal en tus ojos.

Le vi vacilar. Se volvió hacia mí, incrédulo.

—¡Oh, no! No, no. ¿Cómo se te ha pasado por la cabeza? ¡Aquello fue un accidente! ¡Solo un accidente! ¡Oscar ha sido como un padre para mí! ¡Siempre se ha ocupado de todo! ¡De todo, chico!

Fui yo entonces quien vaciló.

—¿Y dónde escondisteis el oro? —pregunté.

Mathis primero se puso en pie y extendió los brazos como si fuera a gritar o a abrazar a alguien inexistente. Después se sentó, apoyó la cabeza en sus manos y empezó a reír quedamente.

—¿De qué te ríes? —le pregunté.

Me fastidiaba aquella risa. Me fastidiaba y me ofendía.

—Me río porque acabo de comprender lo que piensas que sucedió. Me río porque te equivocas, Morice. Nunca te hubiera contado esta historia si las cosas entre Oscar y yo, entre todos nosotros, Pascal, Ferdinand, Puchon, Grincourte, hubieran sido como las estás pensando tú en este momento. Yo perdí la vista en un accidente. Y ellos me han cuidado. Esa es la verdad.

—¿Y los lingotes de oro?

Una gaviota planeó delante de nosotros, chillando sobre el mar.

—Los lingotes de oro no existen, Morice. Te lo dije desde el primer momento. No hay ningún oro. La *Operación Principito* es algo que nunca sucedió. Hay un submarino, sí, escondido allí abajo. Y nadie quiere que otro vaya a buscarlo. Ya están todos muertos. Antoine y Rommel. El capitán Brent, Puschbach. El agente Mariposa y sus dos hijos. Quedamos nosotros. Tú, yo. Y nuestros amigos. Y esta es la historia entre nosotros. Este es el pacto. Es un pacto de guerra. De sangre y de guerra. De algún modo, Morice, esta es una historia de

honor. Es la historia de cómo dos hombres de honor lucharon hasta el final para esconder un tesoro que nunca existió. Pero esto iba más allá de lo que podían controlar. Lo importante para ellos era mantener la palabra dada.

Me levanté. Había visto llegar por el final del paseo a la señorita Hamadouche.

—¿Y tú, Morice? —me preguntó Mathis—. ¿Crees que sabrás mantener tu palabra? ¿Crees que sabrás guardar este secreto?



olví a soñar. Con el submarino en una tempestad, la cabina de mando que oscilaba tremendamente y se balanceaba entre las olas enloquecidas. Los hombres, agarrados a las puertas. Las luces de emergencia parpadeando. Y yo sentado al mando, como si no estuviese allí. «Buena caza», pensé.

En el sueño había una persona que me miraba fijamente, tranquila pero hostil, también inmune a los zarandeos del mar. Un hombre al que no había visto nunca salvo en sueños. Intentaba sostenerle la mirada, hablar con él, pero no lo conseguía porque siempre me interrumpían. «¡Pesamos demasiado, señor!», me gritaba alguien. «¡Señor! ¡Señor!», gritaba el contramaestre Puschbach, con sus cabellos largos y pobres, engominados hacia atrás, y su mirada vítrea como la de un muerto.

Todos hablaban alemán y yo lo entendía. Sin embargo, si intentaba escuchar a aquel hombre, sus palabras me llegaban sin sentido.

«¿Soltamos lastre, señor? ¿Doy órdenes de soltarlo?».

«No, Puschbach», le respondía. «Nunca».

Y en aquel punto, en el momento preciso en que entendí que yo era el capitán Brent, me desperté sobresaltado, empapado en sudor.

La ventana estaba entornada. Mirabelle respiraba tranquila en su cama.

«¿De qué exactamente no había sido informado Puschbach?», me pregunté.

Si el submarino no transportaba ningún tesoro, ¿qué sentido tenía mantener al contramaestre ignorante de una parte de las órdenes? ¿Qué sabía Brent, que no sabía nadie más? ¿Quién era aquel otro hombre del sueño, el que intentaba hablarme y a quien yo no entendía?

Busqué a tientas mis cuadernos de apuntes, coloqué la lámpara de la mesilla bajo la sábana para encenderla sin despertar a Mirabelle, y busqué el libro en la mesilla, lo cogí, lo escondí bajo la sábana y encendí la luz para poder leerlo. Recorrí rápidamente los diarios que tenía, el de Rommel, el de Brent, y el del U612, con mis traducciones. Pero no leí las traducciones.

El diario de Rommel era un libro ilustrado, con las anotaciones del capitán Brent al margen. Idéntica caligrafía a la que había escrito las anotaciones que yo había de-senterrado en el jardín. El diario de a bordo del submarino, en cambio, estaba escrito por una mano completamente diferente. Más regular, precisa. Tranquila.

Una mano de dibujante, pensé. O de técnico. ¿Puschbach?

Era posible. Sabía, por cómo había visto su casa, que el contramaestre era extremadamente ordenado, limpio, concienzudo. Sabía reparar las cosas, había reparado el motor de un tractor y un generador eléctrico. Me acordé de los documentos que había dejado sobre la mesa, cuando Audrey y yo entramos con la señora Blandine. Bromeé sobre el modo en que habían sido escritos unos renglones. Torcidos, había dicho. Mientras que la caligrafía del diario de a bordo era cualquier cosa menos torcida.

Y, además, ¿por qué terminaba el 1 de julio? ¿El día en que se marcharon?

Entonces, me vino algo a la cabeza de repente. Podía haber una explicación para el desconocido del sueño, aquel a quien no conseguía entender, y para el hecho de que el diario se interrumpiese justamente el 1 de julio de 1943.

Lo había escrito el capitán de fragata Trettenschmidt, el responsable del astillero, muerto poco antes de la partida. El hombre que había sido invitado a cenar, junto a Brent, por Martin Bormann.

El señor Tardi pareció sorprendido de verme. Sin embargo, se recompuso rápidamente.

—Estoy desayunando —me dijo—. ¿Puedo ofrecerte alguna cosa?

Vista de día, con la luz de la mañana, su casa de piedra era mucho menos espantosa que como la recordaba.

—Creo que me dejé aquí un zapato —le respondí.

Él sonrió. Se rascó la cabeza.

—¡Ah, la noche del partido! —dijo—. ¡Me asustaste, muchacho!

Apoyé la bici y le seguí adentro, a una pequeña cocina que daba a las dunas.

—¿Cómo han ido los mundiales?

Había escuchado algunos partidos mientras estuve en el hospital, naturalmente. Y me parecía que Francia lo estaba haciendo bastante bien. Por lo menos hasta que se enfrentó a Alemania.

—Dejemos de lado a los alemanes, ¿de acuerdo?

—Al menos jugamos por el tercer puesto —repliqué—. El tercer puesto es mejor que el último, ¿no?

—Los mundiales se ganan o nada. Y si ganase Alemania... —Tardi sacudió la cabeza. Se había sentado a la cabecera de la mesa y yo delante de él—. En cuanto al zapato... —prosiguió, cambiando de tema—, olvídate de él... Estaba roto y lo tiré... ¿Qué te trae por aquí?

Apoyé la mochila en el suelo y los codos sobre la mesa. No era exactamente fácil lo que iba a decirle.

—Quería excusarme por lo de ayer. Fui realmente...un cretino.

Tardi se rio.

—Lo entiendo.

—No, lo digo de verdad.

—Excusas aceptadas.

—Me equivoqué —insistí.

—Te he dicho que no pienses más en ello. Hay que seguir hacia delante, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Y además creo que los cinco tenemos un pacto.

—¿Los cinco?

—Contando a tus hermanas —añadió.

Bebió ruidosamente de la taza, salpicándose la barba de leche, y se levantó, como para darme a entender que nuestra conversación había terminado.

Pero no era así.

Sin mirarlo, porque de haberlo hecho no me hubiera atrevido, saqué un libro de la mochila.

—Hay algo más, señor Tardi... Este lo encargó mi hermana para mí cuando estuve en Bastia.

Se lo mostré. Era un libro de submarinos. No dijo nada.

—¿Sabe?... He pensado mucho en ello. Y estoy seguro de que usted también lo ha hecho. Y todos los demás, naturalmente. Y he llegado a la conclusión de que quizá nos hemos equivocado. Digo «nos» adrede, señor Tardi. Todos los que lo saben: Pascal, Puchon,

Grincourte, Ferdinand..., también Remi, creo. ¿También está Remi? ¿Y la señorita Hamadouche? Sobre Mathis tengo algunas dudas porque, en mi opinión, por cómo me ha contado algunas cosas, él solo sospechaba algo. Todavía no estoy seguro...

Tardi se estaba enfadando por momentos y por ello continué lo más rápidamente que pude.

—Pero no importa quién lo sabe. Un pacto es un pacto. Y yo he dado mi palabra. Creo todo lo que se me ha contado. Palabra por palabra. Y, de hecho, hay algunas palabras que me han hecho pensar, señor Tardi... Mire... Están aquí... y aquí... Se las he traducido porque no sé si usted sabe alemán. Yo no. Pero por suerte las ha traducido Jenska. Lea conmigo, por favor...

—Muchacho...

—Cinco minutos, señor Tardi. Deme cinco minutos y después es libre de echarme de su casa a patadas... Solo lea estas palabras..., estaban en el diario de a bordo del U-Boot, que yo creo que fue escrito por el capitán de fragata Trettenschmidt, ingeniero naval. Lea aquí, por favor.

Tardi, visiblemente incómodo, intentó hacerlo y, resoplando, buscó unas gafas en la cocina. Se las puso enseguida y leyó:

—10 de enero de 1943, ultimados los trabajos de lastre como estaban proyectados.

—¡Eso es! —exclamé—. Es curioso que hablen de preocuparse por el lastre, ¿no cree? Un poco de locos, diría yo, y no soy el primero en usar ese calificativo. Lo escribe el capitán Brent en su diario, aquí, ¿le importa leerlo?

—16 de septiembre de 1942. He cenado con MB en su casa...

—MB significa Martin Bormann —le interrumpí.

—Hemos hablado de un transporte especial para el futuro de la patria. Una idea loca pero fascinante. Estoy contento de participar en ello.

—Loca y fascinante, ¿ve? Y el plan era recuperar un U612 hundido en el mar durante un ejercicio con un U444

y arreglarlo con gran secreto para el viaje. Pero..., más allá del secretismo, me he preguntado: ¿qué necesidad había de recuperar un submarino hundido para cargar unas cajas de oro?

En aquel punto, Oscar Tardi decidió sentarse.

—Sin embargo, lo hicieron... —continué—. ¿Por qué siempre escribe nuestro capitán de fragata...? Siga aquí.

—25 de abril de 1943, trabajos de restablecimiento de los sistemas de a bordo. 27, el U612 vuelve a estar preparado para hacerse a la mar. Nadie recordará el desafortunado accidente con el U444 del pasado 6 de agosto.

—¿Y después? —le animé.

—1 de julio de 1943, zarpamos al anochecer. Buena caza.

—Buena caza —repetí—. Solo que el pobre Trettenschmidt no saldrá nunca, porque muere el mismo día. Y, también el mismo día, el capitán Brent, en cambio, es-cribe...

—Estamos de nuevo en el mar. No todo lo que no brilla es plomo.

Tardi y yo nos miramos fijamente.

—Sobre este libro... —aclaré—, dice que un submarino U612 de clase VIIC viajó con doscientas toneladas de lastre de plomo.

Los hombros de Tardi se curvaron de golpe, pero decidí dejarle todo el tiempo que necesitase para asimilar la noticia.

—Yo sé que usted es una buena persona, señor Tardi. He tardado un poco en darme cuenta. He entendido que es un patriota, en el sentido de que ama a este pueblo más que a ningún otro pueblo del mundo. Aunque es un pueblo pobre. O quizá por eso. Y es necesario mantenerlo. Pero si hubiese alguna posibilidad, quizá sus hijos podrían volver a trabajar en Córcega. Y quizá Mathis podría ser operado: hacen cosas increíbles hoy día en los hospitales americanos. La señora Blandine podría por fin hacer el viaje que siempre ha soñado. Y nosotros podríamos arreglar realmente bien el Napoleón, con tumbonas y todo eso. Incluso sin pensar en nosotros mismos, en este mundo hay una gran necesidad de hacer el bien. Y aunque se gasten de poco en poco, doscientos mil millones de francos son mucho, muchísimo dinero. Igual ocultaron algo en el lugar del lastre, donde nadie ha buscado. No sé si fue realmente así. Solamente soy un niño. Quizá usted lo averigüe, señor Tardi, usted que hace las cosas con calma, poco a poco, sin que nadie lo sepa nunca o sabiéndolo todos pero sin que digan nada. ¿Cree que sería posible?

Finalmente llamé a la puerta de su habitación.

—Soy yo —dije.

La empujé suavemente, entré de lado e intenté hacer pasar la caja que transportaba sin montar demasiado jaleo.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

—Espera y verás.

Llegué hasta los pies de la cama, abrí la gran caja y saqué un televisor rojo sobre el que monté, primero, una gran antena redonda y después un altavoz.

—¿Qué te parece? —pregunté a Audrey.

Estaba tendida en la cama y parecía más pequeña de lo habitual. Su madre la obligaba a llevar el cabello recogido en coletas, por el calor. Pero era el yeso de la pierna y del brazo lo que la atormentaba. No había una aguja lo bastante larga como para rascarse cada vez que lo necesitaba. Tras la caída que había sufrido, Audrey estaba viva literalmente de milagro y, también de milagro, no se había dañado la columna vertebral. Estaba llena de moratones, de rasguños, no podía respirar bien debido a un par de costillas rotas. También se había roto tres dientes. Pero su mirada no había cambiado. Siempre crítica.

—Esto parece la casa de Tardi —comentó cuando hube terminado de montar la última antena fuera de la ventana abierta.

—Oh, no. Seguro que en su casa la tele se ve mejor.

Audrey se dio la vuelta entre las sábanas, por lo menos un poco, todo lo que pudo.

—¿Han ido todos a su casa?

—Todos no —le respondí.

Encendí el televisor, busqué el canal de France 1 y regulé las antenas, preguntándole al mismo tiempo cómo se veía.

—¿Podría saber, por lo menos, el motivo de tanta diligencia por tu parte?

—Semifinal para el tercer y cuarto puesto contra Bélgica. Prácticamente una cuestión nacional.

Audrey me miró, pasmada.

—¿Por qué es importante? No llegaremos a ser los primeros.

—Pero a lo mejor terceros sí.

Eran casi las seis de la tarde y fuera había esa luz de color salmón que, a veces, en las tardes de verano, precede al momento del atardecer. Me senté al borde de la cama, mientras en la televisión sonaban los himnos nacionales. Cantamos *La Marsellesa* a voz en grito.

Y después, dejamos discurrir el partido. No nos gustaba el fútbol ni a ella ni a mí, pero nos gustaba la idea de compartir con todos los demás un momento histórico.

Y además, Platini nos resultaba simpático.

Empezó fatal. Al cabo de diez minutos ya perdíamos por un gol. Al rato, los *bleus* remontaron el partido. Uno a uno y dos a uno. Ferreri y Papin. Estábamos convencidos de que el partido ya estaba ganado.

—¿Morice? —me dijo Audrey cuando regresé a la habitación tras el descanso. Había bajado a la cocina a por el tentempié que nos había dejado su madre.

—¿Estás cansada?

—Sí. Pero hay algo que debo decirte.

—¿Y tienes que decírmelo justo ahora?

—Sí.

—¡Vaya por Dios!

Mi respuesta pareció ofenderla. No volvió a insistir o quizá se olvidó. El partido hizo el resto: Bélgica empató en el minuto setenta y tres. Y hubo que ir a la prórroga con un resultado de dos a dos. Los jugadores estaban agotados. Se arrastraban por el campo.

—Ganaremos —dije—. Estoy seguro de que ganaremos.

Marcó Genghini en el minuto ciento cuatro. Y Amorós, siete minutos después. Ganamos cuatro a dos. Como por encanto, se encendieron las luces de las casas de medio pueblo y se oyeron cláxones por la calle.

—¿Cómo lo supiste? —me preguntó Audrey mientras yo apagaba el televisor.

—Le oí.

Ella me miró.

—¿Él todavía está contigo?

Desenchufé la antena.

—¿Fabrice?

—¿Le hablas?

Terminé de empaquetarlo todo antes de responder.

—No. Ya no.

—¿Le echas de menos?

—Quizá un poco. Siempre he tenido miedo de quedarme solo.

—¿Y ya no lo tienes?

Volví a sentarme al borde de la cama. Su rostro estaba cubierto de grapas, los pómulos amarrotados, pero a mí me parecía bellísima. Le pellizqué suavemente el cuello, donde sabía que le gustaba.

—No —dije—. No, ya no lo tengo. ¿Y qué era eso tan importante que tenías que decirme?

—Ya se ha pasado.

—¿Y no volverá?

—Quizá la próxima vez que Francia se juegue los mundiales.

Sonrió.

—¿Sabes que estás loca?

—Y tú eres un gran testarudo, ¿te lo ha dicho alguien alguna vez?

Naturalmente que me lo habían dicho.

Pero tal vez lo que necesitábamos era justo eso, una chica un poco loca y un chico muy testarudo, que se empeñaron en buscar al señor Puschbach y un submarino cargado de oro.

Iba a decir algo pero oí, abajo, a sus padres que regresaban y, a través de la ventana abierta, a Ferdinand y al cura cantando a coro para celebrarlo. Ayudé a Audrey a bajar de la cama y la acompañé al balcón para que pudiera asomarse afuera. Casi todas las casas de Dautremere tenían las ventanas iluminadas y las puertas abiertas. A lo largo de la playa mi padre había encendido, hasta el promontorio, una larga hilera de velas. La gente caminaba por allí y hablaba en voz alta. Y para proteger aquel momento, estaban las estrellas y el mar parecía de aceite.

Era uno de aquellos momentos.

Me volví hacia Audrey. Le sonreí.

—Yo también quisiera darte un beso —respondió ella, anticipándose—. Pero me duele

demasiado el cuello.

El viejo televisor portátil debe de estar todavía en algún rincón del desván. Nunca he comprado otro. En las ocasiones en que no podía evitarlo (los mundiales de Francia, en los que se perdió la final contra Italia) iba a casa de Tardi, que con sus antenas era capaz de interceptar transmisiones de cualquier satélite. En cambio, seguí la invasión de Irak y la caída de las torres gemelas de Nueva York en casa de Remi, compartiendo mi disgusto y la preocupación con Ferdinand y Puchon, por lo menos mientras vivieron.

Cuando faltó la señorita Hamadouche y nos dejó su biblioteca, empecé a ser yo quien le leía novelas a Mathis. A fuerza de leer y leer, de cambiar las partes que no me gustaban y de inventarlas nuevas, el viejo amigo de Antoine me aconsejó que escribiese algo. Lo pensé durante muchos años, antes de recuperar los apuntes que había escrito de pequeño en el hospital de Bastia, releerlos y arreglarlos. No sé si he hecho un buen trabajo. A Mathis, cuando lo leyó, le gustó mucho. Me aconsejó que lo enviase a algún editor. Cuando le dije que no me parecía adecuado, puesto que hablaba de nosotros y del secreto de nuestro pequeño pueblo, me sonrió y, con aquel modo suyo de plantar las preguntas que te desarmaba, me respondió:

—Es solo una historia para niños. No creyeron a An-toine. No te creerán a ti.

Nunca he comprado un ordenador, pero con los libros de la señorita Hamadouche nos llegó también una vieja máquina de escribir, una Lettera 22 con una letra Z ligeramente rota. Necesité tres meses para reescribirlo todo y después hice dos copias en la papelería de Borgo. Cuando fui allí, con mi padre gruñendo a mi lado, encontré el pueblo muy cambiado, más moderno y dinámico.

Creo que es bueno para Córcega.

Dautremere, en cambio, ha permanecido más o menos igual. Han abierto una heladería y una peluquería de señoras. Y Grincourte un autolavado de lujo, al lado de la gasolinera. Es gratuito para todos los habitantes de Dautremere. Estamos atentos a quien se traslada a vivir aquí. Por supuesto vienen los turistas habituales, pero la mayoría están solo de paso. Encuentran que el ambiente es encantador, muy auténtico, y después, cuando descubren que no tienen wifi y que el móvil no funciona bien ni siquiera sobre el acantilado, se van a toda prisa. Se necesita un poco de atención para hacer funcionar las cosas aquí. Tampoco nos faltan las sorpresas, como cuando la señora Blandine se casó con un hombre que ya tenía cuatro hijos. Los más jóvenes son los que más dificultades tienen para instalarse en el pueblo. A menos que sean demasiado simples o demasiado profundos.

Hace tres años llegó un pintor italiano, Morbelli, y ya no se ido. Nos gustaban sus cuadros y hemos continuado comprándoselos. Hoy tiene una tienducha en el puerto, donde de vez en cuando se detiene algún coche a curiosear. Y si no se detiene, dos francos, o dos euros hoy, le caen para sobrevivir sea como sea. Nosotros la llamamos «la magia del señor Tardi». Ezequiel Focault ha sido nuestro alcalde más longevo, al menos hasta que las leyes sobre su reelección lo permitieron; luego se compró una barquita de pesca. Casi nunca se le ve en el pueblo. Y nos pasó su viejo Citroën de los años setenta con menos de ochenta mil kilómetros.

Oscar Tardi continuó durante mucho tiempo siendo la verdadera alma del pueblo. Iba cada tres meses a Bastia o a Marsella, Livorno, Cagliari, a una de esas tiendas que compran oro; vendiendo mesuradamente, siempre en pequeñas cantidades, para no despertar sospechas. En veinte años, nadie ha tenido nunca nada que decir.

Murió el año pasado, dejando la casa a sus hijos, y a mí, la protección de los amigos de

Dautremere. Le hicimos un bonito funeral, con el ataúd envuelto en la bandera de Córcega, y todo el pueblo llorando. Pensé que aguantaría todo el acto, pero salí de Sainte-Denise a encenderme un cigarrillo cuando el sacerdote atacó con uno de sus sermones sobre la justicia de Dios y la de los hombres. Mi padre estaba fuera y me pidió una calada.

Con los años se ha relajado. Ya no lee el *Nice-Matin* ni el *Corse-Matin*, porque dice que los periódicos se han convertido en basura, e intenta convencer a mi madre con una de sus últimas obsesiones, que es que el ser más evolucionado del planeta Tierra no es el hombre sino el campo. Y que un día la naturaleza nos exterminará a todos. Mi madre no le hace ni caso.


Ha envejecido serenamente, igual que nuestro pequeño hotel. Trabajamos en él cuando es necesario, cuando llega una pareja de turistas ingenuos o de jóvenes que tienen los ojos brillantes por la vida que les espera. Yo he aprendido un poco de alemán, de italiano y de inglés. Pero no estamos en internet. No tenemos ningunas ganas de gestionar reservas *online* ni de recibir los comentarios de los clientes. Sin embargo, Mirabelle insiste en que nos adecuemos a los nuevos tiempos, como dice ella. Aunque ella, por cierto, en lugar de adecuarse a ellos, los está recorriendo: se trasladó a Tokio, donde diseña circuitos neuronales para un pequeño estudio vanguardista. Jenska, por su parte, enseña lenguas en la Universidad de Ámsterdam, pero sería demasiado largo ahora explicar de qué modo llegó allí. Si tengo tiempo, y ganas, quizá lo haga dentro de algunos años.

Tras la caída del acantilado, Audrey también comenzó a cojear levemente. Pero ella de la pierna derecha. Así que si pasáis por aquí, nos reconoceréis fácilmente: somos dos cuarentones que cojean ligeramente, uno a la derecha y el otro a la izquierda, siempre caminando con dos niñas, desde el muelle a las dunas o de las dunas al muelle, según la hora. Hablamos mucho, sin parar, sin estar necesariamente de acuerdo. Pero a veces nos invade una extraña melancolía y subimos a la cima del acantilado, nos quedamos allí, sentados con las rodillas entre los brazos, mirando el mar como si hubiéramos perdido algo. O como si no lo hubiésemos aprendido todavía. Hemos leído *El Principito* a nuestras dos hijas. Y diría que les ha gustado.

No creo que quede nada más de importancia por decir. Excepto una cosa, que todavía estoy esperando confirmar, porque Audrey ha mantenido su palabra: desde aquel junio de 1986, Francia y Bélgica no han vuelto a encontrarse nunca en unos mundiales de fútbol.

Me gusta esperar.

Y, por suerte, a ella también.



«Han pasado más de treinta años desde aquella mañana, pero todavía pienso en nuestras conversaciones de aquellos días, mientras subíamos y bajábamos por los caminos del acantilado, preparando el momento en que nos tropezaríamos con el cuerpo de una persona muerta. Estábamos haciendo una investigación macabra y terrible y, sin embargo, yo me sentía eufórico y locamente vivo.»

*

Una intriga que, de la mano del joven protagonista, nos lleva a un pequeño pueblo de Córcega, donde se ocultan demasiados secretos, secretos que nacieron en la Segunda Guerra Mundial y que tantos años después son por fin desvelados. ¿Es posible que ese remoto lugar sea un punto de conexión entre el secretario personal de Hitler, Bormann, el general Rommel, conocido como el Zorro del Desierto, y Antoine de Saint-Exupéry, autor de *El Principito*?

*

edebé
www.edebe.com